

El prestigio bajo sospecha: Álvaro Uribe Vélez y las elecciones presidenciales de 2002

Andrés Felipe Santacruz Velasco

Universidad del Valle

Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Maestría en Sociología

Santiago de Cali, Colombia

2018

El prestigio bajo sospecha: Álvaro Uribe Vélez y las elecciones presidenciales de 2002

Andrés Felipe Santacruz Velasco

Tesis presentada como requisito para optar al título de:

Magister en Sociología

Director: Mario Luna Benítez

Universidad del Valle

Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Maestría en Sociología

Santiago de Cali, Colombia

2018

Título:

El prestigio bajo sospecha: Álvaro Uribe Vélez y las elecciones presidenciales de 2002

Resumen:

Este trabajo se dispone a analizar la forma como se construyó el prestigio de Álvaro Uribe Vélez a través de los principales medios de prensa escrita en el país entre los años 2001 y 2002, con miras a las elecciones presidenciales de ese último año. Para ello se parte de la idea de que el prestigio no es una cualidad inherente al sujeto ni una condición sustancial, sino una construcción circunstancial que obedece a condiciones tanto subjetivas como objetivas. El análisis se desarrolla con base en una revaluación de las categorías del prestigio encontradas en Joseph Boucek y en los fundamentos teóricos que sobre el mismo esgrime C. Wright Mills en su examen sobre las élites del poder. El interés de esta investigación se concentra sobre el hecho de que una indagación sobre las formas de construir el prestigio de un gobernante da luces sobre la estatura moral de la sociedad que le elige.

Palabras Clave: Prestigio, autoridad, Álvaro Uribe Vélez, opinión pública, liderazgo.

Title:

The prestige under suspicion: Álvaro Uribe Vélez and the presidential elections of 2002

Abstract

This study pretends to analyze the way how the prestige of Álvaro Uribe Vélez was built through the main written media in Colombia between the years 2001 and 2002, with a view to the presidential elections of that last year. This is based on the idea that prestige is not a quality inherent to the subject nor a substantial condition, but a circumstantial construction that is due to subjective and objective conditions. The analysis is developed based on a revaluation of the prestige categories found in Joseph Boucek and theoretical basics on the same by C. Wright Mills in his examination on the power elites. The interest of this research focuses on the fact that an inquiry into the ways to build the prestige of a ruler gives insights into the moral stature of the society which elected him.

Key words: Prestige, Álvaro Uribe Vélez, authority, leadership, public opinion.

Contenido

	Pag.
Resumen.....	5
Introducción.....	9
1. QUIÉN ES ÁLVARO URIBE VÉLEZ.....	12
2. CONSIDERACIONES SOBRE EL PRESTIGIO POLÍTICO EN EL CASO DE ÁLVARO URIBE VÉLEZ: UNA PERSPECTIVA CONCEPTUAL.....	32
3. ANTECEDENTES: LAS BASES POLÍTICAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL PRESTIGIO DE URIBE VÉLEZ.....	52
3.1.El gobierno Samper: corrupción electoral y crisis político – militar.....	
3.2. El gobierno de Andrés Pastrana: se allana el terreno para Álvaro Uribe Vélez.....	
4. EL CAMINO HACIA EL PRESTIGIO.....	95
4.1.Evolución de la favorabilidad e intención de voto para las elecciones de 2002.....	95
4.2. Alianzas y coaliciones: el acceso a la élite del poder nacional y el camino hacia su prestigio político.....	106
4.2.1. Las élites se reúnen.....	109
4.2.2. El proyecto paramilitar: élites económicas, políticas y militares en la clandestinidad.....	136
5. LA CONSTRUCCIÓN DEL PRESTIGIO EN LA PRENSA NACIONAL.....	153
5.1. Sobre el prestigio social.....	157
5.2. Sobre el prestigio intelectual.....	177
5.3. Sobre el prestigio orgánico.....	192

5.4. Sobre el prestigio psíquico.....	205
5.5. Sobre el prestigio ético.....	232
6. CONCLUSIONES.....	252
7. BIBLIOGRAFÍA.....	263
8. ÍNDICE DE GRÁFICOS	266
9. ÍNDICE DE FOTOS	267

INTRODUCCIÓN

La naturaleza del prestigio se aviene a la necesidad de unificarse alrededor de una figura de autoridad que represente ciertos valores colectivos, valores que si bien universales, como la vida, la paz, la libertad o la seguridad, entre otros, no necesariamente mantienen una estructura jerárquica estable en términos de cuál es más importante que el otro, sino que, según las circunstancias, puede esta estructura invertirse o modificarse para atender las emergencias que han sido consideradas prioritarias en determinado momento. Incluso valores como la seguridad pueden resultar imponiéndose en la agenda mediática más que como imperativos morales, como ‘significantes vacíos’, pues cómo advertir que estamos seguros en un país donde, en orden de eliminar al ‘enemigo común’, se sacrifican miles o decenas de miles de vidas, se ponen en riesgo otras tantas y se afectan millones. En este sentido resulta inevitable la pregunta sobre ¿para quién es la seguridad? ¿La seguridad es un valor que nos cobija a todos o se impone sólo para unos pocos en aras de mantener sus intereses?

En el caso que aquí nos compete en torno a la construcción del prestigio de Álvaro Uribe Vélez, el efecto mediático, sin embargo, evidenció que dicho valor se imponía como un imperativo nacional del que se derivaban múltiples beneficios colectivos, como la inversión extranjera que jalonaría la economía, que a su vez jalonaría el empleo y por lo tanto el consumo y la productividad y así sucesivamente, una cadena de prodigios que de un solo valor fundamental se desprenderían. Que se afectaran en el camino algunas libertades individuales no era un problema mayor, como la de disentir públicamente de las medidas de gobierno, por ejemplo, so pena de ser señalado de “colaborar con el terrorismo”. Tampoco parecería ser problema el que, a razón de estos señalamientos, muchos fueran asesinados. ‘Efectos colaterales’ de toda medida de choque, al fin y al cabo.

Ahora bien, el cómo se haya construido el prestigio de Uribe Vélez no convierte a esta investigación en un trabajo de índole descriptiva exclusivamente. El propósito es más analítico, pues para acceder a la elaboración de una imagen de prestigio en los más importantes medios nacionales se requiere de una trayectoria para llegar a ellos. Para acceder a los mecanismos publicitarios del prestigio se requiere antes penetrar las élites que los ocupan. Pero además, un escudriñamiento cuidadoso sobre las características del prestigio otorgado al sujeto, habla más que del sujeto, de la sociedad que se lo otorga.

Si bien ha sido amplio el volumen de trabajos cuyo objeto de estudio ha descansado en la figura de Álvaro Uribe Vélez, no se ha hallado ninguno que se ocupe del análisis concreto y detallado de las formas cómo, desde los medios, se le atribuyó ese prestigio que derivó en la construcción de una figura de autoridad tan particular, y que a su vez motivó dichos estudios. Esto quiere decir que, si bien los estudios anteriores se han dedicado en su mayoría al análisis del ejercicio de autoridad de Uribe Vélez o a la percepción que se tiene de la misma, esta investigación pretende hilar más delgado y sumirse en detalle en la forma como a través de los medios se fue construyendo el prestigio que le confirió esa autoridad. Es decir, se pretende volver a un paso antes de la autoridad misma para observar los mecanismos sobre los cuales ésta se justificó.

El análisis de cómo se justifica esa autoridad a la luz de ciertos conceptos y categorías previas y con base en unos antecedentes que configuran unas circunstancias objetivas para ello, debe ilustrarnos, al menos parcialmente, sobre los valores sociales que se ponen en juego en momentos de crisis como el aquí aludido y debe, a su vez, decirnos algo sobre la talla moral de una sociedad como la nuestra.

Para este efecto el primer capítulo se dedica a elaborar un perfil del sujeto sobre el cual recayó el prestigio que es, en últimas, el verdadero objeto de estudio. Para ello se consultaron diversas fuentes documentales, escritas por autores que iban desde opositores hasta simpatizantes o incluso adscritos a la campaña y al partido que el mismo Uribe preside hoy en día. Datos biográficos como los de sus orígenes, así como otros que ofrecían un perfil conductual o psicológico y en especial los que daban cuenta de su gestión en los diferentes cargos ocupados antes de llegar a la presidencia, fueron claves para entender las características del personaje que contribuyeron a la construcción de dicho prestigio. La revisión de estos documentos, partió, por supuesto, de las categorías del prestigio previamente determinadas a partir del estudio conceptual desarrollado. Consiguientemente se establece en el capítulo 2 una serie de precisiones conceptuales y teóricas que contribuirán al establecimiento de dichas categorías que orientaron el estudio. En este sentido, las contribuciones de sociólogos, pero también de filósofos y psicólogos sociales fueron de primordial importancia. El capítulo 3 se ocupa de describir y analizar los antecedentes que prestaron un soporte a la construcción del prestigio de Uribe Vélez, pues fue sobre las experiencias pasadas que se elaboró la imagen de un candidato providencial destinado a “la salvación de la nación”. El capítulo 4 desarrolla una indagación sobre las formas sobre cómo Uribe Vélez fue accediendo a los círculos de élite, condición fundamental para acceder a la publicidad que mantiene el prestigio. Para este efecto se consultaron fuentes documentales basadas en artículos de prensa, artículos académicos y libros de periodistas e investigadores que hicieron un seguimiento a la trayectoria pública y privada de Uribe Vélez. Finalmente, el capítulo 5 se destina al examen detallado de las maneras como, según las categorías previamente establecidas, se construyó el prestigio del candidato. El examen de dicho proceso de construcción, luego de determinar la forma como Uribe fue penetrando las élites nacionales y ubicándose en un lugar de prestigio suficiente para llamar la atención de los grandes medios, se llevó a cabo recabando material de las columnas de opinión y artículos de tres de los medios de prensa más importantes del país por su volumen de circulación y su reputación periodística, como fueron el diario El Tiempo, El Espectador y la Revista Semana. Para acotar el corpus de análisis se estableció un rango temporal de un año, ubicado entre agosto de 2001 y agosto de 2002, fecha esta última en que Uribe se posesiona como Presidente de la República. Las categorías del prestigio determinadas en el estudio conceptual condujeron la selección de las columnas a partir de las ideas y argumentos que en éstas se desarrollaban. Así, se fue esbozando un mapa de cómo el prestigio político se construye según conveniencias a partir de unas categorías que destacan ciertos aspectos, pero pueden ocultar otros no convenientes para la reputación del implicado. En esta medida el prestigio deviene una construcción social maleable que se ajusta a las circunstancias y que, según la evolución de las mismas, puede perderse independientemente de las características intrínsecas al personaje.

1. ¿QUIÉN ES ÁLVARO URIBE VÉLEZ?

“No basta con decir, como hacen los franceses, que su nación fue sorprendida. Ni a la nación ni a la mujer se les perdona la hora de descuido en que cualquier aventurero ha podido abusar de ellas por la fuerza. Con estas explicaciones no se aclara el enigma; no se hace más que presentarlo de otro modo. Quedaría por explicar cómo tres caballeros de industria pudieron sorprender y reducir al cautiverio, sin resistencia, a una nación de 36 millones de almas.¹

La pregunta que titula este capítulo va más allá de la simple referencia a una serie de aspectos biográficos de tipo enciclopédico y permea el territorio de una vida que se pone en sospecha por no pareciera ser una, sino dos. De hacerse una alegoría podría pensarse en Álvaro Uribe como uno de esos personajes que aluden a la inquietud tan presente en la literatura del siglo XIX sobre la doble personalidad. Sin querer darle visos novelísticos y menos con la trascendencia que cobran las elucubraciones y escudriñamientos psicológicos de dicha novelística, quiero pensar en Álvaro Uribe Vélez como una suerte de Jekyll y Hyde de Stevenson, o El Doble de Dostoievsky, o El Horla de Maupassant. Y es que sobre la historia de este personaje pesan tantos interrogantes cuyas respuestas parecen estar ahí a la mano, pero que permanecen tercas en los rincones oscuros de una vida más allá de la pública.

Cuando uno indaga en la vida privada del expresidente (que ya es en parte pública también), pareciera que ni la propia familia conociera de lo que muchos podrían sospechar. El Uribe que se insinúa con dichos interrogantes parece un individuo tan oscuro y hermético, que poco cabe en la cabeza cuando se le ve aparecer en la vida pública y cuando se leen los elogiosos textos de sus seguidores y amanuenses. Tampoco cabe pensar de tal manera cuando uno oye hablar del Uribe que alguien cercano conoció alguna vez, tan afable, tan caballero, tan sencillo y familiar, o cuando se lee sobre su vida íntima con la familia, una vida de entrega absoluta al amor filial y a la formación de sus hijos. Y no es que pretenda poner en duda aquí estos aspectos, pues por el contrario hacen parte incluso de su herencia cultural antioqueña, sino que pongo en duda el que éstos constituyan la totalidad de un personaje que ha dado de qué hablar en las dos últimas décadas en el país.

“No es posible estar dentro de una piscina y no mojarse”, dijo el Magistrado Rubén Darío Pinilla Cogollo parafraseando a Guillermo Cano y refiriéndose a los múltiples indicios que recaen sobre el expresidente en lo que respecta a los presuntos vínculos con el paramilitarismo y el narcotráfico. De Uribe se conocen tantas relaciones con personajes deshonorosos, que no es difícil sucumbir ante la sospecha y de esta sospecha, basado en los indicios mencionados, es que parte este estudio. Por supuesto, no es facultad de esta investigación determinar si dichos indicios

¹ MARX, Carlos. “El XVIII Brumario de Luis Bonaparte.

funcionan o no como prueba, no se trata de establecer verdades a este respecto, sino de determinar cómo la sospecha, a partir de los indicios, se pone en suspenso o se hace a un lado, para dar paso a la construcción de una imagen de prestigio político con el fin de facilitarle el acceso al poder.

Los orígenes de Álvaro Uribe Vélez aparecen tan románticos como esas novelas de aires bucólicos del mismo siglo XIX que, como *María* de Jorge Isaacs o - para no alejarse de sus tierras antioqueñas - las de Tomás Carrasquilla, tan romántico y costumbrista en cierta forma, tenían en el campo no sólo un paisaje meramente descriptivo, sino un elemento narrativo y dramático que perfilaba las vidas de sus personajes. Las propias declaraciones autobiográficas de Uribe destacan la importancia del campo en su vida, pero además se evidencia ésta en el perfil y la propia construcción del prestigio que se le hace en los medios.

Hijo de Alberto Uribe Sierra y Laura Vélez, dos campesinos antioqueños del suroeste de Antioquia, zona cafetera y al mismo tiempo nicho fundacional de la cultura paisa, Uribe Vélez nació en Medellín en 1952, pero desde sus primeros días de nacimiento frecuentó las caballerizas, los potreros, los corrales y los hedores de la boñiga que dejaba su ganado. Uribe, que al parecer era buen lector de poemas y discursos veintejuleros - pues se dice que tras las faenas de campo sus padres le obligaban a leer en las noches antes de dormir - expresa su relación con el campo y las montañas muy al estilo de ese romanticismo dulzón, que más que el de una novela de Isaacs o Carrasquilla, parece el de un bambuco: “La montaña donde nací me transmitió la firmeza de sus rocas y el corazón querendón de su infinito horizonte.”² Y conociendo el slogan que caracterizó su campaña a la presidencia de “Mano dura, corazón grande”, puede uno asumir a dónde quiere llegar con la metáfora. Ese mismo tipo de relación fue la que estableció con sus propios hijos, a quienes les imponía durísimas jornadas de trabajo en las fincas mientras sus primos disfrutaban de la piscina y el ocio de los días festivos. Pero, dice él, junto a esa disciplina que les inculcaba, a veces reprochada por su esposa, corría un gran amor por sus hijos y su familia y tan estricto régimen no era más que el producto de ese amor, su preocupación por educarlos en una vocación de trabajo con miras a un futuro próspero. Puede que sus hijos hubieran adquirido esa vocación, pues la ética del trabajo del antioqueño guarda esa relación de carácter espiritual con la moral calvinista, según la cual el trabajo dignifica y asegura el reino de los cielos. Pero a su vez cuesta mucho dudar de la propensión hacia el dinero.

Dice Daniel Coronell que los hijos de Uribe llegaron como estudiantes a la Casa de Nariño y salieron como millonarios. Los cuestionamientos sobre el gobierno Uribe no sólo recaen sobre él mismo, sino sobre sus hijos. Coronell les acusó a través de la red social twitter de recibir prebendas de funcionarios de su padre durante la Presidencia para hacerse a cuantiosas sumas que en muy poco tiempo los hizo multimillonarios. Cecilia Orozco les llamó ‘los reyes Midas de Colombia’³, pues dice, al llegar a la Casa de Nariño con su padre, contaban con apenas 20 y 22 años de edad y eran apenas unos imberbes estudiantes universitarios.

² Citado en “Uribe de carne y hueso”, de Paola Holguín y Carolina Escamilla. Editorial Norma, Bogotá, 2009.

³ El Espectador. “Tomás y Jerónimo, los reyes Midas de Colombia”, Cecilia Orozco Tascón, 21 de junio de 2016

En 2003 fundaron una firma llamada Ecoeficiencia con un capital modesto de apenas 10 millones de pesos. Ecoeficiencia compraba chatarra a proveedores pequeños para venderla a grandes exportadores. Los dos jóvenes conformaban la junta directiva de la empresa y su abuelo y tío materno, dice Orozco, que eran expertos inversionistas, actuaban en calidad de suplentes. Por supuesto, nadie prestó mayor atención a los reclamos de los recicladores callejeros que quedaron sin producto para su trabajo por cuenta del pulpo que recién inauguraban los hermanos Uribe. Tres años después, en 2006, suscribieron una fiducia con una entidad financiera para adquirir dos predios rurales equivalentes a 32 hectáreas en Mosquera, Cundinamarca. En 2008, dos años después, el director de la DIAN, nombrado por el Ministro de Hacienda y posterior candidato presidencial por el uribismo, Óscar Iván Zuluaga, declaró los terrenos como “Zona Franca Permanente”. Pero poco antes de eso el alcalde de Mosquera había decretado el cambio de uso de la tierra en dicha zona, pasando de rural a industrial y logrando así que la declaratoria de zona franca de dichos terrenos fuera viable. Por supuesto, siendo así, la tierra se valorizó en dimensiones astronómicas y de valer 33 millones, valor por el cual los hijos de Uribe adquirieron las 32 hectáreas, pasaron a costar 3 mil millones de pesos, 91 veces su precio inicial. Posteriormente el alcalde de Mosquera compraría parte de esos terrenos a los hijos de Uribe. La declaración de renta de la empresa en 2010 hacía constar que, tras siete años de fundada, Ecoeficiencia había pasado de tener un capital inicial de 10 millones a ingresos netos por más de 42.000 millones, un patrimonio bruto de 11.000 millones y un patrimonio líquido de 4.500 millones.

Pero las curiosidades no terminaban ahí, además del sorprendente incremento patrimonial, los hermanos Uribe consignaban en la declaración de renta un 0 por ciento de saldo por pagar por impuesto, y un saldo a favor de 350 millones, lo cual venía a significar que la Nación, o como dice Orozco, todos los colombianos, debíamos devolverles a los hermanos Uribe esa suma. Por supuesto semejante exabrupto desató una investigación que terminó mal para los Uribe, pues tras cobrar 350 millones tuvieron que pagar en cambio a la Nación 5.400 millones entre impuestos, sanciones e intereses. Cuenta Orozco que además de todo la DIAN encontró serias inconsistencias y falsedades en la contabilidad, pues al parecer proveedores que figuraban recibiendo pagos de la empresa ni siquiera la conocían, aparecían operaciones que no fueron realizadas con quienes firmaban las facturas y cheques que eran cobrados por terceros. Por supuesto, Tomás y Jerónimo, a través de su abogado penalista declararon que habían sido asaltados en su buena fe y que todo había sucedido a sus espaldas. Misma expresión que utilizó Ernesto Samper cuando, siendo presidente, se destapó el llamado Proceso 8.000, que vinculaba su campaña con dineros del narcotráfico. Claro, Samper nunca terminó en la cárcel, como sí lo hicieron subalternos suyos y hoy es un ‘digno’ expresidente que sigue teniendo injerencia de vez en cuando en la política.

En el punto 24, dice el “Manifiesto Democrático” que presentó Uribe a los colombianos en 2002: “El padre de familia que da mal ejemplo, esparce la autoridad sobre sus hijos en un desierto estéril. Para controlar a los violentos, el Estado tiene que dar ejemplo, derrotar la

politiquería y la corrupción”⁴. Pero también dice un dicho popular, que se atribuye originalmente al poeta Latino Quinto Horacio Flaco, y que posteriormente se populariza de manera más coloquial y fraternal: “Haga plata mijo, honradamente. Pero si no puede, ¡haga plata mijo!” Las declaraciones de la familia Uribe Vélez con respecto a la vocación y el espíritu de trabajo honesto de padre e hijos, confrontados a los indicios de las actividades económicas non sanctas que pesan sobre Tomás y Jerónimo y aparentemente auspiciadas por su propio padre, parecen develar a un Uribe de dos caras: el uno suscrito a los virtuosos principios de su manifiesto democrático, y el otro amparado en el adagio popular arriba mencionado. Así pues, si de ejemplo se trata, ¿de cuál de ‘los dos Uribes’ vendría el ejemplo que recibieron Tomás y Jerónimo?

El primero, dice la biografía de Paola Holguín, es ese que dice haber conocido el amor hacia Colombia por el campo. “Mi espíritu antioqueño y mi vocación campesina me han alimentado un infinito amor por todas las regiones de Colombia.”⁵ Esa vocación campesina fue la que le ayudó a formarse en la disciplina del trabajo, más propiamente en las fincas de su padre, Alberto Uribe Sierra. Dice Holguín que Alberto les transmitió a sus hijos la pasión por los caballos, el gusto por el campo y - léase bien - las habilidades en la compra y venta de predios.

Pero ¿cómo inició el camino a la fortuna su abuelo, aquel que luego de ser un antioqueño de clase media llegó a tener varias haciendas, autos de lujo, caballos de paso que costaban cientos de millones y hasta helicóptero privado? La periodista Holguín menciona la vida bucólica y acaso bohemia del padre de Uribe Vélez, pero jamás habla en detalle de su vida económica y mucho menos del origen de tantas fincas, caballos, y del helicóptero privado. Este último bien, de carácter tan suntuoso, ha desatado una serie de graves cuestionamientos que durante la propia presidencia de Uribe se hicieron públicos, pero en poco o nada afectó su imagen. El periodista Gerardo Reyes realizó algunas pesquisas y dio con que dicho helicóptero, de matrícula HK2704, había sido incautado en una operación contra el narcotráfico en el famoso complejo cocalero de Tranquilandia, en 1984. Dicha operación estuvo comandada por el Exministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, quien ante el hallazgo del aparato en la zona habría manifestado su preocupación porque la mafia, decía, había penetrado los diferentes estamentos de la sociedad. Para entonces su hijo, Álvaro, había sido ya alcalde de Medellín y ocupaba el cargo de Concejal de la misma ciudad. El hijo de Lara dice que el asesinato de su padre estaría vinculado con el resultado de la operación de Tranquilandia, razón por la cual Uribe Sierra habría podido estar implicado en el mismo. ¿Pero cómo llegó a ser Uribe alcalde de Medellín?

Dice Contreras (2002) que para financiar la campaña a la presidencia de Belisario Betancur, se vendieron una serie de cuadros. Entre los principales compradores figuró Alberto Uribe Sierra, como constata el listado de pinturas vendidas. La obra que compró Uribe Sierra costó 20 millones de pesos de la época, que para 2002, año en que Contreras publica su libro y en que Uribe se hace Presidente, eran 310.000 dólares. Por supuesto, una vez posesionado como Presidente, Álvaro

⁴ Tomado de “Manifiesto Democrático: 100 puntos de Álvaro Uribe Vélez” recuperado de https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85269_archivo_pdf.pdf, 2002

⁵ HOLGUÍN, Op.Cit. 2009

Uribe sería nombrado por Betancur como alcalde de Medellín, con apenas 30 años de edad. Más o menos la misma edad en la cual sus hijos, en vez de convertirse en ‘delfines’ optando por la carrera política, como es costumbre entre las castas oligárquicas, lograban convertirse en millonarios, según versiones, a costa del cargo de su padre.

Sin embargo, en la alcaldía sólo duraría unos pocos meses por cuenta del escándalo en el que se vio involucrado luego de que, según denuncian Contreras y Garavito (2002), Uribe fuera invitado a una cumbre clandestina del recién naciente cartel de Medellín. En dicha cumbre participaron Pablo Escobar, Los Ochoa (padre e hijos, que, dice el libro, actuaban como uno solo), Carlos Lehder y Rodríguez Gacha. Uribe aceptó que le enviaran un helicóptero y lo llevaran hasta el sitio del encuentro. Al parecer dicho encuentro se dio a finales de 1982. Las versiones que lo defienden hablan de una crisis política en la que estaba relacionado el Gobernador, Álvaro Villegas, crisis que supuestamente tenía que ver con la no complacencia de ciertos caciques políticos con la figura de Uribe Vélez, que desde entonces solía criticar la politiquería tradicional. Según esta versión, los caciques, que pertenecían a dicha clase politiquera, mostraron su disgusto y exigieron fuera removido del cargo, ante lo cual el Gobernador debió pedirle la renuncia. Según Villegas, en su biografía publicada en 2013, el presidente Betancur lo llamó para exigirle la renuncia de Uribe Vélez pues le habían contado de sus vínculos con la mafia. Villegas lo defendió aduciendo su conocida honestidad y dijo meter las manos al fuego por él. Y tras las acusaciones indagó y descubrió que el artífice de las mismas sería Fabio Echeverry, paradójicamente artífice también de la campaña presidencial de Uribe en 2002. Echeverry negó la acusación de Villegas, según éste, por quedar bien con Uribe. Lo cierto es que Uribe salió de la alcaldía tan sólo cinco meses después de posesionado. Y cierto también es, que para entonces los carteles estaban penetrando los diferentes estamentos de la sociedad civil y política como advirtiera posteriormente Lara Bonilla. Escobar se hizo elegir Senador de la República sin que fueran de lleno conocidos sus negocios ilícitos. Fue el mismo Lara Bonilla quien lo desenmascarara una vez en el Congreso en 1983, y luego de que Guillermo Cano Isaza publicara una serie de notas en el editorial de El Espectador que contribuyeron a demoler la fachada. Por esta razón Cano fue asesinado en 1986.

En 2014, un debate realizado por el senador Iván Cepeda, vinculó a Uribe con el autor del asesinato de Cano, Luis Carlos Molina Yepes, amigo cercano de Pablo Escobar. Con documentos de Cámara de Comercio en mano, Cepeda demostró que Uribe integraba la junta directiva de Confirmesa en los años ‘80, empresa de la que, para entonces, Molina Yepes era socio principal. En su defensa Uribe quiso mostrar unas cartas que se desestimaron por no tener validez jurídica, como sí la tenía el documento que presentó Cepeda, y argumentó ser amigo de Guillermo Cano, ante lo cual la viuda del periodista lo controvirtió asegurando que nunca supo de dicha amistad y jamás pasó por su casa.⁶

El gran anhelo de la mafia, y en particular de Pablo Escobar, era penetrar los círculos de élite del país y obtener los mismos privilegios, desde una actividad que no se ajustaba a la legalidad, pero que, tal vez por esa misma razón, les daba dividendos como ninguna y les posibilitaba una

⁶ El Espectador, “El reclamo de Álvaro Uribe a El Espectador”, 23 de septiembre de 2014

riqueza como pocas en el mundo. Para ello empezaron a contactarse con diversos círculos políticos y económicos, promovieron iniciativas sociales con el dinero acumulado para ganarse el beneplácito de la gente, como el caso de Medellín sin Tugurios, barrio que inauguró Pablo Escobar y que promovió Álvaro Uribe en calidad de alcalde. Lehder intentó lo propio con sus ‘sábados patrióticos’ en los que repartía dinero y mercados por doquier. Antes de Escobar, el miso Ledher había hecho un intento fallido de penetrar la política con su Movimiento Latino. José Santacruz solicitó alguna vez su ingreso como socio del prestigioso Club Colombia en Cali, pero su petición le fue negada a sabiendas de sus actividades. En respuesta a ello, Santacruz mandó a construir una casa en el exclusivo sector de Ciudad Jardín con exactamente las mismas características y dimensiones del club en cuestión. Respuestas como esta ante la negativa recuerdan la del propio Uribe cuando, siendo joven y como revela el escritor Héctor Abad Faciolince en “El olvido que seremos”, pretendía a una de sus hermanas llamada Vicky. Dice el escritor que Uribe le llevaba serenata a su hermana, le mostraba sus notas todas en cinco en el colegio de los benedictinos, pero que ella lo rechazó porque era muy serio y sobretodo muy bravo. “Como usted no me hace caso” – le dijo Uribe en una ocasión – “la voy a cambiar”, y así llamó Vicky a su mejor yegua, porque, dice Faciolince, a él le gustaban los caballos por sobre todas las cosas, para poder decir, “Ahora monto a Vicky todas las semanas.”⁷

Con ese tipo de actos populares y de acercamientos progresivos a la alta sociedad mientras manejaba los hilos de los sectores más bajos, sórdidos y siniestros de la misma, es que hombres como Escobar lograron tanto poder, que no tuvo más necesidad de buscar a los integrantes de la élite económica, militar y política, sino que al final terminaron siendo ellos los que se acercaron a él. Por varios años, Escobar llevaba una doble vida, que logró engañar a muchos y abrirle las puertas al poder. Una indagación juiciosa de la trayectoria de Uribe Vélez da cuenta de un fenómeno semejante y este trabajo hará una aproximación sobre ello en algunos de sus capítulos.

Ahora bien, la alcaldía fue su primer cargo como mandatario, pero no su primer trabajo dentro de lo público. En 1976, a la edad de 24 años y recién graduado de estudiante de Derecho de la Universidad de Antioquia, fue nombrado jefe de bienes de las Empresas Públicas de Medellín, cargo desde el cual, dice Holguín, “lideró la negociación de tierras para la construcción de la hidroeléctrica de El Peñol, así como el traslado de los pobladores a otra zona de Antioquia, donde hoy se levanta este pueblo”.⁸ El mismo hecho es relatado por Garavito así: “Como representante de Guerra Serna⁹, fue Jefe de Bienes de las Empresas Públicas de Medellín, donde atropelló a todo aquel que no quiso vender sus tierras para el desarrollo hidroeléctrico El Peñol – Guatapé”.¹⁰

Luego pasaría por la secretaría general del Ministerio de Trabajo, según el mismo Garavito, sin pena ni gloria. En 1980 sería nombrado por el presidente Julio César Turbay Ayala, el mismo

⁷ FACIOLINCE, Héctor Abad, El olvido que seremos, 2006.

⁸ Holguín, Op.Cit. 2009

⁹ Se refiere al cacique Liberal Bernardo Guerra Serna.

¹⁰ “De ciertas yerbas del pantano”, Fernando Garavito, artículo recuperado del portal Las dos orillas, publicado en octubre 27 de 2015. <https://www.las2orillas.co/las-tres-columnas-mas-buscadas-de-fernando-garavito/>

de “Tenemos que reducir la corrupción a sus justas proporciones”¹¹, como Director de la Aeronáutica Civil. La versión de Holguín dice:

“Este fue un momento especialmente difícil por el crecimiento significativo del narcotráfico en el país y porque por su oficina pasaban las licencias de vuelos y autorizaciones de utilización de pistas de aterrizaje. Su gestión ha sido sin duda muy polémica. Ha llevado a sus opositores a afirmar que durante su labor como director de la Aeronáutica, Álvaro Uribe otorgó licencias a aeronaves y pistas que beneficiaron a narcotraficantes.”¹²

Entretanto la versión de Garavito dice:

Allá logró el más acelerado desarrollo que haya tenido la industria aérea en Antioquia. El departamento se vio de pronto cruzado por múltiples pistas y por modernas aeronaves con sus papeles en regla. Durante ese período, fue socio de su director de Planeación, el notable empresario deportivo César Villegas, con quien importó las casas canadienses de madera que ahora lucen con tanto garbo su elegante perfil en las fincas de las más discretas ciertas yerbas del pantano. Pero salió de Aerocivil a raíz de un pequeño escándalo del cual dio cuenta pormenorizada el periódico que ahora apoya su candidatura, y se dedicó de lleno a la política.”¹³

César Villegas, presidente del club Independiente Santa Fe, sería detenido por la Fiscalía en 1996 tras una investigación derivada del Proceso 8.000, por vínculos probados con el cartel de Cali y bajo los cargos de enriquecimiento ilícito y testaferrato. En octubre de 1996 El Tiempo publica un artículo con los pormenores de su vida pública y clandestina y habla de una carta anónima que detonó la investigación en su contra. En dicha carta, el autor denuncia que aparte ser testaferro de narcotraficantes, Villegas aumentó su fortuna autorizando el funcionamiento de pistas clandestinas.

Uribe se defiende de las acusaciones, según Holguín, argumentando que dichas licencias tenían que contar previamente con el certificado de estupefacientes del Ministerio de Justicia y el visto bueno de la brigada de la jurisdicción.

Su trayectoria pública continuó como concejal de Medellín y posteriormente como Gobernador, cargo desde el cual se generaron los cuestionamientos sobre su vida pública que quizá hoy pesan más que ningún otro, sus presuntos vínculos con el paramilitarismo. Pero este tema se desarrollará en capítulos posteriores.

Pero además las acusaciones sobre actividades ilícitas se extienden a otros integrantes de la familia Uribe. Su hermano, Santiago, ha sido relacionado con la creación del grupo paramilitar

¹¹ Infortunada frase que pronunció el Presidente Julio César Turbay Ayala en pleno ejercicio de su gobierno, y que lo caracterizó en adelante hasta hoy. A Turbay Ayala se le relacionaría en años posteriores con vínculos con el narcotráfico, sin que implicara efecto legal alguno sobre él.

¹² Holguín, Op.Cit. 2009

¹³ Garavito, Op.Cit. 2015

“Los Doce Apóstoles”, aún no se le ha podido condenar definitivamente por el hecho, a pesar de las evidencias que lo incriminan, pero vale aclarar que varios de los testigos en su contra han muerto asesinados, lo cual ha entorpecido las investigaciones. Su primo, Mario Uribe, ex senador y ex presidente del Congreso, fue capturado por parapolítica. Su cuñada, Dolly Cifuentes Villa, esposa del menor de los hermanos Uribe, Alberto Uribe Vélez, quien falleció en 2001, fue capturada y extraditada a los Estados Unidos en 2014, acusada de ser socia directa del narcotraficante más buscado del mundo para entonces, Joaquín ‘El Chapo’ Guzmán.

Estas páginas se quedan cortas para citar por completo el cúmulo de versiones que pretenden presentar los indicios, tanto frente a la opinión pública como frente a los estrados judiciales, de que Álvaro Uribe Vélez ha sido bañado, durante prácticamente toda su vida, por las aguas de la piscina de la que hablaba el magistrado Pinilla o embarrado por las ‘yerbas del pantano’ que mencionaba Garavito.

Siendo así, y como lo hizo Escobar durante años, Uribe pareciera tener dos rostros, uno, el del paisa de familia, trabajador, disciplinado y honesto, y el otro, el oculto, el del hombre que, desde la periferia geográfica y política, y con los más cuestionables vínculos y actividades, ha logrado penetrar las esferas más altas del poder hasta llegar a convertirse en uno de los hombres más importantes de la política colombiana en décadas recientes. Contreras y Garavito lo llamaron ‘El Señor de las Sombras’.

El acápite de Marx que precede este capítulo representa claramente la pregunta que quiere hacerse este trabajo, y que está relacionada con el hecho de que un hombre, sobre el cual pesaban tantos cuestionamientos, pudiera (y pueda aún) llegar a gobernar un país de más de cuarenta millones de almas, de las cuales obtuvo en 2002 el 53% de los escaños, representando esto casi 6 millones de votantes de poco más de once millones que acudieron a las urnas.

Sin embargo, antes de formular con precisión la pregunta, es preciso explorar los trabajos que sobre el tema o sobre aproximaciones al mismo, puedan haberse realizado.

No son pocos los estudios que se han hecho sobre Álvaro Uribe Vélez desde múltiples disciplinas. Haciendo apenas un primer repaso se pueden hallar con facilidad investigaciones de politólogos, sociólogos y comunicadores principalmente. Indudablemente el liderazgo de Uribe ha representado un fenómeno digno de ser estudiado. Eso sin contar la variedad de artículos académicos, y los libros y artículos periodísticos que han tratado el tema. Algunos libros, como el de María Jimena Duzán (2004), pretendieron hacer un perfil periodístico de su forma de gobierno manifestando claramente su intención desde el propio título como *Así Governa Uribe*. Duzán siguió al entonces presidente en sus jornadas de trabajo alrededor del país para retratar su ejercicio del poder y la forma como llegaba a la gente, liderando más en campo que desde la propia Casa de Nariño.

Por su parte, el periodista Joseph Contreras (2002) realiza una minuciosa investigación sobre el pasado turbio de Uribe Vélez para determinar que si bien Uribe parecía representar la mano dura contra la amenaza guerrillera y la corrupción partidista en Colombia, su mano se ablandaría ante el control de George Bush en Washington, por cuanto la CIA y la DEA conocen

profundos y oscuros secretos sobre el prestigioso presidente colombiano, lo que en últimas exige que se comporte de acuerdo a la altura de las expectativas del gobierno estadounidense.

Pero ese mismo Uribe, que parecía ejercer el control total a los ojos de la opinión pública, debía, como todos, entregarse a los intereses de las élites políticas y económicas que lo hicieron elegir. No sólo el fantasma de Bush descansaba sobre su sombrero aguadeño, sino el de los intereses del capital, como pretende develar en su libro el politólogo y doctor en derechos humanos Pablo Emilio Angarita Cañas, titulado *Seguridad democrática: lo invisible de un régimen político y económico*. Angarita busca develar los vericuetos ocultos de la política de Seguridad Democrática, que más que un asunto de seguridad y de democracia, se trataba de la imposición subrepticia de unas medidas económicas y fiscales destinadas a terminar de derrocar el Estado de Bienestar así retóricamente proclamara lo contrario. Contraer el gasto público, adecuar el régimen tributario, modificar las normatividades sobre los regímenes pensionales, laborales y de seguridad social, eran algunas de las proposiciones que Uribe promovía en su ejercicio del poder. Evidentemente dichas medidas iban en detrimento de la noción más elemental del bien común, pero el pueblo, embrujado con la autoridad de mano dura y corazón grande que proclamó en campaña, poco se percataba de ello y alimentaba su favoritismo en las encuestas. El trabajo de Angarita, contribuye profundamente al entendimiento del fenómeno que aquí nos compete, en tanto establece las bases pragmáticas sobre las cuales se diseñó el proyecto de Uribe y desde el cual, entonces, hubo de construirse su prestigio.

Otros trabajos se centran más en la figura de Uribe y su ejercicio del poder, tratando de caracterizarlo a la luz de diferentes posturas teóricas.

En su intención de caracterizar el tipo de dominación que ejerció Uribe Vélez como Racional – Carismática, Magda Juliana Ramírez Niño (2011) fundamenta en su tesis *Álvaro Uribe Vélez y el liderazgo racional – carismático*, las posibles razones de su legitimidad en varios aspectos, a saber: La ideología política, que en resumen plantea la seguridad y el orden como prerrequisitos de la libertad y la omisión de los partidos y el legislativo como contactos con el pueblo, para establecer un contacto directo del mismo con su líder a través de una democracia más participativa; la identidad nacional, manejando nociones de Patria y Nación en busca de un ideal cohesionador; y la ética del trabajo y la influencia religiosa como motivos de identificación del pueblo con su líder, un hombre trabajador, que mostraba su trabajo al pueblo, así como un hombre entregado a la tradición y la moral religiosa. Sin embargo, la autora no logra establecer un vínculo claro entre los rasgos políticos e ideológicos del ex - presidente y su aceptación entre los colombianos.

Por su parte, en *Consumo Ideológico: creencias sobre la política de seguridad democrática e imagen del presidente Álvaro Uribe Vélez*, Arias y Barreto (2009), buscan determinar una asociación entre el consumo ideológico sobre la Política de Seguridad Democrática (PSD), la imagen del Presidente Uribe y el consumo de bienes, productos o servicios nacionalistas entre 251 jóvenes universitarios a través de un estudio de carácter cuantitativo. A la pregunta sobre palabras con las que se asocia el concepto de la PSD, 96 de 251 jóvenes respondieron “seguridad”, 49 respondieron “Política” y 41 respondieron “país”, 34 respondieron “gobierno”, 32 dijeron “Uribe”, 25 dijeron “Grupos”, 23 respondieron “Estado”, 21

dijeron “Democracia” y 14 la asociaron con “Ciudadanos”. A la pregunta sobre qué siente al escuchar el nombre de Álvaro Uribe Vélez, los encuestados respondieron: 12 para “seguridad”, 10 por “orgullo”, 9 dijeron “rabia”, 8 dijeron “respeto”, y el mismo número para “admiración”, entre otros resultados que se evidencian en la tabla 1. Así pues, aparece notoria la inclinación a relacionar a Uribe y su PSD con la idea de la “seguridad”.

Tabla 1: Palabras asociadas a la pregunta de “¿Qué siente cuando escucha el nombre de Álvaro Uribe Vélez?”

Palabras	Frecuencia	Palabras	Frecuencia	Palabras	Frecuencia
Seguridad	12	Desilusión	5	Miedo	3
Orgullo	10	Confianza	4	Ira	3
Rabia	9	Tristeza	4	Desagrado	2
Respeto	8	Satisfacción	4	Resignación	2
Admiración	8	Presidente	3	Democrática	2
Tranquilidad	6	Poder	3	Ricos	2
Patriotismo	5	Malgenio	3		

En *El estado de opinión: la construcción del discurso de seguridad en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez*, Rodríguez (2013), analiza la construcción del discurso de Uribe durante sus períodos presidenciales para la consolidación de un Estado de Opinión que él mismo propuso. Esto, desde sus apariciones en medios de comunicación como los canales privados de televisión y los diarios El Tiempo y El Espectador. A partir de su análisis concluye Rodríguez:

“Con relación a las narrativas, la seguridad se relata fundamentalmente a través de narraciones tipo relato mito (Lyotard: 1984:46) de las operaciones y éxitos militares, que son profundamente analizados y que demuestra cómo se reconstruye la historia nacional con base en historias descriptivas sobre las operaciones militares que simplifican de forma sistemática la comprensión del conflicto armado y la existencia de diferentes actores involucrados en él.”

El trabajo de Rodríguez nos da luces sobre la importancia que cobra el discurso – relato en la construcción de la imagen y favorabilidad del Ex – presidente, pues es en éste, en relación con el contexto histórico (pérdida de confianza en los procesos de paz luego del fracaso del Caguán en el año 2001, entre otros factores), donde se consolida su legitimidad política.

El autor continúa diciendo que el discurso se hegemoniza en la población y a partir del mismo se consolida entre ésta una interpretación de la realidad. Dicha consolidación se logra a partir de la participación de los medios y los líderes de opinión, así como de las mediciones de opinión a partir de los éxitos militares del gobierno Uribe, momentos en los que obtuvo sus mayores niveles de favorabilidad.

Así, el trabajo de Rodríguez nos exhorta a pensar un análisis de ganancia y pérdida de favorabilidad y legitimidad desde los sondeos y los discursos presentes en la opinión pública a partir de los incidentes de tipo político – militar antes, durante y después de su gobierno.

La investigación de Rodríguez es de gran provecho para los propósitos de éste proyecto. Sin embargo, se queda en el análisis del discurso y la consolidación del mismo en lo público mediante el examen de ciertas construcciones simbólicas y representaciones a partir de los líderes de opinión, pero no ahonda en los factores de la legitimidad del Uribe Vélez. El trabajo, de hecho, se orienta al análisis de la construcción de la imagen del gobierno Uribe durante su ejercicio, pero no durante el periodo electoral que es lo que aquí nos interesa para ponerlo a la cabeza del Estado colombiano a pesar de sus múltiples cuestionamientos.

Daza (2010), profundiza en las estrategias de marketing de la campaña Uribe Presidente para las elecciones de 2002 y 2006, y plantea que su éxito electoral puede deberse a dichas estrategias alrededor del candidato, tanto en sus dimensiones comunicativas, como publicitarias y políticas. El autor revela una serie de datos y relaciones entre sus acciones, sus estrategias y el incremento de sus índices de favorabilidad de resultan de particular interés para este trabajo, pues toda estrategia de marketing de un candidato no tiene otro propósito sino el de elevar el prestigio del mismo para hacerse elegir. Así pues, los datos que ofrece el autor, nos ayudan a aproximarnos a una serie de categorías a través de las cuales se manifiesta el prestigio del susodicho. Sin embargo, su área de estudio se limita al fenómeno comunicativo y de persuasión que no corresponden a los intereses de este trabajo.

Las investigaciones citadas consolidan la imagen de un Uribe que se dedicó a divulgar su proyecto de recuperación de la seguridad del país a partir de la recuperación de la autoridad del Estado, pero no exploran en profundidad los constructos de opinión pública a través de los cuales se consolidó dicha imagen. Si bien es innegable la legitimidad de Uribe en los términos ‘weberianos’ de racionalidad legal, pues sus votaciones y su favorabilidad lo confirman, quedan en cuestión los mecanismos a través de los cuales se logró tal nivel de aceptación de la ciudadanía para legitimarlo en las urnas a pesar de las múltiples sospechas y acusaciones que recaían sobre su probidad desde años atrás. Sin embargo, y en honor a una adecuada objetivación del fenómeno social, no es un juicio moral lo que se pretende aquí, sino un estudio de los procesos a través de los cuales se legitima un candidato que ha sido tan cuestionado a lo largo de su carrera pública y puesto en cuestión en su vida privada. En pocas palabras, cómo se construye el prestigio de un sospechoso.

Rosanvallon (2009), habla de dos formas de legitimidad fortalecidas tras el periodo de la Gran Guerra, en el intento de formar un Estado como una maquinaria burocrática que representara el interés general: la legitimidad procedimental y la legitimidad sustancial. De la primera, dice, es derivada del reconocimiento social de un poder con ajuste a la elección subjetiva guiada por un sistema de intereses y opiniones; de la segunda, que es la legitimidad derivada de la adecuación a una norma o valores y relacionada con el concurso o selección objetiva de los más competentes¹⁴. Nuestro interés se centra sobre el primer principio, sobre esa legitimidad procedimental que caracteriza Rosanvallon, porque si bien los líderes de opinión se centraron en la caracterización de las competencias de Uribe Vélez, omitieron la idoneidad moral del candidato. Así, dedicaron de lleno su opinión a la construcción de una legitimidad procedimental, concentrada en las capacidades, el talante y la eficiente trayectoria del candidato como funcionario público, pero obviando su pasado moral, y con ello determinaron una legitimidad sustancial para la opinión pública. El resultado fue, ‘no importan los cuestionamientos que pesen sobre él, porque para el momento coyuntural que vivimos y en virtud de su talante y experiencia acreditada, Uribe es el indicado para gobernarnos’. Esto puede sugerir una maleabilidad en el criterio axiológico predominante según las demandas de una situación determinada, demandas, que bien pueden no ser el resultado de un proceso racional individual que dilucida los caminos hacia el bien común, sino de la imposición de un criterio por parte de los líderes de opinión. La pregunta que subyace no es sobre qué capacidades tenga para gobernarnos, sino hacia dónde nos llevan dichas capacidades.

Para investigar al respecto he optado por un corpus de análisis conformado principalmente por las columnas de opinión y los editoriales de los medios de prensa escrita más consumidos en el país como El Tiempo, El Espectador y la Revista Semana que se publicaron durante un año, entre los meses de agosto de 2001 y agosto de 2002, fecha en la que se posesionó Uribe como Presidente de Colombia en su primer periodo, en tanto se convierten en importantes líderes de opinión que van más allá de la representación ligera y fugaz de los noticieros de televisión, aunque no por ello estos últimos carezcan de importancia. Dichas fechas son apenas un referente, pues si bien establecen un marco temporal en la carrera por la presidencia en el que se producen momentos críticos en la carrera hacia la presidencia e importantes variaciones en las encuestas y de ahí al resultado, no necesariamente se convierten en camisa de fuerza para el análisis. Por supuesto, se incluyen en el mismo algunos artículos o columnas que corresponden a otras fechas que se extienden incluso hasta los años noventa, cuando Uribe era Gobernador de Antioquia. Esto, por resultar de suma trascendencia para el análisis del fenómeno en cuestión.

Sin embargo, el estudio no se concentra en un análisis textual, ni se limita a indagar en cómo se caracterizó este prestigio del candidato, luego presidente, pues en la carrera por llegar a figurar en los medios nacionales y lograr el impacto sobre el público elector, Uribe debió acceder a la élite del poder nacional para ser tenido en cuenta. En estos medios, son motivo de noticia y análisis quienes logran un lugar de importancia en estos círculos, bien sea por sus virtudes o por

¹⁴ ROSANVALLON, Pierre, “La legitimidad democrática: imparcialidad, reflexividad, proximidad”, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2009.

sus vicios. Y Álvaro Uribe Vélez lo logró a tal punto con el impulso de las élites regionales, que finalmente fueron las élites nacionales las que terminaron acercándose a él.

Por ello este trabajo parte de dos preguntas que, por su relación fáctica, se condensan en una: *¿Cómo se construyó el prestigio político de Álvaro Uribe Vélez en la opinión pública nacional, particularmente a través de los medios de prensa escrita más importantes del país y a pesar de sus cuestionamientos y cómo accedió a dicha opinión pública con miras a las elecciones de 2002 con el fin de ponerle a la cabeza del Estado en Colombia?*

2. CONSIDERACIONES SOBRE EL PRESTIGIO POLÍTICO EN EL CASO DE ÁLVARO URIBE VÉLEZ: UNA PERSPECTIVA CONCEPTUAL

Cualquier delimitación conceptual del *prestigio* dentro del campo político, como la que aquí se pretende, debe pasar antes por una consideración de dos categorías articuladas al concepto como son el *poder* y la *autoridad*. En sociedades democráticas, comprendidas bajo el ideal de la libre elección de los gobernantes, *el poder*, que la Real Academia define como “*Acto o instrumento en que consta la facultad que alguien da a otra persona para que en lugar suyo y representándolo pueda ejecutar algo*”, se confiere no a quien ejerce coerción sobre sus ciudadanos, sino a quien obtiene el mayor prestigio para ganar la anuencia de los mismos. La institucionalidad, por su parte, dicta que, de no obedecer el mandato popular investido en el gobernante, entonces es propio de ella ejercer la coerción o el monopolio de la violencia, subyugación obligada al mando de lo instituido en favor de una convivencia armónica en sociedad. La regla implícita en toda sociedad es que de no atender los mandatos de la autoridad y de la institución se justifica la coerción o el uso de la fuerza sobre quien desobedezca. Se impone entonces, en estas sociedades democráticas, un principio de racionalidad legal sobre la institucionalidad que parte de la premisa de la obediencia por consenso, o de lo contrario se legitima el uso de la fuerza coercitiva.

La pregunta que subyace a esto es, ¿por qué consentimos en obedecer? ¿Es porque prima un sentido racional de la obediencia, fundado en el ideal de que se permite gobernar al gobernante porque es quien mejor nos ha de llevar al bien común, o es porque detrás de esta fachada se oculta una “mano de hierro” que nos amenaza con la coerción? ¿Si no estoy de acuerdo con una ley promulgada, sea por decreto o por legislación, la obedezco por mi comprensión racional de la institucionalidad o porque está soportada en última instancia sobre la posibilidad de la fuerza sobre mí? En “La construcción social de la realidad” dicen Berger y Luckman:

“La legitimación del orden institucional también se ve ante la necesidad continua de poner una valla al caos. Toda la realidad social es precaria; todas las sociedades son construcciones que enfrentan el caos. La constante posibilidad del terror anómico se actualiza cada vez que las legitimaciones que oscurecen la precariedad están amenazadas o se desploman. El temor que acompaña a la muerte de un rey, especialmente si acaece con violencia repentina, expresa ese terror. Por encima y más allá de las emociones de pesar o de las preocupaciones políticas pragmáticas, la muerte de un rey en tales circunstancias trae el terror del caos a una cercanía consciente. La reacción popular ante el asesinato del presidente Kennedy es un ejemplo poderoso. Puede comprenderse fácilmente por qué a los acontecimientos de esta índole tienen que sucederle inmediatamente las

más solemnes reafirmaciones sobre la realidad continuada de los símbolos protectores.”¹⁵

Para Berger y Luckman entonces, la obediencia al orden institucional se debe al temor que genera el caos anómico, un devenir natural de toda sociedad de no instaurarse un orden institucional que ejerza el control. Hay una necesidad inherente de autoridad para no sucumbir al caos. Según esto, es deducible que cualquier organización social, sea en clanes, tribus, pueblos, ciudades o naciones, requiere del orden que le procura la institucionalidad investida, bien en unos organismos o bien en una persona para poder conformarse como tal.

Sea por lo que sea que se dé el consentimiento a ser gobernados, el poder requiere el acuerdo tácito sobre una fachada de racionalidad bajo el precepto de que la elección de un gobernante, por la legitimidad investida en él y ésta fundada sobre el prestigio, es la que nos conducirá al bien común. Esta legitimidad es la que sostiene el principio de *autoridad*. No quiere decir esto, sin embargo, que el prestigio se convierta en condición *sine qua non* para gobernar, pues se puede gobernar estando desprestigiado, sino que, en términos ideales, es el prestigio del que se enviste al gobernante el que lo hace digno de tomar las riendas del gobierno. En su tercera acepción, la real academia define *autoridad* como “*Prestigio y crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad y competencia en alguna materia.*” Es decir, la autoridad, a diferencia del poder, que es la facultad para el mando o dominio sobre el otro, o el Poder (con mayúscula para una diferenciación de nociones) que sería la autoridad conferida institucionalmente para el mando, va investida de un prestigio que le otorga la legitimidad para gobernar, una reputación o valoración positiva que le posibilita ser aceptado como conductor de los destinos de una sociedad. Si está en mi elegir a alguien que esté en capacidad de gobernar, ha de ser porque posea ciertas cualidades que lo hagan merecedor de semejante facultad. Esas cualidades descansan en buena parte en el prestigio que se le crea al personaje. Dos preguntas se pueden derivar de esta afirmación: ¿qué es entonces el prestigio? y ¿cómo se consigue? Ambas respuestas han sido lo bastante esquivas en los pocos estudios existentes sobre el tema como para ofrecer aquí resultados contundentes. Sin embargo, se puede hacer un repaso de las diversas nociones de prestigio que han atravesado las teorías de algunos autores.

Le Bon (2004) lo contempló como “una suerte de dominio ejercido sobre nuestra mente por un individuo, una obra o una idea” y añadió: “este dominio paraliza enteramente nuestra facultad crítica y llena nuestro espíritu con asombro y respeto”¹⁶ Para Le Bon, el prestigio se acomoda entonces dentro de un fundamento irracional que produce el respeto hacia el objeto ponderado. Dice Le Bon que el prestigio se divide en dos clases principales: el *prestigio adquirido* y el *prestigio personal*. El prestigio adquirido – explica – es aquel que resulta del nombre, la fortuna y la reputación. Independientemente de las cualidades personales, el prestigio

¹⁵ BERGER, Peter, Luckman, Thomas, “La construcción social de la realidad”, Amorrortu editores, Buenos Aires 2003.

¹⁶ Le BON, Gustave, “Psicología de las masas”, s.e. Buenos Aires, 2004. Recuperado de: <https://seryactuar.files.wordpress.com/2012/12/psicologc3ada-de-las-masas-gustave-le-bon-1895-pdf.pdf>

adquirido se obtiene por causas objetivas, externas al sujeto y por lo general institucionalizadas. Una posición jerárquica, una gran fortuna económica o ciertos títulos lo hacen acreedor de prestigio. Por ejemplo, una cosa es el prestigio obtenido por ser el Presidente de la República, y otra el prestigio personal, como una especie de carisma, que lo lleve a ser elegido como dicho presidente.

Por el contrario, el prestigio personal es exclusivamente propio del individuo y puede ser reforzado por el prestigio adquirido, pero puede perfectamente existir en su ausencia. Le Bon no atina en explicar con precisión a qué se refiere con dicha forma de prestigio, y simplemente lo caracteriza como la facultad de ejercer una atracción magnética sobre otros individuos forzando la aceptación de sus ideas y sentimientos sobre quienes le rodean (Le Bon, 2004). Quedamos, eso sí, sin saber en qué consiste esa atracción magnética o cómo se logra. En todo caso, fundamenta su noción de prestigio sobre bases irracionales que, dice, nos impide ver las cosas como realmente son. Su idea del prestigio personal, sin embargo, no trasciende los límites de la fundamentación psicológica que concentra su análisis sobre las producciones del individuo desde la psiquis, más que sobre las interacciones sociales que lo constituyen y lo rodean.

Pero además, la noción de Le Bon resulta un tanto esencialista más que procedimental y relacional, en tanto confiere al prestigio esa cualidad cuasi mágica o misteriosa que reposa en el individuo y que es reconocida por los demás, mas no construida por estos. Es como si el prestigio fuera una atracción que emanara del sujeto sin tener en cuenta a quien le percibe. Claro, la noción de Le Bon corresponde más al ámbito de la psicología social que al de la sociología y su centro está en las producciones de la psiquis y no tanto en los constructos simbólicos resultantes de las interacciones.

Joseph Boucek, que no apela necesariamente al sustrato irracional¹⁷, lo define como “una valoración más elevada de un individuo o un fenómeno colectivo en comparación con otros individuos o con valores colectivos.” (Boucek, 1957). En la noción de Boucek sí encontramos un énfasis en la interacción social y el prestigio no emana del prestigioso, sino que le es conferido por quien le percibe en relación con otros y consigo mismo. Si bien su definición es escueta también, contribuye al estudio del prestigio en tanto lo delimita con el uso de ciertas dimensiones que lo conforman. Boucek afirma que el prestigio puede tener una base *orgánica*, que se refiere a categorías como la edad, el sexo, el temperamento, la capacidad física y la fuerza; una base *psíquica* que comprende el conocimiento, la sabiduría, facultades y educación; y una base *social* que se refiere al status social derivado de familias profundamente enraizadas o de la reputación familiar, del estatus racial y del estatus cualificado por grados académicos, títulos, entre otros.

Por otra parte, en “La Élite del Poder”, C. Wright Mills se atiene a la noción de prestigio de Le Bon y resalta el hecho de que se le trate con frecuencia como “una fuerza misteriosa” (Mills, 1957). Valga aclarar que etimológicamente el vocablo latino *praestigium* se refiere a “un acto de magia” y en sus derivados latinos como en el italiano o el francés la palabra adquiere connotaciones de engaño, fraudulencia. Desde su postura Le Bon coincide con el aspecto

¹⁷ Donde conviven una serie de valoraciones ligadas a las producciones emocionales del sujeto antes que a los constructos racionales.

etimológico de la palabra en la idea de que el prestigio se trata de hacernos ver lo que no es¹⁸. Este aspecto, y la idea de Le Bon de que el prestigio nubla nuestras capacidades críticas resultan fundamentales para este estudio.

Sin embargo, Mills va más allá de la noción psicológica y extiende el prestigio a una dimensión social afirmando, y esto es importante, que cumple una función unificadora. Mills se refiere a la capacidad que tiene el prestigio de reunir a las clases altas, a las élites económicas y del poder alrededor de la idea de lo prestigioso. Lugares, personas, instituciones, todo un campo simbólico - en los términos de Bourdieu - que representa lo que ha adquirido, bien sea por su historia, por tradición o por capital económico, entre otros factores, una reputación destacada para el resto de la sociedad. El prestigio instaure redes fundadas en el capital simbólico conferido a los elementos que conforman su tejido. Los hombres prestigiosos se mueven, por supuesto, entre lugares de prestigio; sea el club, las instituciones gubernamentales, los grandes edificios de emporios económicos, las mansiones, o los destinos turísticos más lujosos, entre otros. Acceder a cualquiera de estos lugares requiere hacerse, o bien a un capital económico o bien a un capital político o bien a un capital simbólico suficientes y sin duda su acceso será sometido a rigurosos estudios entre los papeles y las miradas escrutadoras de sus ya veteranos integrantes que procuran bien sea la aceptación o la sanción social. De esta manera el prestigio se convierte en una herramienta simbólica de unificación de clase.

A pesar de ello, no quiere decir que cualquier dimensión del prestigio, en el entendido de los modos de expresión de prestigio que presenta Boucek, pueda garantizar el enclasmiento de un individuo. Una persona puede contar con algunas de las propiedades orgánicas o psíquicas del prestigio, como la sabiduría, el carácter, la inteligencia, el temperamento, o incluso la educación, pero no por ello se le asegura una posición de clase en los círculos de élite.

Así mismo dice Mills que ni la fuerza de los cañones ni el dinero garantizan el prestigio, debe mezclarse con ello alguna reputación para crearlo. “Una minoría no puede adquirir prestigio sin poder, ni puede conservarlo sin reputación”¹⁹. Pero a su vez el poder de una minoría basado en la reputación, no puede mantenerse frente a la reputación que confiere el poder. En otras palabras, la reputación obtenida por ocupar lugares de poder (sea en instituciones, clubes o empresas, entre otros) se impone sobre el poder mantenido a punta de reputación. Es la imposición de la institucionalidad sobre la opinión pública.

Álvaro Uribe, por ejemplo, comenzó su carrera en el poder político en la Alcaldía de Medellín, cargo que le fue otorgado no por elección popular, sino por elección burocrática, como dictaba la Ley entonces. Fue seleccionado por representantes del poder mismo como el propio Presidente de la República y en parte por haber llevado una trayectoria en la función pública de la mano de otros representantes de las élites del poder, en este caso caciques políticos. Fue en el ejercicio de esta función de mando ejecutivo que comenzó a adquirir prestigio dentro del círculo político, es decir, más por el lugar de poder que ocupaba que por la propia reputación que ya

¹⁸ Del latín *praestigium* (acto de magia) y a su vez proveniente del verbo *praestringere* (amarrar), compuesto por *prae* (antes) y *stringere* (atar).

¹⁹ WRIGHT Mills, C., “La élite del poder”, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1987

venía adquiriendo en otras funciones. Esto permite inferir un aspecto importante: el lugar de poder, y en especial el de mando ejecutivo, confiere un mayor reconocimiento social, puesto que el mandatario se oficializa como la cabeza de la organización política y burocrática. Dicho reconocimiento es el que redundo, de cumplir con ciertos valores institucionalizados, en una ganancia de mayor prestigio. De esta manera, una labor bien reconocida en un campo de mayor poder, confiere mayor prestigio puesto que implica no sólo mayores responsabilidades sino el reconocimiento de un mayor número de personas.

Así entonces, el prestigio estaría condicionado por dos factores que funcionan conjuntamente: 1) El lugar de poder en el que se encuentra el prestigiado; y 2) Las capacidades, cualidades y comportamientos que se le valoren con superioridad en el ejercicio de sus funciones.

Nótese que no se dice aquí '*prestigioso*' sino '*prestigiado*', pues se pretende establecer que el prestigio no se reduce a una atracción misteriosa que emana del sujeto en cuestión, como si fuera una condición inherente a él, sino que se convierte en un constructo social que se le va atribuyendo en un proceso continuado a dicho sujeto a través de las cualidades que le son reconocidas y según ciertas condiciones objetivas.

Mills agrega otra función al prestigio que es la de reforzar el poder y convertirlo en autoridad para protegerlo de todo reto social. Desde el momento que se pone en duda, el prestigio deja de ser. "Los dioses y los hombres que han conservado su prestigio durante mucho tiempo, - dice - no han tolerado nunca que se les discuta. Para que la muchedumbre lo admire debe mantenerse a distancia"²⁰.

En generaciones pasadas era más común escuchar a los padres reprender a sus hijos por cuestionar sus decisiones, alegando que éstas no se cuestionaban por el simple hecho de ser sus padres. En respuesta sus hijos tan solo callaban y obedecían. El prestigio obtenido por el título era incuestionable. Hoy es más usual ver los esfuerzos de los padres por hacerse al respeto de sus hijos, tratando de ganar un prestigio que les garantice la autoridad en tiempos en que la institucionalidad es tan cuestionada. Antes, además, el niño no podía involucrarse en conversaciones o reuniones de adultos y tenía que mantenerse a distancia en sus asuntos, como si éstas figuras de autoridad fueran insufladas por un misterio indiscernible e inherente a su condición. El niño, preso de la curiosidad, apenas asomaba su cabecita medio oculta tras la pared para presenciar y escuchar lo que los adultos hacían y hablaban, soportando la angustia de ser descubiertos en su pilatuna.

Mantener la distancia era, en parte, lo que confería ese misterio, ese prestigio a los adultos y a su mundo tan hermético. Prácticamente todo niño quería acelerar el tiempo, para una vez alcanzar la adultez, poder acceder a semejantes privilegios. Había un cierto misterio en el prestigio, claro. Pero ese misterio se va aclarando en la medida en que se establece una administración más racional de ese poder. En la medida en que se conocen los mecanismos del poder, su aparato burocrático y el acceso al mismo o al menos a las formas de incidir sobre las decisiones del mismo, se esclarece el manto que lo cubre y va desapareciendo el misterio. Por ello encumbrarse como una autoridad carismática en un régimen racional burocrático y

²⁰ WRIGHT Mills, C. Op.Cit., 1987

democrático es mucho más difícil que lograrlo en ciertas sociedades tradicionales o con organizaciones políticas arcaicas donde la condición para el dominio pasa por el reconocimiento del carisma, al menos que tenga las estrategias adecuadas en el momento adecuado y la complicidad de los medios para la construcción de tal imagen.

Por ello tal vez la cerrazón de los círculos de élite, su hermetismo a la hora de dejar entrar a un nuevo integrante. Las élites son como una cofradía a la que no cualquiera tiene acceso y mantienen su distancia con el resto de la sociedad, alimentando el misterio de su poder, de sus intrínquilis en la toma de decisiones que determinan los destinos de una comunidad, una nación, o por qué no, del mundo entero. Sólo se dejan visibilizar en sus frivolidades a través de los medios de comunicación; las revistas, las páginas sociales de los periódicos o la televisión, entonces el mundo sólo conoce un universo de lujos, placeres y privilegios, pero ignora las conjuras que se esconden tras telones a la sazón de unos whiskeys y unos manjares de la mejor calidad.

Ahora, ¿cómo se obtiene el prestigio para acceder a estas élites? Pretendemos entender aquí el prestigio como una valoración que se realiza en tanto es reconocida por otros, es decir, no se aviene una persona a prestigio sino es ante los demás. El prestigio es, antes que nada, una condición social, un reconocimiento de la superioridad del otro según unos patrones sociales, bien sean de conducta, de tenencia o de esencia. Es decir, depende de cómo me comporto en sociedad (modales, etiqueta, glamour, educación, cultura de clase, capacidades); del qué poseo (capital económico, bienes); o del qué soy (títulos, oficios o profesiones, reputación) entre otros aspectos. El prestigio es un capital simbólico que se obtiene en la confluencia de varios de los demás capitales, sean el económico, el político o el cultural.

Para efectos de este análisis de la construcción del prestigio de Uribe Vélez se tomará el conjunto de categorías de Boucek, pero será necesario revisarlas, no sólo por precisar conceptos como el de lo psíquico, sino porque se hace necesario agregar otros, en virtud de que aquí se trata del prestigio político, es decir, aquel que está relacionado con la legitimación del dominio sobre un grupo social. En este sentido se ponen en juego aspectos éticos que inciden sobre la relación dominador – dominados. Por ello se hace necesario incluir una nueva categoría que es la de los *factores éticos del prestigio*. Sumado a esto es necesario precisar el concepto de lo psíquico pues Boucek le atribuye una definición amplia e inexacta que se fundamenta sobre lo que son más bien propiedades intelectuales. Por ello debe tenerse en cuenta una categoría relacionada con los *factores intelectuales*, especialmente si hablamos del prestigio de un político y en particular de uno que aspira a gobernar, pues dentro de las capacidades requeridas para el ejercicio de gobierno se comprenden, idealmente, un mínimo de inteligencia y de conocimientos generales y específicos relacionados con la actividad a realizar. Entre mayor el conocimiento y otros aspectos como la sabiduría, experiencia, educación y facultades cognitivas como la inteligencia, mayor el prestigio adquirido. Recientemente el actual Presidente del Congreso, Ernesto Macías, fue sometido al escarnio público por haberse demostrado públicamente que carecía del título de bachiller, lo cual lo hizo aparecer como no apto para ejercer el cargo adjudicado. Si bien los títulos corresponden a factores sociales, pues atribuyen cierto status al poseedor, están relacionados igualmente con la presunción de que dichos títulos representan un nivel de formación educativa que redunde en la posición social y también en el prestigio adquirido. Así, a

mayor educación en campos como el político, mayor prestigio. Tal es la razón por la cual los aspirantes a la Presidencia suelen estudiar en prestigiosas universidades, no sólo por el status que les confieren los títulos de instituciones como Harvard u Oxford, entre otras, sino porque dichos títulos suponen una formación adecuada para ocupar en el futuro dichos cargos.

En cuanto a los factores psíquicos, los limitaremos a lo que corresponde a la noción precisa, que se refiere, desde sus orígenes etimológicos (*psyché*) al “alma humana” y designa a la fuerza vital del individuo. La *psyché* se refiere a todos los procesos conscientes e inconscientes que conforman la actividad de la mente humana como unidad. Siendo así, no podemos reducir los factores psíquicos a los factores cognitivos como lo hace Boucek, sino que debemos circunscribirlos a los factores mentales que comprenden también aspectos de la actividad inconsciente. El carácter, el temperamento, la fuerza de voluntad, la disciplina, el liderazgo, el coraje, la diligencia, son valores que conforman los factores psíquicos del prestigio.

Así las cosas, el análisis que aquí compete se realizará sobre cinco categorías que serían:

- *Factores sociales*: aquellos relacionados con el status social derivado de las familias o lo que popularmente se conoce como abolengos. Status racial, títulos académicos y títulos de nobleza como príncipe, caballero, barón, marqués, entre otros, buen gusto y buenas maneras o modales, capital cultural, y muy especialmente dinero o capital económico.
- *Factores intelectuales*: Los relacionados con valores como el conocimiento, la sabiduría, la educación, facultades cognitivas como la inteligencia y la experiencia.
- *Factores orgánicos*: Aquellos relacionados con la edad, el sexo²¹, la capacidad de trabajo, la capacidad física y la fuerza.
- *Factores psíquicos*: Los que tienen que ver con el temperamento, el carácter, la fuerza de voluntad, la disciplina, el coraje, liderazgo, diligencia.
- *Factores éticos*: Los que designan valores como el comportamiento moral, el arreglo a la justicia y la legalidad, disposición al diálogo y la concordia, compasión, empatía y tolerancia.

Siendo así, llamaremos entonces ***prestigio político*** al *carácter de superioridad atribuido a una persona para ejercer dominio sobre otras, y otorgado por la construcción social de unas cualidades sociales, intelectuales, orgánicas, psíquicas y/o éticas, en virtud de su correspondencia con las estructuras simbólicas establecidas en la sociedad*. El prestigio es de hecho, para Bourdieu, una forma de capital simbólico y como el carisma, se basa en la creencia y no en elaboraciones exclusivamente racionales. Aun así, en la construcción del prestigio median, en determinado momento, procesos de racionalización que comprenden el establecimiento de

²¹ En sociedades patriarcales o matriarcales, según sea el caso, el sexo puede establecer diferencia a la hora de adjudicar un lugar de prestigio al individuo. En sociedades matriarcales como la de los wayúu, en la Guajira colombiana, por ejemplo, los padres de familia no tienen mayor status social y dicho status lo ocupa mejor el hermano de la madre, es decir, el tío materno.

una relación entre el individuo y el contexto social, político y cultural en que se desenvuelve con el fin de investirle de prestigio según su adecuación apropiada y sobresaliente hacia los valores que soportan dicho contexto. La atribución de prestigio pues, no sólo obedece a procesos irracionales sino a juicios racionales que, sin embargo, pueden estar viciados por la manipulación de la información que les sirve de base, el moldeamiento de la percepción hacia el contexto y el individuo en cuestión. No se puede negar la capacidad de racionalizar al elector, pero sí hay que aceptar que dicho razonamiento puede estar viciado por una base epistémica inconsistente con la realidad. Es ahí donde actúan las élites y en consecuencia la divulgación de información de los medios.

Ahora, hay dos formas de acceder al reconocimiento de dicho prestigio: bien por contacto directo con otros individuos cuando están al acceso de la persona, es decir, entre su comunidad cercana, lo cual implica grupos más o menos reducidos; o bien por publicidad en los medios cuando se trata de alcanzar un prestigio nacional o internacional, cuando se trata de grupos relativamente extensos o incluso masivos. De cualquier forma, el prestigio exige ser publicitado para realizarse y para consolidarse.

Para que el candidato acceda al poder en una sociedad democrática, con un sistema electoral representativo, se requiere no sólo escalar los peldaños de la institucionalidad y los títulos que lo lleven a ese lugar de poder, sino publicitar dicho prestigio ante la opinión pública. Como el grueso de los electores no conoce personalmente a sus futuros gobernantes, no hay otra forma de concederle el prestigio sino es mediante la publicidad que de él se conozca. No es extraño ver en las fotos de las páginas sociales de los diarios a dirigentes políticos y económicos, así como a destacados periodistas, compartiendo en cocteles, fiestas o reuniones sociales de todo tipo.

De estos círculos, dice Mills en su análisis de las élites en la sociedad estadounidense, participan los dominios económicos, políticos y militares. En Colombia no es tan diferente. Una especie de Leviatán de tres cabezas se esconde tras las paredes de clubes como el Country o el Nogal en Colombia y nunca se le ven juntas, coordinadas por un solo cuerpo, sino que se manifiestan como entes independientes, que en realidad funcionan como uno solo para mantener la hegemonía de dichas élites. Dice Mills en su texto:

Como cada uno de esos dominios ha coincidido con los otros, como las decisiones tienden a hacerse totales en sus consecuencias, los principales individuos de cada uno de los tres dominios de poder – los señores de la guerra, los altos jefes de las empresas, el directorio político – tienden a unirse, a formar la minoría del poder de los Estados Unidos.²²

Y sigue más adelante: “(...) La minoría está formada simplemente por quienes tienen el máximo de lo que puede tenerse, que generalmente se considera que comprende el dinero, el poder y el prestigio, así como todos los modos de vida a que conducen estas cosas.”

²² MILLS, Wright C., Op.Cit. 1987

En su libro “Seguridad democrática, lo invisible de un régimen político y económico”, Pablo Emilio Angarita concluye:

La Seguridad Democrática, contenida en el Plan Nacional de Desarrollo, constituye la parte invisible del iceberg de un régimen político bonapartista que logró mejorar las condiciones generales de seguridad de “el país” en su propósito de obtener mayor “confianza inversionista”. Sus verdaderas intenciones se encontraban sumergidas en la parte oculta del iceberg, es decir, en el proyecto de incrementar las utilidades del capital privado local y transnacional, como lo corroboraban dirigentes militares, políticos y económicos del país.²³

Es decir, Angarita intenta demostrar que la política de Seguridad Democrática en Colombia constituyó una estratagema urdida entre las élites políticas, militares y económicas para incrementar las utilidades del capital privado, bajo la política de no negociar con terroristas y arrasar con cualquier actor violento o no violento que se pusiera en el camino. Uribe fue elegido para esto con una votación sin precedentes en la historia reciente del país y fue el primer presidente en las últimas décadas en ganar en primera vuelta con un margen arrollador. El mensaje de campaña de Uribe de garantizar la seguridad como derecho fundamental aniquilando a los grupos alzados en armas a toda costa, caló entre la ciudadanía, sin saber necesariamente, y como Angarita afirma, los intereses ocultos detrás de ello. Sin embargo, la campaña de este proyecto de seguridad arrojó, así mismo, unos de los índices de violencia más altos de la historia.

Tras sus ocho años de gobierno se reforzó la idea de que Uribe había sido el mejor presidente de la historia de Colombia, sin importar qué tanto conocimiento de la historia nacional tuviera quien lo afirmara a todas voces en cada rincón del país. Para casi seis millones de colombianos en la primera ocasión y para más de siete millones en la segunda²⁴, Uribe se constituyó en la mejor opción de gobierno, no sólo una, sino dos veces. Sin embargo, el país se polarizó alrededor de su figura hasta el punto de que las dos corrientes políticas dejaron de clasificarse entre Liberales y Conservadores, como en tiempos del bipartidismo. Ahora eran *uribistas* y *antiuribistas*, sin importar de qué pelambre fueran ni los unos ni los otros.

Para los primeros el bien común giraba en torno a la procura de la seguridad, tan afectada por entonces a juzgar por las cifras de masacres, asesinatos y secuestros alrededor del territorio nacional. Para los segundos, el bien común iba mucho más allá de ello y se concentraba más que todo en garantizar las condiciones sociales para que nadie tuviera que verse impelido a la violencia y le apostaban, además, a la posibilidad negociada del conflicto. ¿Cómo entonces lograr consenso en torno a lo que se considera el bien común?

²³ ANGARITA Cañas, Pablo Emilio. “Seguridad democrática: lo invisible de un régimen político y económico”, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 2011.

²⁴ Uribe obtuvo 5’862.655 votos para las elecciones de 2002, lo que le representó un 53% del electorado y 7’397.835 votos en las elecciones del 2006, lo que significó un 62.3% del mismo.

Para Schumpeter (1996), no hay posibilidad de tal consenso. No porque unos deseen algo diferente al bienestar para todos, sino porque la misma diversidad social hace imposible que haya consenso en torno al mismo, es decir, no existe una determinación unívoca del bien común en virtud de una argumentación racional. ¿Cómo llegar a acuerdo cuando en una sociedad compleja las formas y condiciones de vida son tan variadas? Esta diversificación de criterios se da, porque según él, nuestras concepciones de la vida y la sociedad están más allá de la mera lógica. Como Gustave Le Bon, Freud, Nietzsche o Pareto, entre otros pensadores de los siglos XIX y XX, Schumpeter defendía las tesis que contemplaban la incidencia del inconsciente y del sustrato irracional en el individuo y la sociedad. Para él entonces, decidir sobre lo que es o no es bueno para la sociedad no era sólo una cuestión de razón y lógica, sino también de las circunstancias del momento y las posibles emotividades y valoraciones que de ellas pudieran surgir. Esta noción será de vital importancia para el planteamiento que quiero desarrollar.

Si bien Schumpeter toma con pinzas la postura de Gustave Le Bon con respecto a la psicología de las multitudes, considerando exagerados sus planteamientos sobre las realidades del comportamiento humano en masa, concuerda con él de manera moderada afirmando que, si bien no en la dimensión que Le Bon le atribuye, sí florecen en la multitud ciertos comportamientos irracionales, quizá no como una desaparición absoluta de los frenos morales o como el surgimiento de un impulso primitivo o infantil negando toda posibilidad a los modos civilizados, pero sí como erupciones de irracionalidad que obnubilan hasta cierto punto la capacidad de juicio. Además, y más importante para los propósitos de este trabajo, no constriñe el concepto de multitud a la presencia física de grandes números de personas, sino que, como concepto estrictamente psicológico que es, no requiere de la presencia física común, sino que puede darse también a distancia. Es decir, la multitud, para conformarse y para manifestar su comportamiento irracional, no requiere de una reunión masiva de individuos en términos físicos.

(...) No hay que olvidar que los fenómenos de la psicología de las multitudes no están confinados en modo alguno a las turbas que bullen en las calles estrechas de una ciudad latina. Todo parlamento, toda comisión, todo consejo de guerra compuesto por una docena de generales sexagenarios, muestra, aunque sea en una forma atenuada, algunos de los rasgos que aparecen tan claramente en el caso de la chusma, especialmente un sentido de responsabilidad reducido, un nivel inferior de energía intelectual y una sensibilidad mayor para las fuerzas extralógicas. Además, esos fenómenos no quedan limitados a una multitud, en el sentido de una aglomeración física de mucha gente. Los lectores de periódicos, los radioescuchas, los miembros de un partido, aun cuando no estén reunidos físicamente, tienen una enorme facilidad para transformarse en una multitud psicológica y para llegar a esta

situación de frenesí en la que un intento de argumentación racional no hace más que avivar los espíritus animales.²⁵

Schumpeter agrega que aún si hipotéticamente hubiere acuerdo en torno al bien común, las soluciones a los problemas para alcanzarlo no serían unánimes. En este sentido la *voluntad general* sería también un imposible, si se considera que dicha voluntad conlleva implícita la determinación de un bien común hacia el cual tender. Si no existe un bien común acordado, o acaso una solución para alcanzarlo, ¿cómo entonces dar ruta a la voluntad general? En Schumpeter la idea de la voluntad general obedece a una generalización necesaria de las voluntades individuales por parte de los *utilitaristas*, voluntades que, por la imposibilidad de resumirlas en una, tienden a generalizarse en torno a ciertos supuestos de un objeto “natural” de dicha voluntad. Dice Schumpeter al respecto:

(...) El concepto particular de la voluntad del pueblo, o de la *volonté générale*, adoptado por los utilitaristas, se desvanece en el aire. Pues ese concepto presupone la existencia de un bien común claramente determinado y discernible por todos. En contraposición a los románticos, los utilitaristas no tenían esa noción de esa entidad semimística dotada de voluntad propia, esto es, de ese “espíritu del pueblo” que tanto apreciaba la escuela histórica de la jurisprudencia. Derivaban ingenuamente la voluntad del pueblo de las voluntades de los individuos. Y a menos que haya un centro, el bien común hacia el cual graviten *todas* las voluntades individuales, a largo plazo al menos, no obtendremos ese tipo especial de *volonté générale* “natural”.²⁶

En lo que esto resulta es en la diversidad de posturas en torno a un mismo prospecto de gobernante y respecto a sus cualidades o capacidades para gobernar. Si hay diversidad de interpretaciones sobre la realidad, sea por cavilaciones racionales o en virtud de un sustrato irracional de los individuos o de las condiciones materiales y sociales en que estos vivan, entonces las interpretaciones sobre quién está mejor capacitado para proveer las mejores soluciones a los problemas han de ser diferentes. Así las cosas, persisten las preguntas: ¿cómo entonces lograr consenso en la idea del bien común y cómo en los métodos y los gobernantes para alcanzarlo? Para Schumpeter no hay forma, pero podemos afirmar que una aproximación a un mayor consenso entre los ciudadanos queda en manos de lo que se ha dado a llamar *opinión pública*.

Como no podemos entender la opinión pública como una abstracción que discurre etérea entre el entramado social, sino como un elemento concreto en la conformación social, entonces hemos de encontrar evidencia empírica de ésta en alguna manifestación concreta. Esto es, en la

²⁵ SCHUMPETER, Joseph, “Capitalismo, socialismo y democracia”, Tomo II, Colección Biblioteca de Economía, Editorial Folio, Barcelona, 1996.

²⁶ SCHUMPETER, Ibid., 1996

producción periodística o de discursos de destacados líderes de opinión, que, valga la aclaración, también se introducen en esos círculos de élite de los que hablaba Mills. No es extraño entonces tampoco ver a los más prestigiosos periodistas o líderes de opinión como políticos y militares retirados, entre otros, aparecer en las páginas sociales con las élites políticas, militares y económicas del país. Los que aquí llamaremos *líderes de opinión*, categoría en la que se incluye no sólo a los periodistas sino a otras voces autorizadas o dotadas con lo que Bourdieu llama *skeptron*²⁷, como exmandatarios, funcionarios, políticos, militares, empresarios, académicos o investidos de prestigiosos títulos de profesiones liberales, entre otros, son los “emisarios de los dioses”, los que acercan al pueblo, a los ciudadanos “el conocimiento” de ese mundo tan hermético que les es ajeno y oculto entre los portones y las paredes de los más prestigiosos clubes sociales y los edificios institucionales.

Dice Bourdieu de estos emisarios provistos de *skeptron*:

“De hecho, el uso del lenguaje, que implica tanto la manera como la materia del discurso, depende de la posición social del locutor, posición que rige el acceso que éste pueda tener a la lengua de la institución, a la palabra oficial, ortodoxa, legítima. Pues es el acceso a los instrumentos legítimos de expresión, y, por tanto, a la participación en la autoridad de la institución, lo que marca toda la diferencia – irreductible al propio discurso – entre la simple impostura de los *masqueraders* que disfrazaban la afirmación performativa en afirmación descriptiva o constatativa, y la impostura autorizada de quienes hacen lo mismo, pero con la autorización y autoridad de una institución. El portavoz es un impostor provisto de *skeptron*.”²⁸

Ahora, el mensaje que traen a los ciudadanos de a pie estos emisarios con *skeptron* no necesariamente le hace honor a la verdad, sino a los intereses de dichas élites y es por ellos, por estos líderes de opinión, por donde pasa en primera instancia eso que después se instaura como ‘la opinión pública’ y que sin duda tiene efectos sobre otra manifestación de la misma: las encuestas y sondeos de opinión. Es entonces entre las argumentaciones de los líderes de opinión y las opiniones cuantificadas en los sondeos que se constituye lo que llamamos ‘opinión pública’.

Lo que aquí se pretende establecer es que el prestigio de Álvaro Uribe Vélez no surgió exclusivamente de él ni de forma espontánea, sino que siguió un proceso que debió empezar por el acceso a las élites de poder para lograr unas primeras formas de reconocimiento, que redundaron en la figuración en los medios, en las líneas de los líderes de opinión y de ahí a los ojos y oídos de la ciudadanía y que su discurso, una vez en el momento indicado, cobró importancia para las élites nacionales y para la opinión pública sin que mediara entre éste y el acceso al poder, consideración alguna sobre el pasado ético del candidato. Claro está, todo esto

²⁷ El *skeptron*, como el cetro o bastón que se le alcanzaba al orador que va a tomar la palabra en la antigua Grecia.

²⁸ BOURDIEU, Pierre, “Qué significa hablar”, Ediciones Akal, Madrid, 2001.

debió suceder bajo unas condiciones objetivas que lo propiciaron o que al menos, le dieron fundamento.

3. ANTECEDENTES: BASES POLÍTICAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL PRESTIGIO DE URIBE VÉLEZ.

Una indagación sociológica sobre la manera como a un individuo se le atribuye el prestigio político en una sociedad determinada debe articularse a un contexto objetivo de orden socio-político que determina unas necesidades en torno a las cuales se considerarán los valores relacionados con el prestigio otorgado. El prestigio de un individuo es fluctuante y según los avatares que plantea el entorno éste se verá favorecido o desfavorecido. Igualmente, puede suceder que, según las necesidades del momento, se destaquen unas propiedades de dicho prestigio por sobre otras. Como el prestigio no es unidimensional, las valoraciones positivas y sobresalientes del individuo en cuestión pueden acudir a unos u otros aspectos del mismo según las determinaciones del momento. Si alguien ha sido imbuido con el prestigio según sus capacidades intelectuales, por ejemplo, y el momento requiere de éstas más que de ninguna otra propiedad, es posible que se omitan ciertos vicios del individuo, ciertas falencias, con tal de que supla, con sus capacidades, los requerimientos del momento.

En el caso que nos compete aquí, se puede decir que los factores que condujeron a la construcción de la figura de Uribe Vélez como un candidato idóneo a ocupar la Presidencia de la República, no constituyen hechos aislados y únicos, sino que están inmersos en una red de transformaciones globales en lo económico y en consecuencia en lo político, especialmente en lo que respecta a la relación entre el Estado, los partidos políticos y la ciudadanía. Para una coyuntura tal, ciertos aspectos concernientes al prestigio que se le atribuyó al candidato fueron más relevantes que otros, y así mismo se divulgaron.

Para los años en que Uribe se hizo al poder ya se habían dado en la región los ascensos de regímenes autoritarios o de corte mesiánico y caudillista en el Perú de Fujimori y en la Venezuela de Chávez, por ejemplo. Características que en numerosos estudios se le han atribuido al gobierno de Uribe, como el de Galindo Hernández (2006), “Neopopulismo en Colombia: el caso del gobierno de Álvaro Uribe Vélez”, el de Ramírez Niño (2011) “Álvaro Uribe y el liderazgo racional – carismático” o el de Ricardo Sánchez (2005), llamado “Bonapartismo presidencial en Colombia: el gobierno de Álvaro Uribe Vélez”, entre otros.

La coincidencia del ascenso de estos regímenes hacia los años '90 y principios del presente siglo no parece deberse a la simple casualidad, sino, probablemente, a una serie de crisis económicas que derivaron en cambios en el aparato político y en las formas de gobierno en los diferentes países involucrados.

Dice Fernán González:

“En los años '70 y '80 se hicieron problemáticas las divisiones entre los sectores tecnocráticos del Estado y la clase política tradicional tras los intentos de modernización del Estado. Como resultado, los políticos tradicionales fueron marginalizados de importantes decisiones, tales como la administración del gasto público y la resolución de las necesidades regionales, al punto que a ojos del país

su actividad política perdió sentido y proyección y se limitó a garantizar su propia reproducción. En los años '90 los escándalos por la penetración de dineros e intereses de narcotraficantes del cartel de Cali en la campaña del candidato elegido del partido liberal Ernesto Samper, profundizaron aún más la deslegitimación del régimen político y sus representantes. Posteriormente, el rechazo generalizado al siguiente gobierno conservador de Andrés Pastrana acabó por extender la frustración que los colombianos sentían acerca de los partidos tradicionales, las maquinarias políticas y las instituciones corruptas e ineficientes. Este panorama hizo que algunos líderes, que se presentaban como “antipolíticos”, conquistaran amplias franjas del electorado, con sus propuestas de una opción de gobierno enfocada en lo técnico, administrativo y gerencial. Como veremos más adelante, el candidato Uribe se inscribía en esta tendencia.”²⁹

Si pretendemos entender en este trabajo la construcción del prestigio como un proceso social mediante el cual se enviste de una valoración positiva a una persona o cosa por sobre las demás³⁰, *no sólo por sus cualidades intrínsecas, sino también por las valoraciones implícitas en un contexto que lo enmarca*³¹, resulta entonces fundamental indagar en las condiciones del contexto político que rodeó el ascenso del prestigio de Uribe para hacerse a la Presidencia de la República y además con tan amplio margen de aceptación, a pesar de los cuestionamientos que recaían sobre su pasado ejercicio público.

Vale decir, además, que si bien Uribe traía consigo una nutrida participación política y un importante recorrido por el ejercicio público, no era una personalidad tan reconocida e investida de tal valor a nivel nacional, hasta que se presentó a campaña presidencial en 2001. La exconsejera para las regiones de Uribe en el 2001, Any Velásquez, cuenta para el diario El Colombiano: “A él sólo lo conocían en Antioquia. Lo llamaban mucho de las universidades y de las Cámaras de Comercio a dictar conferencias, pero aún no tenían el reconocimiento que alcanzó luego.”³²

Dice la exconsejera Velásquez que las declaraciones polémicas y contundentes de Uribe sobre el tema de la Zona de despeje del Caguán y el tratamiento dado a las FARC por el gobierno Pastrana fueron las que catapultaron su popularidad. Así mismo afirma que la sensación de inseguridad y el fracaso de los diálogos con las FARC en el Caguán le dieron el impulso que necesitaba en las encuestas de cara a las presidenciales de 2002. Al respecto continúa Velásquez: “Lo recuerdo claramente, fue luego de unas declaraciones en las que él dijo que al día siguiente de su posesión acabaría con la zona de distensión cuando su popularidad comenzó a crecer.”

²⁹ GONZÁLEZ, Fernán. “El fenómeno político de Álvaro Uribe Vélez: ¿de dónde proviene la legitimidad de este líder elegido por segunda vez como presidente? Artículo publicado en internet. Instituto de investigación y debate sobre la gobernanza, IRG, 2006.

³⁰ BOUCEK, Joseph S. “Sociología del prestigio”, Texto publicado en internet. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2129238>

³¹ El texto en cursivas es mío.

³² Tomado de “Hace diez años Colombia llevó al poder a Uribe.” En el periódico El Colombiano, edición del 25 de mayo de 2012.

En agosto de 2001 la Revista Semana reportaba:

“Este endurecimiento de la opinión ha sido proporcional a la creciente popularidad de Uribe Vélez, la cual se ha visto refrendada claramente en las encuestas. Según la última consulta de Anif-Gallup-Porvenir, realizada la semana pasada entre más de 1.000 personas de todo el país, Uribe Vélez triplicó su número de seguidores (de 5 a 17 por ciento) en los últimos cuatro meses. Otra encuesta reciente (de finales de noviembre), ésta contratada por el Partido Liberal, no es tan avasalladora, pero mantiene la tendencia: salta de 4 a 9 por ciento. Y si las encuestas se hacen en recinto cerrado, sobre todo en el ámbito empresarial, las cifras son aún más sorprendentes: en una encuesta realizada entre 500 gerentes sobre sus preferencias a la hora de votar para presidente, Álvaro Uribe ocupó el primer lugar con 50 por ciento, Noemí el segundo con 22 por ciento y Serpa el tercero con el 7 por ciento.”³³

Es evidente entonces la preferencia por Uribe entre el directorio empresarial y sugiere esto que quizá entre gremios y los grupos económicos pudiera tener igual acogida. Los motivos se pueden relacionar con la conveniencia que les representaba para sus intereses. Este trabajo establecerá esa relación de conveniencia entre ambas partes como un motor para la promoción de su prestigio entre los generadores de opinión y en general los círculos mediáticos, de los cuales las mismas élites económicas son propietarias. Pero para que ello sucediera debieron darse unas condiciones que catapultaran el interés por el candidato para dichas élites.

¿Qué condiciones políticas se dieron pues en los gobiernos anteriores para que se propiciara el ascenso de Uribe hasta el punto de obtener semejante nivel de aceptación en encuestas y votaciones?

Los dos gobiernos que le antecedieron, el de Ernesto Samper y el de Andrés Pastrana sufrirían las consecuencias de dos hechos que pesaron en sus memorias y en el equilibrio de la relación entre los círculos de la élite político-económico-militar, como fueron el Proceso 8.000 en el año 1996 y el rompimiento de la mesa de negociación del Caguán en el 2002. Aunque no serían los únicos. Existieron otros momentos de crisis entre el gobierno de turno y el aparato militar a los que se hará referencia en los dos subcapítulos siguientes.

Si bien en el Manifiesto Democrático del candidato Uribe Vélez están consignadas una serie de propuestas con respecto a diversos ámbitos relacionados con lo político, lo económico, lo social y la seguridad, los medios y en especial los líderes de opinión centraron mayor atención en este último aspecto, referido en su propuesta de la llamada Seguridad Democrática, así como en el tema de la corrupción política y la reducción del Estado. Temas que fueron capitales y

³³ Tomado de “El fenómeno Uribe”, Revista Semana, agosto de 2001. Artículo publicado en internet.

afectaron a los gobiernos anteriores por los hechos arriba referidos y los cuales aprovechó Uribe en su campaña, a lo que los medios respondieron y contribuyeron.

Dentro del material recabado para esta investigación se hallaron entre agosto de 2001 y agosto de 2002 en las publicaciones *Semana*, *El Tiempo* y *El Espectador*, 19 registros que trataron o mencionaron temas relacionados con el manejo de lo político, la corrupción y el manejo burocrático en las promesas de campaña y durante los primeros días de gobierno de Uribe Vélez, 13 con respecto al tema de seguridad y del talante de autoridad del candidato y tan sólo 4 que hablaban, a veces incluso de manera tangencial, sobre el tema económico. Y a pesar de que fueron más los registros hallados sobre el tema de lo político y la burocracia por sobre el de la seguridad y la autoridad, éste segundo tema gozó de mayor extensión, profundización y énfasis en las columnas y artículos encontrados que el primero.

3.1. El gobierno Samper: corrupción electoral y crisis político – militar

El gobierno de Ernesto Samper inició en 1994 con un slogan que reflejaba la búsqueda por dejar atrás el manejo excesivamente tecnocrático de la economía durante el gobierno anterior de César Gaviria y recuperar lo social dándole a la apertura un talante “más humano”. Bajo el slogan de “Ponerle corazón a la apertura económica”, Samper inició una serie de programas sociales que en el Plan Nacional de Desarrollo hacían parte de lo que llamó “El Salto Social”, pero además puso énfasis en la infraestructura. No por esto significó un rompimiento total con la apertura de Gaviria. Por el contrario, Samper mantuvo su política de apertura comercial, inversión extranjera y de “apertura a las inversiones del sector privado de áreas tradicionalmente reservadas al Estado”³⁴, en otras palabras, privatizaciones. Junto al incremento en la inversión social y a las demandas de la nueva Constitución, esta dualidad en el enfoque representó más un conflicto de caminos que un programa coherente. Mientras las políticas liberales requerían una reducción del Estado, la Constitución demandaba una extensión del mismo y mayores demandas sociales, y la política social mayor inversión, contrario a la austeridad estatal que procura el enfoque liberal. Esto generó presiones fiscales.

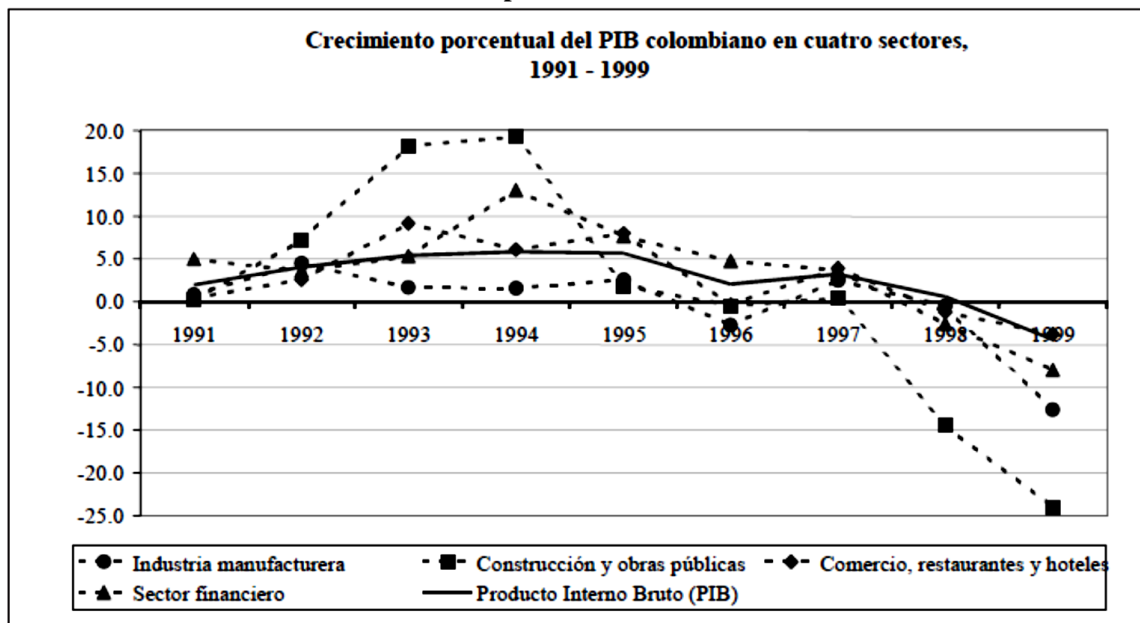
Por otra parte, el empresariado seguía resintiendo los efectos de una apertura económica abrupta. Más aún el sector agrícola, que debía enfrentarse a la entrada masiva de productos importados a muy bajo costo por los notables subsidios del gobierno estadounidense. Una competencia insostenible. Algunos sectores, como el de la construcción y el financiero, experimentaron un cierto crecimiento en el periodo Gaviria. Notorio el de la construcción y obras públicas, que entre 1991 y 1994 subió casi 20 puntos porcentuales, pero vale tener en cuenta la posible incidencia del narcotráfico en esto. Dice Roberto Steiner y Alejandra Corchuelo: “A comienzos de la década de los noventa, Colombia presentó un auge en los ritmos

³⁴ OCAMPO, José Antonio. “La política económica durante la administración Samper”. Tomado de: <https://www.repository.fedesarrollo.org.co/handle/11445/2155>

de la construcción de viviendas y un incremento en el precio del suelo urbano y en el valor de las edificaciones. Durante ese periodo la formación bruta de capital en vivienda logró una gran expansión, con un ritmo de crecimiento del 13.4% promedio anual entre 1991 y 1994.”³⁵

Por su parte el PIB del sector financiero se incrementó en 7 puntos porcentuales en cuestión de un año, del 5% al 12% entre 1993 y 1994. Pero otros sectores, como la industria manufacturera y el de comercio, restaurantes y hoteles, sufrieron estancamiento y bajas durante el gobierno Gaviria (ver gráfico 13). Sin embargo, es a partir de 1994 cuando los distintos sectores empiezan a experimentar una baja progresiva y en algunos casos dramática, como en el sector de la construcción y las obras públicas, que en cuestión de un año, del '94 al '95, cayó de casi 20 puntos a prácticamente 1 punto porcentual. Entre los posibles orígenes de semejante desplome puede haber una razón, la crisis política generada por el Proceso 8.000. El episodio es bien conocido.

Gráfico 1: Crecimiento porcentual del PIB en cuatro sectores



Tomado de: “Empresarios y política en Colombia: un estudio de caso del gobierno Samper (1994-1998)”, Angelika Rettberg, Universidad de los Andes, Bogotá, 2000. Fuente: Comisión económica para América Latina y el Caribe, CEPAL.

Tan sólo bastaron unas pocas horas desde que Ernesto Samper fuera declarado Presidente por el conteo de las votaciones, para que su directo rival, el conservador Andrés Pastrana Arango, divulgara en los medios nacionales unos cassettes cuyo contenido revelaba unas conversaciones entre altos funcionarios de la campaña Samper con representantes del Cartel de Cali, dando cuenta de la entrada de dineros del narcotráfico a dicha campaña. Por supuesto, que el recién

³⁵ STEINER, Roberto, Corchuelo, Alejandra. “Repercusiones económicas e institucionales del narcotráfico en Colombia”. Tomado de:
<https://www.federaciondecafeteros.org/static/files/Repercusiones%20econ%C3%B3micas%20e%20institucionales%20del%20narcotr%C3%A1fico%20-%20Roberto%20Steiner%20y%20Alejandra%20Corchuelo.pdf>

elegido Presidente de Colombia llegara al poder gracias a los cerca de 6 millones de dólares que aportaron los narcos no era un escándalo menor, como tampoco lo sería su impacto.

Rettberg (2000), dice que el empresariado tiene varios actores que fueron fundamentales a la hora de afrontar el escándalo del 8.000, pero para su investigación se centra en dos: los grandes grupos económicos y los gremios de la producción. Los primeros comprenden a grupos como Bavaria, el Sindicato Antioqueño o Grupo Empresarial Antioqueño, la Organización Ardila Lülle y la Organización Sarmiento Angulo, también llamada Grupo AVAL. Son estos los que en Colombia son popularmente llamados como ‘cacaos. Entre los gremios están el Consejo Gremial Nacional (CGN), que es una especie de gremio de gremios, la ANDI (industria), FENALCO (Comercio), ASOBANCARIA (financiero), y la SAC (Agricultura). Entre ambos sectores del empresariado se presentaron diferencias procedimentales a la hora de tomar decisiones frente al 8.000 y su relación con su principal protagonista, el presidente Samper.

Una vez estalló el escándalo con los llamados ‘narcocassettes’, los empresarios guardaron cautela para responder, otorgando al presidente electo el beneficio de la duda y por supuesto, guardando la diplomacia con quien obviamente convenía mantener buenas relaciones. Rettberg sugiere un entendimiento básico y acuerdo tácito que ha permeado el régimen político colombiano en el siglo XX (por extensión podríamos decir que también el siglo presente), entre las élites políticas y las económicas para proteger sus mutuos intereses, lo que se ha dado en llamar el *modelo consociacional*.

Así pues, los empresarios todos dieron la espera y de hecho el CGN participó en las negociaciones iniciales del Pacto Social y avaló el Salto Social, el plan de desarrollo propuesto por el gobierno. Hasta ahí había cierta armonía en la relación. Cuando el tesorero Santiago Medina fue capturado y dio sus declaraciones contra Samper, asegurando que tenía conocimiento de todo el presidente, por supuesto, lo negó, lo que justificó dos expresiones que se hicieron populares entre la opinión pública; la de Samper, refiriéndose al hecho y diciendo “Todo fue a mis espaldas”, y la del ‘elefante blanco’ que pasó a sus espaldas y no lo vio, atribuida en principio a Monseñor Pedro Rubiano y luego a los llamados ‘conspiretas’. Ante esto, el CGN mantuvo su cautela e hizo un llamado a la prudencia confiando en la investigación que adelantaría la Comisión de Acusaciones del Congreso. Pero es cuando las dudas se posan sobre los círculos más cercanos al presidente, es decir, sobre sus ministros, que el CGN adopta un tono diferente para enfrentar el caso. En agosto de 1995 se divulgó que los ministros Fernando Botero y Horacio Serpa, posterior candidato presidencial que en 2001 enfrentaría a Uribe, habían tenido acceso al testimonio de Medina de manera ilegal. Ante las versiones contradictorias de los ministros, el CGN se pronunció con más firmeza y pidió la verdad por encima de todo. Sin embargo, dice Rettberg, dos semanas después varios empresarios, entre ellos algunos integrantes del CGN, firmaron con el gobierno un documento para apoyar el Acuerdo Nacional contra la Violencia, propuesto por el gobierno ante la oleada de violencia guerrillera y paramilitar en el sur del país.

Un mes después, en septiembre, el abogado del presidente, Alberto Cancino, sufrió un atentado en Bogotá. Cuando al ministro Serpa se le preguntó si pensaba que la DEA estaría

involucrada en esto respondió con otra famosa expresión: “Me suena, me suena”, dando a entender con ello que el atentado era resultado de una conspiración de los Estados Unidos contra el presidente. Por supuesto las declaraciones de Serpa generaron una airada respuesta del vocero del Departamento de Estado de los Estados Unidos quien advirtió el peligro de este tipo de comentarios por el ambiente adverso que podrían crear entre las dos naciones. Por supuesto, un ambiente nada conveniente para los intereses del sector empresarial, que tenían en los Estados Unidos a su principal socio comercial, y cuya alianza estaba, son plena seguridad, por encima de la del gobierno mismo. Las declaraciones del vocero estadounidense generaron un ambiente de preocupación en el empresariado y la correspondiente molestia hacia el gobierno, razón por la cual, dice la autora, las relaciones entre los gremios empresariales y el gobierno cambiaron de rumbo y se pasó de la concordia y la prudencia, al enfrentamiento progresivo.

A esto se sumó que las evidencias cada vez se acercaban más a determinar la entrada de dichos dineros a la campaña, pero además lo hizo el magnicidio de Álvaro Gómez Hurtado en noviembre de 1995, lo cual generó sospechas de que los intereses en juego en este caso estaban siendo subvalorados y eran más turbios e importantes de lo que se pensaba. Todo esto, junto al descrédito de la Comisión de Acusaciones, plagada de representantes afines a Samper, enrarecieron el ambiente político y económico (ver gráfico 1).

Para completar el panorama crítico, a Samper le fue retirada la visa y por la obvia desconfianza que pesaba sobre el gobierno, Estados Unidos certificó al país en 1995, pero por interés nacional, y lo descertificó en 1996, lo cual impactó profundamente la economía, vedando créditos internacionales y muchas oportunidades de negocios con empresas colombianas. Esto sin contar la recién divulgada Lista Clinton que bloqueó a varias entidades financieras colombianas por presuntos vínculos con el narcotráfico. La caída progresiva del sector financiero y de la economía en general a partir de 1995 y 1996, año de la Lista Clinton y de la descertificación respectivamente, es notoria en el gráfico 1.

La desconfianza hacia el presidente se agudizó cuando en enero de 1996, el ya detenido ministro, Fernando Botero, declaró que Samper sí sabía de los dineros ilícitos que entraron a su campaña. El CGN pidió la renuncia del presidente, cosa sólo vista una vez en la historia de Colombia, cuando a finales de los ‘50 los empresarios obligaron la renuncia del General Gustavo Rojas Pinilla. Pero a pesar de la presión empresarial, que solía resultar tan efectiva a razón del poder de influencia del capital, la inversión o la desinversión a la hora de incidir en las decisiones de gobierno, Samper se mantuvo en el cargo con otra célebre frase en alocución presidencial: “Aquí estoy y aquí me quedo.”

La presión del empresariado no fue tan efectiva porque, dice Rettberg, el CGN se dividió, algunos gremios se mantuvieron en la oposición a Samper, pero otros decidieron apoyarle. Pero más que esto, lo que truncó las aspiraciones de los opositores fue la divergencia con los grupos económicos. De hecho, como los grupos decidieron apoyar a Samper, el CGN se debilitó sin su presencia en las filas. Los empresarios del momento coincidieron en declarar que lo que frustró el intento y debilitó al Consejo Gremial fue la falta de apoyo de éstos.

¿Por qué los grupos, cuyos líderes son llamados los ‘cacaos’, decidieron apoyar a Samper? Los grupos, dice Rettberg, actuaron (y actúan) en dos bandos simultáneamente. Por un lado, se

mantienen como aliados permanentes del gobierno de turno, y por otro se adscriben al Consejo Gremial. La primera opción les garantiza la protección de sus intereses domésticos, en virtud de la importancia que tienen éstos en la inversión nacional y en la inversión en campañas presidenciales, así como en la presencia del presidente en los medios más importantes, propiedad de los grupos. Según Rettberg, en total las contribuciones de los grupos a la campaña de Samper (que deberían entenderse más como inversiones), se estimaron en alrededor de \$4.2 millones de dólares³⁶, lo que convertía a estos grupos en los segundos mayores inversores después de los narcos que aportaron 6 millones. Pero por otro, al mantenerse afiliados a los gremios, los grupos salvan su imagen ante las miradas del exterior, especialmente de los Estados Unidos, su principal aliado comercial, por el carácter de legitimidad institucional que esto le otorga, al mismo tiempo que le facilita el acceso al apoyo técnico y a la información.

Por otro lado, el Proceso 8.000 no fue el único factor de crisis que tuvo que enfrentar Samper.

En julio de 1995 la Revista Semana publicó un artículo que destapaba un documento confidencial revelado por el General Harold Bedoya, en ese entonces “prestigioso” Comandante del ejército, como lo llama la propia revista³⁷. En resumen, dice el artículo que Bedoya no está de acuerdo con el despeje militar del municipio de La Uribe, Meta, para entablar diálogos con las FARC en la zona y que si ha de dar la orden lo haga por escrito, de tal manera que se establezcan claramente las responsabilidades, por si dicha orden llega a ser inconstitucional o ilegal. Semana tituló el artículo “Ruido de sables” y fue justamente ruido lo que provocó en la Casa de Nariño. Samper mandó a llamar y a devolverse a Colombia a su ministro de defensa Fernando Botero que estaba en Italia en casa de su padre y dijo a su consejero de comunicaciones, Juan Fernando Cristo, que iba a pedir la baja de Bedoya por ese hecho. Utilizó la ceremonia de ascenso de alféreces en la Base Naval de Cartagena para enfrentar el escándalo y ante el presunto desafío de los militares liderados por Bedoya, pronunció ahí otra de sus célebres frases: “¡Aquí mando yo!”

Finalmente, Samper no sacó a Bedoya y por el contrario conminó a los generales a actuar unidos. Pero las divisiones ya estaban dadas. Bedoya aceptó entre dientes que lo importante eran las instituciones. Pero cuando estalló el proceso 8.000, el panorama se complicó aún más. Se llegó a ventilar la versión de que un sector de las fuerzas armadas podría estar pensando en exigir la renuncia del presidente y planeando un golpe de Estado. Bedoya lo negó. Luego, el 2 de noviembre de 1995, vino el magnicidio de Álvaro Gómez Hurtado y se llegó a vincular éste con el plan de golpe de Estado. Samper salió a desmentir dicha versión y ratificó su cúpula militar. Pero si bien la cúpula no se movió, se produjeron algunos movimientos en los mandos medios y bajos de las Fuerzas Armadas. Se dijo que el motivo era por corrupción y en otros casos por ineficiencia en la lucha contraguerrillera. Pero entre los retirados cayeron dos de los generales que acompañaron a Bedoya a presentar el documento secreto del despeje de la Uribe. El gobierno negó que fuera una represalia, pero la versión y la tensión con los generales quedaron en el ambiente.

³⁶ Rettberg, Op.Cit., 2000

³⁷ Revista Semana, “Ruido de Sables”, 31 de julio de 1995.

En el '96, cuando Botero acusó a Samper de saber de los 'dineros calientes' que entraron a su campaña, la crisis se agudizó. De nuevo surgieron rumores sobre la posibilidad de un golpe de Estado ante una reunión de los comandantes de división y los generales de la guarnición de Bogotá en el Ministerio de Defensa.

Luego vinieron los rumores de que los Estados Unidos le quitaban la visa al General Zúñiga, Comandante de las Fuerzas Militares por vínculos con narcotraficantes. El ahora Ministro de Defensa, Juan Carlos Esguerra, confirmó la versión con el Embajador Myles Frechette. Zúñiga renunció a su cargo alegando inocencia y pidió se le rindieran los honores militares respectivos.

En 1997 Samper reinició el contacto con las FARC y pidió el retiro a Bedoya, quien no dejaba de darle problemas y estaba convencido de que Samper debía renunciar. Lo reemplazó el General Manuel José Bonnet en la comandancia del Ejército, pero Bedoya se negó a renunciar, razón por la cual de la Casa de Nariño le llamaron a calificar servicios.

El 7 de agosto de 1998 Samper cumplió su último día de gobierno, contrario a lo que muchos hubieran pensado. Nunca hubo golpe de Estado y tampoco un gran remezón en la cúpula militar. El escándalo del 8.000 había menguado, aunque lo ha seguido marcando de por vida hasta hoy. Algunos generales sí cayeron por vínculos con el narcotráfico.

Samper entregaría el gobierno a Andrés Pastrana Arango, quien sí hiciera el remezón en la cúpula y designara al General Fernando Tapias como Comandante de las Fuerzas Armadas y al General Jorge Enrique Mora Rangel como Comandante del Ejército. Estos dos generales jugarían un papel decisivo en los cuatro años que siguieron y en un proceso de paz que nunca se concretó. Después de la continua crisis en el gobierno Samper los diálogos con las FARC se reiniciarían con Pastrana.

En mayo de 1996 la revista Semana publicó la gran encuesta en la que se encontraron varios datos relevantes. Dice la revista que en agosto del '95 un 52% de los encuestados creían que los narco-dineros habían entrado a espaldas de Samper, pero en la encuesta de mayo del '96 tan sólo el 36% creía en esa versión. 49% de los encuestados creían que Samper estaba al tanto de dichas operaciones, mientras un 17% decía que no lo estaba y un 16% pensaba que no habían entrado dichos dineros a la campaña. El 75% creía que los dineros sí habían entrado. En agosto del '95 sólo el 41% le creía a Medina la versión de que Samper sí sabía, mientras el 49% no le creía; en mayo del '96, en cambio, ya el 50% decía creerle a Medina, contra un 36% que no.

Lo curioso es que, a pesar de las evidencias, en agosto del '95 el 71% de los encuestados pensaba que Samper no debía renunciar, mientras el 22% sí. En mayo, tras la confesión de Medina, la primera cifra se redujo, pero no hasta el punto que se podría imaginar, un alto número, el 66%, pensaba que Samper no debía renunciar, contra un 25% que decía que sí. ¿El motivo que argumentaban? Que tal fenómeno se venía presentando en la política colombiana de años atrás y que por ello no tenía por qué dimitir del cargo.³⁸ A pesar de la crisis, Samper mantuvo ciertos índices de popularidad que no se hubieran esperado para un gobernante

³⁸ Revista Semana, "La gran encuesta del '96", mayo 2 de 1996. Tomado de: <https://www.semana.com/especiales/articulo/la-gran-encuesta-del-96/27699-3>

envuelto en semejante escándalo. Pasó del 76% de favorabilidad en el '95, al 46% en el '96, y del 12% de imagen desfavorable al 42%.

Por su parte, la confianza en los partidos políticos pasó de estar en el 22% en 1994 a 16% en 1995³⁹. Baja que quizá, en buena parte, se debió al Proceso 8.000. Dicha confianza se recuperaría con el paso de los años hasta lograr los niveles acostumbrados de poco más del 30%, pero aun así un resultado poco halagüeño para instituciones tan antiguas del partidismo tradicional vigente desde el siglo XIX.

Este subcapítulo nos conduce a ciertas conclusiones que resultan pertinentes para esa investigación: 1) Que el comportamiento del empresariado, especialmente de los grandes grupos económicos, frente al caso del Proceso 8.000, sugiere la profunda y mutua necesidad de mantener buenas relaciones con el gobierno de turno, muchas veces sin importar las condiciones políticas y los cuestionamientos éticos que éste enfrente, siempre y cuando no vulnere sus intereses económicos. Tanto para los empresarios son necesarios los negocios que posibilita el gobierno, toda vez que obtienen franca ventaja al haber invertido cuantiosas sumas en su campaña, como para el gobierno es necesaria la inversión privada que hacen los empresarios en los proyectos que inciden en el desarrollo económico del país. Esto implica un manejo eminentemente político del empresariado ante el gobierno, para lo cual cuentan con un amplio y experto equipo de lobistas, borroneando esas fronteras entre los círculos económicos y políticos de la élite del poder. 2) El comportamiento de Samper y sus ministros frente a la cúpula militar en el escenario del Proceso 8.000, mostró la importancia que para el Ejecutivo tiene mantener la prudencia en las relaciones con las Fuerzas Militares, ya que son éstas las que poseen el monopolio de la fuerza, y están en capacidad, en un escenario de crisis insostenible, de derrocar a un Presidente en caso de que se estén vulnerando las instituciones, a riesgo de enfrentar, claro, procesos judiciales por su accionar. Dichos procesos judiciales pueden omitirse o actuar a su favor si su accionar se considera dentro de los límites de una excepcionalidad en favor del retorno de la estabilidad institucional y la democracia, o en su defecto la permanencia de una dictadura militar, en cuyo caso los estamentos judiciales tienen un campo de acción muy limitado y coartado por el mismo poder central. 3) Que los militares también deben actuar con prudencia frente al gobierno, habida cuenta de que su cabeza, el Presidente, es constitucionalmente su Comandante en Jefe y que de amenazar su posición en el cargo pueden enfrentar procesos judiciales o de Corte Militar en los que sean condenados y pierdan por completo su honor militar, condición simbólica de profundo aprecio para estos actores. 4) Que para algunos el despeje militar de un área del territorio nacional se convierte en una afrenta a dicho honor, en vista de que se les despoja de lo que principalmente les encomienda el mandato constitucional, el control del territorio. Sin embargo, para otros, una orden semejante no es más que una alternativa facultativa del Presidente, que puede tomarse en bien de un mandato constitucional superior, como es la procura de la paz. Esto indica que dentro de las Fuerzas Militares puede haber divisiones de carácter político y la unidad en torno a su honor y su

³⁹ PUCHE Díaz, Ana Mercedes. "Incidencia política de la crisis del Proceso 8.000 en la imagen del Partido Liberal", Universidad del Rosario, Bogotá, 2011.

mandato constitucional no impide semejante variabilidad de criterios. Es decir, los militares suelen enfrentarse a situaciones donde requieren interpretar su función desde lo político e incluso lo judicial. 5) En esta medida, y teniendo en cuenta todo lo anterior, es propio pensar que lo político atraviesa todas las instancias del poder, bien sea por conveniencia particular o por conveniencia colectiva. 6) Y es quizá la conclusión más importante, que el hecho de que, a pesar de la afectación que en Samper produjo el Proceso 8.000, se haya ratificado su posición en el cargo por parte de empresarios, la mayor parte de la cúpula militar, un sector importante de políticos e incluso la sociedad civil, indica que, como asume Sennett, quizá la legitimidad no sea tan necesaria a la hora de configurar una relación de autoridad⁴⁰. Samper, con una afectación importante de su prestigio y un profundo cuestionamiento de su legitimidad en el cargo, terminó su mandato y aún hoy es escuchado como expresidente e importante figura de la política nacional, así como de la internacional, siendo designado como Secretario General de la Unasur. Esto querría decir que la transversalidad del criterio y el actuar político sobre estos estamentos del poder, bien sea por conveniencia particular o colectiva, puede trascender el mandato de las valoraciones éticas que puedan recaer sobre el gobernante. Afirmación de primordial importancia para esta investigación.

3.2. El gobierno de Andrés Pastrana: se allana el terreno para Álvaro Uribe Vélez.

Andrés Pastrana Arango, quien gobernara entre los años 1998 y 2002 y entregara la presidencia a Uribe Vélez, dejó el cargo con la más baja popularidad que presidente alguno pudiera haber registrado en su salida. 64% de desfavorabilidad y 21% de favorabilidad fueron sus guarismos⁴¹, 9 puntos por debajo del expresidente Samper, quien se viera envuelto en el mayor escándalo político registrado en décadas por la entrada de dineros del narcotráfico en su campaña. Escándalo que no tuvo para él mayores consecuencias legales y pocas consecuencias sobre su reputación teniendo en cuenta la dimensión del problema.

Semejante impopularidad de Pastrana y la afectación sobre su prestigio como gobernante a quien se le consideró ‘frívolo’, ‘blando’ y ‘negligente’, entre otros calificativos, tiene su sustento en los resultados que en materia económica, política y militar dejó para el país. Si bien no se puede afirmar que la responsabilidad de dichos resultados en lo económico recaiga exclusivamente sobre su mandato, pues enfrentaba, al igual que Samper, los rigores de la apertura de Gaviria y la crisis internacional de 1998, sí se puede decir que sus medidas a duras penas lograron estabilizar un poco la economía o al menos evitar un mayor desastre, pero no llegaron a más. Dice Semana, de manera más halagüeña, que “salvó y organizó el sector financiero, rescató de la quiebra a las entidades territoriales y avanzó en el camino del ajuste fiscal con importantes medidas, como las de las transferencias”⁴². Sólo unas pocas cosas se le suelen reconocer, entre ellas, su labor en el mejoramiento de las relaciones internacionales y

⁴⁰ SENNET, Richard. “La autoridad”, Alianza editorial, Madrid, 1982.

⁴¹ Datos tomados de El Colombiano y recuperados de encuesta Gallup., en “La de Uribe, una histórica popularidad”, de Jorge Londoño, 5 de agosto de 2010.

⁴² Revista Semana, “El cambio no fue ahora”, 22 de julio de 2002.

especialmente con los Estados Unidos, país al cual viajó en múltiples ocasiones (ocho veces a Washington y siete a Nueva York)⁴³, sobretodo después de la crisis en la que las dejaba Samper tras el Proceso 8.000.

En materia económica y social los números fueron preocupantes. El PIB, que ya venía en tendencia decreciente con el gobierno Samper alcanzando un crecimiento anual de apenas 2.93%, luego del 4.31% de la época Gaviria, llegó con Pastrana a caer en un crecimiento anual de apenas 0.51% y sólo alcanzaría un 2% hasta el año 2002⁴⁴. El ingreso per cápita disminuyó por primera vez en un siglo, pasando de U\$2.716 en 1997 a U\$1.890 en 2001. La distribución del ingreso, que a lo largo de la década sufría un constante deterioro, llegó a evidenciar una diferencia abismal en 2001, esto es, mientras en 1990 el 10% de los más ricos del país ganaban 40 veces más que el 10% más pobre, esa proporción subió a 60 veces en el 2001.

Cuando Pastrana asumió la presidencia, el desempleo presentaba una preocupante cifra de 12.1% en las siete principales ciudades. Al término de su mandato se había incrementado a 18.4%, abarcando a 3.2 millones de personas. Según el DANE, en febrero de 2002 había cerca de 10 millones de ciudadanos, entre desempleados y subempleados, buscando trabajo. Por su parte, la CEPAL aseguraba que el desempleo para los últimos dos años (2001 y 2002) en realidad llegó a alcanzar resultados por encima del 20%, cifra semejante a la alcanzada en Estados Unidos durante la Gran Depresión de los años ‘30.⁴⁵

Por su parte, la línea de pobreza pasó de 51.5% en 1998 a 59.8% en el año 2000 y la indigencia pasó de 17.9% en 1997 a 23.4% en 2000. La cifra de pobreza ascendió en 2002 a 62%.

Dice la revista Semana, en su balance del gobierno saliente para entonces, que el cuatrienio pasado dejaba como lección, entre otras, la de recuperar la política para salir de la crisis, pero no la del clientelismo y la burocracia, la del aparato partidista tradicional, de cacicazgos y corrupción, sino ‘la de verdad’. La llegada de Pastrana al poder, fue en su momento símbolo de renovación, y con él un ejército de tecnócratas que parecían cargados de buenas intenciones, pero en momentos en que necesitaba el apoyo de una coalición, un frente común – dice el artículo – “contra los violentos que tienen al país en llamas”, Pastrana lanzó la propuesta de revocatoria del Congreso con la idea de purificar las costumbres políticas y por supuesto, ahí fue Troya. Los potenciales apoyos a su empresa se frustraron y los diálogos del Caguán contaron con no pocos opositores entre los círculos políticos del legislativo.

Pero aparte de la sensación de desasosiego e incertidumbre que producía la falta de unidad política en torno a los propósitos de paz, las cifras económicas y los efectos tangibles y visibles que se cernían sobre los colombianos, se develó en la opinión pública la imagen de un Pastrana carente de liderazgo para conducir al país hacia mejores destinos. En el mismo artículo, publicado en julio de 2002, menos de dos meses después de haber resultado elegido a la

⁴³ El Tiempo, “Andrés Pastrana, el presidente viajero”, 5 de agosto de 2002.

⁴⁴ El Tiempo, “El PIB de Pastrana a Pastrana”, 22 de agosto de 2002.

⁴⁵ Datos tomados de “Ante la peor crisis del siglo: el peor gobierno del siglo XX”, Juan Pablo Arango, 2002.

presidencia el candidato Álvaro Uribe Vélez, dice: “En estos momentos de crisis y transición es cuando más se necesita liderazgo. Y Pastrana no lo tuvo. Con este gobierno quedó claro que no basta con estar bien rodeado. Era difícil encontrar mejores ministros que los que acompañaron a Pastrana: un Guillermo Fernández en Cancillería, un Juan Manuel Santos en Hacienda, un Eduardo Pizano en Desarrollo o un Rodrigo Lloreda en Defensa. Pero en Colombia se necesita Presidente.”⁴⁶

Y complementa diciendo que dichos ministerios se convertían en repúblicas independientes donde cada ministro parecía un presidente. Los escenarios naturales donde un Presidente de la República debía orientar sus políticas frente a sus ministros y otros subalternos, poco o nada se dieron, Consejos de ministros y consejos de política económica y social, CONPES, muy poco fueron convocados. Tal fue la falta de liderazgo en este sentido, dice Semana, que entre los propios ministros parecía plantearse un insólito esquema de gobierno – oposición, como sucedió entre Juan Manuel Santos y Angelino Garzón a propósito de la reforma pensional.

Pero el reclamo de la falta de liderazgo y de presencia para direccionar en las reuniones con sus subalternos no sólo se refirió a los ámbitos económicos (con los CONPES) y políticos (con los consejos de ministros), sino también al ámbito militar. Y dicho reclamo no provino necesariamente de los medios o de la opinión pública en general, sino de los propios militares.

No poco importante fue el conflicto que tuvo que enfrentar Pastrana frente a la cúpula militar y un gran sector de sus fuerzas, hasta el punto de que, una vez más, como en los tiempos de Samper, se llegó a hablar de ‘ruido de sables’.

En mayo de 1999, el Ministro de Defensa, Rodrigo Lloreda Caicedo, renunció a su cargo por los desacuerdos que presentaba frente al despeje de la zona del Caguán para el proceso de paz con las FARC y el enfrentamiento con el Comisionado de paz Víctor G. Ricardo, quien ante las discrepancias con Lloreda atinó a decir “aquí el Presidente es Andrés Pastrana”. Ante la falta de interlocución y la imposibilidad de hablar con el Presidente, así como el desaire de Ricardo, Lloreda presentó su renuncia.

La dimisión de Lloreda, que era un ministro de confianza de las Fuerzas Armadas y a quien habían dedicado su lealtad por su postura frente al proceso de paz, con el que los militares no estaban de acuerdo, detonó una tormenta al interior de estas Fuerzas y esa misma lealtad se vio reflejada en la andanada de renunciadas que le sucedieron entre diferentes mandos.

Uno de los primeros en reaccionar fue el General Jorge Enrique Mora, Comandante del Ejército, quien llamó sus comandantes de División y a otros altos mandos para ponerlos al tanto de la noticia e instarlos a poner sus cargos a disposición del presidente. La cadena de lealtades y el férreo apego por el honor militar que los caracteriza surtieron su efecto y no pocos fueron los generales y altos mandos que presentaron también su renuncia. Entre estos generales estaba Víctor Álvarez, comandante de la I División en Santa Marta, quien redactó un aparte de su carta en los siguientes términos:

“He venido siguiendo atentamente los últimos acontecimientos que dieron como resultado la renuncia de nuestro ministro de Defensa, por declararse

⁴⁶ Revista Semana, “El cambio no fue ahora”, 22 de julio de 2002.

contrario a un despeje en la zona de distensión, indefinido en el tiempo, lo que a todas luces veo como atentatorio contra la soberanía nacional. Lamentablemente no ha existido ninguna manifestación de paz por parte de la subversión y menos en la zona de distensión, donde lo único que se ha venido haciendo es preparar a la población para la guerra.

Por las anteriores razones, me solidarizo con el señor ministro y los altos mandos en esta justa y necesaria posición, que considero indispensable para tratar de salvar la unidad nacional. Motivado por lo anterior, he tomado la decisión de solicitar mi retiro del servicio activo por considerar que no tendría la suficiente energía y fortaleza para ver apaciblemente la destrucción de mi país”.⁴⁷

En total fueron 12 generales, 20 coroneles y 50 oficiales, los que presentaron su renuncia en solidaridad con el ministro Lloreda. La renuncia masiva de subalternos que enfrentaba el general Mora, la primera de esa dimensión en sus 40 años de carrera, obligó a Mora a llamar al general Tapias, Comandante de las Fuerzas Militares. Tapias informó al Presidente y éste lo tomó sin mayores apuros, anunciándole al General que en tal caso, ya tenía listo el decreto para nombrarlo a él Ministro de Defensa. El general lo instó a Pastrana a escuchar a los altos mandos en una reunión y éste le instruyó que los vería en Cartagena, donde se encontraba para el momento atendiendo la cumbre de mandatarios del Pacto Andino. En dicha ciudad se presentarían roces entre la policía que custodiaba a Pastrana y los militares de la Naval que acudían a hablar con él sobre los movimientos inusuales de Generales, así como entre los policías que recibirían a los generales en el aeropuerto de Cartagena y los generales mismos.

Una vez en Casa de Huéspedes, Tapias introdujo en la situación al presidente en privado, y le confesó la molestia generalizada de la cúpula para con la manera como se estaba llevando el proceso con las FARC. Ya en reunión los militares se expresaron así ante el presidente, según reporta El Tiempo con el siguiente diálogo:

--Señor Presidente, varios generales pidieron la baja. A mi despacho llegaron algunas cartas y otras donde el general Mora. Algunos han hablado por radio, disgustados. La situación no es muy grave ahora. Pero si no controlamos esto, se puede salir de cauce--, respondió el general Tapias con un inocultable gesto de intranquilidad.

--¿Qué más hay?-- volvió a preguntar el mandatario.

--Presidente, estamos viviendo momentos difíciles. Los militares tenemos la sensación de que el Gobierno ha cedido en todo. Ya no tenemos cómo hacerles

⁴⁷ Citado en El Tiempo, “Gobierno de Andrés Pastrana”, 1º de abril de 2004.

entender a nuestros hombres que todo lo que hace el Gobierno es por el bien del país. Yo le pregunto, Presidente, ¿qué hay que esperar para romper con las Farc?--, preguntó el jefe del Estado Mayor Conjunto, general Rafael Hernández López.

--Señor presidente, la Fuerza Aérea no tiene mayores lineamientos de parte del Gobierno para preservar el espacio aéreo. No existen normas jurídicas claras que respalden la acción de la FAC en las inmediaciones y dentro de la zona de despeje--, intervino el comandante encargado de la FAC, general Alfonso Ordóñez.

-Señor Presidente, nosotros no podíamos ser desleales con el ministro Lloreda. La situación para el Ejército es muy grave por la manera como se ha manejado el proceso. Me comprometo a controlar cualquier brote o alteración de los hombres bajo mi mando--, dijo el comandante del Ejército, general Jorge Enrique Mora, con su habitual firmeza.

-Ustedes saben que siento mucho la renuncia del ministro Rodrigo Lloreda. Le insistí en que no se fuera porque todo era solucionable y él era importante para el Gobierno. Ustedes tienen que entender que estamos en un proceso de paz en el que hay altibajos y tomamos decisiones populares e impopulares. Pero mientras esto ocurre, mi Gobierno va a darles los medios necesarios para que las Fuerzas Armadas se fortalezcan--, finalizó el Presidente con una leve sonrisa, convencido de que sus argumentos harían reflexionar a los generales, que habían expresado su intención de renunciar en forma masiva.

Después de la intervención de Pastrana, el general Rosso José Serrano pidió la palabra.

--Presidente, los temas que se han tratado aquí pueden ser solucionados si existe voluntad. Lo que el país está esperando es que se le comunique que no se ha producido ninguna intentona de golpe--.

Pastrana estuvo de acuerdo y les propuso a los generales que fueran al Centro de Convenciones y leyeran una declaración que pusiera fin a la crisis. Cuando estaban de pie, Pastrana preguntó:

--¿Por qué los militares no se levantaron contra el Gobierno ilegítimo de Samper y hoy sí lo están haciendo con un Gobierno que los ha respetado, los ha tratado bien y los ha fortalecido?--.

--Presidente, por dos razones. La primera es que en aquel entonces había la idea

de que el mando era ilegítimo. La segunda, que en esta oportunidad lo que hay que respetar y preservar es la institucionalidad del país--, respondió el general Tapias.”⁴⁸

A la salida Tapias le sugirió al presidente reunirse a su regreso a Bogotá con los generales de las Fuerzas Militares. Pactaron el encuentro en el Club Militar de Melgar para las siguientes 48 horas. Por su parte, el general Hernández apartó al general de la Policía Serrano y le increpó por qué no había renunciado. Serrano ignoró la pregunta y se apartó en silencio.

Al otro día, jueves, Tapias les informó a sus generales que el presidente no tendría en cuenta sus cartas de renuncia y que la situación había llegado a arreglos. Pero el viernes a primera hora, día de la reunión con los militares y el presidente en Melgar, Tapias se levantó con un titular en El Tiempo que decía: “Señor Presidente, esto es grave” y se refería la forma como el general Rosso José Serrano había evitado un golpe militar durante la crisis por la renuncia del ministro Lloreda. Tapias entró en cólera.

Ya en la reunión confrontó a Pastrana y le aseguró que lo que se publicaba en El Tiempo era una infamia y que dicha información había salido de la Policía. Tapias complementó su reclamo asegurando que las renunciaciones presentadas se debieron a la lealtad debida al ministro, pero no a un intento por desestabilizar al Gobierno.

En la reunión, los militares cuestionaron la labor del Comisionado de Paz Víctor G. Ricardo y le pidieron a Pastrana que no le hiciera más concesiones a las FARC. El general Hernández, uno de los más duros críticos del proceso y de la labor de Ricardo, habló:

“Señor Presidente, con todo respeto quiero decirle que esta es la primera vez que usted se reúne con todos los generales de la República, mientras que ya lo ha hecho en dos oportunidades con Manuel Marulanda.”⁴⁹

Cuando todos esperaban un replanteamiento del proceso de paz por parte de Pastrana, éste anunció que se mantenía y que mantenía además al comisionado Ricardo. Pero pidió el apoyo de las Fuerzas Militares para llevarlo a buen cumplimiento. Días después Tapias le manifestó a Serrano el disgusto de sus hombres con la Policía y desde entonces las relaciones entre las dos Fuerzas se mantuvieron en un aire de cordialidad, pero bajo una tensa distancia.

En agosto de 2001 los gremios empresariales convocaron a una reunión en el Salón Rojo del Hotel Tequendama en la que harían, junto al presidente Pastrana, un homenaje a las Fuerzas Militares. La reunión la presidiría Pastrana, pero sería sucedido por el General Tapias, quien solicitaría a los empresarios un apoyo irrestricto a sus Fuerzas para fortalecerlas moral y materialmente con miras a enfrentar a las FARC y demostrar la fortaleza del Estado para imponer sus condiciones en la mesa de negociación. El apoyo, por supuesto, fue unánime. A dicha reunión acudió el General Mora Rangel y muy especialmente el entonces candidato

⁴⁸ El Tiempo, Op.Cit. 2004

⁴⁹ El Tiempo, Op.Cit. 2004

presidencial Álvaro Uribe Vélez, ambos partidarios de levantar la mesa y afrontar una solución armada y no dialogada del conflicto, propuesta que tenía eco entre el empresariado nacional.

Un mes después de la reunión, las FARC secuestraron a la exministra de Cultura, Consuelo Araújooguera, ‘La Cacica’, y una semana después murió en medio del asedio militar. El proceso se paralizó de nuevo y entró en una nueva crisis y no siendo suficiente con esto, Pastrana debió enfrentar otra vez un choque con los militares a razón de dos incidentes de filtraciones de información sobre la zona de despeje que el presidente atribuyó en su momento a los militares, quienes negaron su participación en ello, pero lograron contribuir al enrarecimiento del ambiente de la mesa de negociaciones.

A pesar de los múltiples cuestionamientos de la cúpula militar sobre el proceso, Pastrana anunció que la negociación había encontrado una nueva luz y que el grupo guerrillero se comprometía a no realizar más ‘pescas milagrosas’, a permitir la actividad política en la zona y a empezar el estudio del documento final de la Comisión de Notables. Por lo tanto la zona de despeje se prorrogaría de nuevo. Los militares salieron con el malestar a flor de piel y sintieron, dice el diario, que habían perdido un nuevo round ante la guerrilla.

El 20 de febrero de 2002 las FARC secuestraron en Neiva un avión de la empresa Aires donde viajaba el senador Jorge Eduardo Gechem Turbay a quien secuestraron. Esa noche Pastrana dio la puntada final al proceso de paz y levantó definitivamente la mesa de diálogo autorizando así la ofensiva militar que los generales tanto habían esperado.

Para cuando Pastrana terminó su mandato el Registro Único de Víctimas (RUV) contaba una cifra de 2.453.628 víctimas sólo durante su gobierno. Los paramilitares produjeron en ese año la mayor escalada de masacres, desplazamientos y actos de terror y mientras Pastrana trataba de contenerlos en paralelo con los diálogos del Caguán, los principales medios del país les daban vocería pública a sus líderes, como Carlos Castaño, en diversas entrevistas e informes que, más que cuestionarlos y condenar sus acciones, parecían darles la oportunidad para justificarlas. Durante su gobierno y años más tarde, se determinaría que varios de sus generales en la cadena de mando, como Harold Bedoya, Rito Alejo del Río y Mario Montoya, cohonestaron y fueron vinculados con masacres, asesinatos, y acciones de grupos paramilitares. En el Urabá antioqueño a mediados de los años ‘90, los unos, esto es Bedoya y Del Río, justo cuando Uribe era gobernador de ese departamento; y en octubre de 2002 en Medellín el otro, el general Montoya, durante la llamada Operación Orión en Medellín, a los pocos meses de que Uribe Vélez hubiera iniciado su Presidencia.

Las FARC también dejaban un panorama poco alentador incluso y sobre todo desde el gobierno Samper, pues aparte de los asesinatos y los secuestros, quedaba la sensación de que estaban muy cerca de acceder a la capital del país y de controlar una parte importante del territorio nacional, especialmente en el sur, donde durante el gobierno Samper habían propinado 17 grandes derrotas a las Fuerzas Armadas.

Para completar, el 2 de mayo de 2002, a unas pocas semanas de las elecciones presidenciales, en las que Uribe ya repuntaba como ganador desde poco antes del rompimiento de los diálogos del Caguán, las FARC propiciaron la llamada ‘masacre de Bojayá’ en un enfrentamiento con los paramilitares en el Chocó, en la que murieron 70 civiles y 80 quedaron

heridos, dejando además cuantiosos daños materiales y el desplazamiento de casi la totalidad de sus habitantes. Esta situación sería ampliamente aprovechada por el candidato que ya era virtual acreedor al solio de Bolívar.

Con la economía en caída libre, los apoyos políticos en conflicto, sumado a una presunta falta de liderazgo y orientación de su equipo de gobierno y las peleas entre sus propios ministros, así como los duros enfrentamientos con los militares hasta el punto de hablarse de posibilidades de golpe de Estado, el gobierno Pastrana terminó de allanar el camino al proyecto de gobierno de quien le sucediera el 7 de agosto de 2002. Sin embargo, le dejó a su sucesor unas Fuerzas Armadas fortalecidas con el Plan Colombia, cuya asistencia se avaló en 4.500 millones de dólares, muchos de los cuales se fueron al presupuesto de defensa nacional.

Con propuestas no muy disímiles para la economía, manteniendo un enfoque de corte neoliberal; con intenciones políticas semejantes a las de Pastrana en un inicio, destinadas a la reducción del Congreso y una supuesta lucha contra la corrupción que nunca llegó ni llegaría, el programa de Uribe sólo se diferenciaría radicalmente en una propuesta de las que lanzara como candidato su antecesor: la de enfrentar a todo fuego a las FARC sin concesiones de ningún tipo. Al parecer muy pocos se fijaron en otros aspectos, al parecer muchos vieron en esta propuesta la proyección de sus deseos antes privados y encontraron en Uribe la legitimación de su voz pública antes acallada por la corrección política de un país acostumbrado a la prudencia de la solución dialogada. Uribe planteaba, como muchos deseaban desde hacía tiempo y comenzando por empresarios y militares, una guerra frontal, sin importar las consecuencias, ni los bemoles del quién y el cómo los llevara a ella. Lo importante era acabar con las FARC de una vez por todas. Claramente lo insinuaba la revista Semana en julio de 2002 haciendo un balance del gobierno Pastrana y en cuyas palabras concluyentes se encuentra un dejo político de carácter maquiavélico:

“Lo cierto es que de un tiempo para acá, más allá de los prejuicios ideológicos y de los fundamentalismos morales, lo que necesita el gobierno es recuperar la gobernabilidad del país. Volver a Colombia viable. Y eso requiere una alta dosis de pragmatismo, imaginación y destreza política. El país necesita generar consensos en torno a unas prioridades y a una estrategia que le permita enfrentar el terrorismo, el déficit fiscal o la pobreza. Y en la capacidad de generar esos consensos está la estatura política. La situación del país es tan grave que ya no se trata de preguntar si las medidas son de izquierda o de derecha, sino si sirven o no. Como dijo un funcionario del nuevo gobierno, aquí lo que se necesita es el modelo LQF: "Lo Que Funcione".⁵⁰

¿Qué quería decir el funcionario con “lo que funcione”? Los resultados de víctimas del conflicto armado, entre falsos positivos, desplazamientos, desapariciones, masacres, violaciones y despojos después de 8 años de gobierno de Uribe Vélez, así como los del incremento de la

⁵⁰ Revista Semana, “El cambio no fue ahora”, 22 de julio de 2002.

corrupción, el clientelismo, las privatizaciones y concesiones mineras sin medida, o las prerrogativas a grandes terratenientes, entre muchos otros, hablarían por sí solos.

4. EL CAMINO HACIA EL PRESTIGIO

4.1. Evolución de la favorabilidad e intención de voto para las elecciones de 2002.

Si bien aluden a cuestiones diferentes, la favorabilidad y la intención de voto están intrínsecamente conectadas cuando se trata de procesos electorales. Por supuesto que la opinión favorable no es necesariamente el único factor por el cual una persona votaría por un candidato. En las dinámicas electorales se juegan diferentes intereses, en muchos casos relacionados con mecanismos clientelares. Es decir, dentro del margen de intención de voto por un candidato no basta con contar los votos de opinión, sino también aquellos que se consiguen por intercambio de favores o incluso compra directa.

Según la revista *Semana*, el ex funcionario del DAS, Rafael García, declaró la existencia de un fraude monumental para las elecciones legislativas de 2002 para llevar al Congreso a candidatos afines a Álvaro Uribe provenientes de los departamentos del Cesar, La Guajira, Magdalena y Bolívar. Esto, con el fin de que esos mismos candidatos arrastraran una inmensa maquinaria clientelar y de compra de votos que le garantizara a Uribe su ascenso al poder. Dice García en su testimonio que sin la participación de esos congresistas electos y los aproximadamente 300.000 votos que consiguieron, Uribe no habría llegado al poder en primera vuelta como efectivamente hizo.

La revista agrega que si a los 5'862.655 votos que obtuvo Uribe para triunfar en primera vuelta se le restaran los 337.085 que el candidato logró en los departamentos de Magdalena, Córdoba, Cesar y La Guajira, habría tenido que disputar la segunda vuelta con Serpa.⁵¹

Independientemente de si hubiere sido así, o de si en segunda vuelta hubiera ganado o no al candidato oficial del liberalismo, Uribe obtuvo una votación sin precedentes, y no es de despreciar la suma de votos que, entre estos más de cinco millones, pudo haber obtenido a razón de la opinión de los electores.

Un comparativo entre las cifras de favorabilidad y las de intención de voto puede evidenciar la relación entre ambos factores.

Gráfico 2
Evolución de la favorabilidad de Álvaro Uribe Vélez durante la campaña
hacia la presidencia de Colombia en el año 2002⁵²

⁵¹ “Cómo se hizo el fraude”, *Revista Semana*, edición del 4 de agosto de 2006.

⁵² Datos extraídos de la firma Gallup y publicados en *El Tiempo*. Gráfico tomado de: DAZA Beltrán, Carlos Andrés. “Análisis de las estrategias de marketing político de Álvaro Uribe Vélez durante sus campañas electorales de 2002 y 2006 y durante el ejercicio de su gobierno presidencial en Colombia. Tesis de Maestría en Estudios Políticos, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2010.

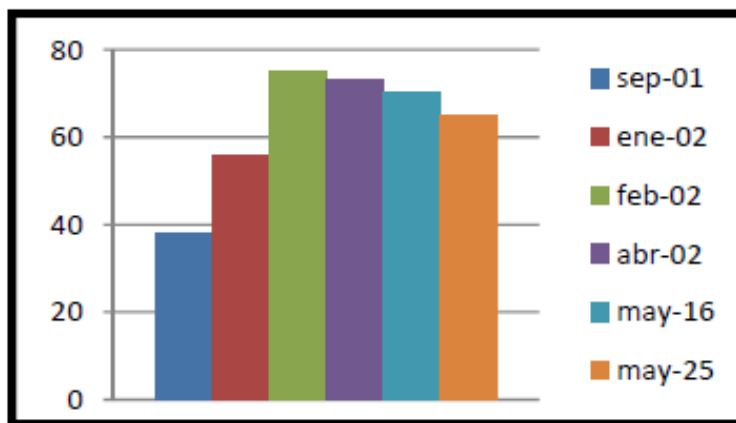
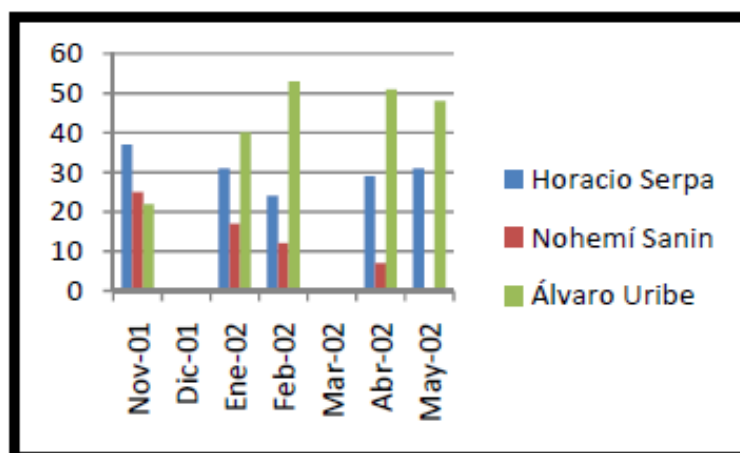


Gráfico 3
Evolución de la intención de voto para las elecciones presidenciales de 2002.⁵³



Nótese cómo entre finales de 2001 y principios de 2002 tanto la favorabilidad como la intención de Uribe suben de manera vertiginosa. Mientras en septiembre de 2001 se reporta una favorabilidad del 39%, en noviembre de ese mismo año, dos meses después, se reporta una intención de voto de poco más de 20%. Pero es hacia enero y febrero de 2002 que se da el pronunciado ascenso tanto en la favorabilidad como en la intención de voto. En enero se reporta una favorabilidad del 57%, casi veinte puntos más que en noviembre del año pasado, según la encuesta de Gallup, y una intención de voto del 40% según los datos que arroja la encuesta del Centro Nacional de Consultoría, doblando así la cifra de noviembre de 2001. Para febrero asciende más, pues mientras la favorabilidad se ubica en el 77%, de nuevo veinte puntos por encima del mes pasado, la intención de voto supera el 50%, diez puntos por encima de lo reportado en enero.

Esta relación se hace necesario establecerla para introducir en la ecuación el concepto que aquí nos compete y es el del prestigio político. En este sentido habría que entender que una

⁵³ Datos extraídos del Centro Nacional de Consultoría Ltda. e Invamer S.A. Gráfico tomado de DAZA (2010).

opinión favorable de un candidato implica una atribución de prestigio, entendiendo este último como valoración positiva por sobre otras personas o cosas y en nuestro caso en particular, en el campo político. Siendo así, es de entender entonces que un mayor prestigio político debería conducir a una mayor intención de voto. Esta relación será fundamental para comprender cómo la construcción del prestigio de Uribe Vélez en los principales medios de comunicación pudo incidir sobre la intención de voto y posterior elección para ocupar el cargo de Presidente de la República, al igual que lo hicieron las maquinarias clientelares que se movieron en torno suyo e incidieron a su vez en su aparición en los medios para prestigiarlo.

Antes de la campaña el reconocimiento de Uribe entre los colombianos se reducía a la esfera regional. Para cuando empieza la campaña de 2002 Uribe era uno de los políticos más importantes de Antioquia, pero no a nivel nacional, donde prácticamente era un desconocido.

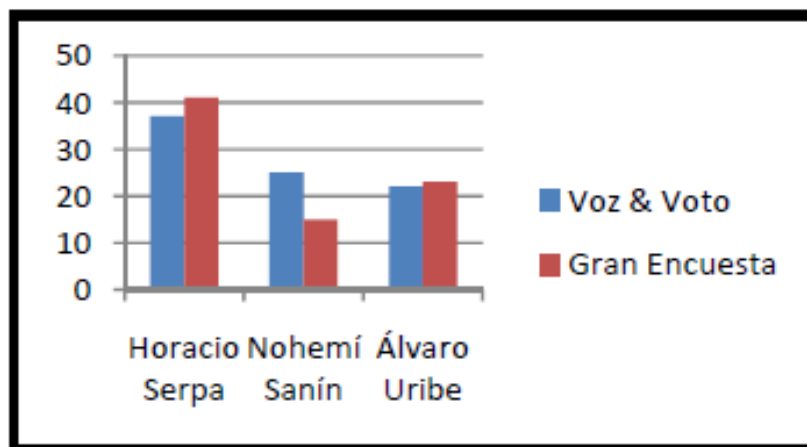
Según Ricardo Galán, Jefe de Comunicaciones de la campaña Uribe Presidente 2002-2006, Uribe era un candidato sólo reconocido en Antioquia, Eje Cafetero y algo de Córdoba y para los preliminares de campaña, año y medio antes de ésta, estaba en las encuestas en tercer lugar con apenas un dígito.

¿Qué pasó para que en cuestión de año y medio ascendiera al primer lugar de preferencia y resultara elegido en primera vuelta con el 54% de las votaciones?

La evolución de la intención de voto de los principales candidatos nos da pistas sobre el punto de quiebre en las encuestas y las razones que pudieron suscitarlo. En los siguientes gráficos que cubren desde noviembre de 2001 hasta mayo de 2002 se aprecia cómo Uribe Vélez se hace al primer lugar en cuestión de tres meses de manera arrolladora, pero a su vez se evidencia el punto de inflexión que nos deja una pista sobre los motivos que llevaron a su ascenso.

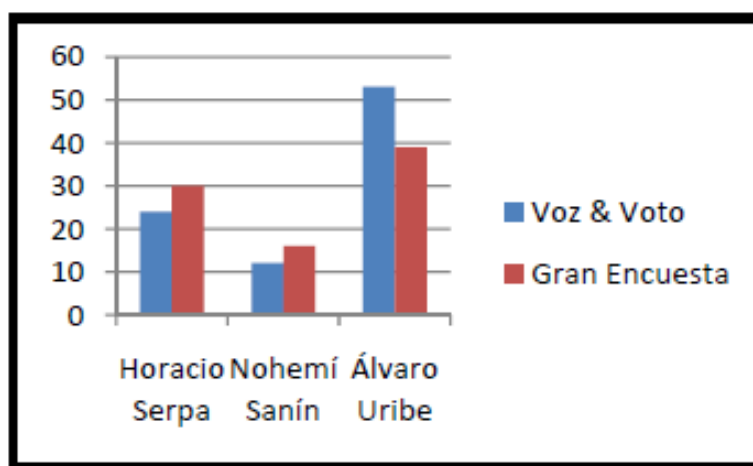
Gráfico 4
Comparativo de intención de voto de encuestas Centro Nacional de Consultoría
e Invamer para noviembre de 2001.⁵⁴

⁵⁴ Datos extraídos del Centro Nacional de Consultoría Ltda. e Invamer S.A. Gráfico tomado de DAZA (2010).



Para noviembre de 2001 el candidato por el Partido Liberal Horacio Serpa llevaba la delantera con un 37% en la encuesta del Centro Nacional de Consultoría (CNC) y un 41% para la Gran Encuesta de Invamer. Para la encuesta del CNC Nohemí Sanín lograba el segundo lugar en intención de voto con un 25% y Álvaro Uribe el tercero con el 21%. Sin embargo, para la encuesta de Invamer Uribe se llevaba el segundo lugar con 22% y Sanín el tercero con apenas 15%. Serpa parecía barrer con sus rivales y para el momento prometía ser el próximo presidente de Colombia pues se trataba de distancias difícilmente superables.

Gráfico 5
Comparativo de intención de voto de encuestas Centro Nacional de Consultoría e Invamer para febrero de 2002.⁵⁵

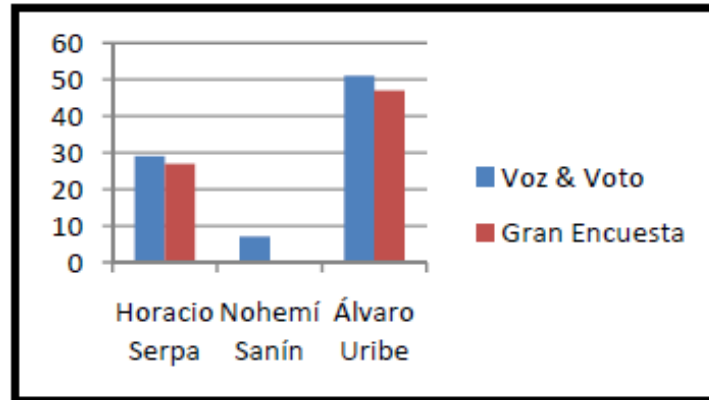


Las encuestas de febrero de 2002, tres meses después, arrojan un resultado que parece sorprendente, pero que esconde una causa casi evidente para semejante variación. Uribe se trepa abruptamente al primer lugar de intención de voto y con 53% para la encuesta del CNC y 39% para Invamer, rebasa al ahora segundo, Horacio Serpa, que logra apenas 23% para la primera y

⁵⁵ DAZA, Op.Cit. 2010

30% para la segunda. Sanín se queda rezagada en el tercer lugar con 12% para el CNC y 16% para Invamer.

Gráfico 6
Comparativo de intención de voto de encuestas Centro Nacional de Consultoría
e Invamer para abril de 2002.⁵⁶



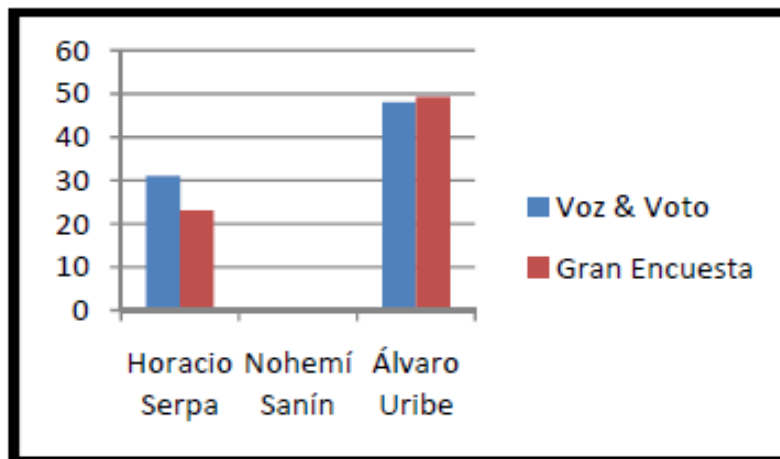
En abril de 2002 los índices no varían notoriamente en la encuesta del CNC, pero sí en la de Invamer. En ésta Uribe pasa del 39% al 48%, subiendo casi diez puntos y Serpa desciende del 30% al 27%. Nohemí Sanín pierde ya toda esperanza y no obtiene resultados representativos para aspirar a ocupar el cargo. La encuesta Voz y Voto del CNC le da apenas un 8% en la intención de los colombianos.

Para mayo Sanín prácticamente desaparece ya de los registros. Serpa escala en la CNC un punto, pero baja en la de Invamer cerca de siete puntos. Uribe desciende en la del CNC del 50% al 48%, pero asciende en La Gran Encuesta del 48% al 50%. Los resultados se mantienen más o menos semejantes en el lapso de abril a mayo. Uribe definitivamente es el nuevo presidente de Colombia y logra alcanzar el triunfo en primera vuelta.

Gráfico 7
Comparativo intención de voto de encuestas Centro Nacional de Consultoría
e Invamer para mayo de 2002.⁵⁷

⁵⁶ DAZA, Ibid. 2010

⁵⁷ DAZA, Op.Cit. 2010



Teniendo en cuenta que de diciembre de 2001 no se tienen datos de intención de voto se puede evidenciar en todo caso en el gráfico 2 que el punto de quiebre pareciera sucederse hacia enero de 2002 donde Uribe rebasa a sus contrincantes sacándole una ventaja de casi 10 puntos porcentuales al segundo, Horacio Serpa. Pero es en febrero donde Uribe Vélez se trepa y deja atrás a sus rivales, ya casi sin opción. Uribe alcanza 77% de popularidad y llega hasta el 53% de intención de voto, mientras Serpa tan solo alcanza el 23%. Es justo en ese mes en el que los diálogos del Caguán entran en su última crisis y se rompen.

Lo que esto nos deja insinuado es que la razón fundamental que pone a Uribe a ganar la presidencia es su discurso de recuperación de la autoridad del Estado frente a la embestida de la guerrilla en los últimos años y los desplantes hacia el proceso de paz. Sin contar con los casos de cilindros bombas que cobraban víctimas civiles y que se registraron enfáticamente en los medios y las llamadas ‘pescas milagrosas’, retenes ilegales de la guerrilla en las carreteras del país para secuestrar civiles.

Al parecer entonces un gran sector de la población vio en Uribe la legitimación de sus sentimientos de rabia y encontró en él al líder que necesitaban para realizar su anhelo de acabar de tajo con el conflicto, esta vez por la vía militar y sin consideraciones de ningún tipo.

El 10 de agosto de 2001 la Revista Semana publica un artículo en la sección de Orden Público muy elocuentemente titulado “El país se endurece”. Si bien se trata de una interpretación y una postura propia de la revista, puede bien reflejar la opinión de un sector de la población que decide apostarle a la propuesta de Uribe Vélez, como también condicionar y/o arrastrar la opinión de otros indecisos en el transcurso de la campaña. El encabezado de la revista reza: “Con la ilusión de ganar la guerra empresarios y candidatos giran a la derecha. Desprestigiado, el proceso de paz se queda sin amigos. ¿Qué tanto durará esta tendencia?” Hoy, se puede responder a semejante cuestionamiento con seguridad que dicha tendencia duró ocho años tras la elección de Álvaro Uribe Vélez.

Luego el primer párrafo del artículo continúa:

“El país está girando a la derecha, si por eso se entiende volver a considerar la guerra integral como una salida al conflicto armado; optar por más mano dura y menos diálogo. La violencia que no cesa, el angustiante desempleo, la falta de liderazgo, la ‘mamadera de gallo’ de las conversaciones en el Caguán, la percepción de que las Fuerzas Armadas son más capaces, entre tantos otros factores, están agotando la paciencia de la gente. Álvaro Uribe Vélez, por ejemplo, ha subido como espuma en las encuestas, no tanto por lo que es: serio, estudioso, casi aburrido, sino por lo que representa: autoridad, orden, mano de hierro con la guerrilla. Es decir, la popularidad de Uribe no es carisma, más bien se debe a que su discurso refleja exactamente una tendencia de la opinión que se ha expresado en las últimas semanas en hechos contantes y sonantes.”⁵⁸

En síntesis, lo militar, lo económico y lo político está descrito aquí como factores en crisis que dejan la sensación de un país sin rumbo, sujeto a la incertidumbre. Es, como se afirmó antes, bajo estos factores que se construye el prestigio de Uribe Vélez en la opinión pública, con especial énfasis, como ya se ha visto, en la recuperación de la autoridad por parte del Estado, especialmente en lo que al dominio militar se refiere. Bajo un diagnóstico semejante surgiría el proyecto insignia de Uribe, la Seguridad Democrática.

Alrededor de este proyecto se organizaron los diferentes sectores de élite y funcionaron como una maquinaria de extraordinario poder que puso a Uribe en la primera fila de las preferencias electorales. El cómo se organizó esta estructura alrededor de Uribe Vélez es un tema capital a la hora de cuestionarse por los resultados obtenidos por el candidato y a pesar de que este trabajo se concentra en la opinión pública, no se puede desligar ésta de la estructura conformada con los otros sectores.

Si entendemos el prestigio como una construcción social condicionada por un contexto específico, debe entenderse que la opinión favorable debería partir de unas opiniones iniciales, que, por venir de otras voces de autoridad, investidas ya de cierto prestigio, son legitimadas públicamente. Dichas voces de autoridad ejercen una suerte de violencia simbólica al imponer juicios de valor bajo un discurso hegemónico, propio del momento. Esas voces de autoridad descansan sobre los círculos de élite de la sociedad, bien sea del sector político, del económico, del militar, o del de la opinión pública. Y todos los anteriores tienen un solo medio de expresión de alcance masivo: los medios de comunicación.

Pero un par de años antes de elecciones Uribe no contaba con el capital político suficiente para reunir en torno suyo a tal maquinaria de poder que lo legitimara ante el pueblo. No figuraba en los medios con la frecuencia y la importancia deseable y ante los ciudadanos tenía muy escaso reconocimiento. Su acceso a los medios masivos de comunicación para obtener un prestigio suficiente frente a la opinión pública estaba condicionado por los apoyos a los que se hiciera de

⁵⁸ “El país se endurece”, Revista Semana, agosto 10 de 2001. Artículo tomado de internet en <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-pais-endurece/47548-3>.

parte de los círculos de élite. Y fueron principalmente sus posturas frente a la guerrilla y frente al papel del Estado las que le capitalizaron ese apoyo.

Cuando se rompen los diálogos en febrero se confirma su postura de no más concesiones a la guerrilla y la población se vuelca en masa a apoyarle, pero antes de ello ya Uribe venía construyendo sus alianzas y su figuración en los medios iba ya en ascenso.

4.2. Alianzas y coaliciones: el acceso a la élite del poder nacional y el camino hacia su prestigio político.

“El prestigio se gana, desde luego, “llegando a ser amigo”
de quienes poseen poder y prestigio e imitándolos.”

Wright Mills, 1996

Para hacerse a una idea de cómo Álvaro Uribe accede a las instancias más altas del poder ganando prestigio para así ocupar un lugar de privilegio en la opinión pública, es necesario antes aclararse el concepto de élite del poder y considerar algunos de sus pormenores.

En “La élite del poder” Wright Mills define como *minoría de poder* a “los círculos políticos, económicos y militares que, como un conjunto intrincado de camarillas que se trasladan e imbrican, toman parte en las decisiones que por lo menos tienen consecuencias nacionales. En la medida en que se deciden los acontecimientos nacionales, la *élite* del poder está constituida por quienes los deciden.” (Wright Mills, 1957)

Desglosemos el concepto en tres premisas básicas:

1. La élite está constituida por círculos políticos, económicos y militares.
2. Son un conjunto intrincado de camarillas que se trasladan e imbrican.
3. Toman parte en las decisiones que, por lo menos, tienen consecuencias nacionales.

La primera afirmación define los estamentos que hacen parte de esta élite: quienes toman las decisiones políticas desde su lugar de poder institucionalizado; quienes las defienden con las armas para mantener la institucionalidad teniendo para ello el monopolio legítimo de la fuerza; y quienes contribuyen a su financiamiento con el poder económico que las hacen posibles. La tercera afirmación, por su parte, nos habla de la potestad que se arrogan y que es la de tomar decisiones que afectan nacional o incluso internacionalmente. Pero la segunda afirmación es especial, pues nos precisa una característica reveladora sobre esta élite y es el hecho de que se trasladan, es decir, que los cabecillas de un sector pueden pasar a ocupar las posiciones capitales de otro en determinado momento. Esto es, un general retirado puede ocupar un cargo diplomático más adelante, o acaso un cargo político como un ministerio. Un empresario puede llegar a ser ministro también o acaso alcalde o gobernador e incluso presidente y un político puede incursionar en actividades económicas de gran impacto. Si este círculo de élite es el que toma las decisiones importantes para un país o conjunto de países, entonces se concluye que dichas decisiones quedan en manos de unos pocos individuos integrantes de esta élite que se reparten las posiciones de poder saltando de un estamento a otro, como en una suerte de rotación de funciones para acaparar el dominio. Esto conforma una estructura hermética y romperla para acceder a ella no es tarea fácil. Por ello son una élite. Pero además tienen la capacidad de definir

las representaciones de la realidad o lo que la constituye desde un abordaje mediático de la misma, a sabiendas de que son las élites quienes poseen los más grandes o importantes medios de comunicación.

Ahora bien, para garantizarse el poder los cabecillas de los gremios económicos financian las campañas a veces no sólo de uno, sino de varios de los candidatos que se perfilan como ganadores en las elecciones presidenciales. Estudian sus propuestas y definen quién conviene a sus intereses para entonces poner el dinero a su disposición. Y si le apuestan a uno solo, lo hacen no sólo con el convencimiento de que les conviene, sino de que es susceptible de arrastrar los suficientes votos para ganar. En su defecto, se emplean todas las presiones económicas, sociales y políticas para que el candidato de su preferencia gane legítima o incluso ilegítimamente.

Por supuesto, la apuesta de los gremios no es propiamente altruista. Detrás de ella están los intereses, que una vez en el gobierno, se le cobrarán al otrora candidato. La condición básica es, claro, que proteja a toda costa sus medios de producción y sus capitales y ello implica, en muchos casos y más en países en conflicto armado, la intervención militar.

Sobre el proyecto de Seguridad Democrática presentado por el candidato Uribe Vélez y posteriormente implementado en su gobierno dice Angarita Cañas:

“La Seguridad Democrática, contenida en el Plan Nacional de Desarrollo, constituye la parte visible del iceberg de un régimen político bonapartista que logró mejorar las condiciones generales de seguridad de “el país” en su propósito de obtener mayor “confianza inversionista”. Sus verdaderas intenciones se encontraban sumergidas en la parte oculta del iceberg, es decir, en el proyecto de incrementar las utilidades del capital privado local y transnacional, como lo corroboran dirigentes militares, políticos y económicos del país.” (Angarita Cañas, 2011)

Esta aseveración sugiere que en algún momento de la campaña de Uribe Presidente los grandes empresarios debieron interesarse por el candidato a sabiendas de que sus propuestas sobre el papel del Estado y la seguridad para incrementar una supuesta confianza inversionista, les eran convenientes, sobretodo en una situación de crisis económica, política y militar como la que pasaba Colombia por ese entonces durante los estertores del gobierno Pastrana.

Pastrana, considerado un presidente débil, desbarajustaba la estructura de poder de las élites pues no ejercía a cabalidad la autoridad que le era conferida para procurar la seguridad de los capitales y los medios de producción de los gremios. El despeje del Caguán, los continuos atentados a oleoductos de parte de la guerrilla, las vacunas a ganaderos y hacendados, el desmedido secuestro de políticos y empresarios, la crisis económica, en parte consecuencia de la crisis global, además del generalizado malestar en las fuerzas militares por el “entreguismo” del gobierno a la guerrilla y las destituciones de altos mandos por presuntos vínculos con grupos paramilitares, dejaban un panorama muy adverso para las élites del poder, un panorama que debía corregirse.

4.2.1. Las élites se reúnen.

El 29 de abril de 1999 se llevó a cabo, en el Hotel Tequendama de Bogotá, un homenaje de desagravio al General Rito Alejo Del Río. Del Río había sido llamado a calificar servicios por el Jefe de Estado, Andrés Pastrana, el 9 de abril de ese mismo año, luego de que los Estados Unidos le retiraran el visado por presuntos vínculos con grupos paramilitares durante su labor como comandante de la Brigada XVII del ejército en el Urabá antioqueño. Uno de los expositores principales del evento fue Álvaro Uribe Vélez. Junto a él expusieron Guillermo Rivera, presidente del sindicato bananero del Urabá antioqueño, el presidente del gremio bananero Augura, Fernando Devis Morales y el abogado conservador de extrema derecha Fernando Londoño Hoyos, quien fuera el primer Ministro de Justicia de Uribe del 2002 al 2004. Londoño presentaría su carta de renuncia al ministerio luego de que fuera sancionado por la Superintendencia de Sociedades por adquirir indebidamente ciento cuarenta y cinco millones de acciones de la firma Invercolsa por un valor de nueve mil millones de pesos en mayo del '97. Es decir, dos años antes de la reunión en el Hotel Tequendama. Luego sería encontrado culpable por la Procuraduría General de la Nación por abuso de poder para favorecer a un consorcio y por prevaricato. Las sanciones respectivas fueron de 15 y 12 años respectivamente. Al día de hoy Londoño sigue inhabilitado para ejercer cargos públicos, pero lidera una emisora de radio web llamada La Hora de la Verdad que utiliza como canal para exponer sus ideas a diario, ya no en la política sino en los medios.

El comité organizador de dicha reunión estaría conformado por el exportador cafetero Gustavo Gaviria González, quien para las elecciones del '98 respaldó la candidatura del General Harold Bedoya, luego vinculado con el paramilitarismo. El político conservador Miguel Santamaría, el periodista Ramiro de la Espriella, muy comprometido con los círculos políticos, el publicista Carlos Delgado, el mismo presidente de Augura, Fernando Devis Morales, el periodista Plinio Apuleyo Mendoza de marcadas ideas de derecha y el ex secretario de gobierno de Antioquia de la gobernación de Uribe, Pedro Juan Moreno Villa, de quien se sospechaba había tenido negocios non sanctos mientras ejercía como secretario de gobierno de Uribe y quien guardaba información muy comprometedor del mismo, especialmente de la época en que ambos estructuraron el esquema de las Convivir en Antioquia, que, sabido es, terminaron convertidas o relacionadas con grupos paramilitares de la zona. Cuando Uribe logró la presidencia prescindió de Moreno Villa y éste, ofuscado, fundó un medio de comunicación llamado La Otra Verdad desde donde ejerció franca oposición contra el gobierno. Moreno Villa falleció en febrero de 2006, tres meses antes de la reelección de Uribe, en un presunto accidente de helicóptero del cual se tienen serias sospechas. Uribe Vélez es investigado hoy por su posible vinculación con lo que parece no haber sido propiamente un accidente.

En suma, en el homenaje a Rito Alejo del Río y también a Fernando Millán, ambos llamados a calificar servicios por Pastrana, se reunieron las diversas élites de poder concentradas en las fuerzas militares, los políticos y el empresariado, además de representantes de los medios de comunicación.

Por supuesto que los medios o sus representantes no pertenecen a esas élites del poder tal como las caracteriza Mills, pero sin aquellos la élite no obtendría el prestigio social que se les confiere entre el grueso de la población. Mills va incluso más allá: “Los individuos de la minoría poderosa no son gobernantes solitarios. Consejeros, consultores, portavoces y *creadores de opinión pública* ⁵⁹ son con frecuencia quienes capitanean sus altas ideas y decisiones.” ⁶⁰ Y continúa más adelante:

Si bien la distancia social expresada por el hermetismo de los muros de los clubes ⁶¹ o ciertos lugares de reunión de estos grupos les confiere esas cualidades de élite, entre otros aspectos, dicha distancia debe ser franqueada por ciertos representantes de los medios que se muestren afines a los intereses de las élites o al menos que demuestren cierta empatía por sus miembros y su hábitus de clase. Hoy, periodistas como Julio Sánchez Cristo, Néstor Morales, Darío Arizmendi, Claudia Gurisatti o María Isabel Rueda, entre otros, hacen parte de ese círculo de la élite mediática que logra el acceso a estas reuniones o a la información derivada de ellas con cierta facilidad, siempre y cuando, claro, el motivo de la reunión amerite la presencia de dichos periodistas o el conocimiento de dicha información.

Dice Bourdieu: “Yo pienso que hay una complicidad – complicidad es una palabra demasiado fuerte, Halimi habla de connivencia – entre los mayores periodistas políticos, aquellos que son conocidos por la televisión, etc., y los hombres políticos; connivencia que reposa sobre una familiaridad real: son gentes que se ven constantemente (...)” Y más adelante sigue: “usted verá que estos periodistas dan un espacio enorme a encuentros, conversaciones, con hombres políticos o los otros periodistas políticos. Se sigue que los unos y los otros se impregnan mutuamente de ideas que circulan circularmente – es lo que yo llamo la *doxa* política, es decir, un conjunto de ideas recibidas que están incluso al lado de la creencia, por ejemplo, actualmente, la visión neoliberal.” ⁶²

Bourdieu no traza una frontera entre los políticos y los periodistas, o más precisamente entre el campo político y el campo periodístico. Más que separarlos, los considera parte del campo político, más que ser observadores, como – dice – algunos de ellos se piensan, son de hecho agentes del campo político. Pero además incluye también ahí a los sondeadores de opinión, por las preguntas que plantean y por las que omiten. Es decir, al hablar del vínculo entre políticos, periodistas y casas encuestadoras, no se está hablando de campos diferentes necesariamente, sino, en este caso, del campo político. Esta triada se demuestra además en el hecho de que son usualmente los medios los que contratan a las casas encuestadoras en vísperas de elecciones, o a veces los mismos candidatos, bien sea para sondear su favorabilidad e intención de voto o para

⁵⁹ Las cursivas son mías.

⁶⁰ Mills, Op.Cit. 1987.

⁶¹ Clubes como El Nogal o el Country Club en Bogotá; Club El Country en Medellín, Club Colombia en Cali o Club Campestre en Cartagena, son claros ejemplos de ello. Lugar de reunión de élites, altamente protegidos, con acceso restringido a recomendaciones especiales de otros socios y tarifas para asociarse que van desde sumas cercanas a los 7 millones hasta casi doscientos millones de pesos, como en el caso del Club El Nogal.

⁶² BOURDIEU, Pierre, “Sobre el campo político”, Press Universitaires de Lyon, 2000.

manipular al electorado con cifras a veces alteradas o con encuestas parcializadas por el propio diseño del sondeo.

Ahora, si atendemos a lo que dice Bourdieu sobre cómo se moldea la opinión pública a través de las encuestadoras no sólo por lo que preguntan, sino por lo que omiten, entonces hemos de pensar que con el mismo rasero se debe medir a los periodistas, que también son productores de opinión. No es sólo lo que preguntan en sus entrevistas o dicen en sus columnas, sino también lo que omiten preguntar o lo que omiten decir. Las entrevistas de Arizmendi y Gurisatti con el paramilitar Carlos Castaño son un ejemplo de cómo lo que se omite es tanto o más importante que lo que se dice y pregunta. Al fin y al cabo estaban hablando con un consabido criminal, pero al que trataban con cierta reverencia dedicada a lo que más bien parecería un héroe que aprovechaba estas entrevistas no sólo para divulgar su postura, sino para justificar sus actos criminales.

Finalmente, Bourdieu atribuye a los periodistas una potencialidad más dentro del campo político: el ser – como él los llama – los *gatekeepers*, los porteros que controlan la entrada al campo político de nuevos prospectos. Por supuesto, aclara, los partidos son también muy importantes en este proceso. Sin embargo, en el caso de Álvaro Uribe éstos últimos no jugaron un rol preponderante en su posicionamiento electoral, por el contrario, fue él y su singular maquinaria quien hizo que varios militantes de los partidos tradicionales se le sumaran.

Ahora bien, no debe entenderse por lo anterior que los periodistas funjan como simples amanuenses de la élite, así muchas veces lo parezca. Los medios logran configurarse en ocasiones como un poder paralelo. El poder de los medios frente a las élites políticas reside en dos aspectos principalmente, el manejo de la opinión pública y la reserva de las fuentes. De vez en cuando habrá fuentes en el club o en los recintos clausurados que informará a los medios, de manera reservada, temas lo suficientemente delicados para convertirse en noticia o escándalo nacional o incluso internacional y que comprometen el prestigio de los integrantes de estos círculos. La reserva de la identidad de esta fuente, en virtud del derecho a informar y proteger el origen de la información, es de orden constitucional y está consignado en la sentencia T-298 de 2009 de la Corte Constitucional. Si no se conoce la fuente, cualquiera dentro del club podría ser un *topo* que divulgue información clasificada que comprometa el prestigio de los asociados.

Como los periodistas tienen el acceso a los medios para divulgar dichas informaciones cómo y cuando consideren pertinente, tienen la potestad para perfilar la opinión pública a partir de su información u opinión propia. Y el prestigio de uno, claro está, vive de la opinión que de sí tengan los otros. Por ello la relación entre élites y medios de comunicación debe mantenerse bajo principios de cordialidad en la medida de lo posible. Este pacto tácito permite incluso que entre ese círculo de periodistas accedan algunos que ejercen como bufones de “la Corte” y se les tolere sus “insolencias”. Es decir, aquellos a los que, por su prestigio mediático o social, se les confiere el derecho a burlarse de los mismos poderosos sin que ello implique siempre el origen de una disputa. Periodistas de hoy como Daniel Samper Ospina, o de años atrás y tan reconocidos como

Jaime Garzón⁶³, son claro ejemplo de ello. Y el prestigio de uno, claro está, vive de la opinión que de sí tengan los otros. Por ello la relación entre élites y medios de comunicación debe mantenerse bajo principios de cordialidad en la medida de lo posible. Este pacto tácito permite incluso que entre ese círculo de periodistas accedan algunos que el campo político, como microcosmos que es, tiene, según Bourdieu, sus propias leyes de funcionamiento, y dentro de esas leyes cabe la de que ni el periodista ofenda al político dentro del círculo, ni el político al periodista de confianza, so pena de que el primero sea expulsado del grupo o el segundo sea afectado en su prestigio.

Claro, normalmente el periodista debe informar y de vez en cuando, seguramente, asuntos y temas que no convienen a ciertos personajes de la élite, pero procura hacerlo con la suficiente sutileza, de tal manera que no ofenda sobremanera al afectado, amparándose en su derecho y deber de informar. Cuando el implicado resulte de particular interés o afecto para el periodista, es probable que éste llegue incluso a omitir ciertas informaciones no convenientes para el primero con tal de no hacerle daño a su honra.

En la reunión de las élites políticas, económicas y militares en honor a Rito Alejo del Río, a la que asistió el periodista y diplomático Plinio Apuleyo Mendoza, Uribe habló, como orador principal, en torno al despeje de un área de la geografía nacional para el ELN, la impunidad y seguridad ciudadana y los diálogos preliminares entre el gobierno Pastrana y las FARC. Uribe se expresó sobre Del Río con palabras como estas: “El general y sus soldados trabajaron para contener a los violentos con una intensidad sin antecedentes.”⁶⁴ Y siguió elogiándolo sin cuartel con otras como: “Nadie mejor que el General Del Río comprendió que a Urabá había llegado la hora de la paz, el Estado, la ciudadanía, y a fe que avanzó notablemente.”⁶⁵ Y frente a la medida de Pastrana de llamar a calificar servicios a estos generales Uribe se refirió:

Como ha sido usual y se repitió en el marco del proceso de paz con las FARC iniciado por el presidente Juan Manuel Santos, Uribe aseveró que la orden para destituir al general Del Río había venido de las FARC “con base no en providencias de la justicia del Estado, sino en sus prevenciones, prejuicios y estrategias.”

Años después el General del Río terminaría su amistad con el entonces candidato porque, dice él, siendo Presidente, Uribe Vélez había permitido que en Estados Unidos se abriera un proceso de investigación por narcotráfico, con pruebas de la policía colombiana, contra el padre

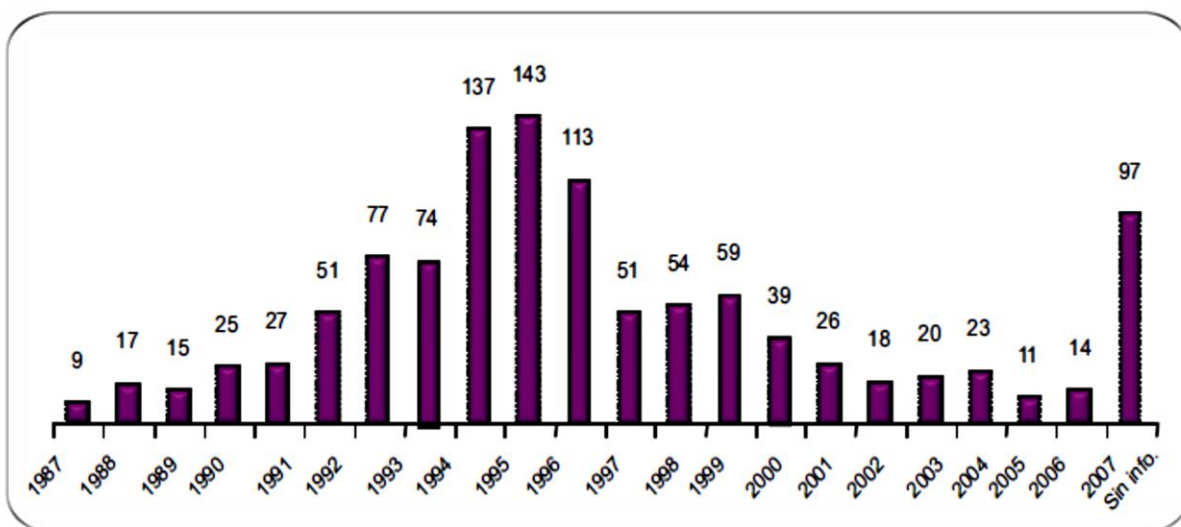
⁶³ Este último tocó temas tan delicados y penetró tanto los círculos de poder y las instancias contrarias al poder como la comandancia de los grupos guerrilleros como las FARC, que al parecer cruzó una frontera entre lo permitido y lo prohibido y fue asesinado por paramilitares en confabulación con agentes del Estado. Para cuando se escribe este trabajo el exsubdirector del DAS, José Miguel Narváez, acaba de ser condenado por ser encontrado culpable como determinador del crimen de Garzón. Narváez fue anteriormente condenado por su participación en el caso de las chuzadas del DAS a teléfonos de magistrados de las altas Cortes, bajo la presidencia de Álvaro Uribe Vélez, quien, por orden jerárquico, era su jefe natural. Aún se trata de establecer en las investigaciones si las órdenes para dichas chuzadas vinieron del entonces Presidente.

de Pedro Juan Moreno Villa, ex secretario de gobierno de Uribe durante la gobernación de Antioquia, y amigo íntimo del General.

Rito Alejo del Río gozaba de prestigio entre los empresarios, ganaderos y comerciantes de Urabá por haber arrojado a la guerrilla a las periferias de la zona y reducirla a su mínima expresión. Pero el precio que se pagó para ello fue un balance de 216 muertes por cada 100.000 habitantes en un periodo de dos años, entre 1995 y 1997 según datos de la Vicepresidencia de la República⁶⁴, justo el periodo en que Álvaro Uribe fue Gobernador de Antioquia. Entre esos mismos años se registraron además 2.950 homicidios con fines políticos y entre los años 1990 y 2007 se produjeron en Urabá 10.227 homicidios, de los cuales casi la mitad fueron ejecutados entre 1994 y 1998⁶⁵.

En el siguiente gráfico se relacionan los hechos de violencia ocurridos en la subregión antioqueña de Urabá entre los años 1987 y 2007. Entre estos hechos se incluyen homicidios por causas políticas, desapariciones, secuestros, desplazamientos forzados, tortura, lesiones personales y agresiones sexuales o atentados contra la libertad sexual.

Gráfico 8: Hechos de violencia en sub-región de Urabá entre 1987 y 2007



66

Fuente: Ficha de Fiscalía. Procesamiento de información: Convenio CNRR- ACCIÓN SOCIAL, Proyecto de Tierras – USB – IPC.

Nótese como entre los años 1995 y 1997 se incrementan ostensiblemente estos crímenes, escalando de 74 ocurrencias en 1994 a 137 en el año 1995. En 1996 los hechos se incrementan a 143 y en 1997 decrecen hasta 113, pero mantienen una cifra muy por encima de los años restantes. Es en ese periodo que Antioquia es gobernada por Álvaro Uribe Vélez, es en ese

⁶⁴ Tomado de “Rito Alejo del Río: de “pacificador” a condenado. En www.verdadabierta.com. Agosto de 2012.

⁶⁵ Tomado de “Urabá, laboratorio de guerra”. www.elspectador.com. 7 de diciembre de 2013.

⁶⁶ Tomado de “Víctimas, violencia y despojo: Informe de la investigación acerca de las víctimas del conflicto armado.” En www.usbmed.edu.co/investigacion/victimas_violencia_y_despojo/ Universidad de San Buenaventura Medellín. Medellín, 2009.

periodo cuando el general Del Río comanda la Brigada XVII y es justo en ese periodo en el que los paramilitares incursionan con mucha mayor fuerza en el Urabá con la política de “tierra arrasada”, produciendo la mayoría de estos actos de violencia.

El paramilitar alias Pedro Bonito entregó una lista de 226 ganaderos y bananeros que financiaron a las autodefensas y aseguró que cada año estos patrocinadores se reunían en Medellín con altos funcionarios de la Gobernación de Antioquia de Uribe Vélez para evaluar los avances de la seguridad en Urabá. Pedro Bonito sostuvo además que el exsubdirector del DAS durante la presidencia de Uribe, José Miguel Narváez, les había dado conferencias a los paramilitares a través de varias Convivir cuyo tema era las estrategias de guerra política. Dichas conferencias tuvieron lugar, dice él, en el Hotel Intercontinental de Medellín, un hotel de notable prestigio a nivel nacional e internacional.⁶⁷

En el mismo artículo dice El Espectador:

“Después de cruzar variables de estadísticas oficiales con matrices de organizaciones de derechos humanos, la Fiscalía ha venido encontrando protagonistas ocultos de una organización ilegal que multiplicó sus frentes de batallas a mediados de los años 90 por orden de los hermanos Vicente y Fidel Castaño Gil, a través de la creación de los bloques Élmer Cárdenas y Bananero, y los frentes Turbo, Arlex Hurtado y Héroes de Tolová. Una estrategia que derivó en la cooptación de élites regionales cordobesas, antioqueñas y chocoanas mientras los proyectos agroindustriales de palma de cera, la explotación de caucho, maderas tropicales y la extensión de las industrias bananera y ganadera se desarrollaban en predios que justamente habían sido despojados por este grupo criminal y que ahora eran custodiados por la fachada legal del paramilitarismo: las Convivir.”

El mismo documento de la Fiscalía que cita El Espectador, concluye que la supuesta “lucha contrainsurgente” reivindicada por los paramilitares, no fue más que un pretexto para fraguar un proyecto económico – político de individuos con intereses comunes, mucho más allá del mito de su accionar antisubversivo y su supuesta refundación de la Patria. De haber sido cierto su proyecto antisubversivo tal vez no habría sido “necesario” el asesinato de sindicalistas agrarios de la zona, así como el despojo de tierras y desplazamiento de miles de familias campesinas.

Este es el panorama que rodea al General Del Río hacia mediados de los años '90 cuando ejercía como comandante de la Brigada XVII del ejército en la zona del Urabá Antioqueño, el mismo panorama que de seguro podía apreciar Uribe como Gobernador del departamento.

Por esos años ya se hacían sentir las denuncias de la alcaldesa de Apartadó Gloria Cuartas sobre el accionar de dicha brigada y sus terroríficos actos de violencia, así como las versiones de

⁶⁷ Tomado de “Urabá, laboratorio de guerra”. www.elespectador.com. 7 de diciembre de 2013.

diversos militares subalternos y superiores del general Del Río, versiones que llegaron a oídos del Presidente Pastrana y que motivaron su destitución.

A pesar de ello Álvaro Uribe Vélez le rindió un homenaje junto a otros políticos, empresarios, industriales, periodistas y militares, desconociendo la providencia del Presidente y, por el contrario, criticando y deslegitimando su accionar como sujeto a un condicionamiento de las FARC durante los diálogos del Caguán. Las investigaciones demostrarían que el General del Río era culpable de los hechos que se le imputaban. Álvaro Uribe no volvería a hablar del General ni del caso en cuestión.

Esa élite que siempre parecía pisar una frontera entre la legalidad y la ilegalidad, entre la institucionalidad y la para-institucionalidad, penetró los recintos del Hotel Tequendama en Bogotá, tradicional lugar de reunión de las élites políticas y económicas del país. Lo curioso es que el mayor accionista del Hotel Tequendama es el Fondo de Retiro de las Fuerzas Militares y su gerente es un militar retirado nombrado por el Presidente de la República. En la época de dicha reunión el cargo lo ocupaba el Brigadier general Gabriel Pontón Laverde, nombrado en 1990 por el entonces presidente César Gaviria.

Entonces, si el hotel pertenece a las Fuerzas Militares y el comandante supremo de dichas fuerzas es el Presidente de la República, ¿cómo entonces se permite en sus instalaciones el homenaje a dos militares a quienes se les ha mandado a calificar servicios por parte del mismo Presidente por presuntos vínculos con grupos paramilitares?

Quizá la razón sea la misma por la cual un grupo de empresarios, políticos, militares y periodistas se reúnen alrededor de una figura tan cuestionada en su trayectoria pública como Álvaro Uribe Vélez nombrándolo orador principal del evento, y es que, cuando los intereses económicos y políticos constituyen una emergencia, claudica ante ellos el aspecto moral del prestigio.

Ahora bien, quien entra al círculo de élite sin el suficiente dinero no lo hace como un integrante formal, sino como un emisario que dé cuenta de sus virtudes y de su prestigio a la sociedad en general, es decir, quien divulgue a extramuros de los herméticos clubes, las actividades moralmente loables de sus integrantes. Ese es el lugar de los periodistas. Por supuesto que las actividades non sanctas deben permanecer a nivel intramural, pero en caso de requerir divulgación para efectos prácticos será bajo el manto del eufemismo o acaso un ocultamiento retórico, como la “lucha contra el terrorismo”, cuando el verdadero interés siempre parece haber sido el incremento de la riqueza.

Dice Mills sobre las élites estadounidenses:

“Todo interés desnudo, todo poder corporativo nuevo y no aprobado, bloque agrícola, unión obrera, y organismo gubernamental surgidos de las dos últimas generaciones se disfrazaron de consignas de significado moral. Pues ¿qué es lo que no se hace en nombre del interés público? Al desgastarse estas consignas, se elaboraron trabajosamente otras nuevas, que resultaron triviales a su debido tiempo. Y mientras tanto, las reiteradas crisis económicas y militares difunden

temores, vacilaciones, y ansiedades que dan mayor urgencia a la búsqueda de justificaciones morales y excusas decorosas.”⁶⁸

El evento de homenaje al General del Río cobra particular importancia para esta investigación por dos razones: por un lado, porque marca el inicio del ingreso de Uribe a una élite económico - política de dimensiones nacionales, lo que a la larga incrementaría su prestigio, y por otro, porque constituye un primer punto de quiebre en el dominio público frente al tema de los diálogos con la guerrilla, su principal caballo de batalla para las futuras elecciones presidenciales de 2002 y quizá lo que más le dio créditos para obtener la Presidencia.

No es propiamente al General Del Río al que rodean los círculos de élite que asisten a dicha reunión, sino al ex gobernador Uribe, que, como orador principal, pronunció un discurso que lo perfilaría para dichas élites como un muy posible candidato a ocupar el primer cargo de la Nación y lo que es mejor, a su conveniencia, tal como se acostumbra en dichos círculos. Los gremios cafeteros y bananeros que hacían presencia en el Hotel Tequendama ese día, constituían dos de los principales renglones económicos del país y cultivaban y comercializaban dos de los productos agrícolas de mayor exportación. Multiplicar sus tentáculos, extender los linderos de sus tierras e incrementar así su riqueza y, en teoría, producir más dividendos para el país, era un imperativo de extrema urgencia y tanto la guerrilla resultaba un obstáculo para ello, como los paramilitares un instrumento para el logro de su cometido. El círculo se cerraba entonces. Ahora estas élites no sólo se reunían en torno a Del Río como representante de la línea parainstitucional de las Fuerzas Militares o en torno a Uribe como político de cabecera, sino que consolidaban un proyecto en común. ¿Y cómo más llevar a cabo ese proyecto sino montando su candidato a la Presidencia de la República?

Poco más de dos años después del desagravio a Rito Alejo del Río en el Hotel Tequendama, se produjo una nueva reunión de las élites del poder en el mismo recinto. El 28 de agosto de 2001 el Consejo Gremial Nacional convocó a un homenaje a la Fuerza Pública en el Salón Rojo del Hotel Tequendama. El evento tuvo un cariz más institucional pues incluyó no sólo a los gremios económicos y a destacados políticos y militares de los diversos poderes, sino hasta al mismo Presidente Pastrana. Por supuesto Álvaro Uribe Vélez estuvo entre los asistentes, pero esta vez ya como candidato presidencial.

Para entender las implicaciones sociales del evento y observarlo bajo una perspectiva sociológica, vale la pena analizar algunos apartes del artículo con el que el periódico El Tiempo relató los pormenores del mismo a manera de crónica y que tituló “Necesitamos más apoyo: Tapias”⁶⁹.

El encabezado dice así: *“A las 8:30 se produjo el momento cumbre de la noche. El presentador estaba anunciando a quienes ocupaban la mesa principal: primero, al presidente*

⁶⁸ Wright Mills. Op.Cit. 1957

⁶⁹ El general Fernando Tapias era para entonces el Comandante de las Fuerzas Militares.

*Andrés Pastrana; después al vicepresidente Gustavo Bell; y luego, al general Fernando Tapias. Cada uno se ganó sus aplausos... ”*⁷⁰

Y luego, sigue de la siguiente manera:

“...Sin embargo cuando nombró al general Jorge Enrique Mora, comandante del Ejército, un estallido de palmas inundó el Salón Rojo del Hotel Tequendama y por primera y única vez en la noche todos los asistentes se pusieron de pie. Haga la guerra general Mora, le había gritado minutos antes uno de los empresarios cuando el general hizo su ingreso en el salón en medio de una calle de honor.

Más adelante se refiere a la llegada de Uribe Vélez:

A las 7:50 llegó el candidato presidencial Álvaro Uribe Vélez acompañado de la senadora Claudia Blum, recién incorporada a su campaña, y de Alberto Montoya Puyana.

Mientras les contestaba a un grupo de periodistas que no basta con el homenaje, mañana tenemos que amanecer y apoyar a la Fuerza Pública, unas cuantas mesas del público aplaudieron con entusiasmo. Esa es la mesa de Fedegán, dijo en tono de chiste a sus vecinos otro empresario sentado más adelante.

Después arribó el Presidente con los seis generales que conforman la cúpula. El auditorio, a media luz, y pendiente de los generales no se dio cuenta de la entrada de la candidata Noemí Sanín, sin embargo en la mesa donde luego se sentó le hicieron un gran recibimiento.

Horacio Serpa nunca llegó, pero de su campaña informaron que su esposa Rosita y su hija, lo representaron y les hicieron entrega a los militares de un comunicado de apoyo.

A las 8:25 comenzó el acto.

Después el artículo habla de las palabras de Sabas Pretelt quien aseguró que no estaban ahí por una idea guerrerista, sino para fortalecer a las Fuerzas Armadas con la colaboración con el fin de proseguir con mayor firmeza con el proceso de paz. Y continúa:

El comandante de las Fuerzas Militares, general Fernando Tapias, agradeció el homenaje y reclamó una colaboración más estrecha por parte de las fuerzas vivas

⁷⁰ Tomado de El Tiempo, 29 de agosto de 2001.

del país. Tapias hizo mención de la actuación decidida y constante del presidente Andrés Pastrana y los ministros de Defensa que lo han acompañado. Así mismo registró con beneplácito la sanción de la Ley de Defensa y Seguridad Nacional. El presidente Andrés Pastrana, explicó que el mayor fortalecimiento de los militares no es excluyente con el proceso de paz. Que no haya lugar a confusión: Podemos y debemos proseguir, simultáneamente, la búsqueda de una solución política del conflicto y el incremento de la capacidad de las Fuerzas Armadas. Y aunque no se refirió específicamente a los recursos que se requieren para continuar con el ambicioso proceso de modernización, el mandatario, indicó que durante su administración se incrementó en un 150 por ciento el número de soldados profesionales y en un 30 por ciento el de soldados regulares. También se aplicó un Plan gracias al cual se duplicará el pie de fuerza, pasando de menos de 80 mil soldados en 1998 a 160 mil en el 2004.

El título del artículo se refiere al apoyo que las Fuerzas Armadas requieren de la sociedad civil y en este caso en particular del empresariado del país. Para entonces el General Fernando Tapias era el Comandante de las Fuerzas Militares y según el reportero es él, directamente, quien hace la petición a la concurrencia, lo cual le otorga mayor legitimidad a la solicitud.

Se anuncia el llamado “momento cumbre”, quizá refiriéndose al instante en que entran “en escena” los protagonistas de la noche. La descripción toma un cariz farandulero. “Cada uno se ganó sus aplausos”, dice, pero todo apunta a que quien realmente se convirtió en el personaje principal del espectáculo fue el comandante del Ejército, Jorge Enrique Mora Rangel. No es entonces al General “de oficina” y máximo comandante al que homenajean con furor, sino al militar tropero. Un empresario le grita a su ingreso: “¡Haga la guerra General Mora!”, lo que sugiere que al menos un sector del empresariado estaba ahí para exigir guerra frontal a cambio de su colaboración.

Tenemos hasta ahora entonces cinco elementos a tener en cuenta en lo que respecta al análisis de este evento: 1) Un grupo de personalidades, integrantes de los círculos de la élite del poder nacional, que se reúnen en un lugar de prestigio. 2) Un aire de farándula en la entrada y presentación de dichas personalidades por parte del maestro de ceremonias y los aplausos del público, así como por la presencia de las cámaras de televisión. 3) Un perfil de clase privilegiada entre los asistentes que pasa por su rol en la sociedad (grandes empresarios, políticos y militares). 4) Una petición de hacer la guerra al Comandante del Ejército por parte de un empresario invitado. 5) Y finalmente un aire patriotero y heroico despertado por oradores y homenajeados.

Lo que queda implícito en esto es que las élites nacionales están pidiendo recrudecer la guerra contra la guerrilla o al menos fortalecer a las Fuerzas Armadas para defender con más efectividad sus intereses.

Por supuesto que entre estos invitados y en medio de este exclusivo círculo de prestigio se encontraba Álvaro Uribe Vélez. Y no se encontraba ahora como ex gobernador, sino como candidato a la Presidencia de la República. De Uribe se dicen algunas cosas que pueden ser reveladoras: por un lado, la compañía con la que llegó. Uribe hace su arribo acompañado de la entonces Senadora Claudia Blum de Barbieri, recién integrada a su campaña, y de Alberto Montoya Puyana.

Blum fue senadora por el Partido Liberal, pero al parecer con un cierto margen de independencia, pues para 1994 respaldó la candidatura del Presidente Pastrana, quien era el principal orador del evento, candidatura que no logró su cometido pues los resultados le dieron el triunfo a Ernesto Samper. Para los años 2005 y 2006, ya siendo Uribe presidente, Claudia Blum se convirtió en la primera mujer Presidente del Senado por el partido Cambio Radical. Ya durante el gobierno de Pastrana, hacia 1998, se aleja del liberalismo y se integra al partido Cambio Radical, trabajando muy de cerca con Germán Vargas Lleras. Blum es convocada después por Álvaro Uribe para hacer parte de su campaña a la presidencia de 2002, a lo que ella acepta⁷¹. En un artículo de julio de 2012 dice la Revista Semana que, de los últimos trece expresidentes del Senado, la única que no fue investigada por parapolítica fue precisamente ella.

Montoya Puyana, por su parte fue el primer Gobernador de Santander por el Partido Liberal, Alcalde de Bucaramanga y declarado alcalde del año en Colombia en 1990. Presidente de Camacol y Senador de la República entre el '91 y el '94, presidente de Granahorrar y rector de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, entre otros importantes cargos. Montoya fue cercano de Uribe Vélez y para cuando Uribe lanza su campaña éste se convierte en su jefe de debate político.

Ni Blum de Barbieri, ni Montoya Puyana, cuentan en su haber para el momento con investigaciones de ningún tipo que comprometieran su honestidad, su ajuste a la legalidad o su buen nombre. Con esas compañías llega Uribe al recinto del Hotel Tequendama. Una senadora aguerrida y muy renombrada y un tipo honesto con una carrera pública y privada intachable.

Dos años antes, en 1999, Uribe se había reunido, en el mismo hotel, con un grupo de personas vinculadas con el paramilitarismo, y estos a su vez autores de crímenes de lesa humanidad, masacres, desapariciones forzadas, despojo de tierras, narcotráfico, así como otros con cargos de prevaricato en su haber como el menor crimen entre el prontuario de varios de los asistentes ahí encontrado.

En cuestión de dos años parecen evidenciarse dos caras del mismo Uribe Vélez, el apegado a la institucionalidad y la legalidad y el contra institucional, anti-político y transgresor de la autoridad. Ambos rostros de Uribe, en una hábil combinación, tendrían un papel preponderante en el triunfo de las elecciones de 2002.

Un último detalle del artículo en torno a la presencia de Uribe en el evento, pero no menos importante, lo constituye el hecho de que para hablar de dicho candidato el periodista se toma

⁷¹ Claudia Blum es esposa de Francisco José Barberi Ospina, Presidente de Tecnoquímicas S.A., que donara 130 millones de pesos a la campaña de Uribe Vélez y cuñada de Juan Manuel Barberi Ospina, quien contribuyera con 80 millones. Siendo ya Presidente, Claudia Blum fue nombrada por Uribe como Embajadora ante las Naciones Unidas.

dos párrafos y para hablar de los dos restantes y principales contrincantes al momento, Serpa y Sanín, sólo se toma uno para cada uno. Pero además deja sugerido que la presencia de Uribe fue más notoria por los aplausos de las mesas cercanas ante sus declaraciones a la prensa, mientras la llegada de Noemí Sanín al lugar apenas se advirtió y Horacio Serpa ni siquiera asistió al evento. Los candidatos enfrentados a Uribe se invisibilizan.

En el tiempo transcurrido entre estas dos reuniones con las élites regionales, en principio, y luego nacionales, se evidencian dos caras del mismo Uribe que se van manifestando acorde a los intereses del empresariado y de ahí a la situación electoral.

Un elemento común une a las élites mencionadas entre estas dos reuniones y permea tanto a los gremios y grupos económicos, como a políticos y militares, develando además una estrategia que resultó eficaz en la búsqueda del margen de votación logrado para Uribe: el proyecto paramilitar.

4.2.2. El proyecto paramilitar: élites económicas, políticas y militares en la clandestinidad.

A la reunión en homenaje al General del Río asistió un personaje atípico, por sus ideas de izquierda, dentro del listado de los invitados ahí presentes que compartían una ideología de derecha. Se trataba de Mario Agudelo, líder del movimiento Esperanza, Paz y Libertad, conformado por los desmovilizados del EPL que entregaron armas hacia principios de los años noventa. Esperanza, Paz y Libertad tenía gran influencia en la zona bananera, pero como en toda desmovilización, quedaron algunos cuadros armados que se rehusaron a ella y se aliaron con las FARC para mantener el control sobre la zona. Con este propósito arreciaron los ataques contra los integrantes del nuevo movimiento, murieron asesinados decenas de sus militantes y hasta le enviaron un “libro bomba” al líder, Mario Agudelo, que terminó cobrando la vida de su hijo. Mario Agudelo, por supuesto, enfiló baterías contra las FARC y las disidencias del EPL y buscó alianza con los paramilitares de la zona, es decir, el grupo de Carlos Castaño, vinculado a su vez con el Cartel de Medellín, para defenderse y contratacar. Ese era el invitado atípico que asistía al homenaje a Del Río.

Con la colaboración de Agudelo y su movimiento y la de Del Río y su Brigada XVII, Castaño se hizo al control de la zona bananera y replegaron a las fuerzas guerrilleras. Urabá vivió una especie de “pacificación” que cobró la vida de 2.264 personas que fueron asesinadas entre 1996 y 1997, según cifras del Observatorio de Derechos Humanos de la Vicepresidencia de la República.⁷² Tan así se consideró que Rito Alejo del Río fue llamado “El Pacificador de Urabá”. Hasta Monseñor Isaías Duarte Cancino, obispo de la diócesis de Apartadó, mostró su aquiescencia a la situación y semejante aval fue bien aprovechado por los Castaño para legitimar sus acciones en la región. No es la primera vez que algunos representantes de la iglesia participan de estas “causas” dando su bendición. Durante la violencia bipartidista de los años ’50 Monseñor Miguel Ángel Builes, legitimó la matanza de liberales desde el púlpito con frases

⁷² Datos tomados de VALENCIA, León y ROMERO, Mauricio, “Los caminos de la alianza entre los paramilitares y los políticos”. Observatorio del Conflicto Armado, Corporación Nuevo Arcoiris, Bogotá, 2007.

como “un campesino colombiano debe ser un soldado de Dios encargado de combatir el ateísmo liberal” o “Los obispos que no defenestran desde el púlpito la apostasía roja no son más que unos perros echados”.⁷³ Semejante complacencia, por supuesto, tiene considerable impacto entre los fieles, quienes, atendiendo la voz autorizada de su párroco u obispo, comparten la “noble causa”. Monseñor Builes sería santificado décadas después, en 2017, por el Papa Francisco.

A mediados de los años '90 Urabá se convertía entonces en un modelo de pacificación para buena parte del territorio nacional. El paramilitar Vicente Castaño decía al respecto: “Tuvimos la avalancha de gente de todo el país pidiendo que lleváramos las autodefensas, eso causó una oleada que se desbordó en una cantidad de acciones armadas sin control en todo el país. Todo el mundo comenzó a armar grupos.”⁷⁴

Con esta expansión se viene una estrategia de control sobre las esferas del poder a lo largo y ancho del país para asegurar la “pacificación” en todo el territorio nacional. No es suficiente con el aval de un sacerdote o el apoyo de unas élites económicas regionales, se requiere de la alianza con los caciques políticos de las diversas regiones para así llegar, desde abajo, a las élites del poder nacional.

Dicen Valencia y Romero:

“Los rasgos de este tipo de control político, social y militar sobre la región de Urabá se han hecho visibles en otras regiones, demostrando una fina racionalidad en su expansión. Ganar el pulso de la confrontación militar, buscar la aquiescencia de las Fuerzas Armadas y de otras instituciones, establecer alianzas con los grupos políticos locales o conquistar la presencia directa de dirigentes propios en los puestos de mando, hacer algunas concesiones económicas para afianzar el apoyo social, son características que se repiten a lo largo y ancho del país con mayor o menor éxito.”⁷⁵

No es, como puede verse, tan solo una respuesta cívico- militar a la amenaza guerrillera sobre la propiedad y la vida, sino un proyecto político- económico- militar de grandes proporciones que se fragua en manos de los líderes paramilitares, especialmente surgidos en el Urabá antioqueño, y consolidados con la contribución de las CONVIVIR y del narcotráfico, durante la Gobernación de Uribe Vélez. El mismo que, como Director de la Aerocivil, se presume adjudicaba licencias a pistas y vuelos de narcotraficantes de la talla de Pablo Escobar, entre otros capos. El mismo que, como Alcalde de Medellín, promocionó la inauguración del proyecto “Medellín sin Tugurios” creado y financiado por Pablo Escobar. El mismo que años después se convertiría en Presidente de la República.

El paramilitar Ernesto Báez decía que a lo largo de 1999 y en años siguientes, la cúpula de las autodefensas se reunió con narcotraficantes, dirigentes políticos regionales, empresarios, y

⁷³ Tomado de GALLO, Iván, en <https://www.las2orillas.co/el-obispo-mas-violento-de-colombia-puede-terminar-de-santo/>

⁷⁴ VALENCIA y ROMERO, Op.cit. (pag. 6)

⁷⁵ Ibid. (pag. 6)

con algunos militares que acudían a su ayuda para establecer fuerzas paramilitares en varias partes del país. El argumento que primaba en estas reuniones era la posibilidad de un pacto definitivo entre el Presidente Pastrana y las FARC, pues los sectores aquí implicados se sentían amenazados por esas negociaciones.

El 23 de julio del año 2001 se produce el Pacto de Santa Fe del Ralito, en Córdoba, en el que participa la cúpula paramilitar y una buena cantidad de políticos, entre concejales, alcaldes y gobernadores, de las diversas zonas del norte del país. El preámbulo del acuerdo dice:

“El pueblo de Colombia, invocando la protección de Dios, y con el fin de fortalecer la unidad de la Nación y asegurar a sus integrantes, la vida, la convivencia, el trabajo, la justicia, la igualdad, el conocimiento, la libertad y la paz, hoy nos confiere la irrenunciable tarea de refundar nuestra patria, de firmar un nuevo contrato social.”⁷⁶

Como se ve, las pretensiones de los paramilitares no se reducían a copar el control político - militar en la provincia, sino a nivel nacional. El propósito anunciado en el encabezado del Pacto de Ralito cobra tintes de delirio afirmando la “refundación de la patria”. Como si se tratara de la voz del Estado mismo, cuando en realidad lo que se estaba conformando era un “Para-Estado”.

Efectivamente en el texto constitutivo de las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, dice: “Definir las autodefensas unidas de Colombia como un movimiento político – militar de carácter anti-subversivo en ejercicio del derecho a la legítima defensa que reclama transformaciones del Estado, pero no atenta contra él.”

En entrevistas concedidas a Darío Arizmendi y Claudia Gurisatti entre los años 2000 y 2001, respectivamente, y emitidas por el canal Caracol y RCN, Carlos Castaño mostró un discurso fluido y bien hilado que dejó la sensación de que el Estado era incapaz de derrotar a la guerrilla y que su organización estaba ahí para enfrentarla de manera heroica por medio de un “noble” proyecto contrainsurgente que pacificaría al país. Dice Valencia y Romero al respecto:

“La mitificación fue rápida. Nadie se volvió a acordar que la familia Castaño venía de las entrañas del cartel de Medellín, nadie volvió a preguntar por la “clase emergente”, nadie volvió a indagar por las razones del inusitado crecimiento del tráfico de drogas y la proliferación de cultivos de coca en las zonas de expansión de los paramilitares, muy pocos pusieron los ojos en las horrendas masacres y en las zonas comunes que se abrían al paso de los paramilitares. El rótulo contrainsurgente tapaba todo.”⁷⁷

⁷⁶ Tomado de http://caracol.com.co/radio/2007/01/19/nacional/1169186520_380409.html, 2007.

⁷⁷ VALENCIA y ROMERO, Op.cit. (pag. 12)

Es decir, lo importante de dichas entrevistas no era sólo lo que se decía en ellas, ni el cómo se mostraba al personaje de Carlos Castaño de cierta manera heroica con la anuencia de los periodistas, sino lo que no se decía, lo que se ocultaba, lo que, convenientemente, se tapaba a la luz pública sobre personajes como este. Ya eran bien sabidas las consecuencias de sus acciones entre la opinión pública y la sociedad, ya se conocía de las masacres, desapariciones y demás crímenes de lesa humanidad de los paramilitares. Entonces, ¿por qué los dos medios de comunicación más importantes del país acceden a entrevistar a la cabeza máxima de esta organización ilegal otorgándole ese matiz heroico de “refundación de la Patria”? Si bien les asistía el derecho a informar, el cuestionamiento, más que de orden legal, es ético, y más que hacia la fuente, es hacia la forma en que se le entrevistó.

De cualquier manera, el resultante de estas entrevistas, fue la divulgación a nivel nacional de un discurso redentor ante la incapacidad estatal para controlar la situación, lo que, por demás, era evidente. Y si desde la ilegalidad Carlos Castaño difundía dicho discurso, lo propio hacía Álvaro Uribe desde la legalidad y como bandera de su candidatura para las presidenciales de 2002, una vez se distanció del apoyo al candidato Horacio Serpa por sus diferencias en el trato hacia los diálogos del Caguán, precisamente.

Así pues, se hace evidente la diferencia entre el discurso implícito y explícito entre la reunión de desagravio a Rito Alejo del Río de 1999 y la reunión de homenaje a las Fuerzas Militares en 2001. En la primera se imponía el discurso de Castaño y los paramilitares amigos de Del Río en la voz de Uribe Vélez y otros oradores como Mario Agudelo y Londoño Hoyos. En la segunda, el del gobierno Pastrana de mantener los diálogos, en la voz del mismo Presidente, del General Tapias y de los líderes empresariales Sabas Pretelt y Luis Carlos Villegas. En la primera convocaban los gremios económicos regionales del Urabá antioqueño, en especial los bananeros. En la segunda convocaban todos los gremios económicos del país representados en el Consejo Gremial Nacional.

Dicen Valencia y Romero (2007) que las élites regionales tenían el propósito de resistir, no sólo a la extensión del poder de las guerrillas y al pacto que el gobierno pretendía con ellas, sino a los cambios democráticos que trajo la Constitución del '91 que, por cierto, fue concebida con la participación de desmovilizados de la guerrilla del M-19. Buena parte del interés por oponerse a estos cambios traídos por la nueva Constitución descansaba en la pluralidad política que le daba oportunidad a partidos como el que participara de la misma redacción de la Constitución, Alianza Democrática M-19, o el resultante de la integración de desmovilizados de las FARC y algunos sectores de la vida civil, como lo fue la Unión Patriótica, UP, a la que, en años anteriores, los mismos paramilitares exterminaron en colaboración con fuerzas del Estado.

Edward Gibson (2006) demuestra que en muchos regímenes democráticos existen enclaves autoritarios en ciertas regiones o provincias que persisten a pesar de las condiciones de pluralismo político y liberalización de las costumbres promovidas desde el gobierno nacional. A este fenómeno le llama “autoritarismos subnacionales”. En estas provincias quedan élites que acentúan el autoritarismo, “desarrollan estrategias duras de control territorial, acentúan la

antidemocracia, capturan el poder local, como forma de resistir los cambios ocurridos a nivel nacional.”⁷⁸

“Las élites regionales...” - dicen Valencia y Romero (2007) - “...especialmente las vinculadas al Partido Liberal, constituyeron grupos políticos regionales con férreo dominio territorial y buscaron acuerdos con paramilitares, forjando verdaderas dictaduras locales.” Y luego continúan: “Así mismo apoyaron estrategias de negociación con las élites nacionales para buscar el reacomodo del mapa político nacional.”

Gibson (2006), por su parte, dice:

“La literatura sobre dinámicas centro-periferia frecuentemente enfatiza en la subordinación de la “periferia” (sea definida ésta como un gobierno subnacional o como una región alejada), al “centro” (sea definido como un gobierno central o como una región económica central) (...) Sin embargo, el énfasis en la subordinación puede llegar a desconocer la importancia de la periferia para un número de tareas y de “funciones” de la gobernanza territorial. La periferia podría “necesitar” al centro para muchas cosas, pero el centro también “necesita” a la periferia para tareas vitales, incluyendo el mantenimiento del orden político a lo largo y ancho del territorio nacional, la distribución de votos o la provisión de servicios.”

Los paramilitares no sólo cooptaron políticos y votos en las provincias reuniéndose con varios caciques electorales en las regiones, especialmente del norte y nororiente del país, sino que además coaccionaron a varios políticos y votantes para obtener las asombrosas cifras de votación para sus candidatos. En algunos municipios se dan candidaturas únicas a gobernaciones y alcaldías porque, por presiones de los paramilitares, los candidatos rivales se vieron obligados a desistir de su aspiración o a exiliarse a otras zonas. A pesar de este domino ejercido por la violencia, también recogieron muchas simpatías en ciertas regiones por su carácter de “pacificadores” en las zonas donde la guerrilla era autoridad.

La expansión paramilitar y por tanto la de su proyecto político – militar, se da principalmente en los departamentos de Antioquia, Córdoba, Sucre, Bolívar, Atlántico, Magdalena, Cesar, Guajira, Santander, Norte de Santander, Arauca y Casanare. El modelo de esta expansión se inició en el Urabá antioqueño durante la gobernación Uribe, y pronto se extendió a todo el país.

El Pacto del Ralito fue una avanzada estratégica para las ambiciones de estos grupos. La gran mayoría de los políticos firmantes del pacto pertenecerían al uribismo. Ejemplos como el de Salvador Arana, entonces Gobernador de Sucre y posterior diplomático de Uribe Vélez, condenado años después por el asesinato del alcalde de El Roble; Miguel de la Espriella, Liberal que apoyó la candidatura de Serpa en el '98 y la de Uribe en el 2002; y Eleonora Pineda, una de

⁷⁸ VALENCIA y ROMERO, Op.cit. (pag. 13)

las mayores promotoras del pacto y militante del uribismo para las elecciones legislativas de 2002, en las que obtuvo una cifra sorpresiva de 82.000 votos después de haber sido una anónima concejal de Tierralta, Córdoba, con apenas 700 votos a su favor, son apenas unos de los casos más sonados, pero una cifra pírrica frente a la cantidad de involucrados que apoyarían a Uribe en las elecciones de 2002.

Aparte de ello, el ex comandante de las Autodefensas, Salvatore Mancuso, aseguró que las AUC contribuyeron a la campaña de Uribe de 2002 no sólo movilizandó gente de las regiones en que tenían injerencia, sino aportando dineros para su campaña, sin afirmar necesariamente, que el mismo Uribe tuviera conocimiento de ello. Dicha versión, entregada en 2010 a la Corte Suprema, está aún en investigación.

Valencia y Romero (2007) documentan que los 26 senadores elegidos provenientes de zonas de control paramilitar habían obtenido 1'741.947 votos. No es posible saber la cifra que algunos de estos senadores habrían aportado a la campaña de Uribe para el 2002, pero seguramente no serían pocos. Los paramilitares, desde el dominio de la “periferia”, habían logrado hacerse a un buen porcentaje del poder central en el Congreso⁷⁹

Si estos políticos de provincia fueron en su mayoría uribistas, vinieran de partidos tradicionales como el Liberal o Conservador o de partidos nuevos como Cambio Radical o Colombia Democrática, entre otros, es de pensar entonces que la arremetida de la campaña uribista empieza desde la periferia y conquista el centro junto al proyecto paramilitar. Las élites regionales dan un golpe certero a las élites nacionales. La sumatoria de políticos de las esferas centrales del poder, de la cúspide de los partidos tradicionales a la campaña de Uribe, sobreviene después, cuando el candidato ya tiene a su favor las maquinarias electorales en una buena parte de la provincia y recoge una intención de voto más nutrida en las encuestas. Y es con estas adhesiones y con la crisis de los diálogos del Caguán que el candidato disidente del liberalismo empieza a sonar en la opinión pública nacional con mayor fuerza.

Dice Ricardo Galán que una coalición de políticos tradicionales se conformó entre enero y febrero de 2002 cuando Uribe sobrepasó el margen del 30% en las encuestas (Véase gráfico 2). En diciembre de 2001 empezaron a aparecer políticos que se quisieron vincular a la campaña y éstos arrastraron a algunos políticos tradicionales sembrando las bases para la idea de conformar una coalición de gobierno. Es ahí cuando se suma Germán Vargas Lleras, luego un sector del conservatismo y otro del liberalismo. Montados en el tren ganador del uribismo se manifiestan también los empresarios nacionales. Los llamados ‘cacaos’, por ejemplo, donaron a título personal a la campaña de Uribe sumas que alcanzaron los toques permitidos por el movimiento de Uribe Vélez, “Primero Colombia”: Luis Carlos Sarmiento Angulo, Julio Mario Santodomingo y Carlos Ardila Lulle pusieron cada uno 50 millones de pesos. Sin embargo, sus grupos económicos respectivos donaron sumas muy superiores: el grupo Santodomingo puso 600

⁷⁹ Mancuso decía que el 35% del Congreso fue elegido en zonas de influencias de las AUC.

millones; el de Sarmiento Angulo, 400 millones y el de Hernán Echavarría Olózaga, \$ 413.399.751⁸⁰. Con ese apoyo llegó Uribe a las elecciones de 2002.⁸¹

Para marzo 18 de 2002 la revista Semana subtitula un aparte de un artículo sobre las elecciones parlamentarias “El efecto alka-seltzer”, refiriéndose a cómo ciertos políticos subieron su margen de votaciones “como espuma” por cuenta del respaldo que les dio un candidato presidencial: Álvaro Uribe Vélez.

Dice Semana:

Antes era el presidenciable quien estaba buscando el apoyo de los parlamentarios para asegurar su elección. Ahora sucedió al revés. Por cuenta de su enorme popularidad a muchos de sus adeptos se le crecieron las votaciones a alturas nunca imaginadas. Germán Vargas Lleras, que adhirió a la campaña uribista y cuya afinidad ideológica con el candidato presidencial la gente conocía, multiplicó por cuatro su votación de 1998. Mario Uribe, primo del candidato y aliado suyo de muchos años, duplicó su caudal. Efraín Cepeda Sarabia, que perteneció al movimiento del presidente Andrés Pastrana, con su adhesión a Uribe se duplicó. Y Claudia Blum creció en 25.000 votos.⁸²

No sobra advertir que Mario Uribe fue condenado en el 2011 a siete años y seis meses de cárcel por vínculos con grupos paramilitares. Mientras que a Germán Vargas Lleras se le abrió una investigación por confabulación electoral con el paramilitar Martín Llanos, jefe de los Buitragueños. Su partido, Cambio Radical, que tantos votos le puso a Uribe y en el que militó Claudia Blum, tuvo, al 2017, 19 políticos condenados por paramilitarismo, poco menos de los que tuvo el partido de Uribe. Para 1998 Vargas Lleras obtuvo 39 votos en el departamento de Casanare, donde actuaba Martín Llanos y su grupo, pero para 2002 obtuvo 7.254 votos, precisamente cuando apoyaba la candidatura presidencial de Uribe. La investigación contra Vargas Lleras fue archivada por el Magistrado Leonidas Bustos, investigado posteriormente por cobrar sobornos a cambio de archivar investigaciones contra parapolíticos.⁸³

En marzo 18, la revista Semana publicó la siguiente tabla donde se da cuenta de los votos que obtuvieron los senadores adscritos a los dos candidatos punteros en las encuestas:

Foto 1. Votos al senado según candidato presidencial, 2002.

⁸⁰ De Echavarría Olózaga, quien fuera uno de los principales impulsores, no sólo de la elección, sino de la reelección de Uribe, testifica Ernesto Báez que el empresario le envió una carta a Carlos Castaño haciendo referencia al secuestro de Piedad Córdoba que sus hombres perpetraron. Según lo que reporta la Revista Semana y la revista digital Verdadabierta.com, la carta decía así: “*Si usted llega a tomar la decisión de liberar viva a la señora Piedad Córdoba Ruiz, el país no se lo perdona. Liberar a esta señora con vida es un acto de irresponsabilidad contra la patria. Atentamente Hernán Echavarría Olózaga*”.

⁸¹ DAZA, Beltrán (2010) Op.cit. (pag. 49)

⁸² Del artículo “Lo bueno, lo malo y lo mismo”, Revista Semana, marzo 18 de 2002.

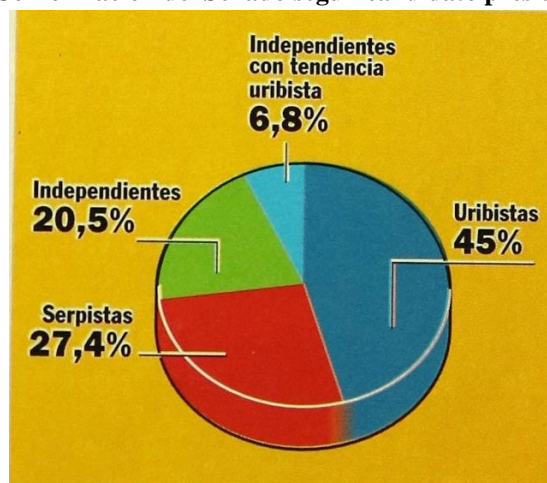
⁸³ Datos tomados de la columna “Dios los cría”, de Antonio Caballero, Revista Semana, octubre 21 de 2017. <https://www.semana.com/opinion/articulo/antonio-caballero-opinion-vargas-y-su-investigacion-por-paramilitarismo/544484>

LA ALINEACION DEL NUEVO SENADO	
	Votos 2002
Senadores con Uribe	3.070.941
Senadores con Serpa	1.821.058
Independientes y de otros candidatos	1.074.098
Por definir	454.926

Los votos de los senadores uribistas, 3'070.941, casi duplicaron a los votos de los serpistas que quedaron en 1'821.058 y prácticamente triplicaron los votos de los candidatos independientes y de otros candidatos. La tabla deja casi medio millón de votos de candidatos sin definir, es decir, que podrían alinear posteriormente con uno u otro candidato o permanecer independientes. La revista reporta esto como una situación inédita, pues los partidos tradicionales siempre puntuaban en los resultados electorales de las parlamentarias. Sin embargo, vale aclarar que son esos mismos partidos tradicionales los que se suman a Uribe por sus intereses clientelares. Los partidos nunca perdieron su poder electoral, simplemente se sumaron al ahora "Liberal independiente", pero no muy ajeno a las maquinarias, el clientelismo y el arrastre de votos del paramilitarismo.

En el mismo artículo Semana publica la siguiente gráfica de conformación de la Corporación:

Gráfico 9. Conformación del Senado según candidato presidencial, 2002.



Si 45% de los senadores eran uribistas y el 6.8% eran independientes con tendencia uribista, entonces el apoyo a Uribe en el Senado podría sumar eventualmente un 51.8% de los diputados, es decir, más de la mitad del mismo. Frente a éstos, sólo el 27.4% se alineó con Serpa

y muy cerca el 20.5% resultó independiente. La maquinaria del candidato disidente del Liberalismo arrasaba en el Senado para el 2002, dos meses antes de las elecciones presidenciales y dos meses después de que rebasara en las encuestas con creces a su más inmediato contrincante y antes compañero de partido, Horacio Serpa.

Dice Duque Daza:

“Desde las elecciones de 2002 los partidos Liberal y Conservador se empezaron a dividir y el candidato liberal disidente Álvaro Uribe Vélez logró conformar una alianza con diversos sectores y partidos que le permitió ganar las elecciones. La alianza temporal incluyó al Partido Conservador (que venía disminuyendo gradualmente su electorado y sus escaños en el Congreso y que no presentó candidato propio), a un sector de congresistas disidentes del Partido Liberal que luego se incorporarían a nuevas agrupaciones (10 Senadores y 24 Representantes a la Cámara que había avalado el Partido Liberal en las elecciones) y 32 movimientos pequeños, la mayoría de ellos con un solo escaño en Senado y/o Cámara. Un presidente triunfante con una amplia alianza que se convirtió en una macro-coalición heterogénea, sin un partido dominante ni una organización propia que soportara sus programas y políticas.”⁸⁴

En conclusión, en torno a Uribe se configuró un proyecto político, militar y económico de dimensiones nacionales que se fraguó en principio desde la periferia tanto geográfica (Antioquia y el Urabá antioqueño) como legal (el proyecto paramilitar) y que fundamentalmente debía atender a los intereses del capital privado según lo planteado por Angarita Cañas. Este proyecto se consolidó en las reuniones de las élites del poder, en especial en aquellas en que participaron los empresarios afectados por la guerrilla, pero a su vez por sus propios intereses de expansión económica, y que emplearon tácticas irregulares para conseguir sus propósitos. En su interés expansionista, por demás irregular también, y obstruido por la guerrilla en la zona del Urabá antioqueño en especial, se aliaron con grupos paramilitares provenientes del narcotráfico para conjurar la situación (como los hermanos Castaño Gil), quienes también veían sus intereses afectados por la injerencia guerrillera. Según Angarita Cañas, el determinante del proyecto de la Seguridad Democrática de Uribe no fue principalmente la presencia guerrillera y la amenaza sobre la seguridad nacional que pudiera significar, sino el obstáculo que ella significaba para los intereses expansionistas y de legitimación de lo obtenido por las élites emergentes que lo impulsaron y lo patrocinaron. Los miles de víctimas de desplazamiento forzado y despojo de tierras y propiedades de campesinos honestos daban fe de ello.

⁸⁴ DUQUE Daza, Javier. “Presidencialismo de transacción: Cambio institucional, coaliciones y clientelismo, 2002 - 2016.” Vol II, Programa Editorial Universidad del Valle, Cali, 2018. (Pag. 67)

Pero el proyecto económico no hubiera tenido éxito si no contara con la suma de las dos élites del poder restantes. El aparato militar que defendería sus intereses con una violencia irregular oculta bajo el manto de su regularidad consistía en una colaboración conjunta, planeada y consensuada entre paramilitares y militares, en el caso del Urabá, concentrados en la Brigada XVII a cargo del General Rito Alejo del Río. Y la maquinaria política que consolidaría el proyecto en las altas esferas del poder para, prácticamente, oficializarlo. Ninguna tendría éxito sin la otra.

Como bien lo dijo Wright Mills, las minorías del poder son un conjunto intrincado de camarillas que se trasladan e imbrican y que toman parte en las decisiones que pueden tener consecuencias nacionales. La RAE define “camarilla” como *un conjunto de personas que influyen subrepticamente en los asuntos del Estado o en las decisiones de alguna autoridad superior*. Camarillas como este grupo que asistió al homenaje del General Del Río cuyos integrantes fueron, entre otros, Fernando Londoño Hoyos, quien, haciendo honor a la definición de Wright Mills, luego sería “trasladado” por Uribe al cargo de Ministro del Interior, es decir, quien, desde el Ejecutivo, debía consolidar el proyecto político – económico entre las distintas bancadas del Senado. Senado, que como ya vimos, contaba con una mayoría uribista representada por más del 50% y cuyos representantes fueron elegidos en parte, o como cuota de los grupos paramilitares o como apoyados e impulsados por los mismos. Las investigaciones y/o condenas por parapolítica a no pocos diputados de los partidos uribistas, así como a alcaldes y gobernadores aliados con éstos, lo confirman y las declaraciones de Mancuso de haber obtenido más del 35% de cuota en el Congreso para las elecciones parlamentarias de 2002 abren serias sospechas al respecto.

Fernando Devis Morales, presidente entonces de la Asociación de Bananeros, Augura, quien fuera nombrado por Uribe como Comisionado de Televisión en el 2003, el Conservador Miguel Santamaría, quien después fuera uno de los jefes de debate de Uribe y más adelante Senador por el Centro Democrático, constituyen otros ejemplos de los traslados e imbricaciones de la camarilla de esta élite que se reunió en torno a Rito Alejo del Río, pero sobretudo, a Álvaro Uribe Vélez, el candidato presidencial destinado a llevar su proyecto a la élite del poder nacional. Y a bien que lo lograron.

Sin embargo, a esta cofradía del poder le falta un eslabón del que Bourdieu bien se percató y no quiso dejar por fuera: los periodistas. A la reunión asistieron Ramiro de la Espriella como organizador y Plinio Apuleyo Mendoza como orador. Plinio Apuleyo sería uno de los grandes promotores del Uribe candidato a través de su columna “Al filo de la navaja” en El Espectador. Sería nombrado embajador en Portugal por el Presidente Uribe en el 2002 y duró en el cargo hasta el 2006. Rotación de la camarilla del poder.

En su extensa columna de Semana, en agosto de 2001, María Isabel Rueda relata que se “fue de metiche” al Foro de la ANDI en Cartagena, donde los candidatos expusieron sus propuestas económicas, y dice que el más aplaudido fue Uribe, como se sabía de antemano. Pero no sólo eso, también afirmó que el recinto estuvo lleno para su intervención, que fue el más

profundo y el más juicioso⁸⁵. En fin, una oleada de elogios frente a lo que opinó sobre los demás candidatos, para rematar la columna diciendo que ya se había decidido por uno. No necesitó decirlo para saber por quién.

Como es evidente, el ciudadano promedio colombiano de clases medias y bajas no podría acceder a foros de este tipo, donde se reúne la élite. Rueda, y periodistas como ella, funcionan como canales de acceso entre el hermético mundo de las élites y el ciudadano de a pie. Su opinión sobre cualquier tema que provenga de ese universo provisto del misterio que le confiere la distancia, será, con seguridad, una opinión confiable, puesto que no hay más alternativa de acceder a dicha información. Y si una periodista logra acceder a ese círculo de élite, debe ser porque está lo suficientemente legitimada y posee el mismo o casi el mismo prestigio que quienes lo integran. Por ello su opinión “experta” es digna de confianza y será fácilmente compartida por quienes no tienen acceso a dicho mundo.

Como ella, fueron varios los periodistas y en general líderes de opinión, entre políticos, empresarios y militares retirados, que se sumaron a los elogios y en general a la construcción del prestigio del candidato, y si bien Uribe ya tenía un capital político ganado, su acceso a los grandes medios y el prestigio que ahí se le creó debió sumar considerablemente a sus cifras de popularidad e intención de voto.

5. LA CONSTRUCCIÓN DEL PRESTIGIO EN LA PRENSA NACIONAL

⁸⁵ RUEDA, María Isabel. Tomado de la columna “Forómetro”, Revista Semana, agosto 20 de 2001.

El periodista liberal Ramiro de la Espriella fue uno de los asistentes al homenaje a Rito Alejo del Río y uno de los fundadores del Movimiento Revolucionario Liberal, MRL, junto a Alfonso López Michelsen en los años '60, quienes iniciaron dicho movimiento para oponerse al Frente Nacional. El MRL pretendía llevar a cabo una revolución liberal de corte socialista con todas las reformas que ello implicara, pero en principio debían sacar del paso a las élites.

Decía De la Espriella, en una entrevista realizada por la Universidad Sergio Arboleda poco antes de morir, que el poder en Colombia siempre ha estado repartido entre las clases oligárquicas, a lo que él llamó la “tradicón litúrgica monárquica” de la Presidencia de la República⁸⁶. Y continuó citando a las familias que se han repartido el poder durante siglos: los Ospina, los Santos, los Turbay, los Samper, los Pastrana, los Holguín, entre otros. Como es normal, la tradición política oligárquica se mantiene porque el poder se hereda de padres a hijos, a nietos o incluso a sobrinos. La figura del ‘delfín’, el joven que estudia en universidades prestigiosas y se prepara desde sus años mozos para heredar las posiciones de poder, es fundamental para la continuidad de la tradición, manteniendo en las instancias del gobierno una tradición política.

Las clases oligárquicas que se reparten el poder reproducen en sus herederos una formación intelectual muy ligada a la profesión, pero además al centro educativo. Carreras profesionales y postgraduales como la Economía y el Derecho son las más usuales entre los gobernantes hasta ahora. Pero no se queda atrás el ejercicio del periodismo dentro de varios de los elegidos. El primer presidente del Frente Nacional, Alberto Lleras Camargo, empezó sus estudios en Derecho en la Universidad Externado de Colombia, pero no los terminó. Su ejercicio profesional estuvo muy vinculado al periodismo desde sus primeros años de juventud. Con los años logró el título de Doctor Honoris Causa en la Universidad Externado, la Universidad del Cauca, la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de los Andes y la Universidad de California. Guillermo León Valencia, el segundo Presidente del Frente Nacional, fue abogado de la Universidad del Cauca habiendo concluido su carrera de Derecho y Ciencias Políticas. En 1956 la misma universidad le confirió el título Honoris Causa en Derecho y Ciencias Políticas y Sociales. Carlos Lleras Restrepo, el tercer Presidente, se graduó como abogado de la Universidad Nacional de Colombia y recibió el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad del Cauca. Misael Pastrana Borrero, el siguiente, estudió Derecho y Economía en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

Ya superado el Frente Nacional sucede en el poder Alfonso López Michelsen, abogado de la Universidad del Rosario, y posgraduado de Derecho Público y Constitucional en la Universidad de Georgetown. Fue columnista de prensa y se adjudicó el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Julio César Turbay asume el poder sin título profesional, lo que le valió numerosas críticas durante toda su carrera política. Con el tiempo, la Universidad Libre, la Universidad Jorge Tadeo Lozano y la Universidad del Rosario le confirieron el título Doctor Honoris Causa en Derecho y Ciencias Sociales. Belisario Betancur, su sucesor, fue abogado de la

⁸⁶ Tomado de: https://www.youtube.com/watch?v=G7Kc8o3Ff_E&t=619s

Pontificia Bolivariana de Medellín y Doctor Honoris Causa en Humanidades de las universidades de Colorado y Georgetown. Fue periodista de la revista Semana, de El Colombiano y ejerció como director de El Siglo. Virgilio Barco fue Ingeniero Civil de la Universidad Nacional, pero obtuvo el título de Máster en Economía en el MIT, y Doctor en Economía en la Universidad de Boston. César Gaviria Trujillo fue economista de la Universidad de los Andes. Ernesto Samper fue abogado y economista de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y especialista en Mercado de capitales de la Compañía Nacional Financiera. Andrés Pastrana, abogado de la Universidad del Rosario con estudios de derecho Internacional en la Universidad de Harvard y periodista de prensa y televisión durante años. Y finalmente Juan Manuel Santos, Economista y Administrador de Empresas de la Universidad de Kansas, máster en Economía y Desarrollo Económico del London School of Economics y Máster en Administración pública en la Universidad de Harvard. También ejerció como periodista en el diario El Tiempo, diario del cual su familia fue propietaria durante muchos años.

De once Presidentes de Colombia mencionados⁸⁷, que gobernaron durante sesenta años, entre los años de 1958 y 2018, diez, a excepción de Turbay Ayala, estudiaron o se graduaron de carreras profesionales y posgraduales de Derecho o Economía y varios de ellos, que no pocos, ejercieron el periodismo en algún momento de sus vidas. Si auscultáramos atrás en el tiempo, encontraríamos muchos más ejemplos de esto, pero considero más que suficiente con los mencionados.

Pero esto no es todo. Ha de saberse que entre los presidentes aquí referidos existen vínculos familiares: Lleras Camargo era primo segundo de Lleras Restrepo y a su vez éste abuelo materno del ya dos veces candidato Germán Vargas Lleras. Misael Pastrana fue padre de Andrés Pastrana. De Ernesto Samper no se mencionó ningún familiar en el listado, pero es descendiente y ascendiente de toda una dinastía que ha participado de las mieles del poder y el ejercicio del periodismo. Alfonso López Michelsen fue hijo del también Presidente de Colombia, Alfonso López Pumarejo, previo al Frente Nacional y gobernante durante los años '30. Guillermo León Valencia tuvo como padre al maestro Guillermo Valencia, poeta, diplomático y candidato a la Presidencia de la República en 1928 y 1930.

De todo esto se pueden desprender dos conclusiones: que dentro de las élites del poder es prácticamente condición estudiar Derecho o Economía para prepararse para acceder al mismo, lo cual debe brindarles elementos intelectuales para ejercer uno de dos caminos: o saber administrar los recursos del país mediante el aprendizaje de las ciencias económicas o saber legislar y juzgar mediante el aprendizaje del arte del Derecho. Pero así mismo, la formación en dichas profesiones les garantizará una carrera burocrática a través del ejercicio de la función pública o incluso la privada. No sería muy promisoría la carrera que, en ese sentido, pudiera hacer por ejemplo un músico, un contador o un biólogo, en el camino hacia el poder en nuestro país.

⁸⁷ Excluyendo, claro, al mismo Álvaro Uribe Vélez, de quien hablaré más adelante.

La segunda conclusión es que es muy usual entre las élites el acceso al periodismo, bien sea porque son individuos que vienen de familias poseedoras de medios de comunicación o bien porque, por su facilidad de acceso a los estamentos del poder, tienen mucho por contar y decir frente a las realidades políticas del país y así mismo fácil acceso a los medios o incluso y más importante quizá, porque su lugar dentro de la institucionalidad les confiere el *skeptron* del que habla Bourdieu para llegar a ser líderes de opinión. Sea cual sea el motivo, el resultante de ello es que buena parte de la historia nacional que nos llega desde el periodismo viene de las élites mismas del poder y por tanto se ajusta a sus expectativas y representaciones sociales. El país que leemos en estos textos es pues un país visto desde los ojos del poder y no desde los ojos del ciudadano común y corriente.

Desde estos ojos, desde los ojos de los integrantes de la élite del poder que ejerce el periodismo o de los periodistas que se integran a la élite del poder, es que se construye el prestigio de Álvaro Uribe Vélez. Ya en algún momento no será Uribe quien busque a toda costa su acceso al poder, sino que serán los poderosos los que busquen subirse al tren del triunfo del mismo Uribe.

Pero no se trata de un prestigio social que tenga como base un pasado familiar vinculado al poder político o, en otras palabras, no se trata de un personaje que descienda de las oligarquías tradicionales del país. No, la descripción del pasado familiar de Uribe Vélez no se compadece con esa tradición y, por el contrario, hasta donde se ha sabido, corresponde al de una clase emergente, cuyo padre pertenecía a una clase media de Medellín, hasta cuando se le vieron en su poder varias fincas o haciendas, costosísimos caballos de paso, automóviles de lujo y hasta helicóptero. De ese ostentoso padre de cuya riqueza no se sabe su origen, es que proviene Álvaro Uribe Vélez, no sólo el hacendado heredero, sino el político. Porque es a raíz del prestigio que adquiere su padre entre la sociedad antioqueña entre los años '70 y '80, cuando se consolidan los carteles de la droga y con quienes el señor Uribe Sierra tuvo presuntos vínculos, que su hijo Álvaro entra a la política y al ejercicio de lo público.

Como Uribe no gozaba de esas referencias sociales tan propias de la mayoría de presidentes de nuestro país, se le construyó en la prensa un prestigio social diferente.

5.1. Sobre el prestigio social

No hay abolengos que marquen la vida de Uribe Vélez ni distinción alguna de clase privilegiada que marque su hábitus. A Uribe se le podría caracterizar más bien, y de manera más coloquial, como un tipo sencillo, de hábitos un poco burdos, de carácter rudo y costumbres humildes. Conversaciones telefónicas que salieron a la luz pública como la que libró con alias “La Mechuda”, a quien le espeta la famosa frase de “¡Si lo vuelvo a ver le doy en la cara marica!”, u otra en que se refiere a los magistrados de la Corte Suprema como “Esos hijueputas nos están oyendo”, constituyen algunos ejemplos que se han dado a conocer públicamente con el paso de los años y que revelan un uso del lenguaje y las expresiones que no se corresponden con el hábitus de clase superior relacionado con las buenas maneras. Uribe, que aparentemente mantiene una cierta prudencia en su comportamiento cotidiano o al menos en sus apariciones públicas, parece perder el control con facilidad cuando algo o alguien lo confronta de manera

desafiante o lo molesta en demasía. Es ahí donde su prudencia encuentra su límite y salen a la luz sus “hábitos rústicos”.

Por otra parte, resulta especialmente revelador los usos del vestuario y la actitud con que él porta uno y otro tipo de traje, comprometiendo la situación manifestada a continuación, distinciones de gusto, que, se asume, corresponden a diferencias de clase. Tal es el caso de la foto en que Uribe posa con el entonces Rey Juan Carlos de Borbón y el príncipe Felipe de Asturias, en una visita protocolaria y a raíz de la cual se le ridiculizó públicamente por su frac extremadamente corto y su pantalón en exceso largo.

Foto 2: Uribe vestido de frac en visita protocolaria a los reyes de España.



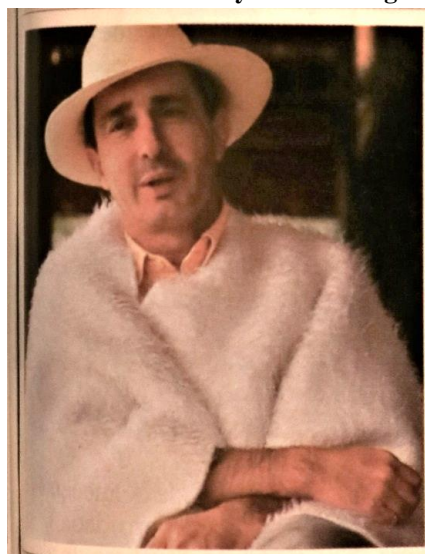
Nótese, además del yerro en las medidas del traje, según la costumbre, las posturas y el porte con que el mismo Uribe y su esposa asumen su indumentaria a diferencia de su sucesor, Juan Manuel Santos, quien, como es costumbre, hiciera en algún momento la misma visita. A primer vistazo se percibe ya una diferencia sustancial en la forma como llevan el traje y qué tan cómodos se sienten con el mismo, a diferencia de sus antecesores. El hábitus de clase configura pues, no sólo el vestuario que se lleva, sino la manera como se usa y a cómo el cuerpo y sus expresiones se adecúan a él con o sin propiedad.

Foto 2a: Juan Manuel Santos vestido de frac en visita protocolaria a los reyes de España.



La actitud de Uribe en la foto contrasta notoriamente y de manera reveladora con otra que publica la revista Semana en el 2002⁸⁸:

Foto 3: Uribe con ruana y sombrero aguadeño.



Se hace evidente una postura y una actitud mucho más relajada del entonces presidente electo, ataviado con ruana y sombrero aguadeño al estilo campesino, tal como la revista lo quiere hacer aparecer. La imagen de Uribe coronado por este tipo de sombrero y luciendo un poncho terciado al hombro, por ejemplo, fue una muy usual en sus correrías por el país. Vestimenta que lucía con suma comodidad y asumía con natural facilidad.

⁸⁸ Revista Semana, “Un hombre enigmático”, mayo 27 de 2002.

María Jimena Duzán hace un retrato social muy elocuente de Uribe en torno a sus costumbres en otro ámbito, el de la mesa:

“Si es lunes está más contento que de costumbre. Significa que va a salir de Bogotá a realizar un consejo de seguridad con los altos mandos militares, en alguno de los municipios con problemas de orden público. Significa también que no va a almorzar solo en la Casa de Nariño, en una mesita cuadrada que le han acondicionado en la cocina de la casa presidencial, uno de los pocos lugares acogedores que tiene la residencia presidencial y en la que suele almorzar con Lina por regla general. Muy pocas veces utilizan el comedor de la casa privada, demasiado grande y demasiado lúgubre para los escasos comensales que frecuentan los manteles de la familia Uribe Vélez.”⁸⁹

Y más adelante continúa de manera contundente y mucho más elocuente:

“Sentarse a la mesa, me dicen sus allegados, es para Uribe un ejercicio meramente nutricional que hay que hacer para no morir de hambre y que él efectúa mecánicamente, lejos de cualquier placer hedonista. No entiende mucho de la buena mesa, ni de los buenos vinos, con excepción, eso sí, de las hormigas culonas, esperpento gastronómico que come con fruición gracias a la generosidad de algunos amigos santandereanos. A lo mejor esa forma de ser, tan ajena a los rituales burgueses, ha sido la culpable de que en Medellín la oligarquía paisa lo considere un “presidente montañero”, calificativo que, escuchado desde los salones del selecto Club Unión de Medellín, no deja de sonar un tanto clasista. Lo cierto es que Uribe evita en lo posible las grandes cenas en Palacio, tradicionales en el ritual del poder. Y las pocas que ha hecho responden al mínimo protocolo de brindar cenas en honor de mandatarios.”⁹⁰

Entre toda la pesquisa que se realizó en prensa para efectos de este trabajo fueron muy pocos los registros encontrados que desarrollaran el tema de los orígenes sociales de Uribe Vélez. No se halló registro alguno, mientras estuvo en campaña, que hablara de su familia o sobre temas de carácter biográfico en los medios indagados a pesar de los ya consabidos cuestionamientos sobre sus actividades y sus vínculos sociales con el clan Ochoa.

Sólo para mayo 27 de 2002, cuando ya había sido elegido Presidente, la Revista Semana publicó el mencionado artículo “Un hombre enigmático”, destinado, claro, a hacer un perfil de quien entonces sería el nuevo mandatario de los colombianos.⁹¹

⁸⁹ DUZAN, María Jimena. “Así gobierna Uribe”, Editorial Planeta, Bogotá, 2004.

⁹⁰ DUZAN, Op.cit. (2004)

⁹¹ Revista Semana, Op.cit., mayo 27 de 2002.

Las primeras menciones que hace el artículo sobre los aspectos sociales de Uribe lo definen como una persona solitaria de pocos amigos íntimos, pero que aun así se le sabe el nombre a cada quién haciéndolo sentir, dice la revista, como el más importante. Se le caracteriza como estudiante modelo y se hace referencia a sus títulos como “(...) abogado de la universidad de Antioquia con certificado de administración y finanzas de la Escuela de Extensión de la universidad de Harvard y especializado en Oxford en estudios latinoamericanos.”⁹², pero a su vez contrasta esta información con la afirmación “y también campesino madrugador de carriel” para darlo a entender como un personaje con algunos aspectos contradictorios en su vida. ¿Un campesino de carriel que estudió en Harvard y en Oxford?

No sobra advertir, y de hecho resulta de suma elocuencia, que la página en que figura este fragmento está encabezada por tres fotos: una en que Uribe monta con aparente gran dominio y tranquilidad un caballo de paso, justo al lado de un texto de encabezado del artículo que versa así: Soy consciente de que hay que tener total control de buen capitán de barco para enfrentar situaciones difíciles, pero si luego vienen con el chismecito de mal gusto me descuelgo.” Texto y foto sugieren las capacidades de dominio del presidente sobre las situaciones difíciles y sobre la bestia como una metáfora de las mismas. Al lado de la foto de chalán reposan dos fotos: una en que posa con su familia, abrazando a su esposa y a su hijo mayor, Tomás y la otra en que se le ve hablando y entregando volantes de campaña a un taxista que conduce su auto, vestido como un ciudadano “de a pie”, con camisa a cuadros manga corta y sombrero aguadeño, muy a su estilo “campesino”. Es decir, el Uribe chalán y el Uribe familiar que con el abrazo “abarca” a su familia y ejerce control y el Uribe humilde que interactúa con el pueblo, que habla cara a cara con el mismo. En resumen, dos ideas implícitas que resumieron su campaña en un slogan: “Mano dura, corazón grande”.

Foto 4: Uribe presidente en un perfil de la Revista Semana, mayo de 2002.



El siguiente subcapítulo que la revista titula “El puritano” dice que nació en Medellín y que cuando contaba con cinco años de edad su familia se trasladó a Salgar donde se crió en una finca de pastizales altos hasta los 10 años, hasta cuando regresaron a la capital del departamento

⁹² Revista Semana. Ibid.

donde estudió con sacerdotes jesuitas y luego benedictinos, obteniendo las mejores calificaciones al graduarse de bachiller.

Su padre, Alberto Uribe Sierra, era – asegura el periodista - un sibarita, paisa carismático, bohemio y amigo de las rimas, la trova y la tertulia. En otras palabras, no sólo era sumamente sociable y mujeriego, sino que era el centro de atracción de toda reunión. Álvaro Uribe, sin embargo, era, asegura el artículo, todo lo contrario. Su seriedad y gesto adusto no lo hacía, probablemente, un hombre muy apeteído por las mujeres, o al menos no las que él hubiera querido. La anécdota de Faciolince relatada en el primer capítulo de este documento lo confirma, así como la dificultad para que su actual esposa, Lina Moreno, lo aceptara como consorte.

El texto asegura que, cuando al pequeño Álvaro se le preguntó sobre qué quería ser cuando grande, él dijo sin lugar a dudas: Presidente de Colombia y cuando se interrogó a su hermano menor de igual manera, éste afirmó “yo quiero ser el hermano del Presidente”.

Dos posibilidades quedan sugeridas entre líneas en este fragmento del artículo: o Uribe se trazó un plan obsesivo desde muy niño para ser Presidente de Colombia, o se le presenta como un niño “predestinado” a serlo, provisto de unos dotes singulares y una curiosidad intelectual especial sobre el tema, descripción que se ajusta a la del líder poseedor de carisma, como refiere Max Weber. El artículo aclara justo después que dicha curiosidad hacia el tema político fue heredada de su madre, Laura Vélez, concejal de Salgar y luchadora por el voto femenino entonces. Ante el tema se refiere el mismo Uribe: *“Esa inducción me dejó metido en la política sin salida.”*

Tras el asesinato de su padre, el joven Álvaro, siendo el mayor de los 5 hermanos, se vio obligado a encargarse del patrimonio familiar, asumiendo el liderazgo de la familia ante la tragedia. Para ese entonces, dice el artículo, el patriarca Alberto Uribe Sierra era dueño de 25 fincas con diferentes socios y muchas deudas y aclara que Uribe logró salvar una pequeña finca en Bolombolo que quedaría como el único patrimonio familiar. En ningún momento, y por obvias razones, el artículo se toma espacio para cuestionar cómo un hombre que antes pertenecía a la clase media antioqueña de pronto tiene 25 fincas, como tampoco se cuestiona quiénes eran esos socios.

De sus hábitos humildes se da cuenta cuando el artículo detalla que, en su finca, de inmensa productividad pecuaria y una de las más grandes de la región, Uribe duerme en una hamaca, se baña al amanecer en una ducha de agua fría y calza unas abarcas de cuero. En un párrafo posterior aclara que cuando fue estudiante en Harvard y Oxford “vivió como cualquier primíparo, sin carro, con bicicleta y con fondos escasos.”⁹³

Foto 5: Uribe en bicicleta en la universidad de Oxford.

⁹³ Revista Semana. Op.cit. mayo 27 de 2002



En el apartado siguiente, titulado “El disidente”, afirma el artículo que su vida austera y el amor por el campo le han servido en la política. Y sigue el texto:

“En Chigorodó, Urabá, por ejemplo, le organizaron un remate de ganado para conseguir recursos para su campaña. Los ganaderos llegaron con su ganado y la gente humilde quiso aportar un pato – que se subastó varias veces pues quien lo compraba lo volvía a regalar – algunas gallinas y unos cuantos caballos de mala calidad para rematar. Uribe no se aguantó las ganas y pidió que le ensillaran uno de esos ‘táparos’ y en un picadero diminuto salió a desplegar sus dotes de jinete en medio de los aplausos del centenar de personas que lo sintieron como uno de ellos.”⁹⁴

Dice al articulista que sus amigos aseguran que Uribe no diferencia en el trato entre gente importante y elegante o el más humilde. Y cuenta que en su finca conoce a cada trabajador por su nombre y hasta les ha prestado dinero para que monten sus propios negocios. El artículo mismo concluye: “Esta actitud, sin duda, rindió frutos. Es cierto que Uribe llegó a la Presidencia con el voto de opinión, o como la llaman sus colaboradores, la maquinaria social, que fue creciendo con los conversatorios y los talleres democráticos que hizo en la gobernación y luego por todo el país desde que volvió de Oxford en 1999.”

⁹⁴ Revista Semana. Op.cit. mayo 27 de 2002

El artículo, que hace un perfil bastante extenso y cubre múltiples dimensiones de personalidad y su forma de actuar en la política, entre otros temas, concluye con tres párrafos y lo caracteriza finalmente, en lo que al aspecto social se refiere, como “un paisa asceta y contradictorio; un provinciano auténtico estudiado en Harvard y Oxford.”

En síntesis, el ‘hombre enigmático’ del que habla el artículo lo es, en parte, porque es un tipo acaudalado y poderoso, poseedor de una de las fincas más productivas del país, pero que a pesar de todo esto no pierde su humildad y su contacto afable y solidario con las clases populares o la gente de escasos recursos. No es un hombre criado a la usanza de los ‘muchachitos bien’ de la capital, estudiante de colegios prestigiosos (como el Gimnasio Moderno de Bogotá), donde desde su tierna infancia se forman como los futuros líderes, pero a pesar de ello accedió sí, a prestigiosas universidades como Harvard y Oxford. No es un tipo de lujos, sino más bien austero y en vez de emplear su tiempo en frivolidades o en la bohemia, como su padre solía hacer, siempre prefirió emplearlo en ilustrarse, en estudiar. No es extraño pues que Álvaro Uribe sea, como dice el texto, un hombre de pocos amigos.

Otro detalle que María Jimena Duzán relata sobre el Uribe Vélez Presidente en busca de develar su personalidad, se refiere al hecho de que, en su oficina en la Casa de Nariño, justo donde el anterior Presidente, Andrés Pastrana, tenía guardados finos habanos, Uribe guardaba montones de rollos de mapas para satisfacer su obsesión por la geografía.

Exactamente un año después de haber sido elegido Presidente, en mayo de 2003, el analista Jaime Jaramillo Panesso se refiere a Uribe en un artículo de el periódico El Tiempo así:

“Revuela en cuadro, como dicen los galleros. Se le ve en los consejos comunitarios impulsando una política de participación donde las distintas instancias administrativas del Estado se miren las caras entre sí y con las comunidades, escenario bien distinto a la usanza de yuppies ciudadanos, a quienes solo les interesa el cuadro de P y G (pérdidas y ganancias).”⁹⁵

Ya Duzán (2004) decía que Uribe poco gustaba de llamar a cualquier hora a sus ministros, como solía hacer con el resto de su personal, porque le daba pena molestar a esos señores. Por ello se conformó el coloquialmente llamado “kínder de Uribe”, que era conformado por viceministros u otros funcionarios subalternos de los ministros y con quienes Uribe prefería entenderse cuando debía dar instrucciones en horas no laborales. Los jóvenes integrantes del ‘Kínder’ lo obedecían ciegamente y lo seguían con pleitesía.

El artículo cierra con el siguiente párrafo:

“Pero si al Presidente se le ve muy solo, no deben olvidar sus ministros y funcionarios similares que los votos los tiene Uribe Vélez. Que su prestigio se lo

⁹⁵ JARAMILLO Panesso, Jaime, El Llanero Solitario, El Tiempo, 25 de mayo de 2003.

ha ganado en franca lid y no en los escritorios, ni en los clubes, ni en las juntas directivas, ni en los tertuliaderos de los directorios partidistas. Que las clases medias y populares de este país, nudo esencial de la democracia, lo miran desde el llano, la sabana y la montaña con la preocupación de que, si sus coequiperos tienen garantía para el cargo por cuatro años, por mera generosidad de Uribe, debería preavisar a algunos para bien de la República y, además, para una mejor salud física y mental del Presidente.”

La imagen que se construye es que el prestigio de Uribe no procede de una historia y hábitos de clase privilegiada, no se le caracteriza ante la opinión pública como uno de esos aristócratas de familias que se han perpetuado en el poder durante siglos, sino, por el contrario, como un provinciano más bien algo marginal, desprendido de las pompas del poder y las frivolidades que éste pueda ofrecer. A Álvaro Uribe se le tiende a representar como uno más de ese pueblo, como dijera Gaitán, constitutivo del ‘país nacional’ antes que del ‘país político’, ese que han dominado las élites por tanto tiempo.

Quizá sólo dos cosas que se mencionan o al menos se insinúan en el artículo, lo acercan al capital simbólico de la clase dominante. La primera podría ser sus estudios y respectivos títulos en prestigiosas universidades, como se estableció al inicio del presente capítulo, costumbre muy arraigada entre las élites del poder del país. Y la segunda podría ser el capital económico que ostenta, requisito sine que non para penetrar los círculos de élite.

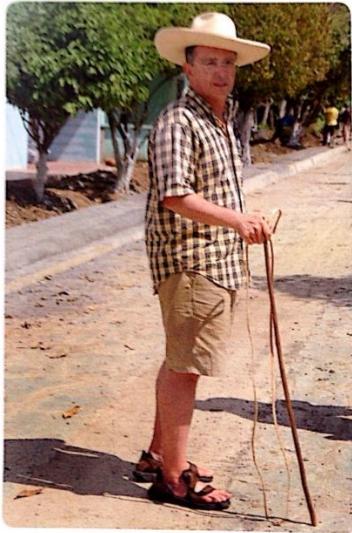
Si bien, como dice Jaramillo (2003), Uribe no es de clubes, ni juntas directivas, ni directorios partidistas, sí puede acceder a estos espacios de élite en tanto su dinero se lo garantiza, aparte, claro, del poder que le confiere su capital político acumulado. Si Uribe no parece corresponderse con estos círculos de élite ciudadanos, no es porque no pueda, sino porque no se identifica con ellos, porque proviene de una familia más arraigada a la vida y costumbres del campo, donde prima el trabajo que demanda esfuerzo físico y psíquico por sobre el esfuerzo intelectual. No por nada la imagen que esboza el artículo, como cosa extraordinaria, de un campesino madrugador de carriel que ha estudiado en Harvard y Oxford.

En “Uribe de carne y hueso”⁹⁶, la periodista, ahora senadora y entonces asesora presidencial del gobierno Uribe, Paola Holguín⁹⁷, junto a Carolina Escamilla, incluye una serie de fotografías del entonces Presidente con pie de fotos que sugieren la imagen que se le va creando sobre su procedencia social y su hábitos de clase reflejado primordialmente en la vestimenta y la forma de hablar. A pesar de que posee un capital económico que lo pone muy a distancia del campesino promedio y lo ubica dentro de la noción de terrateniente, Holguín y Escamilla sugieren una identidad popular en sus costumbres y usos, así como en su forma de hablar y con ello buscan crear una idea de cercanía con el pueblo.

⁹⁶ HOLGUÍN, Paola, ESCAMILLA, Carolina. “Uribe de carne y hueso”. Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2009.

⁹⁷ Paola Holguín sería posteriormente elegida Senadora por el Centro Democrático en el año 2014 y reelegida en las elecciones legislativas de marzo de 2018.

Foto 6: Uribe, el provinciano



¿Gobernante provinciano?
Sí, lo soy.

Foto 7: Uribe, el descomplicado

Yo no soy un hombre de imagen,
soy un hombre de convicciones
y de amor por esta patria.



Foto 8: Uribe, el del pueblo.

Yo soy economista de tienda.



Foto 9: Uribe, el coloquial.



Yo no estoy hecho sino de esta carnita
y estos huesos, que sufren bastante.

Foto 10: Uribe, el campesino bilingüe



En la foto 6 Uribe reafirma su condición de Presidente de provincia no sólo con la frase que apoya la fotografía, sino con la imagen misma en la que se le ve llevando una vestimenta informal muy a la usanza de los campesinos o los naturales de pueblos de tierras cálidas, como correspondería a su finca El Ubérrimo, en jurisdicción del departamento de Córdoba. Sandalias, pantalón corto, camisa de manga corta a cuadros, sombrero aguadeño y un fuste con el que se arría el ganado. Por supuesto, no se le ve incómodo con el atuendo sino muy espontáneo y apropiado del mismo. Este no es un presidente naturalizado dentro de las élites de la alta burguesía urbana, sino uno que conserva su identidad de clase campesina y la reafirma públicamente, lo que, más temprano que tarde, le dio réditos en su elección.

En “Los Soportes de la popularidad: cómo los columnistas refieren el caso del Presidente Álvaro Uribe Vélez” Ana Cristina Vélez dice:

“El presidente Álvaro Uribe Vélez, mientras más aparenta alejarse del gobierno, más cerca logra estar de la gente, porque mientras más ciudadano y hombre común se muestra, menos político y similar al gobernante típico de Colombia parece. En esta táctica radica el éxito de su imagen, que está siempre por encima de los resultados de su gestión de gobierno.”⁹⁸

⁹⁸ VELEZ López, Ana Cristina. Los soportes de la popularidad: cómo los columnistas refieren el caso del presidente Álvaro Uribe Vélez. Revista Confines, Medellín, 2010.

Y más adelante cita al columnista de El Tiempo, D'artagnan, cuando dice en su columna en el año 2003: “Uribe proyecta una imagen de trabajador infatigable y autenticidad indiscutible, y nadie cuestiona por eso las ruanas que se pone o los carrieles que carga. En su conjunto impactan y de paso muestran a un gobernante involucrado con las inquietudes y necesidades del pueblo.”⁹⁹

Precisamente, la foto 7 devela un Uribe (a quien no se le ve el rostro) que no se preocupa por las frivolidades de la imagen, sino, como dice el pie de foto, por sus convicciones y su amor a la patria. Por ello unas piernas que lucen un pantalón con la bota corta en extremo y a su lado, sobre el piso, un maletín de trabajo viejo y decolorado, al parecer lleno de documentos. No es la imagen personal lo que más importa, como lo confirma incluso la foto anterior, sino la capacidad de trabajo y las convicciones que lo soportan, sugiriendo así una cierta virtud ascética.

La foto 8 muestra a Uribe en contacto con el pueblo, con la gente del común, mientras departe una bebida y lo que parece ser una almojábana con una mujer de evidente extracción popular. El presidente, de nuevo con camisa a cuadros, una chaqueta común que no aparenta ser muy fina y su acostumbrado sombrero, bebe a su lado lo que parece ser una cerveza o acaso una Pony Malta, una tradicional y económica bebida colombiana a base de malta. El pie de foto dice: “Soy un economista de tienda”, aludiendo presumiblemente a que su manejo de la macroeconomía se asemeja al de la microeconomía de un negocio pequeño, o como en algún momento el mismo Uribe decía, a la economía del hogar, acercando así las complejidades de la profesión del economista y del oficio de un gobernante que debe encargarse de los intrincados problemas económicos de un país al pueblo, al ciudadano del común que bien puede ser un tendero. Así, el ciudadano se familiariza con un gobernante que se expresa no con una complicada terminología técnica tan propia del tecnócrata, sino con un lenguaje coloquial y lo suficientemente elocuente para el ciudadano de a pie.

Ese coloquialismo que tanto lo caracterizó, se concretó en una frase que, entre otras, lo identificaron durante su mandato y fue adoptada por el común de la gente como una simpática expresión de moda: “Yo no estoy hecho sino de esta carnita y estos huesos que sufren bastante”, dice el pie de foto de la foto 9, donde aparece Uribe Vélez montado en un arnés suspendido por unos cables que usan los campesinos como medio de transporte para el paso del filo de una montaña a otra. Curiosamente, en esta ocasión sí aparece de saco y corbata, pero sin importar el atuendo que lleve, siempre parece estar dispuesto a acercarse al pueblo compartiendo sus prácticas y usos.

El mismo coloquialismo se evidencia en el siguiente pie de foto donde habla de sus capacidades para el inglés, llamándole “paisa – english”, es decir, un inglés con acento paisa y quizá limitado y/o no muy bien pronunciado. Si tenemos en cuenta que el bilingüismo o el conocimiento y manejo de diversas lenguas puede tomarse como símbolo de status social, la referencia que hace el mismo Uribe no alude más que a su pertenencia a una clase campesina y a

⁹⁹ D'ARTAGNAN. Cosas de José Obdulio, El Tiempo, 3 de agosto de 2003. Citado en VELEZ López, Ana Cristina (2010)

sus orígenes provincianos. Uribe Vélez no reniega de sus orígenes ni los oculta, sino que parece aprovecharlos para beneficiarse de ellos en su empresa política. Él mismo declara: “Mi espíritu antioqueño y mi vocación campesina me han alimentado un infinito amor por todas las regiones de Colombia.”¹⁰⁰

También lo aprovechó para destacar en él ciertas cualidades o virtudes, por lo general relacionadas con su disciplina y capacidad de trabajo, pero además, como dice la declaración citada, con su conocimiento y amor por Colombia y la gente humilde que habita las provincias y los rincones más apartados, con quienes indefectiblemente tenía que interactuar en los pueblos y fincas que habitó y frecuentó durante toda su vida. En esta medida se convirtió, aparentemente, en un hombre más cercano al pueblo que a la clase política y las élites que la conforman y esto fue determinante para su carrera.

En síntesis, a Álvaro Uribe Vélez se le hizo aparecer como un candidato ajeno a las oligarquías nacionales e incluso regionales no sólo por no contar con los abolengos, sino porque marcó distancia con su hábitus de clase tanto en campaña como en sus posteriores gobiernos y lo hizo manifiesto frente a la gente. Un hombre de campo que no era propiamente a lo que estábamos acostumbrados a ver los colombianos en las altas esferas políticas y del gobierno. Su imagen no se fundó sobre la usual relación entre los orígenes sociales y familiares y el poder político, como bien han podido capitalizar otros como Juan Manuel Santos, Germán Vargas Lleras, o anteriormente Andrés Pastrana, Ernesto Samper o López Michelsen, entre tantos otros.

Lo particular es que, si bien Uribe era un hombre de campo por la herencia de su padre, también era un hombre de política, por la herencia de su madre. La imagen que se le crea, a partir de los datos que arroja la biografía de Holguín y Escamilla, es que era un prospecto destinado a ser Presidente y para ello tenía que formarse como lo hacían los integrantes de las élites que llegaban a serlo: Harvard y Oxford lo esperaban.

5.2. Sobre el prestigio intelectual

Ese llamado “campesino” que aprovechó sus orígenes para preciarse de su humildad, mediatizar sus gestos y ganar réditos en torno a ello, estudió en dos universidades de renombre internacional como quizá ningún campesino podría hacerlo en Colombia. Por supuesto un terrateniente como Uribe Vélez tenía la capacidad económica para hacerlo. Formarse en ciertas profesiones y áreas del conocimiento en universidades de prestigio es una costumbre usual entre las élites del poder en el camino de su ascenso.

La periodista Duzán (2004), asegura que varios economistas expertos le confesaron que Uribe creía saber más de economía de lo que realmente sabía y que más que un economista ilustrado, el ya entonces Presidente, era un tipo con sentido común, que es diferente. No por nada el mismo Uribe afirma, como se referencia en la foto 8, que es un “economista de tienda”.

¹⁰⁰ HOLGUÍN (2009) Op.Cit.

En el mismo texto de Duzán, afirma la periodista que Uribe no acostumbraba a leer literatura y que eran sus subalternos quienes, en momentos de necesidad, leían los libros y le presentaban, como chiquillos cumpliendo una tarea, los resúmenes de los mismos. Fue así como descrestó al escritor Mario Vargas Llosa en su visita a Palacio, hablándole con toda propiedad de sus novelas, como si las hubiera devorado una a una, para, en medio de la visita, coronar entregándole un regalo protocolario de considerables dimensiones con las siguientes palabras: “Seguramente usted debe tener muchos libros, pero estoy seguro de que no tiene este...” Así, le regaló un Atlas de Colombia, que manifestaba otra de sus obsesiones, el conocimiento de la geografía del país.

Estos conocimientos aparentemente ligeros o que hacen gala de la tan mentada memoria prodigiosa que dicen posee Uribe Vélez, dejaron la impresión de que un hombre “con el país en la cabeza”, como literalmente afirmaron varias columnas de opinión en los medios nacionales. En su columna Forómetro, de agosto de 2001, María Isabel Rueda se refiere a la participación del entonces candidato Uribe en el Foro de la ANDI en Cartagena, y lo hace en estos términos para iniciar:

“El más aplaudido: Álvaro Uribe. Se sabía de antemano. Era su escenario. El menos fue Serpa: no era el suyo. El más profundo: Álvaro Uribe. En un esfuerzo por demostrar que le **cabe el país en la cabeza**¹⁰¹ trató más de 25 temas en media hora. El más ladrilludo: Uribe. Tantos temas embutidos en un solo discurso lo hicieron parecer una especie de tesis de grado para la universidad de Oxford, pero a pesar de la hora (casi 2 de la tarde) y del hambre que reinaba en el recinto tuvo lleno total y la ovación no se hizo esperar.”¹⁰²

El 31 de marzo de 2002 Plinio Apuleyo Mendoza, uno de los asistentes al homenaje a Rito Alejo del Río en el Hotel Tequendama, repitió la expresión de María Isabel Rueda, casi como un patrón:

“De otra parte la paciente catequización que hizo Uribe a lo largo de dos años en las ciudades de provincia, a través de sus talleres democráticos donde el público era invitado a participar en el examen de problemas tales como la inseguridad, el empleo, la salud o la educación, acabaron por darle resultados. El milagro se produjo cuando la menospreciada labor parroquial que venía adelantando logró al fin marcar un puntaje en las encuestas, atrayendo sobre él la atención de los medios. A partir de ese momento, primero en los estratos medios y altos y más recientemente en los sectores populares, se abrió paso la certeza de que a Uribe **le cabe el país en la cabeza**.”¹⁰³

¹⁰¹ El subrayado es mío.

¹⁰² RUEDA, María Isabel. Op. Cit. (2001)

¹⁰³ APULEYO Mendoza, Plinio. “En la recta final”, de la columna Al filo de la navaja. El Espectador. Marzo 31 de 2002.

Apuleyo no parece tener en cuenta la labor de las maquinarias y el clientelismo en el ascenso de un candidato como Uribe Vélez y constriñe su éxito a un mero voto de opinión, como si los medios más importantes del país se rindieran ante la simple opinión del pueblo para construir un ‘fenómeno político’.

Es evidente que los columnistas suponen en Uribe un gran conocimiento del país, sin embargo, no queda claro a qué se refieren concretamente con esta expresión que resulta más bien una figura retórica difusa. ¿Conocimiento en qué campos? ¿A qué aspectos del país se refieren? ¿al geográfico, al económico, al político, al social, al cultural? Aun así, la metáfora pareció ser suficiente para legitimarlo como un hombre conocedor.

Pero además de conocedor se le enalteció como un candidato con un programa sólido y coherente. Por ejemplo, el editorial del Espectador del domingo 4 de agosto de 2002 inicia con el siguiente párrafo:

“Nace este miércoles una nueva esperanza, con la llegada a la Presidencia de la República de Álvaro Uribe Vélez. Y aunque es irracional pensar que los problemas del país encontrarían solución a corto plazo, hay razones que alimentan dicha esperanza. La principal, que tras cuatro años de un pobrísimo liderazgo en la cabeza del Estado, tome ahora el mando un líder sólido con un programa de gobierno claro y definido.”¹⁰⁴

Queda en entredicho a qué se refiere el editorial con “una nueva esperanza”, pero la alusión al “pobrísimo liderazgo” de los últimos cuatro años y la idea de un “líder sólido” sugieren que dicha esperanza descansa en la forma en que Uribe enfrentaría a las FARC, ya no con diálogo, sino con guerra, como las élites económicas y un buen sector de la élite militar venía reclamando desde el gobierno anterior. El Espectador parece sumarse a los vientos de guerra que resoplaban desde aquellas reuniones de las élites en el Club Tequendama.

La columna sigue:

“Sin embargo, en las primeras puntadas de lo que será el gobierno de Álvaro Uribe se advierten también algunos riesgos. El primero de ellos, ampliamente comentado, surge del mesianismo que se respira en el ambiente frente al nuevo Presidente. El tamaño de la crisis nacional no permite tener expectativas de soluciones rápidas y, de no entrar en razón, la frustración de los colombianos va a ser monumental. Como bien ha dicho el gerente del empalme Fabio Echeverry Correa, a lo que se puede aspirar es a que el doctor Álvaro Uribe enrute el país

¹⁰⁴ “El cambio de guardia”. Editorial de El Espectador, domingo 4 de 2002.

hacia un norte del que hace rato se viene desviando. Es importante, por tanto, que el país le haga caso y aterrice sus expectativas.”¹⁰⁵

El editorial sugiere pues que, si bien hay que tener prudencia frente al ideal mesiánico que se le pueda estar atribuyendo a Uribe, es el indicado para retomar las riendas y ‘enrutar’ al país hacia un norte (¿cuál norte?) del cual se viene desviando, razón por la cual hay que “hacerle caso”. Se pretende pues construir la imagen de un líder al que debe obedecerse si se quiere volver sobre el “buen camino”, un norte que el editorial nunca aclara, pero que, si viene de un candidato con “un líder sólido con un programa de gobierno claro y definido”, como lo ensalza, ha de ser bueno.

El 8 de marzo de 2002 el General retirado Álvaro Valencia Tovar, constante y efusivo admirador de Álvaro Uribe, escribe en su columna:

“Quien haya seguido con atención la campaña de Uribe Vélez y lo haya escuchado exponer su tesis ante varios auditorios observa que su pensamiento no está compuesto por ideas dislocadas. Se aprecia una vertebración de claridad meridiana entre lo económico, lo político, lo relativo a la paz y el orden público, lo social, que hace pensar que detrás de la figura juvenil, de moderada pero firme expresión, no hay simplemente un político en función electoral de halagar auditorios, sino un estadista capaz de llevar a Colombia a un destino diferente.”¹⁰⁶

Valencia Tovar presenta la idea de un programa coherente de Uribe Vélez, pero además le considera un estadista. En momentos en que algunos sectores de la opinión pública veían en Uribe a un candidato de corte guerrerista, frente al reciente panorama de los diálogos rotos del Caguán, Valencia Tovar buscaba convencer de que la propuesta del candidato no se trataba de guerra, sino de un programa conjunto que pasaba por lo militar, pero también por otros ámbitos, y todos, configuraban un programa cohesionado. Las tres primeras esferas fueron, sin duda, cobijadas por el gobierno de dicho candidato con un proyecto económico, político y militar como la Seguridad Democrática, pero la cuarta, la dimensión social, sería la gran perjudicada en este programa que destaca el columnista. Lo que sugiere que dicho programa no estaba concebido propiamente pensando en el bienestar común, sino en el beneficio de unos pocos. Para el 1º de junio de 2006 la favorabilidad del entonces Presidente Álvaro Uribe repuntaba con un altísimo 77%, pero en materia social el presidente se rajaba, según la encuesta de Gallup de ese periodo reportada en El Tiempo. Dice el reconocido diario que en materia de desempleo, costo de vida y cobertura de los servicios públicos domiciliarios, la gestión de Uribe no era muy bien recibida y menos de la mitad dijo sentirse satisfecho con la misma.¹⁰⁷

¹⁰⁵ El Espectador, Op.Cit. 2002

¹⁰⁶ VALENCIA Tovar, Álvaro. “Álvaro Uribe Vélez: mucho más que guerra”, El Tiempo, marzo 8 de 2002.

¹⁰⁷ “Uribe se raja en agenda social”, El Tiempo, junio 1 de 2002.

Pasados los dos gobiernos de Uribe, en julio de 2010, Mauricio Cabrera Galvis hizo un balance en Portafolio de su política social y resaltó los diversos homenajes que el gremio empresarial hizo al ya ex presidente en reconocimiento de su labor, como una manera de sugerir que fue ese sector el que resultó beneficiado con la gestión del ex mandatario. Dice Cabrera que del 2001 al 2010 los precios de las acciones en la bolsa de valores se incrementaron en más de 1.200 por ciento, siendo así que la riqueza de los propietarios de estas acciones se multiplicó por doce, mientras las utilidades del sector financiero se multiplicaron por 7 al pasar de \$632.000 millones en 2002 a \$4.4 billones en 2009. El crecimiento promedio anual fue superior al 4%, lo cual representa un buen balance. Es decir, el PIB estuvo ligeramente por encima del promedio de décadas anteriores. Así, entre el crecimiento del PIB y las políticas de confianza inversionista se propició – dice el autor – una redistribución de la riqueza y el ingreso a favor de las empresas y en detrimento de los trabajadores. En contraste con las utilidades, el salario mínimo sólo creció en un 6%. Dice el artículo:

“El Dane calcula la distribución del PIB entre asalariados, dueños de las empresas (excedente bruto de explotación) y trabajadores por cuenta propia (ingreso mixto). Entre el 2002 y el 2007, la participación de las utilidades de las empresas en el PIB pasó del 28,9 al 33,7 por ciento, un incremento de casi 5 puntos porcentuales que, por supuesto, se dio a costa de una disminución idéntica de la participación de los asalariados y los de cuenta propia.”¹⁰⁸

Estos 5 puntos porcentuales de incremento representan US\$14.000 millones anuales que no llegaron a las arcas de los asalariados y los cuentapropistas, es decir, de los trabajadores, sino de los grandes empresarios.

Como resultado la UNICEF y el PNUD reportaron entonces que Colombia era uno de los países con mayor desigualdad en el mundo, donde no hubo mejoría alguna en la última década. Según el mismo Cabrera, un estudio de la CEPAL demuestra que todos los países en América Latina bajaron el coeficiente Gini, mientras Colombia fue el único que lo subió y lo hizo hasta el 0.59% en el periodo Uribe.¹⁰⁹

Según datos de la CEPAL, el coeficiente Gini en Colombia entre el 2001 y el 2010 estuvo en 0.533 %, claramente por encima del promedio regional que estuvo en 0.48%. Dichos resultados parecen chocar con los factores de prestigio que se impulsaron durante la candidatura, entre los que se contaba su supuesto ‘conocimiento del país’ y su programa de gobierno “claro y coherente”, o acaso con el candidato que María Isabel Rueda llamó “profundo, ladrilludo y juicioso” tras su intervención en el Foro de la Andi. O incluso tal vez con las propuestas del llamado “Manifiesto Democrático” de Uribe Vélez, en cuyo punto 7 trata sobre la confianza

¹⁰⁸ CABRERA Galvis, Mauricio. “Aumento de la desigualdad en la era Uribe”, Revista Portafolio, julio 27 de 2010.

¹⁰⁹ Datos tomados de “La desigualdad no cede”, El Espectador, 30 de agosto de 2009.

inversionista, la miseria y la justicia social y afirma que sin corrupción ni politiquería los recursos deben alcanzar para construir justicia social. En el mismo punto asegura que desarrollará la pequeña empresa para crear nuevos actores en la economía que “eviten la concentración de la riqueza”.¹¹⁰

Independientemente de si fue un proyecto coherente o no, como lo afirmaba Valencia Tovar, lo que no está claro es la intencionalidad de su programa, es decir, en beneficio de quiénes o qué sector de la sociedad iba encaminado dicho proyecto cuando se supone un gobernante debe gobernar pensando en el bien común. La idea de estimular a las grandes empresas con exenciones de impuestos, gasto salarial moderado y demás medidas de austeridad, para arrastrar con su bonanza a la sociedad entera, no ha dado frutos. El crecimiento de los grandes capitales no se corresponde necesariamente con el crecimiento en materia social.

El 31 de mayo de 2002 Valencia Tovar aparece con otra columna que titula “Perfil de un estadista”. Dice el primer párrafo: “Con razón se ha dicho que mientras el estadista piensa en las próximas generaciones, el político lo hace mirando hacia las próximas elecciones.” Por supuesto, refiriéndose con ‘estadista’ a Uribe Vélez. Y sigue con el segundo párrafo:

“En la política, como en la estrategia, hay un elemento de ciencia, de aprendizaje, de experiencia acumulada y otro de intuición, de claridad para ver a través de la neblina, de visión capaz de superar momentos de confusión y de incertidumbre. Esa capacidad intuitiva constituye el don intangible del estratega privilegiado. Y en política la estrategia es base fundamental e insustituible del éxito.”¹¹¹

En mayo de 2002 el columnista Felipe Zuleta, curiosamente después férreo antiuribista, se expresa sobre el candidato Uribe Vélez así: “No conozco a Uribe personalmente, pero me sorprende su inteligencia, tiene al país pensando, conoce los temas, se ha preparado, sabe ejercer la autoridad y tiene un excelente vicepresidente.”¹¹²

En el mismo mes, Apuleyo Mendoza le atribuye a Uribe en su columna lo que llama una “desaforada capacidad de estudio”. Y dice: “Ella le permite hablar con propiedad de cómo reducir el gasto público y aumentar la inversión, reformar el Sena o sacar de su colapso crónico al Instituto de Seguro Social”.¹¹³ Y más adelante sigue: “Por haber estudiado a fondo cada

¹¹⁰ Tomado de “Manifiesto Democrático: 100 puntos de Álvaro Uribe Vélez”, del link https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85269_archivo_pdf.pdf

¹¹¹ VALENCIA Tovar, Álvaro. “Perfil de un estadista”, El Tiempo, 31 de mayo de 2002.

¹¹² ZULETA, Felipe. “Si no es Noemí, ¿quién?” El Espectador, mayo 12 de 2002.

¹¹³ En 2007 Uribe liquidó el Seguro Social y lo privatizó. El 27 de febrero de 2000, el presidente del ISS y luego Parlamentario, Jaime Arias Ramírez, admitió en El Tiempo que la Ley 100 fue nociva para el ISS. El principal ponente de dicha ley fue el entonces Senador de la República Álvaro Uribe Vélez en diciembre de 1993.

problema del país, Uribe puede perseverar en su propuestas y darle una coherencia confiable a su discurso.”¹¹⁴

Esa misma idea construida de su capacidad de estudio la reporta la Revista Semana así: “desde muy niño se dedicó al estudio metódico y obsesivo. Se sabía de memoria los discursos de Gaitán y las cartas y discursos de Bolívar.” Y más adelante dice:

“(…) vive en permanente estado de superación personal. Por ejemplo, echando mano a su prodigiosa memoria, aprendió inglés de grande por la necesidad de estudiar en Harvard y hasta el día de hoy sigue acrecentando su vocabulario con un traductor electrónico con el que perfectamente consulta las nuevas páginas Y su significado. Para practicar repite de memoria los discursos de Kennedy y Lincoln.”¹¹⁵

A Uribe se le caracteriza pues como un hombre estudioso y disciplinado, conocedor del país, inteligente, extraordinariamente memorioso, pero además intuitivo y estratégico. A su vez, estas virtudes las relacionaron con sus facultades como gobernante y funcionario público, o incluso como signos del “estadista”, tal como opina el General en retiro Valencia Tovar.

Dentro de los registros encontrados en la pesquisa, se encontró que tan sólo en uno se cuestiona someramente el camino que habría de tomar el candidato o presidente electo.¹¹⁶ Los demás artículos y columnas se dedican de lleno a caracterizar a Uribe Vélez como un candidato idóneo para ejercer el primer cargo de la Nación. Es decir, en lo que se enfocan sobre Uribe no es sobre la conveniencia o no del camino por el que pretendía conducirnos, sino en la promoción de sus supuestas virtudes como administrador y lo aparentemente coherente de su proyecto. Ninguno cuestiona, con argumentos y uso de razón las propuestas y el rumbo del candidato con miras a un fin. Se crea entonces una disposición para poner sobre el elegido una confianza ciega, propia del mesianismo que temprano ya estaba sugiriendo la columna editorial de El Espectador. Esto entraña la idea de que “no importa cuál sea el camino que elija, confiamos en que será el mejor por ser un buen administrador”.

En síntesis, a Uribe se le construyó una imagen de inteligencia, disciplina para el estudio, intuición y estrategia, para efectos de su posible ejercicio de gobierno. Se habló de la coherencia de su programa, pero poco o nada se comentó, entre estos líderes de opinión desbordados en elogios, los detalles de ese programa y sobre todo el rumbo hacia el que nos podría conducir.

¹¹⁴ APULEYO Mendoza, Plinio. “Por qué Uribe Vélez”, de la columna Al filo de la navaja. El Espectador. Mayo 25 de 2002.

¹¹⁵ Revista Semana, Op.cit., mayo 27 de 2002.

¹¹⁶ Sólo la columna titulada “El cambio de guardia” encontrada en el Editorial de El Espectador del domingo 4 de 2002, cuestiona la decisión de Uribe de dedicar sus primeros esfuerzos a la revocatoria del Congreso, cuando, según el columnista, se presentaban otras necesidades de mayor urgencia como las reformas económicas. Aun así, es el único cuestionamiento que le hace luego de mencionar las virtudes del Presidente electo.

Más adelante se abordarán algunos resultados en términos de seguridad, es decir, en lo que respecta a la acción de las Fuerzas Armadas en el territorio nacional y su incidencia en la ciudadanía. Y consecutivamente se hablará de los resultados en términos políticos, especialmente en lo que respecta a su promesa sobre la derrota a la corrupción. Así pues, estaríamos cubriendo las tres dimensiones que abordaba el proyecto uribista, es decir, la económica, la política y la militar, justamente las esferas que concentran la élite del poder. Restará hablar de una posible cuarta esfera de ese poder, la prensa. De ésta se tratará en la última sección de este trabajo antes de las conclusiones.

5.3. Sobre el prestigio orgánico

Como desde un principio Uribe no se mostró como un integrante más de la aristocracia capitalina que solía aposentarse en Palacio a gozar de las mieles del poder, atinó con ello y de manera estratégica, a presentarse como alguien más “cercano” al pueblo, a lo que hicieron buen eco los medios. Esta cercanía no implicaba sólo una cerrazón de la distancia física como acostumbraba a hacer en sus talleres comunitarios durante su campaña y que más tarde, durante su gobierno, se convertirían en consejos comunales, sino también una cercanía de usos y costumbres, de distancia social en términos de prácticas y nociones. Una de ellas, la del trabajo incesante.

Mientras a su antecesor, Pastrana, se le calificaba de frívolo en reiteradas ocasiones ¹¹⁷ A Uribe se le exaltaba como un tipo trabajador e interesado por los problemas del pueblo y así se le reconocía en los medios. Antonio Caballero, sin embargo, no se limitó a adjudicar esa frivolidad a Pastrana sino que la convirtió en una costumbre propia de los gobernantes que, desde décadas atrás, ocupaban el Palacio de Nariño:

“Tal vez fue Alfonso López Michelsen quien, en sus tiempos, bautizó como "el frívolo cuatrienio" al del gobierno frívolo de Misael Pastrana. A continuación vino el suyo propio, y fue igual. Y así sucesivamente, y cada vez peor, hasta llegar al de Andrés Pastrana, que ha sido el más vacuo, el más insustancial, el más frívolo de nuestra historia. Y por eso la gente, hastiada de Pastranas vanidosos y de Samperes irresponsables, de Gavirias superficiales y de Barcos amnésicos, de Belisarios volubles y de Turbayes veleidosos (y también de los ya mencionados Lópezes tornadizos y Pastranas inflados de viento), la gente, digo, eligió entonces presidente a un tipo serio, decidido, consecuente: Álvaro Uribe Vélez. Pero resulta que tampoco Uribe es serio.”¹¹⁸

¹¹⁷ Así lo hizo el columnista D’artagnan, que tildó su gobierno de “frívolo cuatrienio”¹¹⁷, igual que hizo López Michelsen con el gobierno de Misael Pastrana, padre de Andrés y también Presidente. Lo propio hizo Antonio Caballero en varias de sus columnas.

¹¹⁸ CABALLERO, Antonio. “La frivolidad del establecimiento”, Revista Semana, Octubre 20 de 2010.

Aunque Caballero ironizaba sobre los supuestos beneficios de sus primeras medidas de gobierno (como el Referendo), no fue la desconfianza del columnista una idea muy prohijada entre el común de los colombianos e incluso entre muchos ‘opinadores’ de la prensa nacional. A Uribe se le mostró, efectivamente, como un político serio, trabajador, dedicado al pueblo y no a los goces frívolos como privilegios del poder.

Ya siendo Presidente, El Espectador publicó un artículo titulado, “A ritmo paisa”, tal como hubiere publicado El Tiempo meses antes, en junio. En él apunta el autor de entrada: “No lleva una semana al frente de la Presidencia y el Jefe de Estado, Álvaro Uribe, ya recorrió medio país. Pero no para gozar las mieles de su cargo, sino para ir sembrando, con una agitada agenda de trabajo, lo que será su cosecha dentro de cuatro años.”¹¹⁹

Al día siguiente Semana publicó una crónica de su primer día de gobierno. El encabezado dice que el periodista lo siguió en su primera jornada de trabajo y quedó muy sorprendido por lo que presencié. Uribe se levantó a la madrugada y a las 4 de la mañana ya estaba en la Base Militar de Catam para tomar vuelo a Valledupar. De Valledupar salió a Florencia, Caquetá. Cuando regresó a Bogotá a las 5:45 de la tarde había atendido a más de 250 personas, había viajado 2.720 kilómetros en avión y durante 40 minutos por dos de las carreteras más peligrosas del país. Al llegar a Casa de Nariño recorrió el que sería su hogar por cuatro años y se reunió con su equipo de confianza. Al término de la jornada, al filo de la medianoche, pidió detalles de la apretada jornada del otro día que iniciaría a las 5 de la mañana con una hora de spinning, media hora del noticiero de la BBC. Hacia los primeros minutos de la madrugada de ese segundo día arrancó a su apartamento a descansar por unas pocas horas antes de continuar.¹²⁰

Tan difundida fue su vocación de trabajo que ante una expresión aparentemente espontánea que utilizó una vez públicamente, como “trabajar, trabajar y trabajar”, ésta se volvió una especie de consigna de su gobierno y un lugar común en las conversaciones cotidianas de los colombianos, como expresión de su irrenunciable disposición o necesidad de trabajar para obtener el sustento o quizá como la expresión de una ética del trabajo que era justamente lo que quería imponer Uribe.

Dice Jesús María Molina al respecto:

“La repetición del término, apuntaba a señalar, en primer lugar, que todo el hacer y el ser del primer mandatario estaban constituidos de trabajo. Por esta vía, como ya se dijo, el Presidente aparecía y se presentaba como un objeto sacrificial que sólo vivía para hacer por los demás, y más concreto, por su patria y sus compatriotas. Sin embargo, al tiempo que se nombraba sacrificial, marcaba una cercanía con el pueblo, en tanto se situaba en una posición homóloga a sus integrantes de compartir un mismo destino, los cuales debían de trabajar de “sol a sol” para subsistir.”¹²¹

¹¹⁹ HÉNDEZ, Javier E. “A Ritmo paisa”, El Espectador, agosto 11 de 2002.

¹²⁰ NEIRA, Armando, “Crónica del día 1”, Revista Semana, agosto 12 de 2002.

¹²¹ MOLINA Giraldo, Jesús María. “La identificación de los colombianos con Álvaro Uribe Vélez: del cálculo de los discursos al goce del fuego cruzado.” Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2011.

Esa imagen de cercanía con el pueblo que estratégicamente lograba Uribe con el elogio hacia el trabajo, lo distanciaba a su vez de las élites políticas y las frivolidades hedonistas que les conferían los privilegios de detentar el poder. Uribe no se presentaba como uno de esos candidatos y después presidentes que se regodean en las mieles de la abundancia entre las lujosas paredes del Palacio de Nariño, por el contrario, Uribe, ese “humilde hombre” arraigado en su supuesto origen campesino, era “uno más de nosotros”, los ciudadanos de a pie.

Faltando un par de semanas para las presidenciales de 2002, El Tiempo publicó un editorial dedicado a Uribe Vélez que comienza con el siguiente párrafo:

“Las de Álvaro Uribe no parecen las manos de un hombre acusado de cerrar el puño para blandir autoridad sin dar tiempo para el diálogo. Y aunque son robustas como las de un trabajador del campo, en las manos del que sus detractores siempre han llamado guerrillero se descubren los modos y la finura de un profesor universitario.”¹²²

El texto inicial de la columna sintetiza en sólo 5 líneas no pocas de las cualidades que se le adjudicaron entonces a Uribe en la construcción de su prestigio: un hombre con autoridad, pero al mismo tiempo dispuesto al diálogo; un hombre de trabajo que se muestra en las manos robustas como las de un campesino; y un hombre con capacidades intelectuales suficientes para llegar a ser profesor universitario. Es decir, firme, racional, trabajador, inteligente y conocedor. Si bien cada una de estas cualidades nos competen en esta disertación, la que nos ocupa en este capítulo tiene que ver con su capacidad de trabajo, su resistencia que redundaba en eficiencia y eficacia a la hora de ejercer su función pública.

El artículo continúa: “Seguir trabajando, trabajando y trabajando. Como el coro de una canción sin final; así es la frase que el candidato presidencial de Primero Colombia repite cuando se le pregunta por lo que viene, después de que las encuestas lo muestran ganador de la Presidencia.” Y en otro párrafo le da la palabra a Uribe en primera persona: “Uribe sueña con el campo, de hecho vive en una finca en Ríonegro (Antioquia) y cuando quiere descansar se va a Montería (Córdoba), donde tiene un extenso terreno dedicado a la ganadería. Me levanto a las 4:30 de la mañana y en la finca duermo en hamaca, dice con reposado acento antioqueño.”¹²³ Se establece pues su procedencia campesina donde la rutina laboral normalmente exige levantarse antes de que despunte el sol. Sus hábitos de sueño en hamaca refuerzan la idea de ese hombre recio de campo, pero además sencillo. Y el párrafo termina aclarando que esa declaración suena con reposado acento antioqueño reafirmando su origen paisa, que en el imaginario que se ha querido imponer en el país es el de una “raza” trabajadora, emprendedora e incansable. Uribe no

¹²² “Un hombre con disciplina”, Editorial El Tiempo, 13 de mayo de 2002.

¹²³ Ibidem, 2002

es el ciudadano que va a su finca a descansar, es un finquero que va a la ciudad a trabajar. Y prácticamente de la finca llegó directo al Palacio de Nariño.

El mismo artículo dice unos cuantos párrafos después: “Tenerlo de compañero de habitación es un suplicio. En sus épocas de senador llegaba de las sesiones a la 1 de la mañana y tres horas después se levantaba a estudiar sus ponencias. Lo veía sentado en la cama y con los pies metidos en una ponchera de agua fría para no dormirse, cuenta uno de sus colegas.” Y agrega: “Trabajar a su lado es como participar en una carrera atlética sin final. Cuando fue gobernador de Antioquia convocaba a consejos de seguridad todos los días a las seis de la mañana. Tres altos oficiales del Ejército pidieron relevo porque Uribe no los dejaba dormir.”¹²⁴

Esa ética del trabajo, el trabajo pensado como un estado sacrificial permanente, donde incluso se renuncia al sueño y prácticamente se les coarta a los otros, constituyó una práctica usual en Uribe no sólo en el ejercicio de su función pública, sino con su familia. El mismo Uribe dice refiriéndose a sus hijos Tomás y Jerónimo: “En mi afán de enseñarles a trabajar desde pequeños, tenían que levantarse a las cinco y media de la mañana a limpiar las pesebreras. Y mientras, la mamá se iba a rabiarse por lo que yo les hacía; a mí me parecía muy importante la disciplina del trabajo.”¹²⁵ Dice la biografía de Holguín y Escamilla, que a la edad de cuatro años el uno y seis años el otro, tenían que dedicar sus vacaciones al trabajo en la finca mientras sus primos dormían plácidamente. Su padre los levantaba antes de la salida del sol para limpiar las pesebreras, recoger cagajón con pala y escoba y cargarlo en una carreta que por su peso y por la corta edad de los niños, constantemente se les volteaba. Luego debían recoger los caballos en el potrero. Eran niños de cuatro y seis años que con sus pasos cortos trataban de alcanzar caballos que escapaban al galope. Luego debían alimentarlos de nuevo llevando las carretas cargadas de concentrado. Finalmente tenían que cepillarlos hasta dejarlos brillantes. La jornada no terminaba ahí. Tras el desayuno familiar, todos los primos iban a la piscina mientras Tomás y Jerónimo debían acompañar a los vaqueros a dar vueltas por los potreros. Pasaban siete horas a caballo bajo un sol tropical abrazador. Dicen los mismos hijos refiriéndose al régimen casi castrense que les imponía su padre: “Intensas jornadas de labores en el campo hacían verlo cansón, pero resultaron determinantes para aprender a amar el trabajo y asumirlo con disciplina.”¹²⁶

Esa fijación por la laboriosidad alcanza en Uribe matices espirituales que hacen pensar que, más allá de una cuestión de necesidad por las exigencias propias del trabajo, obedece a un condicionamiento cultural propio del ser antioqueño. Ramírez Niño (2011) cita al propio Uribe: “Para que cada uno procure dar un ejemplo. Para que todos los colombianos, empezando por los que tenemos las responsabilidades del Gobierno, hagamos esfuerzos sobre conciencia sobre nuestro ser espiritual, para poder superar las limitaciones del cuerpo humano, la fatiga, el cansancio, el sueño, el hambre y recorrer siempre la milla adicional.”¹²⁷

¹²⁴ Op.Cit. El Tiempo, 2002

¹²⁵ HOLGUÍN, Paola. Op.Cit. 2009

¹²⁶ HOLGUÍN, Paola. Op.Cit. 2009

¹²⁷ Palabras de Álvaro Uribe como Presidente durante una presentación en Cristovisión, canal de televisión de la iglesia Católica en Bogotá. Noviembre 13 de 2008 citadas en RAMÍREZ Niño, Magda Juliana. “Álvaro Uribe Vélez y el liderazgo racional – carismático”. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2011.

Esa pretendida superación de las limitaciones del cuerpo para cumplir las labores y la negación de los placeres mundanos¹²⁸ se fundamenta en una ética del trabajo de origen religioso que se promovió en la cultura antioqueña en el siglo XIX. En un discurso ante la Academia antioqueña de historia decía Uribe:

“El siglo XIX antioqueño fue de ebullición material y espiritual (...), el antioqueño se preocupaba por sus logros materiales y de organización, mientras que las élites colombianas preferían las profesiones ‘distinguidas’ aunque pobres. El británico Roger Brew ensayó el predominio entre nosotros de una ‘ética protestante’ que considera el éxito material como clave para la salvación. Esta reflexión ha sido sintetizada por James Parsons cuando dice ‘el espíritu independiente de los antioqueños y el terreno quebrado se combinaron para producir ese caso rarísimo de una sociedad democrática de pequeños propietarios en un continente dominado por un latifundio latino tradicional.’”¹²⁹

Y esa misma “ética protestante”, a la que se refiere Weber como parte fundamental del espíritu capitalista, se extiende a todos los aspectos de la vida, impregnada por la fijación hacia el trabajo como vehículo de salvación. Cita Ramírez Niño más adelante al mismo Uribe cuando se refiere a los administradores públicos:

“Que no necesiten vacaciones, que los domingos vayan a misa y después se vayan a trabajar en la entidad del Estado, que los sábados vean a la señora y los hijos a las seis de la tarde, pero que pasen el día trabajando con la comunidad, de lo contrario, este país no sale adelante.”¹³⁰

La pretensión de Uribe parece ir más allá de sugerir una entrega incondicional al trabajo, y recomienda además una organización de la vida en torno al valor del mismo, donde todos los demás aspectos subyacen a la actividad laboral, pero en la que además prima una concepción tradicionalista de la vida del individuo que se debate entre la tradición (como la de ir a misa los domingos), la familia (conformada tradicionalmente por esposa e hijos) y la propiedad (que debe ser resultante del trabajo). Una concepción muy antioqueñizada y, por supuesto, calvinista de la vida.

¹²⁸ Conocida es también su frase en la que recomienda a los jóvenes “aplazar el gustico” refiriéndose al sexo y aduciendo que dicha actividad hay que dejarla para la familia. Como quien dice, con propósitos exclusivos de reproducción. Uribe tampoco bebe, aparentemente no tanto porque no lo pueda disfrutar, sino porque, dice él, con los tragos se vuelve camorrero. Además poco o nada es lo que sabe de baile pues ha sido objeto de mofa en las múltiples ocasiones en que se le ha visto tratando de hacerlo en público.

¹²⁹ Citado en RAMÍREZ Niño, Op.Cit. 2011

¹³⁰ RAMÍREZ Niño, Op.Cit. 2011

El 14 de junio de 2002, una vez elegido Uribe, mas no posesionado aún, El Tiempo publica una columna titulada “Colombia a ritmo paisa”, que en uno de sus párrafos iniciales dice:

“Colombia hará en los próximos cuatro años un ejercicio interesante; trabajar a ritmo paisa y para ello tendremos que rescatar rasgos humanos y culturales propios de nuestra genética que en Antioquia perduran: el respeto a la familia y la adhesión a la vida familiar. La importancia que se da al trabajo como prueba de mérito para el mejoramiento económico y para el estatus social. Así mismo hay que rescatar aspectos como el aprecio por la persona y por el esfuerzo individual junto con el sentido de la responsabilidad del individuo ante la sociedad y una gran vocación para organizarse y unirse, para formar empresas y para emprender labores de beneficio social.”¹³¹

Según esta declaración, se supone que Colombia debía asumir el espíritu antioqueño de dignificación del trabajo y entrega a los valores tradicionales de la familia y la propiedad. Es más, parece sugerir el texto que quien no mejora económicamente y no obtiene estatus social es porque no ha trabajado lo suficiente. El escalamiento social pues, se reduce a una cuestión de trabajo, obviando cualquier otro factor que en ello pueda incidir. Como si un obrero de la construcción o un campesino sumido en la pobreza, o un cortero de caña, entre tantos otros ejemplos, no trabajarán. Y si es así, Uribe debía ser el claro ejemplo de ello. Dice El Tiempo: “Para un país que lleva tantos años en Babia, y como dejado de la mano de Dios, esa presencia del Presidente en lugares de peligro, y este ritmo frenético que le da a su trabajo, es estimulante y ejemplarizante. La gente se siente protegida y gobernada.”¹³²

En otro artículo dice el autor: “Aunque es innegable que hay un pesado ritmo de trabajo, también es cierto que los ministros y los presidentes de todos los gobiernos han tenido agotadores horarios. La virtud de la administración Uribe ha sido comunicarle al país que él está trabajando sin pausa.” Se publicita pues una imagen de incansable laboriosidad del Presidente que rebasa a la de los demás, como si con esto se constituyera en un líder que traza el ejemplo para sus subalternos y para los colombianos a los que ahora gobernaría.

Quiere decir esto que no es suficiente con “trabajar, trabajar y trabajar”, sino que también hay que mostrarle al público que se está trabajando. Los consejos comunitarios, que duraban inagotables horas y en los que Uribe regañaba públicamente a sus Ministros bien fuera presencialmente o por vía telefónica, eran a su vez emitidos por televisión. Millones de colombianos podían ver a su Presidente trabajar sin cansancio, pero además escuchar a unos, regañar y dar órdenes a otros a diestra y siniestra, haciendo sentir con esto que gobernaba.

¹³¹ CASAFRANCO V., Jaime. “Colombia a ritmo paisa”, El Tiempo, 14 de junio de 2002.

¹³² NIETO de Samper, Lucy. “Trabajos Forzados”, El Tiempo, 26 de agosto de 2002.

En su artículo, Ana Cristina Vélez cita:

“El analista Pedro Medellín llamó la atención sobre la siguiente paradoja: hay más presidente que presidencia y más gobernante que gobierno, al referirse al protagonismo del Presidente y su capacidad de trabajo que quiere multiplicar las horas para resolver él mismo todo. Este estilo de Uribe Vélez es analizado por el columnista como la revelación de dos cosas: primera, el desamparo del mandatario en su tarea de gobierno, le toca hacer el trabajo de sus ministros; segunda, que si bien todas estas intervenciones suyas buscan resolver problemas concretos, las soluciones provocan problemas institucionales pues: “no sólo ponen al Presidente como único garante de negociación política sino que desprestigian la institucionalidad.”¹³³

Pero por supuesto, quizá el común de la gente no viera lo que vio un analista como Pedro Medellín. Lo que mostraban los medios era un presidente que trabajaba sin desfallecer, personalizando así lo que debiera ser un asunto institucional, el acto de gobernar. Como Uribe ponía en evidencia a sus Ministros en estos consejos comunitarios, los regañaba y les daba órdenes perentorias, lo que la gente veía no era un trabajo en conjunto, propio de un Consejo de ministros, sino el trabajo de un ejecutivo, más propio de un gerente que de un político.

Como normalmente las élites del poder mantienen una distancia hermética con respecto al pueblo entre las paredes de sus palacios, clubes o fincas de descanso, la exteriorización de la gestión de Uribe por medio de los consejos comunitarios, su presencia física en los territorios apartados para escuchar a políticos y funcionarios locales exponer sus problemas y dejar la impresión de una inmediata respuesta para brindar soluciones comandando a sus ministros y subalternos (e incluso a alcaldes y gobernadores en algunos casos), ofrecieron al público una sensación de que sí se trabajaba por el país, de que este era un Presidente que se apersonaba de los problemas para solucionarlos con un estilo gerencial de contacto directo con la gente, y no con la otrora mediación de los partidos políticos, los caciques, los funcionarios públicos y su acción paquidérmica que no llegaba a nada.

El estilo de gobernabilidad parecía entonces cambiar. Pedro Medellín cita a Allison (1983) para especificar cómo la gobernabilidad en la gestión pública, que Antonio Camou (1995) define como un estado de equilibrio dinámico entre las demandas sociales y la capacidad de respuesta gubernamental”, se asemeja a una ejecución de tipo gerencial de la empresa privada:

“(…) la gestión pública se caracteriza, entonces: por evaluar las demandas del entorno y compatibilizarlas con los objetivos del Estado; por propiciar la participación de la sociedad y de los diversos actores que confluyen en la implementación de las políticas públicas; por usar parámetros racionales en los

¹³³ VELEZ López, Ana Cristina. “Los soportes de la popularidad: cómo los columnistas se refieren al caso del presidente Álvaro Uribe Vélez”, Revista Confines, Universidad EAFIT, Medellín, 2010.

procesos decisorios – lo que implica el desarrollo de un sistema de información -; por establecer un sistema organizacional y de relaciones interpersonales que permita la implementación de las decisiones en forma eficiente y eficaz; y por valorar el servicio público como actividad fundamental que debe acoger los intereses de los ciudadanos.”¹³⁴

Y concluye Medellín: “El problema de la gobernabilidad aparece, entonces, como un problema de gerencia pública. Es decir, como un problema de capacidad de los gobernantes para optimizar el funcionamiento de las organizaciones públicas a las demandas sociales. Se trata de mejorar su capacidad de respuesta a los requerimientos del público. Eficacia y legitimidad se diluyen en todo su potencial político, para adquirir una connotación técnico – administrativa.”¹³⁵

Entonces no sólo fue una imagen de laboriosidad campesina la que se le construyó a Uribe, sino una que, junto a su ética del trabajo relacionada con el mandato espiritual y moral de la herencia religiosa antioqueña, el conocimiento de los asuntos de gobierno, y sus capacidades como “estadista”, tal como sentenciaba el Gral. Valencia Tovar, se publicitó como un renovado y renovador gerente que presidiría al país con la eficiencia y eficacia propia del paisa laborioso y del ejecutivo preparado en las mejores escuelas.

Según eso, ya no estaríamos más al frente de un gobierno frívolo, obnubilado por las mieles del poder, visitante asiduo de cuanto club, banquete y coctel, o enclaustrado en su palacio cuando no en su avión para recorrer el mundo y tomarse fotos con los reyes de España, el Papa, el Presidente de los Estados Unidos y las otras dignidades que le aseguraban su estatus social. No, ahora estaríamos ante un presidente que daba la cara a “la gente” para gerenciar (a su manera, y no a gobernar como los políticos tradicionales) desde cualquier lugar del país, que encontraba en el trabajo su mayor gozo y no en los placeres terrenales como dicta su moral, esa moral tan propia del colombiano que se ensalza con su capacidad de trabajo.

Como lo dijo Alejandro Santos, celebrando el estilo de Uribe, en su tribuna, la revista Semana: “Pero su secreto no está en lo ascético o esotérico, sino en lo político y mundano. Y concretamente, en dos cosas: su estilo y su capacidad de gestión. Su estilo ha revolucionado la manera de hacer política. Y no es producto de una estrategia sino de todo lo contrario, su espontaneidad. Uribe, el hombre, personifica los valores de la gran mayoría de los colombianos que no son noticia: el trabajo y el sacrificio. Con ese aire de campesino, de ruana y sombrero, y recorriendo los lugares más recónditos del país, el Presidente está ahí a la mano. Se siente cerca. Uribe, el hombre es el secreto del éxito de Uribe, el político.”¹³⁶

¹³⁴ MEDELLÍN Torres, Pedro. “El retorno a la política: la gubernamentalización del Gobierno”, TM Editores, Bogotá, 1998.

¹³⁵ MEDELLÍN Torres, Op.Cit., 1998

¹³⁶ SANTOS; Alejandro. “El año que volvió la esperanza”, Revista Semana, 27 de agosto de 2003.

5.4. Sobre el prestigio psíquico

Si alguno de los rasgos del prestigio que se le atribuyeron a Uribe Vélez sobresalió fue el del carácter y la firmeza en sus determinaciones. Desde su slogan de campaña en el 2002, “Mano dura, corazón grande”, ya se hacía a una imagen de fuerza, de carácter y autoridad. No era espontáneo ni gratuito el gesto, sino más bien absolutamente estratégico para el momento. Pastrana no evocaba propiamente al gobernante duro. Vélez López (2010) cita al columnista Hernando Gómez Buendía: “Álvaro Uribe no sólo es el Comandante de las Fuerzas Militares. Es la autoridad que el pueblo reclamaba después de cuatro años de frivolidad y otros tantos de cinismo.”¹³⁷ Buendía se suma así a la construcción de una imagen de prestigio a pesar de su presunta independencia como periodista de las instancias del poder.

Una vez más se señala al gobierno de Pastrana por su frivolidad y se le atribuye a Uribe ese aire de autoridad suprema que se supone, debe investir a todo Jefe de Estado.

Sin embargo, la publicidad sobre la mano dura de Uribe reflejada en esa propensión al autoritarismo que él mismo niega, y el rechazo tajante del proceso con las FARC en el Caguán, no siempre fueron vistos con la misma acogida y más bien se observaban con cautela. Antes de que Uribe cobrara la adhesión electoral que se catapultó hacia enero y febrero de 2002, como consta en los gráficos 1 y 2, sus propuestas a este respecto resultaban para algunos líderes de opinión un poco disonantes, en contravía de una costumbre más bien dialogante de los gobiernos anteriores. El rompimiento de los diálogos por parte de Pastrana, le dio pie a Uribe para arreciar en su discurso y a su vez le dio piso a sus afirmaciones sobre el proceso. Como ya se vio, con el rompimiento de los diálogos se incrementó la intención de voto a su favor, rebasando a su más inmediato rival, Horacio Serpa. Los medios, se encargaron de presentarle como el líder que el pueblo demandaba, sin sopesar el hecho de que pudiera ser una simple opinión editorial más allá de toda comprobación fáctica.

En noviembre de 2001, El Tiempo publicó una entrevista al psiquiatra Luis Carlos Restrepo, recién incorporado a la campaña de Uribe Vélez como director del Programa de Convivencia y Derechos Humanos, y quien a futuro fuera el encargado de la, hasta hoy, muy cuestionada desmovilización de los paramilitares. Elección que califica de sorpresiva pues para el momento a Restrepo se le llamaba jocosamente “El Doctor Ternura” por una de sus publicaciones y hasta hacía unos años había fungido como uno de los principales impulsores del Mandato Ciudadano por la Paz, de 1997. El artículo se titula, de manera muy elocuente, “El Dr. Ternura y el Señor Guerra”. De peculiar interés resultan dos aspectos que se desprenden de este hecho: 1) Que el Mandato por la Paz que defendió Restrepo en 1997 exigía a los actores del conflicto armado, en su último punto, no involucrar civiles en el conflicto. Cosa que, evidentemente, hicieron, desde su propia concepción en el gobierno Gaviria y posterior reglamentación en el gobierno Samper, las Cooperativas de vigilancia y seguridad privada Convivir, que Uribe apoyó y promovió con pleno convencimiento siendo Gobernador de Antioquia. Las cooperativas Convivir, como se ha demostrado ya en múltiples ocasiones, y en

¹³⁷ GÓMEZ Buendía, Hernando. “Uribe, paso a la derecha”, Revista Semana, 18 de diciembre de 2002.

especial en el departamento de Antioquia, cohesionaron, participaron y hasta se transformaron en grupos paramilitares al margen de la ley. Siendo así, violaron todos los demás puntos del Mandato por la paz que promovió Restrepo, ahora, paradójicamente, elegido por quien había promovido las Convivir. 2) Que entre quienes promovieron el Mandato Ciudadano por la Paz, que defendió también el psiquiatra Restrepo, estaba la Fundación País Libre, creada por Francisco Santos, quien terminara siendo elegido por Uribe fórmula vicepresidencial. Muy probablemente, a sabiendas de las dudas que se cernían sobre Uribe con respecto al tema de las Convivir y su cuestionada defensa del General Rito Alejo Del Río vinculado con grupos paramilitares, entre otros cuestionamientos hacia el candidato que recaían sobre su historia como funcionario público, tanto Restrepo como Santos aceptaron sus ofrecimientos.

Restrepo fue férreo defensor de las políticas de Uribe hasta el final, cuando huyó de la justicia por sus investigaciones relacionadas con la desmovilización de los paramilitares, y Santos, aún hoy, sigue siéndolo, hasta el punto de resultar elegido Embajador en los Estados Unidos por el actual gobierno de Iván Duque, pupilo apadrinado por el mismo Uribe. Incluso desde allá, Santos sigue promoviendo posturas radicales y guerreristas como no descartar el apoyo a una intervención militar a Venezuela.

La entrevista de El Tiempo está precedida por un párrafo que dice: “Por eso el psiquiatra aprovechó su visita a Villavicencio para explicar por qué apoya a un candidato que a su vez, se hizo famoso por impulsar las Convivir.”¹³⁸ Y procede a preguntarle por qué si en 1997 apoyó el Mandato por la Paz ahora apoyaba a Uribe Vélez, lo cual connota la opinión que existe alrededor de Uribe como candidato promotor de una tendencia guerrerista. Restrepo responde que el apoyo a Uribe es porque él encarna la mejor manera de decir no a la violencia, pero al mismo tiempo un respeto por las instituciones. Lo que sigue, son preguntas repetitivas alrededor del mismo tema y respuestas que se dedican a defender al candidato y su adhesión al candidato de manera más bien retórica. Pero el talante del artículo se mantiene cuestionando la postura de Uribe en torno a lo que parece ser, para el momento, una actitud autoritaria y guerrerista.

Dos días antes de esta entrevista, el 14 de noviembre del 2001, El Tiempo titula un artículo “Defenderé DDHH: Uribe Vélez”, en el cual se manifiesta el compromiso que Uribe dice asumir ante ONG’s y Centros Académicos para, en caso de ser elegido Presidente, defender los derechos humanos y combatir a los grupos paramilitares.

Dice el siguiente párrafo: “Uribe se reunió con dirigentes de Human Rights Watch (HRW), el Woodrow Wilson Center y el Interamerican Dialogue en un encuentro que se esperaba sería una prueba de fuego, a raíz de las reservas por la promoción de las Convivir en Antioquia cuando fue gobernador y por su perfil de mano dura.”¹³⁹ Y sigue: “El cree que los nexos entre el Ejército y los paramilitares se están reduciendo mientras que nuestras evidencias demuestran lo contrario. Piensa que el primer paso en una política de derechos humanos debe pasar por el fortalecimiento de la fuerza pública mientras que nosotros creemos que se debe

¹³⁸ “El Doctor Ternura y el Señor Guerra”, El Tiempo, 16 de noviembre de 2001.

¹³⁹ “GÓMEZ Maseri, Sergio. “Defenderé DDHH: Uribe Vélez”, El Tiempo, 14 de noviembre de 2001.

depurar primero y luego sí fortalecer, dijo José Miguel Vivanco, director de HRW.” Por supuesto, ya siendo Presidente, los duros enfrentamientos con Vivanco no se hicieron esperar.

En diciembre 11 de 2001 la redacción de El Tiempo mantenía una postura cautelosa con respecto a las propuestas de Uribe:

“A Uribe Vélez la gente le está creyendo¹⁴⁰. Su estancamiento en las encuestas tiene que ver con que el país se ha dado cuenta de que su compromiso con la victoria militar sobre la guerrilla es en serio. El problema radica en que, pese a lo que se diga en las reuniones sociales y los encuentros gremiales, la mayoría de los colombianos le teme a la guerra y no está dispuesta a pagar el alto precio que significaría ganarla. La gran paradoja es que, para ganar, a Álvaro Uribe le va a tocar demostrar que es capaz de acomodarse a la paz y de extenderle la mano a Marulanda.”¹⁴¹

Es decir, ¿que en las reuniones gremiales y sociales sus propuestas sobre romper los diálogos y enfrentar militarmente a la guerrilla tenían acogida? Al menos las dos reuniones con los gremios a las que hice referencia en el sub-capítulo 4.2.1. parecen confirmarlo. También parece confirmarlo el artículo de Semana publicado en agosto 10 de 2001 donde dice:

“El cierre de filas de los empresarios en torno a las Fuerzas Militares en el apoteósico homenaje al soldado colombiano en 24 ciudades —y al que asistió lo más insigne del Establecimiento— constituyó la primera y más explícita señal de que la clase dirigente asumió la guerra. El discurso casi dramático de Sabas Pretelt, presidente del Consejo Gremial, en el que se comprometió a “no dejar solos nunca más a los hombres que lo entregan todo por el país”, permite entrever un mea culpa histórico de la dirigencia nacional por haberle dejado solamente a las Fuerzas Armadas el destino del conflicto armado. Si bien esto obedece, en gran parte, a la tradición civilista de la sociedad colombiana y a los excesos que cometió el Ejército en el pasado, ahora la dirigencia está diciendo en voz alta que va a apoyar a sus tropas y que el conflicto no se puede mirar desde la óptica de la neutralidad.”¹⁴²

Queda en entredicho, eso sí, la supuesta neutralidad de la dirigencia económica que se afirma al final del párrafo, sobre todo teniendo en cuenta la comprobada participación de varios integrantes gremiales en la promoción, creación y financiación de grupos paramilitares. Para entonces, la idea de la salida militar parecía defenderse a intramuros en los clubes sociales y salones de las élites del poder.

¹⁴⁰ Con semejante declaración se crea una idea del “tren del triunfo” que arrastra a nuevos posibles electores.

¹⁴¹ “Elogio de la incertidumbre”, El Tiempo. 11 de diciembre de 2001.

¹⁴² “El país se endurece”, Revista Semana, 10 de agosto de 2001.

Aún ya habiendo sido elegido Uribe se mantenía cierta cautela con respecto a su posible autoritarismo, apoyado en la noción de mano dura con los violentos. El 4 de agosto de 2002, El Espectador publicó en su columna editorial del domingo: “Finalmente, pero no menos importante, está el riesgo de que el mandato de autoridad entregado al Presidente signifique la supresión de derechos ciudadanos fundamentales. Eso sería un gran retroceso. Entendemos que el tamaño de la amenaza terrorista requiere darle dientes al Estado para enfrentarla, pero sabemos también que esa es una puerta que se debe abrir con extrema cautela, porque puede servir de excusa para las peores aberraciones.”¹⁴³

Para el 2014 la Fiscalía reveló que durante el periodo Uribe, entre 2002 y 2008 se produjeron 4382 casos de ejecuciones extrajudiciales llamadas falsos positivos.¹⁴⁴ Semana se refiere a un estudio realizado por profesores de la Universidad de la Sabana y el Externado donde se demuestra que durante los dos gobiernos de Uribe Vélez los falsos positivos aumentaron en un 154%.¹⁴⁵ En mayo de 2018 el periódico británico The Guardian, reportó, basado en un estudio en coautoría de un ex - coronel de la Policía, que la cifra de falsos positivos entre 2002 y 2010 fue en realidad tres veces mayor que la reportada por los organismos de derechos humanos y ascendió a 10.000 casos¹⁴⁶. Sea el número que sea, la cautela que mostraba El Espectador estaba pues justificada, pero la gente, y entre ellos muchos líderes de opinión, no parecía darse cuenta de ello.

Para diciembre de 2001, el politólogo Raúl León Fernández escribió una columna en El Tiempo titulada “Autoridad, orden y libertad” en la que, basado en el alcance que le había dado Uribe a Serpa en la intención de voto, decía que no extrañaría que el candidato independiente superara al Liberal heredero de Samper y su clientelismo tradicional¹⁴⁷. Decía León Fernández: “Por otra parte, hoy el votante colombiano, no obstante sus bajos kilates de ciudadano para la democracia, tiene claro que el primer deber de los gobernantes es gobernar, es decir, hacer valer la autoridad como fuente del orden y la libertad.

Como lo advierte Samuel P. Huntington, El problema principal no es la libertad, sino la creación de un orden público legítimo. Puede haber orden sin libertad, por su puesto, pero no libertad sin orden.”¹⁴⁸

Es decir, León pone, fundado en Huntington, el orden por encima de la libertad, y dicho orden, según parece sugerir, sólo se logra con la autoridad de mano dura, en este caso, la mano dura que promete Uribe. Los colombianos, según dice, tienen claro que el deber de todo gobernante es hacer valer esa autoridad. Para entonces Serpa, a pesar de sus esfuerzos por

¹⁴³ “El cambio de guardia”, editorial El Espectador, 4 de agosto de 2002.

¹⁴⁴ Datos tomados de Blu Radio, publicados el 26 de noviembre de 2014 en <https://www.bluradio.com/83597/la-cifra-4382-personas-fueron-asesinadas-en-falsos-positivos-asegura-fiscalia>

¹⁴⁵ Datos tomados de Revista Semana publicado el 2 de julio de 2014 en <https://www.semana.com/nacion/articulo/falsos-positivos-aumentaron-154-en-gobierno-de-uribe/376423-3>

¹⁴⁶ Datos tomados de The Guardian, publicados el 8 de mayo de 2018 en <https://www.theguardian.com/world/2018/may/08/colombia-false-positives-scandal-casualties-higher-thought-study>.

¹⁴⁷ Vale aclarar que Uribe también militó en las filas samperistas antes de pronunciarse como disidente del Liberalismo y que así mismo heredó una parte de las estructuras clientelares de éste y otros partidos.

¹⁴⁸ LEÓN Fernández, Raúl. “Autoridad, orden y libertad”. El Espectador, 4 de diciembre de 2001.

aparecer como dispuesto a enfrentar a la guerrilla por la vía militar con mano firme, era visto como el candidato de la vía dialogada, la misma que había empleado Pastrana y que, al parecer, no estaba dando resultado. Aparte de ello los medios fortalecían la idea de que a estos grupos se les podía enfrentar y vencer militarmente. Mientras en diciembre de 1998, recién empezado el gobierno Pastrana, apenas el 34% de los colombianos confiaban en una derrota militar de la guerrilla, ya en julio de 2001 esa cifra ascendió al 56%.¹⁴⁹ Vale aclarar que para el 2001 el Plan Colombia llevaba dos años de implementado y dicha medida pudo haber cambiado sustancialmente la percepción de los colombianos. El Plan Colombia se había concebido como una especie de nuevo Plan Marshall que aspiraba a invertir en el campo social con el fin de presentar a los campesinos alternativas a los cultivos ilícitos, pero, por supuesto, el plan contemplaba también el fortalecimiento del aparato militar para enfrentar, no sólo al narcotráfico, sino también y principalmente, a la guerrilla. Claro es que, para sentarse a dialogar con las FARC y el ELN como quiso Pastrana, debía tener unas fuerzas militares reestructuradas y fortalecidas.

Por esta misma razón los gremios económicos declararon y organizaron su apoyo a las Fuerzas militares. Esto quiere decir, y para hacer ‘justicia histórica’, que la confianza en las Fuerzas Militares no revivió con la presencia de Uribe en el poder, sino previamente con el presidente Pastrana y el Plan Colombia que pactó con Clinton. Uribe, hábilmente, aprovechó las circunstancias y se centró en esa confianza ya germinada entre sectores de élite y de clase media, para lanzar su propuesta. Ya con esa confianza y esa determinación hacia la guerra enraizada entre las élites, era claro que el candidato a elegir sería el que supiera aprovechar el buen momento de las Fuerzas Armadas como pretendía Uribe y no el mal momento del proceso de paz como pretendía Serpa.

EL 12 de diciembre de 2001 Uribe lanza una propuesta lo bastante sui generis como para llamar la atención de los principales medios del país. Dijo que, de ser elegido Presidente, estaría dispuesto a solicitar cooperación militar internacional para reforzar el pie de fuerza que enfrentara a los grupos armados. “Comentó que su propuesta contempla dos etapas. La primera, en la que se dé un apoyo por parte de la comunidad internacional a las Fuerzas Militares en materia de transporte, comunicaciones, tecnología y entrenamiento logístico. La segunda consiste en que fuerzas multinacionales, con la veeduría de las Naciones Unidas, refuercen a las nacionales.”¹⁵⁰

Por supuesto, la propuesta fue de inmediato rechazada al unísono, no sólo por sus rivales y críticos en la arena política, sino por el Presidente y las Fuerzas Militares y hasta por varios líderes de opinión. Dos días después El Tiempo publicó un artículo titulado “Una propuesta para ganar atención”. El artículo menciona todas las voces de rechazo que produjo su propuesta de manera casi unánime e incluso poniendo del mismo lado a sectores políticos claramente contrarios. Sin embargo aclara que: “Pese a las críticas de los expertos, la gente del común,

¹⁴⁹ Datos tomados de “El país se endurece”, basados en encuesta Gallup, publicado en Revista Semana, 8 de agosto de 2001.

¹⁵⁰ “Uribe pide ayuda extranjera”, El Tiempo, 12 de diciembre de 2001.

desesperada con la violencia, ha mostrado simpatía con la propuesta. En un sondeo de eltiempo.com por Internet, que no es representativo de la opinión nacional, el 87 por ciento de los 2.609 consultados votaron a favor de la ayuda militar extranjera.”¹⁵¹ El Tiempo refuerza pues la idea del cansancio hacia el proceso de paz y la violencia y legitima la propuesta de Uribe por sobre las opiniones “expertas” a través de un supuesto sondeo entre la ciudadanía, que aclara, ni siquiera es representativo de la opinión nacional. Es decir, a pesar de pretender deslegitimar la idea del candidato desde el título y la consulta de las voces expertas termina produciendo el efecto contrario al afirmar que la gente, cansada de la violencia, la apoya.

El artículo concluye afirmando: “Más allá de si la propuesta es viable o no, Uribe gana atención de los medios y, de paso, consigue más nivel de conocimiento entre los potenciales electores.” Es decir, no importa lo absurdo de la propuesta, lo importante es hacerse reconocer.

Días después de la andanada de críticas Uribe rectificó, aterrizó su propuesta diciendo que el gobierno debía pedir a las Naciones Unidas enviar una comisión de civiles para coordinar la protección de algunas poblaciones afectadas por el conflicto. La propuesta cambió, pero la semilla del escándalo y el reconocimiento ya estaba sembrada y tuvo su efecto mediático. A los expertos no les sonó, pero El Tiempo impulsó la idea de que a los lectores que respondieron el sondeo pudo haberles simpatizado la idea, pero más importante aún, seguramente ahora mucha más gente sabía quién era Álvaro Uribe Vélez y cuál era su talante y carácter para defender ideas tan extravagantes como esa.

El 17 de diciembre la Revista Semana reporta sobre el incidente con un artículo que titula “Help!” y que concluye con las siguientes afirmaciones:

“A pesar de la confusión y de la inviabilidad de la propuesta de Uribe, ésta es audaz y manda un mensaje concreto. Es audaz porque en Latinoamérica había sido considerado un tabú la intervención militar internacional y el candidato ha puesto el tema sobre el tapete. Calcula, tal vez con razón, que la frustración de los colombianos frente al proceso de paz ha llegado a tal punto que prefieren definir el conflicto, aun con los gringos, antes que prolongarlo indefinidamente. Si su cálculo fue correcto el pantallazo de la semana pasada le sirvió.”¹⁵²

Y cierra con el último párrafo así: “En todo caso una cosa sí es clara. Si hay algún candidato que ante el posible fracaso de una solución negociada ya está pensando en cómo ganar la guerra, ese es Álvaro Uribe Vélez.”

Ya desde un año antes, en diciembre de 2000, los colombianos lucían descontentos y desconfiados con la forma como se llevaban los diálogos y la zona de despeje del Caguán, según reporta El Tiempo con base en una encuesta del Centro Nacional de Consultoría. Para la población encuestada las FARC estarían utilizando la zona de despeje para seguir delinquiendo y un 72% declararon que la zona debía prorrogarse máximo por seis meses más y con ciertos

¹⁵¹ SALAZAR Palacio, Hernando. “Una propuesta para ganar atención”. El Tiempo, 14 de diciembre de 2001.

¹⁵² “Help!”, Revista Semana, diciembre 17 de 2001.

condicionamientos. El 75% decía estar en desacuerdo con el manejo dado a los diálogos, pero curiosamente un 46% se declaraba optimista frente al proceso. El Tiempo atribuye esta aparente inconsistencia en el posible miedo de los colombianos al recrudecimiento del conflicto de romperse los diálogos. Efectivamente, el 47% de los encuestados pensaba que aumentaría la intensidad de la confrontación de ponerle fin a la zona de despeje. La situación parecía llegar a tal punto que un 40% de los consultados apoyaba la propuesta de los ganaderos de crear milicias nacionales para apoyar a las Fuerzas Armadas en la confrontación con la guerrilla.¹⁵³ El gobierno y amplios sectores se negaron de tajo a semejante propuesta alegando que tal cosa legalizaría a los paramilitares.

Casi un año después, en octubre de 2001, El Tiempo publicó una columna titulada “Giro o Quiebre” que decía: “El dilema está planteado: ¿llegamos a un punto de giro, donde las reglas del juego se barajen de nuevo, o a uno de quiebre, donde se reconozca que la experiencia de paz de la Administración Pastrana simplemente fracasó?” La ilusión sobre el proceso de paz parecía derrumbarse o al menos es la sensación que deja el articulista. Y sigue: “Sería errado suavizar esta grave dicotomía con las medias tintas a que las élites económicas, políticas y la dirigencia subversiva nos ha tenido acostumbrados por décadas. Con esto no pretendo atizar el fuego; sólo poner las cartas sobre la mesa porque, si el Gobierno prorroga la zona tal como está diseñada, es cuestión de tiempo para que la zona de despeje vuelva a caer en la mira con el agravante de la época preelectoral.”¹⁵⁴ Y efectivamente así sucedió, la zona de despeje volvió a caer en la mira y fue el comodín de la época preelectoral y electoral, especialmente para Álvaro Uribe. Así pues, una vez liquidado el proceso de paz la favorabilidad de Uribe subió como espuma y con ella su intención de voto, como ya he reiterado.

Uribe Vélez, que antes hacía campaña con Serpa y el samperismo, se había apartado de ésta, según él mismo, por las diferencias irreconciliables que tenían en relación al tratamiento dado al proceso del Caguán. Conocía el clima de desconfianza que se cernía sobre la zona de despeje, compartía dicha desconfianza y supo aprovecharla para su beneficio en los comicios. Mantenerse desde temprano en una postura en contravía a la de los demás candidatos y a la del común de los colombianos que preferían apostarle al diálogo, por muy mal administrado que fuera, requería de carácter, pero no un carácter oculto en la intimidad, sino un carácter demostrado al público, porque, era de esperarse, que para enfrentar tiempos de guerra la gente no aceptaría un líder frívolo y laxo como se le veía a Pastrana, sino uno que mostrara la suficiente firmeza para ello. Por supuesto, mostrar ese carácter ante el público se hacía menos dificultoso sabiendo que se tiene a las élites de su lado con un proyecto económico – político – militar ya preconcebido mucho antes de elecciones (El homenaje a Rito Alejo del Río fue una confirmación de ese apoyo). Pero además, contando con los antecedentes que traía desde la Gobernación de Antioquia, cuando recibió un incuestionable espaldarazo de la opinión pública frente a su mano dura contra la guerrilla en la región y su campaña de “Pacificación” en el Urabá junto al General Del Río, sin importar los desmadres de las Convivir y sus cuestionables

¹⁵³ Datos tomados de “Lo que el país piensa del proceso”, El Tiempo, 3 de diciembre de 2001.

¹⁵⁴ MIRANDA Hamburger, Francisco. “Giro o quiebre”, El Tiempo, 6 de octubre de 2001.

vínculos con el paramilitarismo y el narcotráfico, los asesinatos, las masacres y las desapariciones que se incrementaron extraordinariamente durante su mandato. Con estos antecedentes no sorprende pues que un buen porcentaje de colombianos respaldara la creación de “milicias nacionales” propuesta por los ganaderos, que, como se planteaba en el artículo, no parece ser otra cosa que la legalización de grupos paramilitares. Ya desde años atrás parecía ser una costumbre de muchos aplaudir las acciones del paramilitarismo cuando daban de baja guerrilleros, pero voltear la cara cuando masacraban o desaparecían civiles. Recuérdese cómo en capítulos anteriores se hace referencia a la declaración de Vicente Castaño en la que aseguraba que tras sus resultados militares en el Urabá antioqueño en los años '90 la gente se desbordó para solicitar la presencia de dichos grupos en todas partes del país. Su hermano, Carlos, relata cómo contaban con la simpatía de Monseñor Isaías Duarte, sin contar, claro, con la complicidad y protagonismo de Rito Alejo del Río en la zona. Es decir, el paramilitarismo contó con un apoyo irrestricto en muchas zonas del país, independientemente de sus verdaderas razones expansionistas, sus crímenes y atrocidades contrarias por demás al Derecho Internacional Humanitario.

En una encuesta de Napoléon Franco publicada en 2012, se determinó que para el 2002 los grupos paramilitares contaban con un 9% de favorabilidad. Esto parece poco de no hacerse la conversión a números concretos que arrojan una preocupante cifra de 3.726.546 colombianos que veían con buenos ojos a dichos grupos.¹⁵⁵ Y eso sin contar con la posibilidad de que muchos respondieran con ajuste a la corrección política. Por su parte una encuesta del Centro Nacional de Memoria Histórica revela que para el 2012 un 21% de los colombianos creían que los paramilitares sí habían sido necesarios para combatir a la guerrilla, es decir, la quinta parte de la población general. De éstos, un 19% eran víctimas, un 13% víctimas organizadas¹⁵⁶ y un 22% personas no afectadas por la violencia.¹⁵⁷ Nótese cómo los no afectados parecían legitimar en mayor medida la acción paramilitar que los mismos afectados por la guerrilla. Esto podría sugerir que la legitimación de la acción paramilitar no necesariamente tendría que venir justificada en su mayoría por una reacción emocional ante la afectación directa por parte de la guerrilla, sino más bien por una percepción de que la guerrilla era el verdadero problema a combatir en el país, sin importar los medios que fueran. Es decir, la legitimación podría estar fundamentándose más sobre aspectos ideológicos que vivenciales. La encuesta del Centro de Memoria Histórica arroja también resultados reveladores a este respecto cuando determina que, en el 2012, el 32% de los colombianos creía que la guerrilla era la responsable de la mayoría de actos de violencia en los últimos años, mientras a los paramilitares sólo lo responsabilizaban un 7% de los encuestados. Lo curioso es que el mismo Centro de Memoria reporta cifras contrarias a lo que pensaba el común de la gente. Entre 1980 y 2012 los paramilitares habrían cometido el

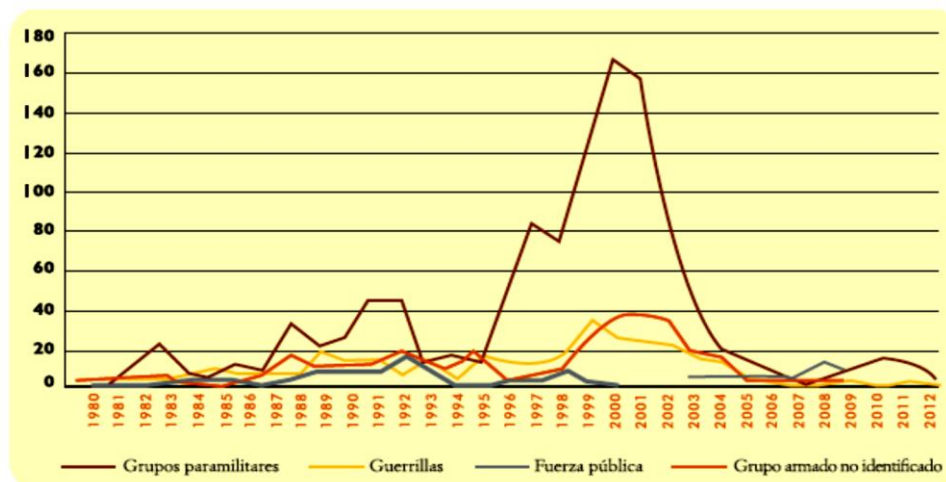
¹⁵⁵ “Resultados de favorabilidad del paramilitarismo, las FARC y el ELN”, encuesta de Ipsos Napoléon Franco. Publicada en Revista Semana, 13 de septiembre de 2012.

¹⁵⁶ Muestra exploratoria.

¹⁵⁷ Datos tomados de “Encuesta Nacional: ¿qué piensan los colombianos después de siete años de Justicia y Paz?”, Centro Nacional de Memoria Histórica, 2012. Encontrado en: <http://centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2012/encuesta.pdf>

58.9% de las masacres en el territorio nacional; la guerrilla un 17.3%; la Fuerza Pública un 7.9%; un 0.6% para los paramilitares junto a la Fuerza Pública en acciones conjuntas y un 0.4% atribuible a otros grupos. Es decir, que de cada diez masacres, seis fueron cometidas por grupos paramilitares.¹⁵⁸

Gráfico 10: Evolución de casos de masacre por conflicto armado en Colombia según presunto responsable. Años 1980 – 2012.



Nótese que entre 1996 y 2002 se produce el mayor número de casos representado en 1.089 masacres con 6.569 víctimas, lo que da un resultado de 55% de las masacres de todo el periodo estudiado. Así mismo, los grupos paramilitares fueron responsables por 38.4% de los casos de asesinatos selectivos, lo que representa una cifra de 8.903 personas, mientras el 16.8% fue víctima de la guerrilla, es decir, 3.899 personas. Esto quiere decir que en el periodo analizado los paramilitares asesinaron selectivamente a 5.004 personas más que la guerrilla.

En síntesis, estos son apenas unos pocos datos que dan cuenta de la proporción en que los grupos paramilitares ejercieron violencia contra los colombianos en relación a los actos de la guerrilla, y según los cuales la mayoría de las acciones violentas corrieron por cuenta de los primeros. Aun así la percepción de los colombianos sobre estos era más favorable que sobre los grupos guerrilleros y en especial las FARC. Mientras en 2002 la favorabilidad de los paramilitares estaba en el 9%, la de las FARC apenas alcanzaba un 1%. Igualmente se pensaba además que eran los principales ejecutores de actos de violencia en el país. Ante esta percepción, en la que, por supuesto, coadyuvaban los medios, era de esperarse que la gente considerara a las guerrillas como el principal problema del país y por tanto el número uno en la agenda para solucionar, bien fuera por la vía dialogada o por la vía militar o incluso, por qué no, con ayuda de vías irregulares como el paramilitarismo.

¹⁵⁸ Datos tomados de “¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Centro Nacional de Memoria Histórica, Bogotá, 2013.

Ante la evidente nueva decepción que traería el Caguán, las voces empezaron a alzarse a favor de la solución militar y claro, la primera voz en manifestarse en los medios era la del único candidato que propendía por dicho camino explícitamente: Álvaro Uribe. Como el público percibía una actitud apaientemente laxa e incluso genuflexa de Pastrana ante los desplantes de las FARC (como el de la silla Vacía que dejó Tirofijo), o las acciones violentas en medio de los diálogos como los secuestros y ataques a poblaciones, policías y militares, empezó a sentir la necesidad de un líder que mostrara más carácter y firmeza frente a este grupo.

No pocas columnas y artículos expresan esa supuesta necesidad, la mayoría de estos en el 2002, cuando ya los diálogos del Caguán estaban en sus estertores de muerte o cuando ya habían sido rotos por Pastrana.

En septiembre de 2001 la revista Semana expresa:

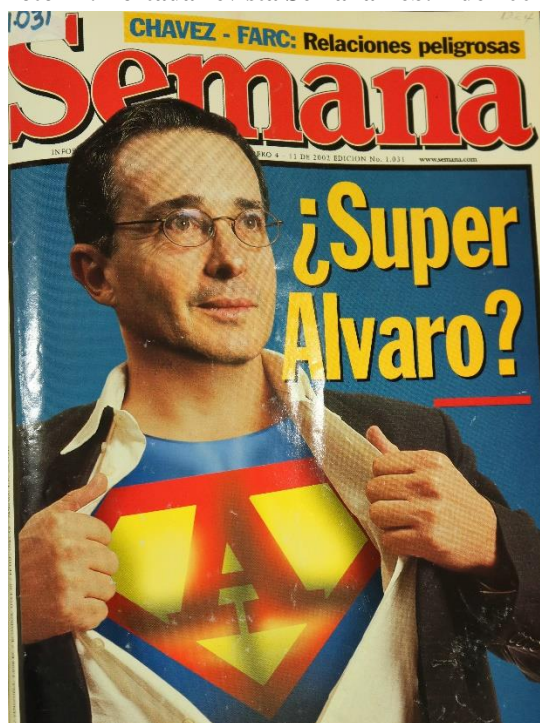
“Álvaro Uribe Vélez, por ejemplo, ha subido como espuma en las encuestas, no tanto por lo que es: serio, estudioso, casi aburrido, sino por lo que representa: autoridad, orden, mano de hierro con la guerrilla. Es decir, la popularidad de Uribe no es carisma, más bien se debe a que su discurso refleja exactamente una tendencia de la opinión que se ha expresado en las últimas semanas en hechos contantes y sonantes.”¹⁵⁹

El artículo no atribuye su éxito en las encuestas a sus capacidades intelectuales, sino más bien a sus atributos psíquicos. No considera el autor que los posibles atributos intelectuales del candidato representen un factor importante para el electorado frente a algo que parece ser más necesario para el momento, un talante de autoridad que esté dispuesto a mandar y administrar con mano de hierro antes que uno que demuestre seriedad y conocimiento. Por encima de las posibilidades de un diálogo racional y prudente parece imponerse una emocionalidad combativa.

En febrero 4 de 2002 Semana pone a Uribe en portada con un montaje que lo compara con Superman y lo titula “¿Súper Álvaro?”. De particular atención resulta además el hecho de que sobre la foto un titular secundario dice: “Chávez – FARC: relaciones peligrosas”, como anticipando los dos comodines que el mismo Uribe utilizaría durante sus gobiernos para desprestigiar cualquier tendencia política de izquierda en el país y más importante aún, otorgándole a las FARC un estatus grandilocuente al relacionarlo con un gobierno vecino socialista y con un potencial militar y económico (basado en el petróleo) mucho más nutrido que el que pudiera tener Colombia. Es decir, fomentando los miedos hacia la amenaza que representaba el terrorismo interno ahora con presuntos vínculos internacionales y de alto nivel.

¹⁵⁹ “El país se endurece”, Revista Semana, sept. 10 de 2001.

Foto 11: Portada revista Semana Feb. 4 de 2002



Se utiliza el imaginario popular para poner a fantasear al lector sobre la posición de Uribe frente a estos dos escollos mencionados en la parte de arriba de la portada, hubiere o no sido deliberadamente. No es un ser humano cualquiera quien enfrentaría a la villanía de esta dupla Chávez – FARC en caso de ser el elegido, ¿es Súper Álvaro!

Al interior, el artículo habla de los resultados de la Gran Encuesta realizada para entonces, que daba a Uribe como virtual ganador de la contienda electoral e incluso con posibilidades de lograrlo en primera vuelta (tal como sucedió), pero esto además como un ascenso sorpresivo, pues hasta hacía apenas unos pocos meses Serpa encabezaba la intención de voto. “En sólo 4 meses la intención de voto por Uribe pasó de 23.4 a 39%. Hoy le saca 9 puntos a Serpa, lo que hace sólo algunas semanas era impensable.”¹⁶⁰, dice Semana. Y una vez más se le atribuye el asombroso repunte de Uribe a la desesperación del colombiano por la situación con la guerrilla. Y sigue: “Acabar con la guerrilla, ese es el mandato que está dando la opinión en esta coyuntura. Y Uribe Vélez es quien la gente cree que tiene el carácter, la convicción y el respaldo para hacerlo. La encuesta fue, en este sentido, un grito de indignación nacional contra la violencia y en particular contra las FARC.”

Y más adelante desarrolla:

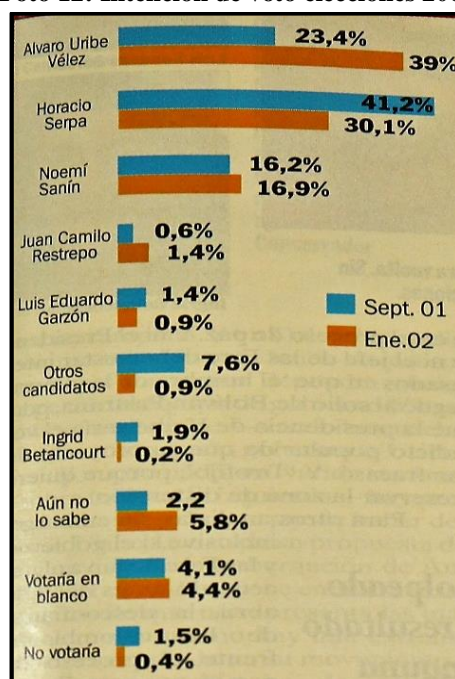
“La sangrienta ofensiva de este grupo guerrillero en todo el país, que ha acudido a los más siniestros métodos terroristas y dejando tras de sí una estela de muertos, heridos y destrucción, ha colmado la paciencia de los colombianos. Y

¹⁶⁰ “¿Súper Álvaro?”, Revista Semana, Febrero 4 de 2002.

ese sentimiento lo interpreta muy bien Uribe. Porque cuando en un país reina el orden su pueblo reclama más libertad; pero cuando en un país reina la anarquía y la violencia, como sucede en Colombia, sus ciudadanos claman autoridad. Y Álvaro Uribe encarna esa autoridad. Su discurso en torno a ese tema ha sido tan coherente como terco. Y muy efectivo.”

Ya vimos la relación desproporcionada de los crímenes de los grupos paramilitares frente a los de la guerrilla, pero aun así el artículo menciona tan sólo a las FARC como objetivo de combate, cuando el conflicto armado en Colombia resulta ser mucho más complejo que el enfrentamiento contra un solo actor. Pero no siendo suficiente, y sin querer minimizar las consecuencias de los crímenes de este grupo, dramatiza con calificativos y esboza un paisaje dantesco que atribuye a las acciones de los guerrilleros. Luego afirma que en Colombia reina la anarquía, como si no hubiere gobierno alguno, como si no hubiera autoridad, y Álvaro Uribe es el llamado a suplirla porque es quien mejor la encarna. Como es claro, el texto trasciende su intención informativa y analítica y se inclina sin reservas a su elección. En septiembre de 2001, Uribe era desconocido para el 39% de los encuestados. Muy conocido y “vedette” en las ciudades principales como Bogotá, Cali y Medellín, pero poco conocido en pueblos y ciudades intermedias. Para febrero de 2002 posterior al rompimiento de los diálogos del Caguán y cinco meses después, el 82% de los colombianos decía reconocerlo. Para ese momento Uribe superaba a Serpa en la intención de voto con el 39%, mientras el candidato Liberal contaba con el 30.1%. En septiembre de 2001 la ecuación estaba invertida, era Serpa quien superaba con creces a Uribe, quien apenas contaba con 23.4% de intención de voto, mientras Serpa contaba con el 41.2%.

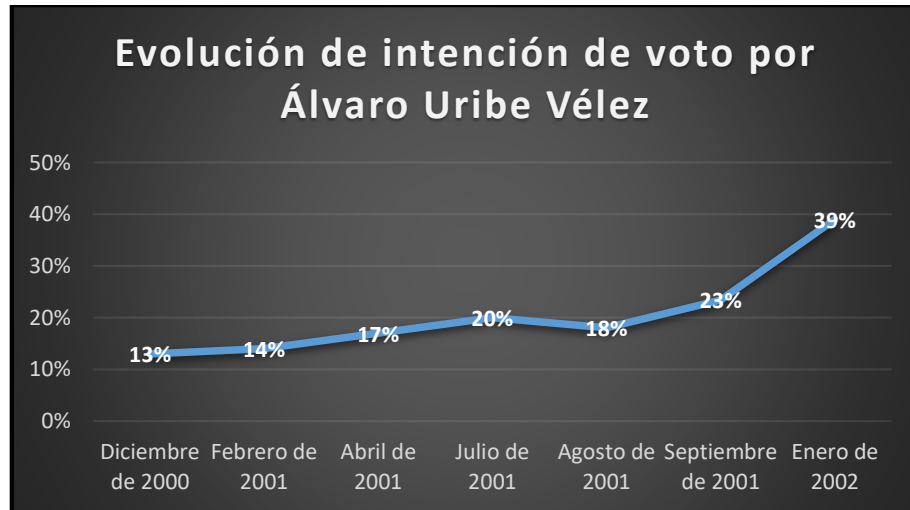
Foto 12: Intención de voto elecciones 2002



(Tomada de Revista Semana. Fuente: La Gran Encuesta, febrero de 2002, contratada por Revista Semana, El Tiempo, RCN Radio y RCN Televisión con la firma Napoleón Franco)¹⁶¹

Bastante elocuente es la evolución de la intención de voto de Uribe Vélez a este respecto.

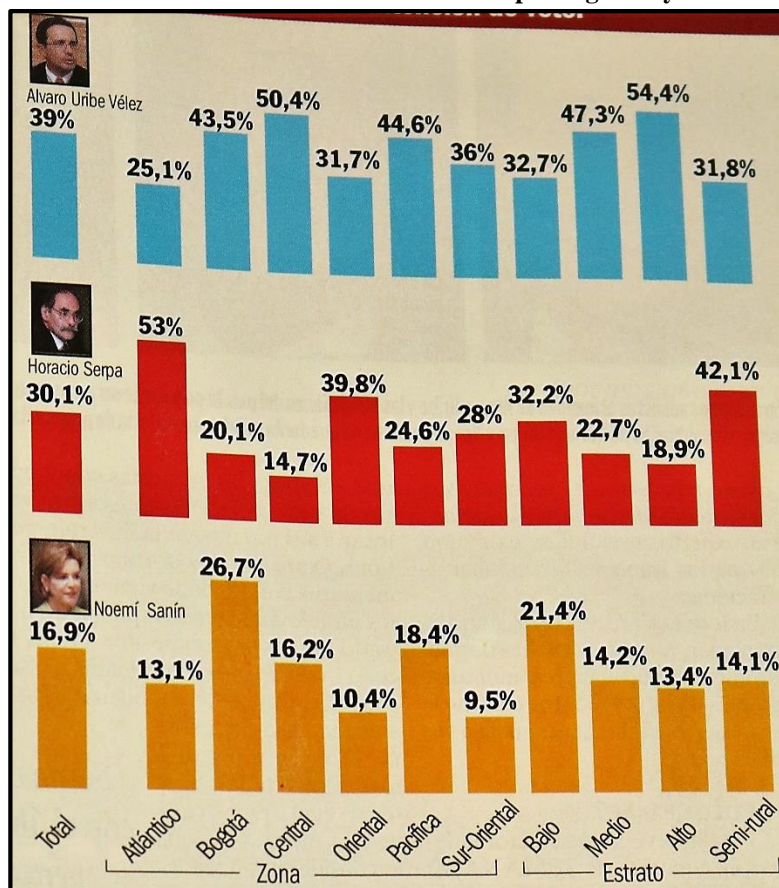
Gráfico 11: Evolución intención de voto Álvaro Uribe



En diciembre de 2000, a casi dos años de implementada la zona de despeje del Caguán, y un año y ocho meses después de la reunión de desagravio a Rito Alejo del Río en el Hotel Tequendama, Uribe apenas registraba un 13% de intención de voto. A febrero de 2001 apenas había subido un punto, para abril estaba en 17% y para julio 20%, mostrando un progresivo incremento. Es decir, en cuestión de 7 meses había subido su intención de voto en 7 puntos a razón de 1 punto por mes. Un incremento sostenido, pero nada extraordinario. Para agosto descendió dos puntos hasta un 18%, pero en septiembre repuntó de nuevo con un alza un poco más notoria de 5 puntos porcentuales. Hasta ahí el crecimiento se mantenía en rangos normales, por eso a Serpa aún se le daba como virtual ganador pues superaba ampliamente a Uribe en la intención de voto. Incluso hasta noviembre, como consta en el gráfico 2 de este documento, Serpa aún superaba a Uribe ampliamente tomándole más de diez puntos de distancia. Pero es en enero de 2002, cuando los diálogos del Caguán estaban cerca de dar su último aliento, que Uribe repunta de manera excepcional y se trepa al primer lugar en intención de voto con un 39% mientras Serpa se rezaga con un 30.1%, según la Gran Encuesta. Dice la revista que, salvo en la Costa Atlántica y los Santanderes, Uribe se llevaba el botín de las votaciones alrededor del país. La Costa Atlántica, valga la aclaración, ha sido siempre fortín político del Liberalismo oficialista y de sus maquinarias y Santander era la tierra natal de Serpa. Comprensible pues los resultados.

¹⁶¹ “¿Súper Álvaro?”, Revista Semana, febrero 4 de 2002.

Foto 13: Intención de voto elecciones 2002 por regiones y estrato.



(Tomada de Revista Semana. Fuente: La Gran Encuesta, febrero de 2002, contratada por Revista Semana, El Tiempo, RCN Radio y RCN Televisión con la firma Napoleón Franco)

Nótese que Uribe encabeza en Bogotá, la zona central y la zona Pacífica, que comprenden, además de la capital del país, la capital de Antioquia, Medellín, su ciudad natal, y Cali, que para entonces fue otro fortín suyo, como ya se dijo unas líneas atrás. En cuanto a intención de voto por estrato, Uribe barre en el estrato medio con 47.3% de intención de voto y mucho más en los estratos altos, con un porcentaje del 54.4%, donde Serpa apenas obtiene 22.7% y 18.9% respectivamente. Pero estos resultados cambian cuando se trata de estratos bajos y semi-rurales, donde Serpa obtiene el 32.2% y 42.1% respectivamente, frente a un 32.7 y 31.8% de Uribe. Si bien en los estratos bajos ambos aparecen casi en igualdad de condiciones, en los estratos semi-rurales Serpa arroja a Uribe con una ventaja de 10.3 puntos. Todo esto pone en evidencia lo que ya numerosos columnistas y periodistas habían mencionado y es la especial acogida que tenía Uribe entre los estratos más altos del país, donde claro, se ubican los grandes empresarios y propietarios, unos afectados directamente por la guerrilla, como ganaderos, bananeros, palmicultores, cañeros y cafeteros, sectores que masivamente acudieron a la

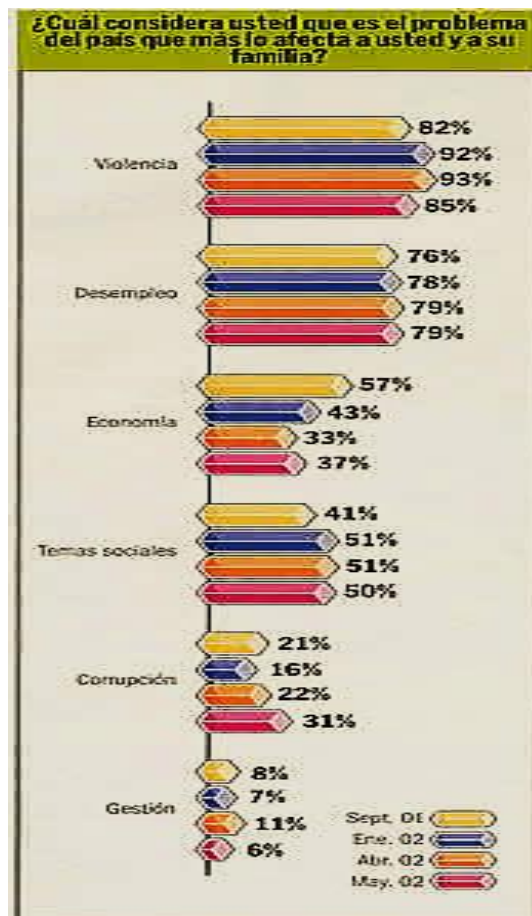
financiación de grupos paramilitares para conjurar el problema.¹⁶² Otros afectados indirectamente, y otros, con seguridad, por mera empatía con sus pares. Eso sin contar con que Uribe era precisamente uno de ellos. Ganadero como el que más y campesino como él mismo se definía, brindaba a estos sectores un motivo más de identificación más allá de su discurso ‘antifariano’. Más aún, aparte de su origen campesino y su actividad de hacendado, Uribe lucía como un docto economista, hablando con propiedad de dichos temas como parece sugerir María Isabel Rueda en su columna “Forómetro” citada en páginas anteriores, o al menos aparentándolo. Si bien Uribe no generaba mayor empatía con estas élites en cuanto a sus orígenes sociales (recuérdese que las élites antioqueñas lo consideraban un “Presidente montañero”), sí lo hacía a la hora de hablar en términos técnicos y exhibir sus conocimientos en ciertas materias, así como su prodigiosa memoria para recordar no sólo nombres, sino también cifras. Buena parte de su credibilidad cuando hablaba en los medios, pasaba, con plena seguridad, por su mención constante y muy asertiva de cifras para “demostrar resultados”. En esta medida Uribe parecía presentarse con dos caras: una, la del campesino humilde de ruana y sombrero que se entiende directamente con la gente, les habla coloquialmente, les recita versos y refranes populares y les llama por su nombre con sus extraordinarias capacidades mnemotécnicas; y la otra, la del acaudalado empresario y docto tecnócrata que se emparejaba con economistas, financieros, abogados, funcionarios y otros dignatarios para sostener conversaciones de alto nivel.

Estas dos caras representaron una habilidosa combinación que tuvo mucho éxito en campaña. Con ella Uribe lograba aceptación entre los estratos bajos y los altos simultáneamente. Pero además lo lograba también en la clase media y en no poca proporción. Sin embargo, no resulta prudente atribuir semejante percepción exclusivamente a las acciones del propio Uribe. alguna contribución externa debió darse para generar semejante aceptación sobre un candidato. La generación a través de los medios de un panorama de extrema violencia terrorista, sobretodo aprovechando la coyuntura tras los atentados a las Torres Gemelas en Nueva York en 2001, y el nuevo orden mundial de lucha contra el terrorismo, entre otros, fue un factor cardinal para fundamentar propuestas y talantes como el del Uribe candidato. Por supuesto que no sólo en los orígenes sociales ni los conocimientos de Uribe radicó su éxito. Su discurso y su proyecto caló entre el empresariado del país y los estratos altos, pues les resultaba claramente beneficioso. Pero para imponer dicho proyecto, que se centraba en la recuperación de la ‘confianza inversionista’ y de la economía en general a partir del mantenimiento de la seguridad y el orden, era menester derrotar el que, para él y los medios, parecía ser el mayor escollo para su implementación: la guerrilla y en particular la guerrilla de las FARC. Como la vía dialogada no parecía funcionar

¹⁶² En su autobiografía, “Mi Confesión”, el paramilitar Carlos Castaño hablaba de sus reuniones con un grupo que, según él, reunía a 6 personas de la más alta élite económica del país, quienes determinaban el curso de acción de los paramilitares así como la identidad de las víctimas de los asesinatos selectivos o incluso magnicidios. Castaño jamás mencionó quienes integraban dicho grupo al que él llamaba “El grupo de los seis”, pero años después en el marco de la Ley de Justicia y Paz, el paramilitar HH Veloza denunció al ya fallecido Monseñor Isaías Duarte Cancino, a quien Castaño nombró en múltiples ocasiones en su libro como un amigo muy cercano y apoyo incondicional de las AUC, y también al ganadero cordobés Rodrigo García Caicedo, uno de los hombres más influyentes y respetados de la sociedad cordobesa, quien fuera detenido en enero de 2009 por el CTI de la Fiscalía por sus presuntos vínculos con las autodefensas.

más, se necesitaba de manera apremiante la presencia de un líder en el gobierno con el carácter suficiente para ‘hacer la guerra’, como pidiera un empresario al General Mora durante el homenaje de los gremios a las Fuerzas Militares en el Hotel Tequendama. Como la guerra no era un concepto que los colombianos quisieran escuchar, por obvias razones, se empleó como un mantra el eufemismo de la ‘seguridad’. No se hablaba de una guerra, ni siquiera de un conflicto armado, como lo declarara el Presidente Santos, su sucesor. Se hablaba de una amenaza terrorista que se cernía como una sombra sobre la seguridad de los ciudadanos y los medios fueron los mejores aliados para imponer esa idea. Entre 2001 y 2002, la opinión de los colombianos ponía la violencia en el primer lugar de los problemas que más los afectaba.

Foto 14: ¿Cuál es el problema del país que más lo afecta?



La opinión sobre la violencia como el principal problema del país o al menos el más común, pasó de un 82% en septiembre de 2001, a un 92% en enero de 2002, 93% en abril y 85% en mayo. Es decir, que la violencia casi fue considerada por unanimidad un problema que afectaba a todos. Tan sólo el desempleo logró cifras apenas cercanas entre el 76 y un máximo del 79% entre los mismos meses. Mucho menor fue la opinión que ponía a la economía como el principal problema, o menos aún la de los problemas sociales. Pírricos los resultados de opinión

tendiente hacia la corrupción, que se asumió como uno de los principales problemas de la agenda gubernamental una vez desmovilizadas las FARC en 2017 bajo el gobierno de Juan Manuel Santos, y casi insignificantes los que hablaban de la gestión.

Para marzo Uribe ya contaba con un caudal de 59.5% de intención de voto, mientras Serpa caía con apenas un 23.4%. Según eso, y teniendo en cuenta que restaban tan solo dos meses para elecciones, Uribe era el virtual Presidente. Según Semana, a diferencia del mes anterior, ganaba ya en todas las regiones, en todos los estratos, en todas las edades y en todos los partidos y su favorabilidad estaba en un sorprendente 75% y con amplias posibilidades de ascender más.¹⁶³ El artículo cierra diciendo: “Es claro, por la misma encuesta, que los ciudadanos tienden a percibir a Uribe como el hombre de mayor carácter y que mejor puede conducir al país en momentos críticos, es decir, en guerra. Por eso es probable que más guerra no traiga sino más votos para Uribe.”

Las atribuciones de un hombre con carácter no terminan ahí y quizá fue el atributo más reiterado entre todos los artículos y columnas halladas en esta pesquisa. El 9 de marzo Plinio Apuleyo dice que Uribe “no se llamó a engaño” y no creyó nunca en la zona de distensión, razón por la cual nunca fue a pesar de haber sido invitado. Luego añade más adelante: “(...) se propone asumir de verdad su papel de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, lo cual significa mostrar una voluntad política de liderazgo, algo muy importante en la moral de los militares.”¹⁶⁴ Y cerca al final concluye: “¿Quién tendrá la razón? Las encuestas anticipan una respuesta. Ellas demuestran que la inmensa mayoría de los colombianos, desengañados, consideran que sin mano firme frente al terrorismo el país seguirá en las mismas... o peor.”

Jorge Humberto Botero, jefe de campaña de Uribe para dichas elecciones, lo defiende afirmando que lo que Uribe propone no es guerra, sino el ejercicio del monopolio legítimo de la fuerza por parte del Estado en pro de la defensa de la democracia, lo cual está amparado en la Constitución. Es decir, Uribe no propone guerra, sino la imposición de la autoridad del Estado.¹⁶⁵ Apuleyo repite más tarde afirmando que sólo Uribe tiene la capacidad (entiéndase autoridad) para enderezar el país que va al borde del colapso, yo muestra propuestas concretas frente a los problemas del país, en especial la inseguridad.¹⁶⁶ Días antes de las elecciones Hernando Gómez Buendía dice que los colombianos votarán en contra de las FARC y eso es Uribe. Uribe – afirma – fue el único que se mantuvo firme al respecto y nunca cambió de posición. Por eso todas las demás fuerzas tuvieron que acercarse a él. Serpa y Noemí, por su parte, tuvieron que correr a parecerse a Uribe, sin parecerse a Uribe, dice. Así entonces, recogiendo adeptos por doquier con su postura ‘antifariana’, es la primera vez que los congresistas no le ponen votos al presidente, sino que es el presidente el que pone votos a los congresistas. De ahí las adhesiones de los barones de la política al candidato disidente.¹⁶⁷ Para la misma fecha Semana atribuye el éxito de Uribe también a las FARC y en especial a la tragedia de Bojayá, donde murieron 119 civiles en

¹⁶³ “Por nocaut”, Revista Semana, marzo 4 de 2002.

¹⁶⁴ APULEYO Mendoza, Plinio. “El lobo en casa”, El Espectador, marzo 9 de 2002.

¹⁶⁵ BOTERO, Jorge Humberto. “Coalición por la paz”, El Espectador, marzo 17 de 2002.

¹⁶⁶ APULEYO Mendoza, Plinio. “La última carta”, El Espectador, mayo 19 de 2002.

¹⁶⁷ GÓMEZ Buendía, Hernando. “El revolcón”, Revista Semana, mayo 20 de 2002.

un ataque de las FARC a los paramilitares. Dice el artículo que la gente ve en Uribe un líder con el carácter suficiente para combatir a la guerrilla.¹⁶⁸ En el mismo número pero en otro artículo, afirma que se supo posicionar como alternativa a un “gobierno blandengue” frente a una guerrilla feroz y en crecimiento.¹⁶⁹ Esta vez ponen el retrovisor y parten de que el gobierno Pastrana fue demasiado laxo, para sugerir que existe una necesidad latente de un líder fuerte que enfrente a la guerrilla. El día de elecciones Apuleyo vuelve al ruedo de los elogios al candidato y entre muchas otras razones para justificar su voto por Uribe argumenta: “(...) tiene un rasgo algo exótico en nuestro mundo: dice lo que piensa y hace lo que dice. No es sólo un destello de su carácter o de su origen (todo buen antioqueño sabe doblar la realidad mediante el trabajo y el esfuerzo), sino algo que va más lejos: una desaforada capacidad de estudio.”¹⁷⁰ Ahora no sólo le atribuye carácter sino también disciplina, rasgo que desde hace tiempo muchos otros periodistas venían atribuyéndole también.

No son pocos pues los textos, entre columnas y artículos, crónicas y demás, que atribuyen rasgos de gran carácter, disciplina y firmeza a Uribe, una imagen plena de autoridad, justo lo que, prácticamente todos concordaban, necesitaba el país en esos momentos. Los rasgos psíquicos como categorías determinantes del prestigio para gobernar, fueron los más relevantes a la hora de emitir opiniones sobre Uribe Vélez. El proyecto político – económico – militar que traía entre manos y que parecía nacer en las reuniones con el empresariado y las élites económicas, requería eliminar a la guerrilla como principal oponente y para ello necesitaba transmitir una imagen de fuerza que trasladara esa potencia al Estado desde su liderazgo, para generar la sensación que dicho Estado podía ser más fuerte que la guerrilla y derrotarla. Ante la presunta debilidad de Pastrana y el fracaso de los diálogos, la gente le apostó a la opción de la guerra, velada bajo el manto de la idea de “seguridad”. Sentirse seguros antes que libres era ahora la consigna.

La indagación sobre las cualidades que se le atribuyeron a Uribe desde la prensa desde agosto del año 2001 a agosto de 2002 cuando finalmente se posesionó como presidente, arroja como resultado el perfil de un hombre de procedencia campesina que por su hábitus de clase supo conectarse con el pueblo, pero que por sus conocimientos y títulos en las más prestigiosas universidades pudo llegarle a las élites. Trabajador incansable y disciplinado como el que más, con un férreo carácter apto para enfrentar los momentos coyunturales que vivía Colombia por entonces, cuando las esperanzas de terminar el conflicto por la vía dialogada se disolvían en un maremágnum de tragedias y acontecimientos reportados, magnificados y melodramatizados por los medios. Sin embargo, subsiste la pregunta sobre si, ante este ‘portento’, tan aparentemente idóneo para ejercer el primer cargo de la Nación, recaía también una legitimidad ética, pues si bien los anteriores factores parecían dar cuenta de un candidato plenamente capacitado para liderar el país, la pregunta que surge es, ¿liderarlo hacia dónde? ¿Qué tan ético era el camino hacia donde prometía llevarnos Álvaro Uribe Vélez y qué tanto del aspecto ético había en la construcción de esta imagen de prestigio?

¹⁶⁸ “Hagan sus apuestas”, Revista Semana, mayo 20 de 2002.

¹⁶⁹ “El gran palo”, Revista Semana, mayo 20 de 2002.

¹⁷⁰ APULEYO Mendoza, Plinio. “Por qué Uribe Vélez”, El Espectador, mayo 25 de 2002.

5.5. Sobre el prestigio ético

No fueron muchos los periodistas, columnistas y en general, líderes de opinión, los que cuestionaron a Uribe Vélez durante su campaña electoral, sobretodo en lo que respecta a su pasado. No lo hizo jamás María Isabel Rueda, mucho menos Plinio Apuleyo y menos aún el General Valencia Tovar, que lo defendió con ahínco ante cualquier acusación, asegurando que eran calumnias de las ONG's y la oposición. Tampoco lo hicieron los antes aliados y después críticos de su gobierno como Rafael Pardo, o el antes prudente y después mordaz Felipe Zuleta, o el experimentado periodista Hernando Gómez Buendía. Por supuesto, mucho menos lo hizo Jorge Humberto Botero, su jefe de campaña, ni tampoco en su momento Rudolph Hommes quien fuera su asesor en temas económicos. Lo cuestionaron, eso sí, Fernando Garavito, Antonio Caballero y hasta D'artagnan. El primero sin el mínimo asomo de diplomacia y con la máxima 'insolencia' hasta terminar exiliado por amenazas y muerto en un extraño accidente en Estados Unidos; el segundo con hábil sarcasmo, y el tercero con la prudencia propia del 'cachaco'¹⁷¹. También lo hicieron Gonzalo Guillén, quien, al igual que Garavito, tuvo que exiliarse a los Estados Unidos y otros países por constantes amenazas contra su vida durante los gobiernos de Uribe Vélez del 2002 al 2010, debido a las denuncias que sobre el presidente había hecho y Daniel Coronell, quien ha sufrido el mismo destino y a hoy sigue siendo piedra en el zapato para el ex presidente por sus acuciosas y juiciosas investigaciones en su contra. Lo hizo, en la orilla del humor político y más en el terreno de la televisión, Jaime Garzón, asesinado por la manguala entre los paramilitares de Castaño y las fuerzas del Estado, como el DAS, crimen por el que se condenó a José Miguel Narváez, ex subdirector del organismo y subalterno de Jorge Noguera, también condenado a la postre por el asesinato del profesor Alfredo Correa de Andreis siendo director del DAS nombrado por el mismo Uribe. Noguera se separó del organismo por infiltración de grupos paramilitares y tras su renuncia, fue nombrado por Uribe como cónsul en Milán, no sin antes caracterizarlo como "un buen muchacho".

A pesar de las reiteradas opiniones e investigaciones de estos periodistas y de las prácticamente incuestionables evidencias que presentaban públicamente, la gente creyó con fervor en Uribe y claro, en los elogios de los otros líderes de opinión, los que se expresaban a su favor. Resulta de particular interés notar como sus críticos poco o nada discutieron sus capacidades de liderazgo, su conocimiento en ciertas materias, su carácter, sus orígenes sociales y su capacidad de trabajo, pero sí cuestionaron su comportamiento ético, bien fuera por sus relaciones con los actores de la violencia, o bien por sus relaciones con la corrupción, dos factores que dijo combatiría a rabiar durante su gobierno. Pero también curioso, y en correspondencia, notar que sus elogiosos 'opinadores' o aliados en la prensa, nunca cuestionaron su pasado ético. Es decir, nadie discutió sobre las capacidades de Uribe, la piedra de la discordia fue la ética.

¹⁷¹ Dícese de la persona que procede del interior del país y que se distingue por su educación, sus buenos modales y su buen vestir. Apelando a sus modales, el cachaco guarda extrema prudencia al expresar sus opiniones, razón por la cual muchas veces se le acusa de hipocresía.

En la columna “De ciertas yerbas del pantano”, motivo de las amenazas en su contra y su consecuente exilio del país, Garavito cuestiona el origen de la fortuna de Uribe Vélez, que insinúa, viene de los dineros non sanctos adquiridos por su padre Alberto Uribe. Pero también cuestiona las relaciones de juventud del candidato con los hermanos del clan Ochoa, integrantes del cartel de Medellín, su paso por la Aerocivil, donde se supone otorgó licencias por doquier a pistas y vuelos de narcos; su paso por la alcaldía de Medellín, por la gobernación de Antioquia, entre otros. Por supuesto, Garavito no deja bien parado a Uribe en ninguno de las funciones a las que hace referencia, no sólo cuestionando su honestidad y su ética, sino su eficacia, el único quizá, que se atreve a cuestionar sus capacidades de gestión. En otra columna, “Paramilitar para paramilitares”, pone en cuestión su defensa de Rito Alejo del Río, a quien llamara “El Pacificador de Urabá”, luego de que su brigada XVII, durante la llamada ‘Operación Génesis’ hubiera tenido un peculiar encuentro de fútbol con los paramilitares, en el que el balón era la cabeza de Marino López, uno de los pobladores de Bijao de Cacarica, población perdida entre las selvas del Urabá antioqueño. Los pobladores de Cacarica tuvieron que ver como la cabeza de su vecino y amigo Marino, era pateada sin piedad de un jugador a otro para al final dejarla a un lado con mofa y terminar el encuentro, asegurando que el “balón” había ‘sacado la mano’. A ese Rito Alejo del Río y su Brigada XVII, a los que Garavito hace referencia, fue al que defendió con pasión el futuro candidato Uribe Vélez el 29 de abril de 1999, en el homenaje de desagravio que los gremios convocaron en el Hotel Tequendama de Bogotá.

El 24 de septiembre de 2001, publica Antonio Caballero en su columna en Semana: “Álvaro Uribe, por su parte, es lo peor de lo mismo. Paramilitares, tropas extranjeras, y por añadidura esas incómodas preguntas sobre sus relaciones con el narcotráfico que hace Fernando Garavito desde El Espectador, y que el candidato Uribe no contesta.”¹⁷² Breve pero contundente, termina dejando la palabra a Garavito, quien ya le hiciera las preguntas de rigor sobre su pasado en su columna “De ciertas yerbas del pantano”.

Y en “L’Armata Uribelezca”¹⁷³, en abril de 2002, Caballero cuestiona los propósitos de Uribe, no a partir de sí mismo, pues dice el periodista que no lo conoce lo suficiente, sino a partir de su grupo de alfiles y colaboradores. De Uribe, a quien al principio le llama “candidato mesiánico”, dice al final que al conocerlo alguna vez le pareció un tipo serio. Pero a su grupo de colaboradores los cuestiona uno por uno, pasando por Francisco Santos, Enrique Gómez Hurtado, Plinio Apuleyo Mendoza y Pedro Juan Moreno Villa, entre otros. Concluye Caballero que, a juzgar por los colaboradores del candidato, teme lo peor para el país.

Caballero confirma, en otra de sus columnas, los elogios que se le vienen a haciendo a Uribe desde diversos frentes como hombre trabajador, disciplinado y estudioso, pero además le suma otras cualidades. De él dice, comparándolo con Pastrana:

“En cambio Uribe es un hombre serio. Estudioso, trabajador, honrado (a quien me gustaría ver responder públicamente las acusaciones que se le han hecho

¹⁷² CABALLERO, Antonio. “La tercera vuelta”, Revista Semana, 24 de septiembre de 2001.

¹⁷³ CABALLERO, Antonio. “L’Armata Uribelezca”, Revista Semana, 15 de abril de 2002.

sobre sus relaciones con los narcos; acusaciones que, por otra parte, nunca se le hicieron a Pastrana, con tanto pariente preso). Y tiene un pasado público de impecable eficacia. Fue un buen director de la Aeronáutica Civil, un eficiente alcalde de Medellín (con el lunar, que también debería explicar, de la muy discutida contratación del Metro), un brillante parlamentario que hizo pasar útiles leyes, y un excelente gobernador de Antioquia. Allá hizo obras, abrió vías, redujo gastos superfluos, aumentó la cobertura de salud, fomentó la educación, podó drásticamente la burocracia, etcétera.”¹⁷⁴

Sin embargo Caballero no se conforma con el etc. Es ahí donde se concentra para decir que ese “etc.” corresponde al manejo que desde la gobernación de Antioquia le dio a la seguridad y cómo, a pesar de haber resultado de extrema eficacia, pesa sobre él la sombra del paramilitarismo.

“Una sombra que, si en vez de ser políticamente correctos somos francos, le añade mucho a su atractivo electoral. Hastiados de la sangre y el plomo de la guerrilla, muchos millones de colombianos quieren sangre y plomo de los paramilitares. O de las Fuerzas Armadas, les da igual. Y creen que Álvaro Uribe les ofrece eso. Y poco les importa si, en contra de las afirmaciones del candidato, en el proceso se desdeñan los derechos humanos: de la misma manera que les importaba poco, y hasta lo deseaban hace cuatro años, que el entonces candidato Pastrana engañara a las Farc.”

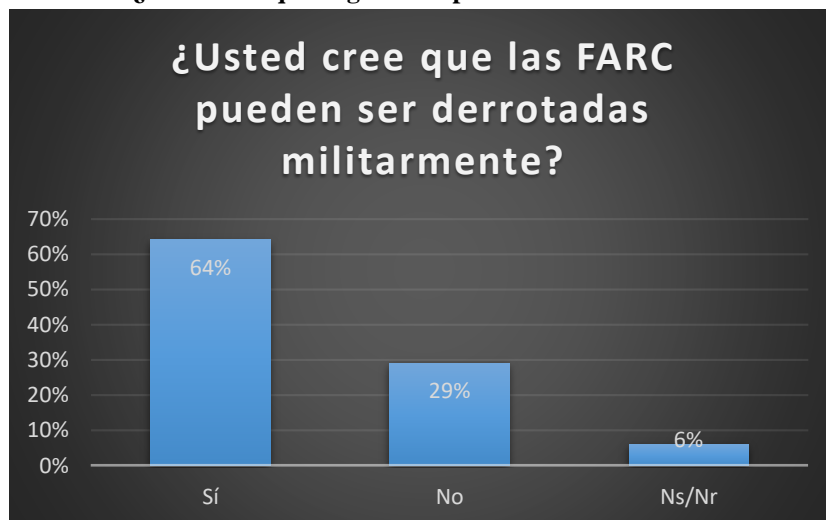
Lo que plantea Caballero siembra pistas fundamentales sobre lo que pareciera explicar el fenómeno político de este novel candidato a la Presidencia que se enfrentaba con inesperado éxito a un ya curtido Horacio Serpa. En síntesis, Caballero afirma que a los colombianos no les importaba quién fuera el candidato, ni su pasado, ni sus métodos, con tal de que diera término seguro y por la vía armada al problema en que se había convertido la guerrilla. Problema, que para el discurso hegemónico y los medios, se había convertido en el principal del país. La foto 14 confirma que dicho discurso habría tenido repercusión sobre los ciudadanos que, desde septiembre de 2001 hasta mayo de 2002, mes de las elecciones, pensaban en su gran mayoría (a razón de más del 80%) que el problema que más los afectaba era la violencia, a pesar de que, con plena seguridad, muy buena parte de ese porcentaje no la hubiera experimentado en carne propia, o al menos no la violencia del conflicto armado. El discurso que propagaba Álvaro Uribe hacía referencia a la violencia como origen de prácticamente todos los problemas, pues mientras no hubiera paz y orden, no habría progreso económico ni social.

La encuesta de Semana, publicada en mayo de 2002, revela la posición de los colombianos con respecto a la solución del conflicto.¹⁷⁵

¹⁷⁴ CABALLERO, Antonio. “Ah país tan de malas”, Revista Semana, 26 de febrero de 2002.

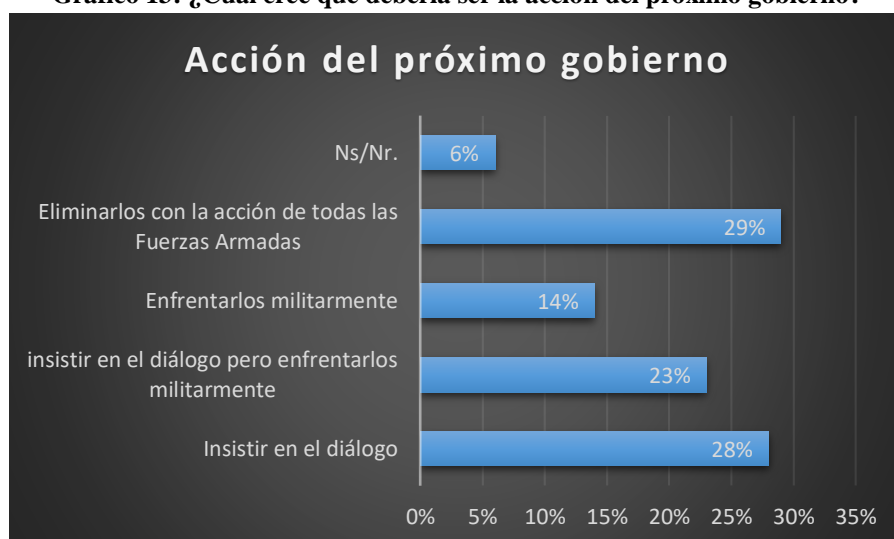
¹⁷⁵ Datos recuperados de La gran encuesta, de Napoléon Franco, citados en Revista Semana, mayo 12 de 2002.

Gráfico 12: ¿Usted cree que la guerrilla puede ser derrotada militarmente?



El 64% se mostró convencido de que, en efecto, a la guerrilla se le podía derrotar militarmente, como ya lo estaba desde hace rato el gremio empresarial y se evidenció en el homenaje a las Fuerzas Armadas en el Hotel Tequendama en el 2001. Sólo el 29% pensaba que no y un 6% no sabía o no respondió. Es decir, más de la mitad de los colombianos pensaba que la derrota militar de la guerrilla era posible, algo que seguramente hasta hace unos años no habría arrojado semejantes resultados. La encuesta hace además la siguiente pregunta: “Como usted probablemente recuerde, desde el 20 de febrero pasado se rompieron los diálogos de paz con las FARC. En estas circunstancias, ¿cuál cree que debería ser la acción del próximo gobierno?”

Gráfico 13: ¿Cuál cree que debería ser la acción del próximo gobierno?



El 29% afirma que se les debe eliminar con la acción de todas las Fuerzas Armadas. Nótese que la palabra es “eliminarlos”, no enfrentarlos. El 28 % sugiere insistir en el diálogo. Mientras tanto el 23% afirma que se debe insistir en el diálogo, pero aun así enfrentarlos

militarmente. El 14% sugiere enfrentarlos militarmente. Un 6% declaró no saber o no respondió. Si hacemos una suma simple nos daremos cuenta que el porcentaje de quienes sugieren el enfrentamiento militar, bien sea como única vía o mientras se insiste en el diálogo, o incluso la eliminación total del enemigo con todas las Fuerzas Armadas, es de 56%, mientras quienes sugieren simplemente insistir en el diálogo es de 28%.

Es decir, la vía armada era, en definitiva, la nueva opción que mayoritariamente contemplaban los colombianos para dar fin al conflicto con las FARC. Si entre estos colombianos se incluye ese 9% o más bien los casi 4 millones de colombianos, que según la encuesta de Napoleón Franco realizada en 2002 sobre favorabilidad de los grupos armados, veían con buenos ojos a los paramilitares, entonces no es de despreciar la idea de que muchos de esos colombianos que le apostaban a la derrota por la vía armada (quizá muchos más de los que pudiera revelar la encuesta), apoyarían la injerencia de los paramilitares con tal de conjurar el problema. Quizá Caballero tenía razón, a la gente no le importaba ya el quién ni el cómo, y Uribe representaba ese sentir, aunque lo mantuviera oculto bajo el supuesto respeto del DIH y el estado de derecho en Colombia. Los resultados, al final de su gobierno, no hablarían bien esa relación del gobierno Uribe ni con el uno ni con el otro.

En 1996 *Semana* publicaba un artículo titulado “Mano dura”, en el que se exaltaba la gestión de Uribe en la Gobernación. El texto comienza mencionando la toma que 500 guerrilleros de las FARC hicieron de la carretera al mar entre Dabeiba y Mutatá, en Antioquia. Ante la imposibilidad de acceder por tierra, las Fuerzas Armadas decidieron bombardear y una vez arreciaron los enfrentamientos la Cruz Roja solicitó una tregua con el fin de evacuar varias comunidades indígenas habitantes de la zona. Uribe se negó argumentando que no era posible suspender las operaciones militares porque detrás de la bondad del organismo se escudaba la mala fe de la guerrilla y aprovecharían la tregua para fugarse de la zona. Ciertamente o no, lo importante es que las comunidades afectadas tuvieron que soportar los bombardeos corriendo con un amplio riesgo de fatalidades, que, según el artículo, por fortuna no hubo. El texto dice: “Uribe Vélez lo asumió consciente de que la solución de los problemas de orden público siempre puede tener un costo. El episodio es una muestra de la decisión con la cual está enfrentando el gobernador de Antioquia el problema de la subversión.”¹⁷⁶ Es decir, se pone por encima el poder decisorio de Uribe para enfrentar al enemigo, mas no el riesgo en que puso a la población civil de la zona, que, según el Gobernador, es un costo que se tiene que asumir en la solución de los problemas de orden público. Y más adelante el artículo destaca las palabras de Alberto León Mejía, presidente de Uniban, la mayor empresa exportador de banano de Urabá y años después una de las implicadas en las investigaciones por paramilitarismo: “Álvaro Uribe es un hombre convencido de que la pusilanimidad medio ingenua de muchos líderes no ha servido sino para fortalecer a los violentos, y ha decidido asumir actitudes recias y transparentes, aun a riesgo de su prestigio político”. Y el artículo complementa el testimonio diciendo: “La firmeza con que ha enfrentado Uribe Vélez a la subversión le ha dado un gran prestigio entre la clase dirigente de su departamento.” Esto quiere decir que haga lo que haga Uribe frente al problema de la subversión

¹⁷⁶ “Mano dura”, *Revista Semana*, 11 de noviembre de 1996.

y sin importar el costo de vidas (a juzgar por el testimonio del propio Uribe), la clase dirigente antioqueña le brindará su apoyo y habrá de mantener el prestigio del gobernador en alto. Pero advierte el artículo que dicha admiración no se circunscribe al ámbito empresarial, pues entre la población nacional y especialmente la antioqueña, el gobernador mantenía una imagen altamente favorable. 73% a nivel nacional en marzo de ese año y 74% en Medellín en julio, mientras en Urabá el 68% consideraba buena su gestión mientras el 85% pensaba que había contribuido a mejorar la situación de seguridad. Claro, sin advertir la participación de las AUC¹⁷⁷ en la zona, que junto a Rito Alejo del Río y su Brigada XVII, estaban replegando a la guerrilla, pero bajo el “costo”, como Uribe le llamaba, de miles de víctimas civiles asesinadas de manera selectiva o en masacres. La seguridad parecía mejorar en la región según la opinión general, pero ¿qué pensarían al respecto los miles de víctimas civiles, los familiares de asesinados, de masacrados y torturados, de los desaparecidos y los desplazados?

Acciones semejantes de “actuar con decisión” asumiendo los “costos” se vieron a lo largo de su gobierno. A un año de haber sido elegido Presidente, Uribe ordena el rescate militar del Gobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria y de su consejero de paz y ex ministro, Gilberto Echeverry, que para entonces estaban secuestrados por las FARC. El rescate fracasó y las FARC asesinaron a los dos cautivos produciendo con ello gran conmoción nacional. Uribe acudió de inmediato a la zona, estuvo en el sepelio de las víctimas y se montó un despliegue mediático que se concentraba en un rotundo rechazo hacia el crimen a sangre fría de las FARC, pero que poco cuestionó la decisión del rescate militar. Los familiares de otros secuestrados, como Yolanda Pulecio, madre de Ingrid Betancourt, enviaron una carta al presidente solicitando no intentar nuevos rescates y abogando por una salida humanitaria. A pesar del operativo fracasado y de los pronunciamientos de los familiares de secuestrados por el acuerdo humanitario, la opinión de los colombianos en favor del rescate militar se exacerbaba. Dice la revista *Semana* que dos semanas antes de la tragedia, el 43% de los colombianos decían estar en desacuerdo con el intercambio de guerrilleros presos por civiles o políticos secuestrados, como exigían las FARC. Contrario a lo que pudiera esperarse, unos días después del asesinato de Echeverry y Gaviria, la opinión a favor del rescate militar no decreció, sino que por el contrario escaló a márgenes insospechados. De 43% pasó a 68% el número de colombianos que optaban por los rescates militares de secuestrados, tal como proponía Uribe y replicaba en medios su vicepresidente Francisco Santos, justo a la salida del velorio de las víctimas, lo cual, dice la revista, fue como un baldado de agua fría para los consternados familiares.¹⁷⁸

Por otro lado, las recompensas ofrecidas a integrantes de las Fuerzas Armadas por guerrilleros dados de baja o capturados durante el gobierno Uribe, dieron origen a un fenómeno que produjo escándalo mundial, y fue el de los llamados ‘falsos positivos’, que algunos organismos como la Fiscalía cuentan en 4.000 y otras versiones hasta 10.000. De cualquier manera, los falsos positivos fueron una realidad que hoy sigue en el ojo del huracán y es objeto

¹⁷⁷ AUC o Autodefensas Unidas de Colombia, principal grupo paramilitar encabezado por los hermanos Castaño y concentrados en principio en el Urabá antioqueño.

¹⁷⁸ Datos tomados de “Rescatar: ¿sí o no?”, Revista *Semana*, 5 de diciembre de 2003.

de una larga investigación. Apenas están cayendo los primeros implicados, pero Uribe Vélez, por supuesto, niega toda relación con los hechos.

El 21 de abril de 2002, un mes antes de elecciones, El Tiempo dio la oportunidad a Uribe de responder ante los cuestionamientos que algunos periodistas acuciosos, como Garavito, le hacían públicamente, pero sin que, a juzgar por las encuestas, tuvieran mayor trascendencia. El artículo titulado “Uribe responde a las incógnitas”, dedicó sus líneas a una entrevista que preguntaba al candidato por cada uno de los puntos de los que se le acusaba, pero que poco contra - preguntó ante cada respuesta. Más que un pedido de explicaciones, se trató de una tribuna abierta a su defensa. En sus primeros párrafos el artículo resume una serie de señalamientos que se han hecho públicos en el historial de Uribe Vélez, sin mencionarse quiénes son los artífices de dichas imputaciones. La referencia a las acusaciones, que están precedidas por verbos como: “lo acusan”, “le imputan”, “le endilgan”, y que componen oraciones impersonales, deja en el aire las razones y las bases fácticas por las cuales se le acusa, pero además las pone como voces sin protagonista, como si tan sólo de un rumor vacío se tratara, sin que hubiere detrás de ello investigaciones periodísticas serias que las sustentan. Una vez hecho el prontuario, el artículo da pie a la entrevista con el siguiente párrafo: “Hoy, en EL TIEMPO, Uribe responde a esa leyenda negra, que ronda como un fantasma en su carrera hacia la Presidencia y que plantea más de una incógnita, aún después del atentado del domingo pasado, el decimoquinto de su vida.”¹⁷⁹ No se entiende la relación fáctica o causal que se quiere establecer entre la llamada “leyenda negra” que pesa sobre Uribe y los múltiples atentados que, dice el artículo, ha sufrido a lo largo de su vida, pero queda la sensación de que lo que se lee entre líneas es que así como Uribe es víctima de atentados contra su vida, es víctima igualmente de atentados contra su honra. ¿“(…) Aún después del atentado del domingo pasado” quiere decir que el hecho de que se hay atentado contra su vida debería borrar todo indicio de sospecha?

A pesar del repaso de más de una centena de artículos fueron pocos los que hicieron apenas escuetas menciones sobre sus cualidades éticas, que no por ello deban desecharse, pues entre las pocas menciones, se abordan temas capitales en la triunfante carrera hacia su presidencia. El catedrático e investigador Germán Vargas le atribuye una clara disposición al diálogo, queriendo desvirtuar las nociones que de él se tenían como candidato guerrerrista y aclara que una cosa es la disposición al diálogo y la otra es quedarse en “un estado dialogante, mientras una de las partes continúa socavando la estructura del país (...)”¹⁸⁰ Y hacia el final de su breve columna agrega las medidas que propone el candidato relacionadas con la reforma política en su lucha contra la corrupción, que Vargas menciona como el segundo problema más agobiante para la sociedad colombiana después del orden público. Efectivamente, dentro del proyecto de Uribe Vélez, la lucha contra la corrupción era uno de sus pilares. Reducción del Congreso era una de sus propuestas y la primera que quiso implementar una vez se trepó en el poder, a través de un Referendo Constitucional que no pasó la prueba y se hundió por escasa participación de los votantes. De las quince preguntas formuladas, sólo la primera, referente a la muerte política de

¹⁷⁹ “Uribe responde a las incógnitas”, El Tiempo, 21 de abril de 2002.

¹⁸⁰ VARGAS MORALES, Germán. “Uribe y su significado”, El Tiempo, 12 de febrero de 2002.

los funcionarios que hubieren incurrido en actos de corrupción, fue aprobada, el resto fueron consideradas nulas por la falta de quorum.

El investigador Javier Duque Daza (2018), que caracteriza el ‘presidencialismo de transacción’ mediante un sesudo análisis y nutrida recuperación de datos, dice que durante el gobierno de Uribe Vélez se dieron frecuentes casos de transacción e intercambios y determina 4 tipo de transacciones emblemáticas que dieron de qué hablar en la prensa y la opinión pública general: “1) La inclusión de partidas o recursos de inversión regional en el presupuesto nacional producto de la gestión de congresistas y cuyo manejo alimenta las relaciones de clientela, con presuntos actos de corrupción; 2) la aprobación de la reforma de reelección presidencial (Acto Legislativo 01 de 2003); 3) el manejo de la burocracia estatal por parte del presidente con base en el reparto de cuotas a los congresistas en pago por su apoyo en el Congreso a los proyectos de Gobierno; y 4) El manejo de los cargos diplomáticos.”¹⁸¹ En efecto, varios de estos eventos están incursos en investigaciones bien periodísticas o bien judiciales, como el de la reforma para la reelección, caso que se popularizó hasta el punto de recibir el nombre de ‘Yidispolítica’ aludiendo a Yidis Medina, una de las Congresistas que recibió dádivas a cambio de dar su voto para aprobar el proyecto de reelección. Caso en el que se hizo famoso también Teodolindo Avendaño y que aparte de sus respectivas condenas, ha arrojado resultados contra los exministros de Uribe Sabas Pretelt de la Vega, Diego Palacios Betancourt y el ex secretario Alberto Velásquez Echeverry, todos condenados por la Corte Suprema de Justicia.

Más tarde, el General Valencia Tovar, ferviente admirador de Uribe, dice en su columna en *El Tiempo* que el candidato pretende un fortalecimiento del Estado “sobre la base de una operación administrativa exenta de corrupción, latrocinio, desgreño general e irresponsabilidad de los funcionarios. Un Estado revestido de autoridad moral y legal para ordenar la vida pública.”¹⁸² Y complementa más adelante: “El lenguaje de Uribe Vélez es el que el país anhelaba escuchar con la firmeza, la autoridad moral y la capacidad de convicción que revela el candidato.”

Jorge Humberto Botero, su jefe de campaña, defiende también a Uribe de las acusaciones de guerrerista provenientes del propio Serpa, su rival de patio. Uribe – afirma Botero – ha dicho que no se puede poner la violencia como medio legítimo de acción política. Y cita a la Corte Constitucional: “La pretensión de imponer a otros las ideas por la fuerza, destruye el presupuesto en el que se funda el ejercicio del pluralismo. En las sociedades que reúnen estas características (...) el único acuerdo sustancial es el relacionado con la apertura del sistema gracias a la aceptación de las reglas relativas al consenso, a la alternancia de las mayorías en el poder, el cual permanece abierto siempre a la crítica y al control de la oposición y sometido al respeto por los derechos fundamentales de las personas.”¹⁸³ Y aclara que, aunque lo dice la Corte, bien hubiera podido decirlo el candidato. Irónicamente, para Botero, las peleas de Uribe con la Corte, durante el ejercicio de su presidencia, serían más frecuentes de lo deseado, y no propiamente por motivos

¹⁸¹ DAZA Duque, Javier. “Presidencialismo de transacción: Cambio institucional, coaliciones y clientelismo 2002 – 2006. Vol II, Editorial Universidad del Valle, Cali, 2018.

¹⁸² VALENCIA Tovar, Álvaro. “Álvaro Uribe Vélez: mucho más que guerra”. *El Tiempo*, 8 de marzo de 2002.

¹⁸³ *El Espectador*, “Coalición por la paz”, Jorge Humberto Botero, marzo 17 de 2002.

personales, sino por motivos relacionados con el ejercicio del poder. Eso sin contar con las amenazas a opositores y periodistas, como el ya mencionado Fernando Garavito quien tuvo que salir del país, o Gonzalo Guillén quien corrió la misma suerte, o Hollman Morris, o Daniel Coronell quien también vive en el exterior por la misma razón. Pero además a políticos como Piedad Córdoba a quien Uribe llamó ‘colaboradora del terrorismo’ y ‘traidora a la patria’ por denunciar en México algunos hechos relacionados con su gobierno¹⁸⁴, o Gustavo Petro a quien llamó ‘terrorista vestido de civil’, o los asesinatos del jurista Jesús María Valle, luego de ciertos señalamientos de Uribe Vélez, como deja consignado el periodista Juan Diego Restrepo en *Semana*¹⁸⁵. O también el asesinato del sociólogo Alfredo Correa de Andreis en 2004, del que, dice al abogado Alirio Uribe, sería instigado por los señalamientos del entonces mandatario. Mismo caso habría sucedido en el asesinato de la periodista Zully Codina en 2003. Las garantías para la oposición en Colombia durante el gobierno Uribe fueron muy pocas, por no decir nulas, y ante cualquier crítica que a Uribe Vélez no le gustara o le ofendiera, respondía con un señalamiento, usualmente llamando al opositor ‘colaborador del terrorismo’ o ‘guerrillero’, señalamientos que en muchas ocasiones terminaban en amenazas por parte de grupos de delincuencia organizada u otros anónimos. Resulta particularmente familiar el testimonio de Carlos Castaño en su autobiografía, según el cual el llamado ‘Grupo de los seis’, conformado por destacados integrantes de la élite económica y política, señalaban a quién debía asesinarse o a quién no, instrucciones que seguían al pie de la letra Castaño y sus hombres. Los crímenes de las AUC, aparte de dar de baja guerrilleros en combates irregulares, consistían en masacres, desapariciones y asesinatos selectivos de civiles, que decía Castaño casi como Uribe, eran guerrilleros vestidos de civil. Por supuesto, muchas de las víctimas serían inocentes, pero para Castaño no era así, bastaba un señalamiento suyo o del Grupo de los Seis para ejecutar el crimen.

Más adelante expresa Botero: “Igualmente ha sostenido el aspirante presidencial que sólo los agentes del Estado, y aquellos particulares expresamente autorizados, pueden portar armas.” Y también sustenta dicha declaración en la Constitución. Recuerda esto su promoción de las Convivir en Antioquia, no tanto porque fuesen organismos ilegales, porque de hecho estaban legalizados por el Estado, sino porque los civiles que las integraban incurrieron en excesos y su labor, que antes se limitaba a establecer una red de información en colaboración con las fuerzas armadas y una estrategia de defensa en la que sus integrantes portaban armas de corto alcance, se extendió ilegítimamente a establecer vínculos con grupos paramilitares o de hecho hacer parte de los mismos, ejecutando civiles que consideraban ‘guerrilleros’ o ‘colaboradores del terrorismo’, tal como Uribe sentenciaba a la postre, siendo Presidente. El mismo Uribe llegó a proponer suministrar armas de largo alcance a dichos grupos, que son privativas de las fuerzas armadas, y un sólido entrenamiento militar.

¹⁸⁴ En abril de 2017 Uribe Vélez, en calidad de Senador y expresidente, visitó Washington con el también ex presidente Andrés Pastrana para denunciar y hacer una extensa crítica al proceso de paz con las FARC y a la manera como el gobierno Santos estaba conduciendo el país. Acto que fue considerado muy semejante al de Piedad Córdoba en su momento y que, en consecuencia, algunos opositores exigieron se le diera el mismo tratamiento, es decir, de traición a la patria.

¹⁸⁵ Revista *Semana*, “Jesús María Valle, en la conciencia de Álvaro Uribe”, 28 de febrero de 2014.

En síntesis, lo que Botero pretendía con su columna era limpiar la imagen de un candidato acusado de guerrerrista para demostrar que lo que él planteaba estaba normativizado por la Constitución misma. Pretensión que, en teoría, parecía resultar cierta, pero que en la práctica y a posteriori no resultó de la misma manera. Las constantes violaciones de los derechos constitucionales e incluso de los derechos humanos durante los 8 años de gobierno Uribe, así como el desequilibrio en los poderes mediante atribuciones extralimitadas de parte del ejecutivo, junto a repetidos ataques a las Cortes, fueron flagrantes, de ahí los constantes enfrentamientos con los magistrados. Pero las comprometedoras posturas de Uribe frente a los derechos humanos no se manifestaron sólo a la postre de la columna de Botero, pues ya era conocida de años atrás su gestión en la Gobernación de Antioquia, y los cuestionamientos que sobre ésta se cernían en torno a la promoción, apoyo y hasta vínculos con grupos paramilitares a través de la fachada de las Convivir.

El prestigio como demócrata se refuerza en la revista *Semana* una vez es Presidente, donde se recurre al testimonio de Álvaro Jiménez, un exguerrillero del M-19, quien reafirma la idea de que Uribe es un hombre pluralista. Y posteriormente se menciona el hecho de que Uribe, siendo gobernador, hubiera incluido en su mandato a tecnócratas y políticos, liberales y conservadores, reinsertados del M-19 y del EPL, indígenas y mujeres. Y cierra el párrafo diciendo que durante su campaña a la presidencia invitó a participar por igual a Laura Pizarro, viuda del excomandante del M-19 y a Rito Alejo del Río, a quien le llaman “recalcitrante antisubversivo”, sin mencionar, claro, que tan sólo un año atrás había sido removido de su cargo y acusado por vínculos con grupos paramilitares, así como autor de masacres y asesinatos selectivos.

La misma imagen incluyente se quiere destacar en *Semana* mediante un artículo llamado “Póker de Reinas”¹⁸⁶, publicado en junio, posterior a las elecciones, en el que se hace referencia a un gabinete por él elegido plagado de mujeres, cosa que, por supuesto, resultaba inédita, pues no se había visto tal participación de la mujer en el ejecutivo en gobiernos pasados. Dice el texto que cuando se pensaba que Uribe se iba a ver en aprietos para cumplir la cuota femenina en el gabinete, que obligaba la Ley de cuotas de 2000, sorprendió a todo el mundo pues le dio la mitad del poder, es decir, 6 de las 13 carteras de su gobierno. Lo que no se aclara es que varias de esas seleccionadas cabían no sólo dentro de la cuota femenina, sino dentro de la cuota clientelar. Es decir, que más allá de un interés por el empoderamiento de la mujer, como pretende hacerlo ver la revista al llamarlo como “el de la revolución femenina”, se trataba de un pago de favores políticos a grandes caciques y otros importantes colaboradores de su campaña. Duque Daza (2018) referencia a varias de las ministras elegidas en el gabinete de Uribe para el periodo 2002-2006, incluidas en el artículo de *Semana*, y menciona su origen político o de cacicazgo, todos, vinculados a partidos o clanes políticos que apoyaron a Uribe en campaña: Carolina Barco Isackson, Ministra de Relaciones Exteriores, provenía del movimiento de Enrique Peñalosa; Cecilia María Vélez, Ministra de Educación y ex secretaria de educación de Bogotá durante la alcaldía de Enrique Peñalosa; María Consuelo Araujo, Ministra de Cultura que repetiría en el

¹⁸⁶ Revista *Semana*, “Póker de reinas”, junio 17 de 2002.

2006 como Ministra de Relaciones Exteriores era integrante del clan de los Araujo, todos vinculados al uribismo y con el tiempo y según la justicia, a grupos paramilitares. La Ministra era hermana de Álvaro Araujo Noguera, senador y líder del partido Alas – Equipo Colombia. También muy cercana a Peñalosa y su administración en Bogotá; Cecilia Rodríguez, Ministra de Medio Ambiente y disidente del Partido Liberal para darle apoyo en campaña; y Martha Lucía Ramírez, del Partido Conservador, partido que se constituyera en el pilar fundamental para su campaña. El artículo de Semana publica una foto de Enrique Peñalosa cuyo pie de foto dice que, aunque tres de las elegidas trabajaron durante su alcaldía, no son cuota política suya. Duque Daza en cambio piensa lo contrario.

En junio de 2002, María Isabel Rueda, en una columna que expresa su admiración por los nombramientos de Uribe en su gabinete, destaca enfáticamente el de Fernando Londoño como Ministro de Interior y de Justicia y afirma: “¿Pero, de verdad verdad, qué debemos esperar los colombianos de Fernando Londoño? Para comenzar, cero burocracia, cero corrupción y cero politiquería”¹⁸⁷. Rueda parece ignorar que para entonces Londoño estaba siendo investigado por la Procuraduría por la adquisición ilegal de 145 millones de acciones de Invercolsa que representaban la no despreciable suma de 9 mil millones de pesos, hechos que se presentaron en 1997. En 2007 Londoño, efectivamente, sería condenado por este delito, pero la imagen que dejaba la columnista del susodicho para la fecha es que Londoño era un hombre probo.

De esta forma se genera una imagen de Uribe de intachable ética, no sólo por sí mismo, sino por la elección de su gabinete o su equipo de colaboradores. Sin embargo son cualidades éticas que quedan en cuestión por los hechos demostrados, no sólo sucedidos antes de su campaña y elección, sino durante sus dos periodos de gobierno.

En síntesis, se construye un prestigio ético de Uribe Vélez desde tres frentes: su pluralismo democrático; su honestidad y lucha contra la corrupción; y su disposición a la concordia y el diálogo antes que a la guerra. Ninguna de cuyas características se cumplieron o se habrían cumplido en el historial de Uribe Vélez como funcionario público, candidato y Presidente. Y a pesar de que pesaran sobre él los antecedentes que le fueran cuestionados por periodistas como Garavito, o por eventos concretos como su destitución de la Alcaldía de Medellín, entre otros, la gran mayoría de líderes de opinión ignoraron por completo o acaso decidieron hacer caso omiso de dichos antecedentes a la hora de hablar del candidato. Las líneas de sus artículos y columnas de desbordaron en elogios hacia su capacidad ejecutiva, su disciplina, su capacidad de trabajo y de estudio, su amplio conocimiento en temas propios de la tecnocracia, y sobretodo su incuestionable capacidad de mando y mano dura contra ‘los violentos’, concepto que, en resumen, parecía referirse exclusivamente a las FARC, los presuntos asesinos de su padre. Pero poco o nada se refirieron a las sospechas que recaían sobre su pasado, es decir, a sus presuntos vínculos con el narcotráfico y los paramilitares, y sobretodo lo que a toda costa podría anticiparse a futuro, como vaga, vacilante e infructuosamente trató de hacerlo Caballero; su talante autoritario, su ánimo beligerante, su tendencia a la censura y a los señalamientos injuriosos y peligrosos y por supuesto a sus futuras relaciones con el clientelismo y la corrupción.

¹⁸⁷ Revista Semana, “El ‘exocet’”, María Isabel Rueda, junio 10 de 2002.

Dice Cadavid (2011): “Lo que está fallando no es la parte técnica de la política que como se expresó podría, dado el caso, estar a la altura de cualquier Estado del mundo, sino la parte práctica, o sea, la que tiene que ver directamente con el gobernante, con sus cualidades personales, con la garantía que emerge de su buen comportamiento, con sus aciertos o virtudes respecto de sí mismo y de los demás, es decir, de qué tan justo, prudente, moderado, inteligente, y entre otras, temperante pueda ser.”¹⁸⁸ Por supuesto, los hechos habían demostrado y demostrarían que ni el Uribe del pasado, ni el del futuro era y sería ese que describían los líderes de opinión. Ni tan justo, ni tan prudente, mucho menos moderado y temperante, fue el Uribe que había gobernado Antioquia y que, posterior a estas opiniones, nos gobernó durante ocho años.

Así entonces, como Álvaro Uribe Vélez era un candidato de suma conveniencia para las élites económicas, políticas y militares del país, prácticamente nadie se fijó en el Uribe del pasado y prácticamente nadie vio o quiso ver al Uribe por venir, lo importante era librar una guerra definitiva contra las FARC y acabar con el problema de una vez por todas, claro está, sin importar los costos.

¹⁸⁸ CADAVID. Op.Cit. 2011

6. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo se estableció una trayectoria de análisis cuyos resultados dicen mucho más de la sociedad en que vivimos que del propio Uribe, a pesar del título que lo encabeza. Y es que el propósito de esta investigación no era, como en muchas otras anteriores sobre Uribe Vélez, determinar sus formas de actuar o de gobernar para ejercer un influjo sobre el público como a través de unas ciertas propiedades carismáticas que tanto y a veces de manera tan dudosa se le han atribuido, sino invertir la fórmula, es decir, indagar en la forma como la opinión pública lo percibió y le construyó una imagen luego de acceder a ella, a fin de determinar las formas racionales y en el fondo también irracionales como puede llegar a actuar un colectivo en momentos de crisis.

De ahí la importancia, no sólo de construir un perfil del sujeto, es decir, el mismo Uribe Vélez, sino de construir un contexto que antecedió su llegada al gobierno y que aprovecharon las élites y el propio Uribe para otorgar un soporte político a su proyecto, sin que por ello mediara necesariamente un soporte de integridad moral para sí. En esta medida, el supuesto carácter carismático y mesiánico que se le suele atribuir a Uribe Vélez no es más que un constructo social que obedece a la justificación de los deseos oscuros y reprimidos de un colectivo por aniquilar al que se había representado en los medios como el enemigo común. Si en privado podían muchos susurrar que las FARC debían ser exterminadas de raíz, ahora podía gritarse en público la pena de muerte para todos sin consideración alguna¹⁸⁹. Fenómeno semejante se ve actualmente en los Estados Unidos, donde con la llegada de Donald Trump se ha legitimado un discurso xenófobo y beligerante de preocupantes dimensiones, sin que medie filtro alguno en las arengas y alegatos de sus más recalcitrantes simpatizantes. Otro caso más reciente y tanto o más dramático se ha dado en Brasil con la elección de Jair Bolsonaro.

El cómo se le haya ungido de semejante cariz salvífico no es un acto irracional indeterminable y hermético, sino que puede indagarse en la manera como se le representó públicamente. Es decir, aunque parezca producto de una irracionalidad flagrante, es en realidad una construcción lo suficientemente racional dispuesta a ocultar los más profundos deseos irracionales. Cuando el candidato accede al poder, dichos deseos salen a la luz de manera explícita en frases imprudentes e impúdicas legitimadas por el propio líder, que a su vez ha sido legitimado por el pueblo que lo eligió y vio en él el reflejo y la oportunidad de exteriorizar dichos deseos. Uribe, Chávez, Fujimori, Trump y Bolsonaro, entre otros, no son más que la materialización e institucionalización de otras vías, otras formas de conjurar lo que se ha dado en representar como problemas y crisis y que hasta el momento eran consideradas éticamente

¹⁸⁹ Durante la marcha contra las FARC en febrero de 2008, pude apreciar cómo algunos marchantes portaban y colocaban al lado de la vía tres muñecos colgados del cuello que representaban a los líderes de las FARC siendo ahorcados. Así mismo, en otro grupo de protestantes, un cartel que decía “Sin Piedad con Córdoba”, haciendo alusión a la entonces senadora liberal a quien el propio Uribe y la opinión pública se dedicó a señalar como colaboradora de las FARC mientras fungía como intermediaria entre este grupo y los familiares de secuestrados, pero al mismo tiempo y con doble sentido, aludiendo al departamento de Córdoba, donde las FARC habían sido fuertes pero expulsadas en buena parte por la presencia de los paramilitares de los hermanos Castaño Gil.

cuestionables o políticamente incorrectas. Colombia, que traía de décadas atrás la costumbre por la vía dialogada, se enfrentó por primera vez con Uribe a la legitimación de la guerra frontal como solución, sin importar sus consecuencias. Así pues, parecen sustituirse unos valores morales por otros o más bien privilegiar unas valoraciones sobre otras con el fin de contribuir a la solución del problema. Bien lo decía la revista *Semana* en su artículo “Mano dura” en 1996 citado en páginas atrás, mientras Uribe era Gobernador de Antioquia y haciendo referencia al bombardeo entre Dabeiba y Mutatá que hiciera la Fuerza Aérea por orden del gobernador, sin comulgar con las posibles consecuencias, habida cuenta de la presencia de la Cruz Roja que ayudaba a evacuar a un buen número de familias indígenas en la zona: “Uribe Vélez lo asumió consciente de que la solución de los problemas de orden público siempre puede tener un costo.”

El cuidado de todas las valoraciones morales de manera equilibrada parece pues constituirse en una gran dificultad procedimental a la hora de conjurar momentos de crisis, pero no por ello convertir las decisiones en acciones justificables. Para ello el gobernante requiere de suma prudencia, en el sentido aristotélico del término. Asesinar a más de 4 mil personas inocentes para presentarlos como bajas de la guerrilla no puede tener justificación moral alguna independientemente de las circunstancias.

Cuando Uribe Vélez regresó de Oxford en 1999, las élites regionales lo acogieron como un potencial candidato propio para las presidenciales de 2002, habida cuenta de su gestión como gobernador entre el '95 y el '97. Como tal, Uribe había enfrentado con ahínco a las FARC y con ayuda de los empresarios, ganaderos, políticos, militares y paramilitares que ahora lo acogían, lograron replegarlas de un territorio que tantos intereses económicos representaba como el Urabá antioqueño. El proyecto de expansión paramilitar, que comprende no sólo el ámbito militar, sino el político y en especial el económico, tenía que alcanzar las esferas de la alta política nacional. La incursión de Uribe en las más altas élites para alcanzar la presidencia no debía hacerse esperar, en especial ahora que muchos políticos se oponían a la zona de despeje del Caguán, al igual que un buen sector de la cúpula militar y otro grande del empresariado. Todos los que en privado pedían la guerra, verían su discurso íntimo legitimado de manera pública por el próximo candidato. Nadie hablaba públicamente y con tanta fuerza sobre el asunto so pena de ser marginado. Es lo que Noelle-Neuman llamó la *espiral del silencio*¹⁹⁰, según la cual los individuos adaptan sus comportamientos y opiniones públicas a lo que es legítimamente aceptado, y de no corresponderse prefieren mantener el silencio para no resultar aislados del grupo. Como ahora existía un líder que se atrevió a hablar públicamente sobre ello, era el momento de encumbrarle en los más altos círculos políticos para justificar y legitimar el discurso de tantos que se mantenía en el ostracismo de su silencio.

El pacto de Ralito, que buscaba la consolidación del llamado *Plan Birmania* de las autodefensas, para cooptar el poder nacional, fue una manifestación clara de los propósitos de estos grupos con ayuda de políticos y empresarios regionales y nacionales. Dicho pacto se firmó

¹⁹⁰ NOELLE-NEUMANN, Elisabeth, “La espiral del silencio: nuestra piel social”, Alemania, 1992. Tomado de <http://www.egrupos.net/cgi-bin/eGruposDMime.cgi?K9U7J9W7U7xumopxCTMVQPYy-qnemo-CTYXTCvthCnoqdy-qlhhyCXVTcgb7>

ilegalmente a espaldas del aun entonces presidente Pastrana en el 2001, pero también a espaldas de Carlos Castaño, pues era Salvatore Mancuso quien lo lideraba y lideraba el movimiento de las autodefensas en Córdoba para el momento. Para entonces ya Uribe era candidato y varios de los políticos firmantes eran o serían de los suyos. Este pacto fue la manifestación palpable de la estrategia de cooptar al centro desde la periferia, como establece Gibson (2006).

Semejante estrategia daría tantos frutos, que ante la andanada de votos recaudados para los políticos que respaldaban a Uribe y ante la apabullante intención de voto por el candidato en las diferentes provincias de la periferia, los políticos de las más altas esferas del poder nacional y los más prestigiosos a su vez, corrieron bajo su cobijo. Independientemente de cual fuera su postura, el triunfo que se veía venir del candidato disidente Liberal, despertó los más ambiciosos ánimos clientelistas de muchos. Ahora no era Uribe quien buscaba a las élites del poder, sino éstas las que lo buscaban a él.

Una vez comenzó a aparecer en las reuniones de las élites nacionales, como establece Mills (1997) cuando afirma que las élites requieren publicitar su prestigio para mantenerlo, Uribe accedió a la construcción de su prestigio nacional desde el cubrimiento de los medios pues en el contacto con las élites se hizo acreedor a una voz autorizada para hablar como potencial gobernante de los colombianos, es decir, al *skeptron*. Ello le abrió las puertas a la opinión pública nacional y a la complacencia de esos voceros o ‘*impostores con skeptron*’ como les llama Bourdieu, y desde las tribunas de los distintos medios de prensa se le caracterizó como el ungido, como el candidato providencial para tomar las riendas de un país sin cauce.

Dentro de las categorías del prestigio aquí establecidas se le caracterizó de la siguiente forma: En cuanto a los factores sociales se le mostró como un candidato humilde, sin pretensiones hacia los lujos propios del poder, cercano a la gente y a su cultura popular y su hábitus de clase, vestido de ruana y sombrero, gustoso de las expresiones populares y muy poco del glamour, el protocolo y la etiqueta. Un hombre criado en el campo, que entendía las dinámicas sociales del entorno y sus rutinas arduas que exigían firmeza de carácter. Pero que a pesar de ello siguió los hábitos de las élites al estudiar en instituciones como Harvard y Oxford y acumular títulos en su carrera hacia el poder. Esta aparente ambigüedad lo posicionó en una frontera difusa donde parecía más cercano al pueblo que a la élite del poder, a pesar de hacer parte de ella, pero que, paradójicamente, escondía en sus propuestas de gobierno una mayor cercanía a las élites que al propio pueblo al que aparentaba pertenecer. Esto, por supuesto, lo diferenció en apariencia de la clase política tradicional a la que pertenecían sus antecesores, jerarcas de la oligarquía, acuartelados en Palacio o acaso entre las latas de un avión viajando de país en país sin atender las demandas de su propio pueblo.

En cuanto a los factores intelectuales del prestigio se le caracterizó como un hombre inteligente, conocedor de los diferentes ámbitos propios del ejercicio del cargo que aspiraba a ocupar. Claridad y profundidad en las propuestas económicas como aseguraba María Isabel Rueda tras el Foro de la Andi y sensatez en sus decisiones políticas como afirmaban o sugerían otros como Rafael Pardo, Valencia Tovar o Jorge Humberto Botero, entre tantos. Así mismo como un conocedor del país de cabo a rabo, asiduo escudriñador de la geografía nacional y

juicioso y casi obsesivo estudiante. Una expresión reiterada entre varios fue ‘tiene el país en la cabeza’.

En los aspectos orgánicos se le trató como un trabajador incansable y prácticamente insostenible que encontró en la herencia de su padre y su cultura del trabajo tan antioqueña y tan vinculada a la ética calvinista, en la que el trabajo arduo y a conciencia garantizaba la prosperidad propia y familiar y con ella el reino de los cielos. Para ello se mantenía físicamente apto mediante rutinas de ejercicios físicos, espirituales y mentales, desde trotar, nadar, hacer spinning, caminar y realizar ejercicios propios de técnicas orientales acompañados de menjurjes homeopáticos que le aseguraban un breve, pero profundo descanso, así como la vitalidad requerida para cada nueva jornada. Sólo un modelo de trabajador así, tal como él mismo lo sugirió, podría “sacar el país adelante”.

Pero quizá la atribución que se le concedió con mayor insistencia fue la de ser un hombre de carácter y firmeza, rasgo por demás necesario para el manejo de la situación de incertidumbre en que parecía se sumía el país. En momentos de decisiones difíciles era eso lo que se requería en un gobernante y Álvaro Uribe Vélez parecía poseerlo de sobra. Vale decir que en la marcha del 4 de febrero de 2008 contra las FARC fue usual ver carteles que invitaban al presidente a tener firmeza, rasgo que durante años se le estuvo requiriendo ante cada nueva dificultad que se le atravesaba en el camino. No fueron pocos los columnistas que halagaron al candidato por su firmeza de carácter, argumentando que era lo que se necesitaba para enfrentar a las FARC y recuperar la autoridad del Estado. Fue ahí, en ese aspecto, que se concentró el mayor volumen de opiniones por las que consideraba a Uribe como el más apto para liderar al país, lo que da a entender la profunda necesidad del pueblo de sentir que se retomaba un norte ante lo que parecía una nave al garete.

Es curioso, sin embargo, notar que muy pocos cuestionaron el norte al que las propuestas de un candidato tan firme habrían de llevarnos. Esto nos sugiere que dicha apelación a la autoridad carecía de fundamentos epistémicos y racionales y se trataba en realidad de la simple y llana necesidad de ser conducidos por un líder sin importar a dónde. La condición de gregarismo afloraba como nunca en condiciones de incertidumbre. Los análisis juiciosos del contenido programático de los candidatos parecieron brillar por su ausencia y más que en esto se concentraron las opiniones en las cualidades personales de uno y de otro. Como si se tratara de un proceso de selección de personal, estos análisis, si es que así pudiera llamárseles, se dedicaron a prestigiar o desprestigiar a los candidatos, señalar sus falencias o resaltar sus cualidades como ejecutivo, como funcionario, como político o como administrador. Reparar en sus actitudes, en sus frases, en sus comportamientos, pero poco o nada en la sistematicidad y la conveniencia de sus programas de gobierno. Como dice Pedro Medellín, el problema del gobierno se decide entonces como un problema de gerencia pública y no como un problema político. ¿Y si todas las decisiones en los círculos de poder, sea el militar, el económico o el político están atravesadas por voluntades políticas como se mostró en el capítulo 3, bajo los gobiernos de Samper y Pastrana, entonces no es el criterio político el determinante a la hora de pensar en la conveniencia de un gobierno antes que las consideraciones sobre las cualidades gerenciales de uno u otro?

Quizá el verdadero rostro de esas voluntades políticas es lo que no se quiere que se conozca normalmente en los procesos electorales, quizá, como analiza Angarita Cañas (2011), detrás del proyecto de Uribe, que proponía la seguridad como valor fundamental del cual se desprendían toda una serie de conveniencias en lo político, lo social y lo económico, estaba en realidad el proyecto expansionista de una élite económica. Casos como el de Carimagua y el de Agro Ingreso Seguro, entre muchos otros, son apenas unos pocos ejemplos de dichos propósitos ocultos que salieron a la luz.

Y como el camino político que asuma un gobernante está mediado inevitablemente por la dimensión ética, por cuanto en sus decisiones políticas descansan los destinos de una Nación y por lo tanto el bienestar de sus integrantes, entonces resulta de fundamental importancia este aspecto a la hora de pensar un candidato idóneo para ocupar el cargo. Lo decía Cadavid (2011) al hablar del cambio que experimentó la visión de la política con Maquiavelo, pasando a una estructura administrativista que se concentra no en el cómo sino en el quién la ejecuta. Esto porque cambia a su vez el sentido de la comunidad política, pues si desde Aristóteles ésta se entendía como la *polis*, es decir, una comunidad que convive bajo el entendido de lo conveniente, lo justo y lo injusto, desde Maquiavelo ésta se cobija bajo la noción de Estado, es decir, la de una situación específica en un determinado momento. En este sentido los principios universales y perennes subyacen a las decisiones de orden administrativo según el momento coyuntural, es decir, un sentido técnico sobre un sentido ético y político del gobierno. De ahí lo que Cadavid llama una falacia, y es que como los asuntos del momento requieren, para manejarse bien, saber cómo manejarse, entonces el más apto para ocupar el cargo dirigente será quien mejor sepa manejarlos. Pero si bien es importante el conocimiento para saber cómo manejar los asuntos, es más importante, dice Cadavid, la intención sana de hacer con ellos lo más conveniente para el bienestar común.

El cómo se determine el bien común es cosa complicada y quizá un imposible desde el punto de vista de Schumpeter. Y aunque se llegue a común acuerdo para determinarle en la comunidad política, las diferencias sobrevendrán de nuevo a la hora de pensar cómo lograrlo. En Colombia se tenía claro que el bien común para el momento en que Uribe Vélez fue elegido presidente era la obtención de la paz como principio universal, pero lo que no se concertó nunca fueron los medios para lograrla. De ahí la extrema polarización experimentada entre los llamados uribistas y antiuribistas, cuya más notable discrepancia radicaba en el manejo del conflicto armado, es decir, apostarle a la solución dialogada o a la guerra para acabar de una vez por todas al enemigo. Según las cifras electorales la mayoría se decidió por esto último y se concentró no en una discusión crítica sobre la conveniencia del camino a seguir, sino en las capacidades del candidato elegido para llevarlo a cabo. Que el camino de la guerra era el adecuado parecía estar dado por hecho. De ahí el énfasis en el carácter y la firmeza de Uribe.

En lo que no se hizo mucho énfasis fue en sus propiedades éticas, en especial en lo relacionado con su pasado tan cuestionado. Si bien se le calificó como humilde, trabajador, inteligente, firme y decidido, poco se concentró la opinión pública en los aspectos éticos del candidato de no ser para destacar su propuesta de lucha contra la corrupción y su supuesto talante de demócrata. Ninguna de las anteriores se vio durante su gobierno y los resultados sugirieron

justo lo contrario. A pesar de que los presuntos vínculos con el paramilitarismo y el narcotráfico eran ya asuntos de conocimiento público y de años atrás, varios columnistas y líderes de opinión decidieron pasarlos por alto y concentrarse en las capacidades gerenciales del candidato.

En esta medida se puede decir que el prestigio político se convierte en un *prestigio ad hoc*, es decir, uno que se confiere según las circunstancias del momento y para asuntos específicos. Quizá en otros tiempos el propio Uribe no habría adquirido semejante prestigio. Al momento de escribir estas líneas, una encuesta de Invamer determina la favorabilidad de Uribe en apenas 34%¹⁹¹, ni un pálido reflejo de lo que alcanzó sus popularidad en sus mejores momentos durante su gobierno, cuando en el 2008 alcanzó un sorprendente 80% de favorabilidad. Mientras su desfavorabilidad está en un 65%. En marzo de 2001 El Espectador dio cuenta de otra encuesta en la cual la desfavorabilidad del ex presidente caía al 50%, cifra que era más alta que su favorabilidad¹⁹². Los resultados pudieron deberse a que por esas fechas la Corte Suprema de Justicia había ordenado investigar a Uribe Vélez por presunta manipulación de testigos en el caso contra el senador Iván Cepeda, debido a la filtración de unas grabaciones donde éste conversaba con personajes de ‘dudosa reputación’, dice el artículo. La pérdida de favorabilidad y seguramente la afectación sobre su reputación y por lo tanto sobre su prestigio, puede deberse también a que Uribe ya no ocupa el cargo de la primera magistratura, lo que corrobora la afirmación de Mills según la cual el prestigio está amarrado a las posiciones de poder, pero que puede mantenerse aún sin estar en ellas siempre y cuando se mantenga una cierta reputación. En el caso de Uribe ambos factores se han visto afectados; el uno porque ya no ocupa la presidencia, como es natural, aunque ocupe el cargo de Senador de la República, y el otro porque ha perdido buena parte de su reputación a razón de las investigaciones que han empezado a divulgarse en los medios de comunicación. ¿Qué cambió? ¿Por qué ahora los medios sí cuestionan sus comportamientos presentes y pasados y publican las investigaciones que sobre él recaen? Pueda ser que la coyuntura y la opinión pública ya no demanda lo que entonces demandaba, y que se expresó de manera multitudinaria en la marcha del 4 de febrero de 2008 promovida principalmente por los medios privados de comunicación: una guerra frontal contra las FARC. Que ya Uribe no es tan necesario como se hizo ver en ese entonces. Si el prestigio fuere ese encanto de carácter sustancial que emana del sujeto en cuestión, ¿por qué entonces ahora no resulta tan efectivo? Tal vez porque el prestigio es una construcción social de orden procedimental, se acumula a la vera de las circunstancias y según las demandas sociales.

El caso es que, para entonces, y muy especialmente entre los años 2001 y 2002, los medios y en particular los líderes de opinión, les hicieron el juego a las élites que de manera soterrada y durante años promovieron grupos paramilitares para combatir de manera irregular, pero efectiva, a las FARC. Le hicieron el juego también a los narcotraficantes y honraron, quizá sin querer, la historia de quienes como Carlos Lehder o Pablo Escobar buscaron penetrar los círculos políticos e incluso, como el último, anhelaron alcanzar la presidencia. La ciudadanía, en correspondencia, les siguió el juego también.

¹⁹¹ El Tiempo, “Aprobación de Duque se desplomó 26,6 puntos”, 16 de noviembre de 2018.

¹⁹² El Espectador, “La caída de la favorabilidad del ex presidente Uribe”, 1º de marzo de 2018.

Si bien no se pretende establecer aquí la responsabilidad definitiva de Uribe Vélez en esta materia, sí se parte de la idea de que, como dijera el Magistrado Pinilla Cogollo, ‘no es posible estar dentro de una piscina y no mojarse’, lo que pone al prestigio del susodicho bajo sospecha, una sospecha que para el 2002 sucumbió ante el caudal de prestigio que lo llevó a la Presidencia.

BIBLIOGRAFÍA

ANGARITA Cañas, Pablo Emilio. “Seguridad democrática: lo invisible de un régimen político y económico”, Siglo del Hombre Editores, Bogotá, 2011.

ARISTÓTELES, Ética a Nicómaco, tomado de <http://cmap.upb.edu.co/rid=1GM19T7P3-RBQWCL-V3T/Aristoteles%20-%20Etica%20a%20Nicomaco.pdf>

ATEHORTÚA Cruz, Adolfo León, ROJAS Rivera, Diana Marcela. “Venezuela antes de Chávez: Auge y derrumbe del sistema de punto fijo”. En Anuario colombiano de historia social y cultura. Num. 32, pag. 269. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005.

BERGER, Peter, Luckman, Thomas, “La construcción social de la realidad”, Amorrortu editores, Buenos Aires 2003.

BOUCEK, Joseph S. “Sociología del prestigio”, Texto publicado en internet.

BOURDIEU, Pierre, “Qué significa hablar”, Ediciones Akal, Madrid, 2001.

BOURDIEU, Pierre, “Sobre el campo político”, Press Universitaires de Lyon, 2000.

CADAVID, Iván. “Una posición política desde el ergón. El gobernante virtuoso según Aristóteles.” Universidad de Navarra, 2011.

DAZA Beltrán, Carlos Andrés. “Análisis de las estrategias de marketing político de Álvaro Uribe Vélez durante sus campañas electorales de 2002 y 2006 y durante el ejercicio de su gobierno presidencial en Colombia. Tesis de Maestría en Estudios Políticos, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2010.

DAZA Duque, Javier. “Presidencialismo de transacción: Cambio institucional, coaliciones y clientelismo 2002 – 2006. Vol II, Editorial Universidad del Valle, Cali, 2018.

DUZAN, María Jimena. “Así gobierna Uribe”, Editorial Planeta, Bogotá, 2004

FACIOLINCE, Héctor Abad, El olvido que seremos, 2006.

GARCÍA MONTERO, Mercedes. “La década de Fujimori: ascenso, mantenimiento y caída de un líder antipolítico.”, pag. 51. Revista América Latina Hoy, ediciones Universidad de Salamanca, 2001.

GONZÁLEZ, Fernán. “El fenómeno político de Álvaro Uribe Vélez: ¿de dónde proviene la legitimidad de este líder elegido por segunda vez como presidente? Artículo publicado en internet. Instituto de investigación y debate sobre la gobernanza, IRG, 2006.

HOLGUÍN, Paola, Escamilla, Carolina. “Uribe de carne y hueso”, Editorial Norma, Bogotá, 2009.

La revolución pacífica: plan de desarrollo económico y social 1990-1994, Presidencia de la República, Departamento Nacional de Planeación.

LE BON, Gustave, “Psicología de las masas”, s.e. Buenos Aires, 2004. Recuperado de: <https://seryactuar.files.wordpress.com/2012/12/psicolog3ada-de-las-masas-gustave-le-bon-1895-pdf.pdf>

Manifiesto Democrático: 100 puntos de Álvaro Uribe Vélez” recuperado de https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85269_archivo_pdf.pdf, 2002

MARX, Carlos. “El XVIII Brumario de Luis Bonaparte.

MEDELLÍN Torres, Pedro. “El retorno a la política: la gubernamentalización del Gobierno”, TM Editores, Bogotá, 1998.

MOLINA Giraldo, Jesús María. “La identificación de los colombianos con Álvaro Uribe Vélez: del cálculo de los discursos al goce del fuego cruzado.” Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2011.

NOELLE-NEUMANN, Elisabeth, “La espiral del silencio: nuestra piel social”, Alemania, 1992. Tomado de <http://www.egrupos.net/cgi-bin/eGruposDMime.cgi?K9U7J9W7U7xumopxCTMVQPYy-qnemo-CTYXTCvthCnoqdy-qlhhyCXVTcgb7>

OCAMPO, José Antonio. “La política económica durante la administración Samper”. Tomado de: <https://www.repository.fedesarrollo.org.co/handle/11445/2155>

OCAMPO, José Antonio. “Un futuro económico para Colombia”. Artículo en internet en <https://www.cepal.org/publicaciones/xml/4/6194/colombiafuturo2.pdf>

PUCHE Díaz, Ana Mercedes. “Incidencia política de la crisis del Proceso 8.000 en la imagen del Partido Liberal”, Universidad del Rosario, Bogotá, 2011.

ROSANVALLON, Pierre, “La legitimidad democrática: imparcialidad, reflexividad, proximidad”, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2009.

SCHUMPETER, Joseph, “Capitalismo, socialismo y democracia”, Tomo II, Colección Biblioteca de Economía, Editorial Folio, Barcelona, 1996.

SENNET, Richard. “La autoridad”, Alianza editorial, Madrid, 1982.

STEINER, Roberto, Corchuelo, Alejandra. “Repercusiones económicas e institucionales del narcotráfico en Colombia”. Tomado de: <https://www.federaciondecafeteros.org/static/files/Repercusiones%20econ%C3%B3micas%20e%20institucionales%20del%20narcotr%C3%A1fico%20-%20Roberto%20Steiner%20y%20Alejandra%20Corchuelo.pdf>

Universidad de San Buenaventura Medellín. Medellín, 2009.

VALENCIA, León y ROMERO, Mauricio, “Los caminos de la alianza entre los paramilitares y los políticos”. Observatorio del Conflicto Armado, Corporación Nuevo Arcoiris, Bogotá, 2007.

VELEZ López, Ana Cristina. Los soportes de la popularidad: cómo los columnistas refieren el caso del presidente Álvaro Uribe Vélez. Revista Confines, Medellín, 2010.

Víctimas, violencia y despojo: Informe de la investigación acerca de las víctimas del conflicto armado. En www.usbmed.edu.co/investigacion/victimas_violencia_y_despojo/

WRIGHT Mills, C., “La élite del poder”, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1987

Gráfico 1..... 68

Gráfico 2..... 97

Gráfico 3..... 97

Gráfico 4..... 100

Gráfico 5..... 101

Gráfico 6..... 101

Gráfico 7..... 102

Gráfico 8..... 117

Gráfico 9..... 148

Gráfico 10..... 218

Gráfico 11..... 224

Gráfico 12..... 237

Gráfico 13..... 238

ÍNDICE DE FOTOS

Pag.

Foto 1	147
Foto 2	158
Foto 2^a	159
Foto 3	160
Foto 4	163
Foto 5	166
Foto 6	171
Foto 7	171
Foto 8	172
Foto 9	172
Foto 10	173
Foto 11	221
Foto 12	223
Foto 13	225
Foto 14	228